ÍNDICE.

	Págs.
octavo	299
noveno	309
décimo	321

SEXTO RUFO.

RESUMEN DE LAS VICTORIAS DEL PUEBLO ROMANO.

Noticias biográficas acerca de Rufo	335
Resumen de las victorias y de las provincias del pueblo romano	343
Catálogo de las provincias romanas	365
De las regiones de la ciudad de Roma	371

9

203427

BIBLIOTECA CLASICA

RITORES

DE LA

HISTORIA AUGUSTA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

TOMO III

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

calle del Arenal, número 11

1890

Biblioteca Nacional de España

5/11391

9

203427

Biblioteca Nacional de España

5
144397

ESCRITORES

DE LA

HISTORIA AUGUSTA.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA CLASICA

CXXXIV

ESCRITORES

DE LA

HISTORIA AUGUSTA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

TOMO III

MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

CALLE DEL ARENAL, NÚM 11

1890

Biblioteca Nacional de España

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

R. 1303080
Biblioteca Nacional de España

HISTORIA AUGUSTA.

EL DIVINO AURELIANO

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA (1).

SUMARIO.

Nacimiento de Aureliano.—Su infancia.—Su madre.—Presagios que anuncian su advenimiento al trono.—Sus gustos.—

(1) Flavio Vopisco nació en Sirasusa; fué contemporáneo de Trebelio Polión, pero le sobrevivió al menos hasta el año 313 y tal vez hasta el 341. Su padre y abuelo vivieron en cierta familiaridad con el emperador Diocleciano. En 291 ó 292, Junio Tiberiano, prefecto de Roma, invitó á Vopisco á que escribiese la vida de Aureliano, que no había escrito todavía ningún historiador latino. Suministróle las efemérides de este Príncipe y muchos materiales que se encontraban en la biblioteca Ulpiana, colocada entonces en las termas de Diocleciano: entre estos libros nombra Vopisco obras griegas. A esta biografía siguieron las de Tácito, Floriano, Probo, Firmo, Saturnino, Próculo, Bonoso, Caro, Numeriano y Carino. Flavio Vopisco se distingue de los que le rodean por su mejor orden y método; así es que las cartas y documentos oficiales que inserta en la vida de Aureliano dan cierto valor á su trabajo, pero en cuanto al estilo, no es superior á los demás escritores de este compendio. En esta misma biografía anuncia que escribirá la de Apolonio de Thiano, «sabio afamado y de grande autoridad, verdadero amigo de los dioses y digno él mismo de que se le coloque entre ellos». Añadiendo: «¿Ha existido alguna vez entre los hombres varón más santo, más respetable y divino? Ha devuelto la vida á los muertos y ha dicho y hecho muchas cosas que exceden de las fuerzas naturales.» Esta muestra hace que no se deplore que Vopisco no llevase á cabo su propósito de escribir la historia de un preten-

Biblioteca Nacional de España

Sus costumbres.—A causa de su ardimiento guerrero, danle los soldados el sobrenombre de *Espada en mano*.—Sus triunfos sobre los Sármatas.—Canción de los soldados.—Sus ventajas sobre los Francos.—Su severidad juzgada en una carta por Valeriano.—Su elogio por este mismo emperador.—Sus mandos.—Valeriano le promete el consulado.—Su designación para esta dignidad.—Su adopción por Ulpiano Crinito.—Despues de la muerte de Claudio, queda Aureliano único dueño del Imperio.—Hace morir á Aureolo.—Carta de Claudio á Aureliano.—Triunfos de Aureliano sobre los Godos: las legiones le proclaman emperador.—Sus ventajas, bajo Claudio, sobre los Suevos y los Sármatas.—Terror por la invasión de los bárbaros.—Aureliano los extermina.—Senatusconsulto mandando consultar los libros sibilinos.—Grave descalabro de los Romanos cerca de Placencia, reparado por brillante victoria.—Regreso de Aureliano á Roma y castigo de los revoltosos.—Ensancha las murallas sin aumentar el Pomerium.—Combate á los Palmiranos, deshace á los bárbaros y mata al jefe godo.—Recibe la sumisión de la Bitinia.—Apodérase de Thiano.—Apolonio de Thiano le impide destruir la ciudad.—Elogio de Apolonio.—Recibe la sumisión de Antioquía.—Su entrada en Emessa.—Sitio de Palmira.—Escribe á Zenobia y sus partidarios ofreciéndoles la vida si se rinden.—Contestación de Zenobia.—Prisión de ésta.—Derrota á los Carpos.—Destrucción de Palmira.—Recobra Aureliano el Egipto.—Sumisión de Tétrico.—Regreso á Roma.—Triunfo de Aureliano.—Sus reglamentos.—Nuevas expediciones.—Muere víctima de la perfidia de su secretario.—Sus asesinos le erigen una tumba y un templo.—Es arrojado á las fieras el secretario.—Carta de Aureliano relativa á los monederos.—Su rigor con los concusionarios.—Su crueldad con los senadores y sus familias.—El Imperio permanece sin jefe durante seis meses después de la muerte de Aureliano.—Elección de Tácito.—Juicio de Aureliano por Diocleciano.—Impuesto perpetuo al Egipto en provecho de Roma.—Moderación del lujo de la seda.—Restricción del uso del oro.—Aumento de peso en las distribuciones diarias al pueblo de Roma.—Liberalidades al pueblo.—Embellecimiento de los jardines de Domicia y de Salustio.—Proyectos de Aureliano para el restablecimiento de un Senado de mujeres.—Resumen del reinado de este emperador.

---

dido hombre divino que le había inspirado tanto entusiasmo, ó que el tiempo no haya conservado su libro.

Vopisco vivió bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano. Comenzó su trabajo ocho años después del reinado de estos emperadores, siendo Tiberiano cónsul por segunda vez con Dión Cassio.

Biblioteca Nacional de España

Después de las fiestas de Cibeles, en las que se acostumbraba, como es sabido, á decir y hacer todo lo que puede excitar la hilaridad, el prefecto de Roma, Junio Tiberiano, varón ilustre que no puedo nombrar sin profundo respecto, hízome sentar á su lado en el carruaje de su servicio. Libre allí de los asuntos particulares y de los cuidados públicos, habló largamente conmigo, desde el Palacio hasta los jardines de Valeriano, refiriéndose especialmente á la historia de los emperadores. Cuando llegamos al templo del Sol, consagrado por el emperador Aureliano, Tiberiano, que tenía algún parentesco con la familia de este príncipe, me preguntó quién había escrito su vida. Respondíle que no la había leído en ningún autor latino, sino en algunos historiadores griegos. Entonces aquel respetable magistrado expresó de esta manera el sentimiento que le embargaba: «Hemos de conocer bien á un Thepsites, un Simón y los demás monstruos de la antigüedad; la posteridad les conocerá como nosotros, ¿y nuestros descendientes desconocerán la historia del divino Aureliano, de ese príncipe ilustre, de ese valeroso emperador, que ha devuelto al Imperio romano toda la tierra? Si no me engaño, poseemos las efemérides de aquel gran príncipe y el relato de las guerras que hizo. Deseo que recibas estos materiales y que escribas su historia según el orden de los hechos, añadiendo los detalles de su vida. Para conocer estos detalles, bastará que leas atentamente los libros linteos (1) en los que él mismo mandó escribir lo que hacía diariamente. Yo cuidaré también de que te entreguen esos libros que se encuentran en la biblioteca Ulpiana. Mi mayor deseo es que puedas presentar á Aureliano tal como fué.» Obedecí el mandato; recibí los libros griegos y he recogido todo lo que necesitaba para este trabajo; y con este auxilio he reunido en un solo libro todo lo que me ha parecido digno de su conservación. Recibe bondadosamente mi trabajo;

(1) Tito Livio habla frecuentemente de libros escritos en lienzo de hilo.

Biblioteca Nacional de España

y si no quedas satisfecho, lee los autores griegos y recurre á los libros linteos que la biblioteca Ulpiana te suministrará cuando te plazca.

Habiendo girado nuestra conversación, mientras estuvimos en el carruaje, sobre Trebelio Polión, que publicó la historia de los emperadores, tanto notables como obscuros, desde los dos Filipos hasta el divino Claudio y su hermano Quintiliano, Tiberiano pretendió que este escritor es generalmente inexacto y demasiado conciso. Repliqué que no hay autor, al menos en el género histórico, que sea intachable; y hasta cité párrafos de Tito Livio, de Salustio, de Tácito, y finalmente de Trogo, en los que estos escritores cayeron en equivocaciones que fácilmente se conocen. Tiberiano convino conmigo, y estrechándome bondadosamente la mano: «Escribe, me dijo, como te plazca. En adelante quedaré tranquilo pensando que sean los que quieran tus errores, la falta te será común con los historiadores cuya elocuencia admiramos.»

Mas para no divagar en largo y enojoso prefacio, entremos desde luego en materia. El divino Aureliano nació, según muchos escritores, en Sirmio (1), de familia obscura; según otros, en la Dacia Ripense: recuerdo haber leído un autor que dice nació en la Mesia. Muchas veces acontece que no se conoce el país donde han nacido personas de baja extracción, cuya mayor parte se atribuyen una patria que no es la suya, para dar algún brillo á su familia. Pero importa mucho menos para la gloria de los grandes príncipes saber dónde nacieron, que conocer los servicios que prestaron al Estado. ¿Acaso es más célebre Platón por ser Ateniense que por su sabiduría? ¿El mérito de Aristóteles Stagirita, de Zenón Ebato ó de Anacarsis Scita, es menor porque nacieron en pueblecillos, cuando la sublimidad de su saber les elevó hasta el cielo?

Pero vuelvo á mi asunto: Aureliano nació en condi-

(1) El Epítome de Víctor dice que el padre de Aureliano cultivaba tierras de un senador romano, llamado Aurelio.

Biblioteca Nacional de España

ción mediana, distinguiéndose desde la infancia por extraordinaria viveza de carácter y raro vigor. No dejó pasar día, aunque fuese festivo y de descanso, sin ejercitarse en el venablo ó en el arco y en todo lo que exige la profesión de las armas. Calicrates de Tiro, el más sabio de los escritores griegos, dice que su madre era sacerdotisa del templo del Sol, en el barrio donde habitaban sus padres. Preténdese también que poseía algunos conocimientos en el arte de la adivinación; por lo que, censurando algunas veces á su marido por su falta de penetración y groseros modales, decía, señalándole: «¡Y sin embargo, he ahí el padre de un emperador!» Según esto, parece que aquella mujer estaba iniciada en los secretos del destino. Según el mismo autor, los siguientes presagios vaticinaron el advenimiento de Aureliano al Imperio. Primeramente, durante su infancia, enroscóse una serpiente en derredor de la vasija en que le lavaban y no lograron matarla: al fin su madre, presenciando aquel prodigio y viendo en aquel reptil un huésped de la casa, dispuso que lo dejaran vivir. Además, aquella sacerdotisa había hecho juguetes para su hijo con un manto de púrpura dedicado al Sol por el emperador de aquel tiempo. Otro día en que estaba dormido Aureliano envuelto en sus paños, un águila lo levantó de la cuna sin hacerle daño y le dejó sobre el altar de un santuario inmediato, en el que, por feliz casualidad, no había fuego. En fin, nació á su madre un ternero prodigiosamente grande, blanco, pero manchado de púrpura y teniendo en un costado la palabra *ave* (salud) y en el otro una corona.

Recuerdo haber leído otras muchas puerilidades en el mismo autor, quien, por ejemplo, asegura que al nacimiento de Aureliano floreció en el patio de la casa de su madre un rosal con flores purpúreas (1) con el olor es-

(1) No consideraron todos de la misma manera el prodigio. Vieronle unos en el color de aquellas rosas (purpúreas); otros en la simultaneidad de la florescencia y del nacimiento de Aureliano; éstos, en la particularidad, verdaderamente extraña en

Biblioteca Nacional de España

pecial de las rosas y enriquecidas con perfiles dorados. Durante sus campañas, tuvo también multitud de presagios, que la fortuna justificó dándole el Imperio. Entrando en Antioquía en un carruaje, porque le impedía á la sazón una herida montar á caballo, un manto de púrpura, que habían tendido por encima de él para honrarle, cayó y le cubrió los hombros. Habiendo querido montar á caballo para no violar la ley que prohibía entonces el uso de carruajes en las ciudades, presentáronle un caballo perteneciente al Emperador, y, en su apresuramiento, lo montó sin reparar en ello; pero en seguida lo supo y se apresuró á cabalgar en el suyo. Enviado á Persia como legado, recibió allí una copa del género de las que los reyes de aquel país acostumbran dar á los emperadores, y en la que estaba grabado un sol parecido al que adoraban en el templo donde su madre había sido sacerdotisa (1). También le regalaron un elefante enorme, que, á su vez, ofreció al Emperador; de manera que Aureliano fué el único particular que ha poseído un animal de esta clase.

Pero ya hemos dicho bastante acerca de esto. Aureliano era hermoso y notable por viriles gracias. Su estatura era alta, muy notables sus fuerzas, aficionado al vino y buena mesa y poco inclinado á las mujeres. Su carácter era muy severo, con especialidad en achaques de

---

rosas, indicada por las palabras *flores aurei*, palabras susceptibles de muchos sentidos por carecer de uno terminante; aquéllos, en el paraje mismo en que brotaron, que era un gallinero.

(1) Los atributos que aquí se mencionan eran sin duda aquellos bajo los cuales adoraba Aureliano al Sol en el templo donde era sacerdotisa su madre. Muchos pasajes de la historia antigua, y especialmente el templo erigido y consagrado por Aureliano al Sol, atestiguan que este Emperador practicaba su culto. Pero el Sol no era su único dios; así es que se le vió sacrificar ciervos á Júpiter Capitolino, á quien los había ofrecido. No dice Vopisco en qué forma estaba representado el astro en la copa que regalaron los Persas á Aureliano, pero es probable que fuese en la de un león con tiara, símbolo del Sol ó de Mithras en la religión de los Persas y hasta en la de los Romanos.

Biblioteca Nacional de España

disciplina, y siempre estaba dispuesto á desenvainar la espada. Por esta razón, habiendo en el ejército dos tribunos con el nombre de Aureliano, éste y otro que cayó prisionero con Valeriano, los soldados, para distinguirles, dieron al que después fué emperador el sobrenombre de *Espada en mano;* de modo que cuando preguntaban qué Aureliano había hecho esto ó lo otro, se les distinguía contestando: Aureliano *Espada en mano*. Antes de llegar al trono se distinguió por gran número de proezas. Sólo con trescientos hombres de guarnición, combatió á los Sármatas que se habían arrojado sobre la Iliria. Theodio, que escribió la historia de los Césares, dice que Aureliano, en la guerra de los Sármatas, en un solo día, mató por su mano cuarenta y ocho, y en diferentes combates, más de novecientos cincuenta. Esto llevó á los soldados jóvenes á componer en honor suyo, canciones y danzas militares que ejecutaban los días festivos: «Hemos degollado mil, mil, mil, mil, mil, mil. Un hombre solo ha degollado con nosotros mil, mil, mil, mil. Ha matado mil, mil, mil. ¡Viva el que ha matado mil, mil! Nadie tiene tanto vino como él ha derramado sangre.» Conozco que estos detalles tienen poca importancia; pero como el autor que he citado reproduce esta canción en latín, no he creído deber omitirla.

Siendo tribuno de la sexta legión gala, batió completamente, cerca de Maguncia, á los Francos que habían invadido el Imperio y asolaban toda la Galia. Allí mató setecientos é hizo vender en subasta trescientos prisioneros; dando ocasión esta hazaña á otra canción militar: «De una sola vez hemos matado mil Francos y mil Sármatas. Buscamos mil, mil, mil, mil Persas.» Como ya hemos dicho, inspiró tanto temor á los soldados, merced al excesivo rigor con que castigaba sus faltas, que ninguno á sus órdenes cometió ninguna. Éste, en fin, es el único general que, enterado de que un soldado había cometido adulterio con la esposa de su huésped, mandó, para castigarle, que le atasen por los pies á las copas de dos árboles, doblados hasta el suelo, y dejarles endere-

Biblioteca Nacional de España

zarse de pronto, para que, desgarrado el culpable, quedase cada mitad de su cuerpo colgada de un árbol; suplicio que causó profunda impresión en el ejército. A un lugarteniente suyo escribió esta carta completamente militar: «Si quieres ser tribuno, ó mejor dicho, si quieres vivir, contén á los soldados. Que ninguno de ellos robe una gallina á nadie; que ninguno de ellos se apodere de un cordero; que nadie toque un racimo de uvas ni una espiga; que ninguno exija aceite, sal, ni leña; que cada cual se contente con su ración de víveres: el soldado debe alimentarse del botín cogido al enemigo y no de las lágrimas de las provincias. Que las armas defensivas estén siempre limpias, bien aguzadas las ofensivas (*arma*..... *ferramenta*) (1) y en buen estado el calzado. Que reemplacen con ropas nuevas las viejas; que el soldado tenga su paga en el cinturón y no la malgaste en las tabernas. Que lleve su collar, su brazalete y su anillo; que limpie su caballo de carga y no venda el forraje. Que cuide en común el mulo centenario (2); que los soldados se ayuden gustosos mutuamente; que les asistan gratuitamente los médicos; que no den nada á los arúspices; que obren dignamente en sus alojamientos, y azótese al que busque cuestión á los otros.»

Hace poco encontré en los libros linteos de la biblioteca Ulpiana una carta del divino Valeriano relativa al emperador Aureliano, y la copio á la letra como debo: «Valeriano Augusto al cónsul Antonio Galo. En tu carta particular me censuras que haya confiado mi hijo Galieno á Postumio, más bien que á Aureliano, hombre demasiado rígido, según me dices, para que ponga en sus manos mi hijo y el ejército. Cambiarías de modo de pensar si conocieses la severidad de Aureliano, que es

(1) Las palabras *arma* y *ferramenta* significaban cosas distintas, equivaliendo á nuestras armas defensivas y ofensivas. Aureliano entendía por *ferramenta* las lanzas, venablos, espadas, etc., y por *arma*, los escudos, corazas, cascos, etc.

(2) Vese que en esta época, para las cargas pesadas, había un mulo por cada cien hombres.

Biblioteca Nacional de España

duro, excesivamente duro para nuestra época. Tomo á todos los dioses por testigos: he temido que se mostrase demasiado rigoroso con mi hijo, si le veía entregarse al regocijo que le es natural.» Esta carta demuestra cuán severo era Aureliano, puesto que el mismo Valeriano mostraba temerle.

Existe otra carta de Valeriano en la que elogia á Aureliano, y que he encontrado en los archivos de la prefectura de la ciudad. En esta carta le asignaba, cuando regresó á Roma, los honorarios de su grado. Dice así: «Valeriano Augusto al prefecto de la ciudad, Ceyonio Albino. Quisiéramos dar á todos aquellos que sirven con celo á la república, sueldo mucho más importante que el estipendio señalado á su dignidad especialmente cuando honrosa vida hace más recomendables sus servicios; porque las dignidades no deben ser el único premio del mérito. Pero el rigor de los deberes públicos no consiente que nadie reciba de las contribuciones de las provincias más de lo que está señalado á sus funciones. Hemos encargado á Aureliano, uno de nuestros generales más valientes, que inspeccione y ordene todo lo concerniente á las tropas. Tanto le debemos la república y nosotros, por unánime confesión de los ejércitos, que las mejores recompensas serían inferiores á lo que merece. ¿Qué cualidad eminente no posee? ¿En qué cede á los Corvinos y Escipiones? Es el libertador de la Iliria, el restaurador de las Galias y el modelo incomparable de todos los generales. Y sin embargo, no puedo recompensarle más de lo que conviene á un gobierno prudente y bien ordenado. Cuento, pues, mi querido pariente, con tu integridad, para que des á Aureliano, durante su permanencia en Roma, diez y seis panes militares de primera calidad, cuarenta panes militares de campaña, cuarenta sextarios de vino de mesa, la mitad de un cerdo pequeño, dos gallos, treinta libras de puerco salado, cuarenta de carne de buey, un sextario de aceite bueno, otro de aceite más inferior, un sextario de grasa derretida y cantidad suficiente de legumbres y frutas.

Biblioteca Nacional de España

Como también es necesario concederle alguna ventaja particular, cuidarás de darle, mientras se encuentre en Roma, como provisión extraordinaria, el forraje que necesite. Para su gasto recibirá diariamente dos antoninianos de oro, cincuenta filipos pequeños de plata y cien dineros de cobre; el resto se lo suministrarán los prefectos del Tesoro.»

Tal vez parecerán estas cosas frívolas y de poco momento; pero la curiosidad no desprecia nada. Aureliano recibió muchos mandos y varios tribunados, desempeñando por otros, más de cuarenta veces, en diferentes épocas, las funciones de general y de tribuno, y llegando hasta á reemplazar á Ulpio Crinito, que decia pertenecer á la familia de Trajano, á quien efectivamente se parecía por sus grandes cualidades. Este Crinito fué pintado, lo mismo que Aureliano, en el templo del Sol, y Valeriano había decidido nombrarle César. Encargado Aureliano, en lugar suyo, del mando de los ejércitos, restableció los límites del Imperio y distribuyó á los soldados el botín recogido al enemigo. Proveyó de bueyes, de caballos, de esclavos y de prisioneres al país de los Tracios. Adornó el palacio con despojos de los enemigos, y reunió en una isla, que pertenecía á Valeriano antes de su advenimiento, quinientos esclavos, dos mil vacas, mil yeguas, diez mil carneros y quince mil cabras. Ulpio Crinito dió entonces á Valeriano, que se encontraba en Bizancio, públicas gracias en las mismas termas, por el honor que le había dispensado dándole un lugarteniente como Aureliano, y al mismo tiempo decidió adoptarle.

Interesa conocer una de las cartas que escribió á Aureliano el emperador Valeriano, y la forma en que se hizo esta adopción: «Si existiese, mi querido Aureliano, otro general capaz de desempeñar el puesto de Ulpio Crinito, consultaría contigo su mérito y cualidades, y juntos podríamos estudiarle. Encárgate de la guerra por la parte de Nicópolis, para que nuestros asuntos no padezcan por la enfermedad de Crinito. Haz lo que puedas; no te digo más, al darte completa autoridad sobre

Biblioteca Nacional de España

el ejército. Tienes trescientos arqueros itirenos, seiscientos armenios, quinientos árabes, doscientos sarracenos, cuatrocientos auxiliares de la Mesopotamia y ochocientos jinetes catafractarios. Estarán contigo Hartomundo, Haldegasto, Hildemundo y Cariovisco. Los prefectos han reunido en todos los campamentos las provisiones necesarias. Confío á tu prudencia y habilidad el cuidado de establecer tus cuarteles de invierno y de verano en los parajes donde no puedas carecer de nada. Entérate siempre del punto donde se encuentran los equipajes del enemigo, de su número y disposición, con objeto de no consumir inoportunamente el vino y los víveres, ó de no prodigar los venablos, que son la fuerza de un ejército en campaña. Con la protección divina, espero de ti tan grandes cosas como podría esperar la república de Trajano si viviera; y este á quien por voluntad mía reemplazas en un puesto en el que tanto celo ha desplegado, no es inferior á aquel príncipe. Compartirás con Ulpio Crinito, en lugar de Galieno y Valeriano, el consulado del año próximo, á partir del día XI de las kalendas de Junio. El Estado atenderá á los gastos; porque antes de pensar en los otros es necesario atender á la pobreza de los que han consagrado la vida al servicio de la república.» Esta carta es nueva é irrecusable prueba del mérito de Aureliano. Por esta razón puede decirse que solamente llega al pináculo de la virtud el que desde joven hizo el difícil aprendizaje. Ahora reproduciré la carta relativa á su consulado.

«Valeriano Augusto á Elio Xifidio, prefecto del Tesoro. Hemos concedido el consulado á Aureliano, á causa de su pobreza, que le hace tan grande, tan superior á otros muchos. Le darás para los juegos que tiene que celebrar en el Circo trescientos antoninianos de oro, tres mil filipos pequeños de plata, cincuenta mil sextercios de cobre, diez túnicas de media seda para hombre, veinte túnicas de lino de Egipto, dos pares de manteles de Chipre, diez tapices de Africa, diez cobertores de Mauritania, cien puercos y cien carneros. Harás servir

Biblioteca Nacional de España

una comida pública á los senadores y caballeros romanos. Suministrarás para los sacrificios dos víctimas mayores y cuatro menores.» Como he ofrecido también decir algo de la adopción de este gran príncipe, creo deber consignar aquí detalles que tal vez harán se me tache de prolijo, pero que la fidelidad histórica me obliga á no omitir, y que he encontrado en el libro noveno de las actas de Acolio, maestro de recepciones en la corte del emperador Valeriano.

Encontrándose en Bizancio el emperador Valeriano, sentóse en las termas, delante de todo el ejército y de los dignatarios del palacio, teniendo á su derecha á Memmio Fusco, cónsul ordinario; á Bebio Maser, prefecto del Pretorio, y á Quinto Acario, gobernador del Oriente; y á la izquierda á Avulnio Saturnino, general de las fronteras de la Scitia; á Mirencio, designado para el gobierno del Egipto; á Julio Trifón, general de las fronteras del Oriente; á Meceo de Brindis, prefecto de los víveres para el Oriente; á Ulpio Crinito, general de las fronteras de la Iliria y de la Tracia, y á Fulvio Boyo, general de las fronteras de la Recia. Valeriano Augusto habló de esta manera: «Aureliano: La República te agradece que la hayas libertado del poder de los Godos. Gracias á ti, poseemos inmenso botín, inmortal gloria y todo lo que puede aumentar la felicidad del pueblo romano. Recibe, pues, como premio de tus hazañas, cuatro coronas murales (1), cinco coronas valares (2), dos coronas navales, dos cívicas, diez venablos sin hierro, cuatro estandartes de dos colores, cuatro túnicas rojas de general, dos mantos de procónsul, una toga pretexta, una túnica bordada de palmas, otra toga pintada, una túnica para debajo de la armadura y una silla de marfil. Porque hoy te designo cónsul, y escribo

(1) Llamábase así la corona que se daba al primero que subía á las murallas de una ciudad sitiada.

(2) La que se daba al primero que franqueaba los parapetos del enemigo.

Biblioteca Nacional de España

al Senado para que te otorgue el bastón de marfil y los haces, porque, el Senado y no el Emperador es quien ordinariamente lo da al cónsul.»

Después de estas palabras de Valeriano, levantóse Aureliano y le dió gracias en lenguaje militar, que reproduciré textualmente: «Valeriano Augusto, Emperador y señor: Por merecer la estimación de la República y satisfacer mi conciencia, he hecho lo que merece tus elogios, y he recibido sin quejarme estas heridas y he cansado tantos caballos. Pero tú has hecho cosas mucho más grandes. Doy gracias á tu bondad y acepto el consulado que me ofreces. ¡Plegue á los dioses y al Sol, esa divinidad tan visible, que el Senado opine lo mismo de mí!» Habiendo unido todos los presentes sus manifestaciones de gracias á las del Emperador, Ulpio Crinito se levantó y habló de esta manera: «En tiempos de nuestros mayores, oh Valeriano Augusto, veíase con frecuencia (y esta costumbre se ha complacido en practicarla mi familia) á los personajes eminentes adoptar á los ciudadanos distinguidos por su mérito, para sostener é ilustrar, con una manera de fecundidad artificial, ó nombres que corrían riesgo de ser olvidados, ó familias á las que los frutos del matrimonio no ofrecían larga duración. Por esta razón he pensado hacer con Aureliano, á quien has considerado digno de mandar en mi lugar, lo que hizo Cocceyo Nerva adoptando á Trajano, lo que hizo Ulpio Trajano con Adriano, lo que hizo Adriano con Antonino y lo que con sabia previsión hicieron sus sucesores. Manda, pues, que, según la ley, Aureliano sea heredero del culto, del nombre, de los bienes y de todos los derechos de mi casa; y puesto que Ulpio Crinito es consular, concede desde este momento el mismo título á Aureliano.»

Sería muy prolijo referirlo detalladamente todo. Valeriano dió gracias á Crinito, y se hizo la adopción según el uso. Recuerdo haber leído en una obra griega (y no creo deber pasar en silencio este hecho) que Valeriano había invitado á Crinito á adoptar á Aureliano,

Biblioteca Nacional de España

muy especialmente porque era pobre; pero no me atrevo á afirmarlo. Si he citado antes la carta que asignaba á Aureliano la cantidad necesaria para su consulado, debo decir ahora por qué he hecho esta cita, por otra parte poco importante en sí misma. Últimamente hemos visto celebrar en el Circo con tan extraordinario fausto el consulado de Furio Plácido, que no fueron recompensas sino patrimonios lo que dió á los aurigas, puesto que se les regalaron túnicas de media seda, albas de lino y hasta caballos, profusión que disgustó mucho á los hombres prudentes. Así, pues, el consulado no es otra cosa que la recompensa de las riquezas y no de los hombres. Si fuese premio del mérito, no debería arruinar al que estuviese revestido de él. Aquellos dichosos tiempos han desaparecido, y el deseo de agradar al pueblo les impedirán volver. Pero no queremos, según nuestra costumbre, insistir más en este asunto.

Honrado con todos estos testimonios de estimación y colmado de distinciones, parecía Aureliano tan grande en tiempo de Claudio, que después de la muerte de este emperador y de su hermano Quintiliano, se vió único dueño del Imperio (1), cuando mataron á Aureolo, con quien había ajustado la paz Galieno. En este punto se dividen profundamente los autores, inclusos los griegos; diciendo unos que Aureliano mató á Aureolo contra el deseo de Claudio; otros, que según sus órdenes y expresa voluntad; éstos, que Aureliano era ya emperador cuando fué muerto Aureolo; aquéllos, que no lo era todavía. Pero dejaremos estos hechos indecisos, y remiti-

(1) Zonaro dice: «Cuando Aureliano tomó posesión del Imperio, preguntó á los principales dignatarios cómo creían que debían gobernarlo. «Señor, le dijo uno, para desempeñar bien la »administración de este inmenso Estado de que te has hecho »cargo, necesario es que hagas provisión de hierro y oro. Con el «uno castigarás á los rebeldes y reprimirás á tus enemigos; con »el otro recompensarás á tus amigos y súbditos fieles.» El que dió este consejo recogió el fruto, siendo uno de los primeros que cayeron bajo la espada del Emperador.

Biblioteca Nacional de España

mos á los que los sostienen. Lo único cierto es que el divino Claudio no quiso confiar á otro que Aureliano la guerra de los Meotidas.

Existe acerca de esto una carta, que, como acostumbro, citaré, siguiendo el ejemplo de otros historiadores. «Flavio Claudio á su querido Valerio Aureliano, salud. La República espera de tí los servicios que está acostumbrada á recibir. Pon mano al trabajo en seguida. Te hago dueño de los soldados, jefe de los tribunos. Es necesario atacar á los Godos; es necesario arrojarlos de las Tracias. Esos bárbaros que asolan el Hemimonto y la Europa son en su mayor parte los que han huído delante de tus armas. Pongo bajo tu autoridad todos los ejércitos de las Tracias, todos los de la Iliria, todas las fronteras de esa parte del Imperio. Danos nuevas pruebas de tu acostumbrada bravura. Mi hermano Quintiliano te secundará también en cuanto se reuna contigo. Retenido por otras atenciones, confío á tu habilidad la dirección de esta guerra. Te he enviado diez caballos, dos corazas y otras cosas de que debe proveerse á un general que entra en campaña.» Después de afortunados combates, librados bajo los auspicios de Claudio, Aureliano restableció la integridad del territorio de la República y, como ya hemos dicho, él mismo fué proclamado Emperador por todas las legiones.

Aureliano obtuvo, antes de su advenimiento y bajo el reinado de Claudio, el mando de toda la caballería, porque los jefes de este cuerpo habían incurrido en desgracia del Emperador, por haberse atrevido á combatir sin orden suya. Por el mismo tiempo hizo vigorosa guerra á los Suevos y á los Sármatas, consiguiendo sobre ellos completa victoria. Sin embargo, bajo su mando y por culpa suya, se experimentó un descalabro, sufrido de los Marcomanos; porque habiendo descuidado marchar directamente al enemigo, que había avanzado de improviso, y cuando se preparaba para cogerle por la espalda, todas las cercanías de Milán fueron presa de horrible devastación. A pesar de todo, los Marcomanos quedaron venci-

Biblioteca Nacional de España

dos en seguida. El terror causado por los estragos de aquel pueblo dió lugar en Roma á violentas sediciones, temiendo todo el mundo que se reprodujeran las desgracias ocurridas bajo Galieno. Consultóse, pues, los libros sibilinos, aquel socorro tan eficaz en las calamidades públicas, y vióse que había que hacer sacrificios en parajes determinados, para impedir que los franquearan los bárbaros. Ejecutóse, siguiendo ritos diferentes, todo lo prescrito por aquellos libros, y de esta manera se contuvieron los progresos de los bárbaros, encontrándolos dispersos Aureliano y exterminándolos á todos. Reproduciré el senatusconsulto por el cual la ilustre asamblea del Senado mandó consultar los libros sibilinos.

En el tercer día de los idus de Enero, Fulvio Sabino, pretor de la ciudad, se expresó así: «Ponemos en vuestro conocimiento, padres conscriptos, la opinión de los pontífices y la carta del emperador Aureliano que manda consultar los libros del destino, donde están indicados los medios de terminar la guerra con la sagrada protección de los dioses. Sabéis que se han abierto esos libros siempre que han amenazado graves peligros al Estado, y las desgracias públicas no han cesado hasta después de realizar los sacrificios que esos libros ordenaban.» Entonces Ulpio Silano, llamado á votar el primero, se levantó y dijo: «Muy tarde se piensa, padres conscriptos, en la salud de la República; muy tarde se recurre á los libros del destino. Nos parecemos á los enfermos que solamente encontrándose en situación desesperada se dirigen á los médicos más famosos, como si no se hubiese de pedir á los más experimentados otras curaciones que las difíciles, y como si no fuese más razonable tratar de prevenir toda enfermedad. Recordaréis, padres conscriptos, que frecuentemente he dicho en esta asamblea, desde la primera noticia de la irrupción de los Marcomanos, que debía consultarse los libros sibilinos, usar de los beneficios de Apolo (1) y ejecutar

(1) Los libros sibilinos, encerrados por Augusto en dos cajas,

Biblioteca Nacional de España

las órdenes supremas de los dioses inmortales. Algunos de vosotros se opusieron y hasta rechazaron á gritos el consejo, llevándoles la adulación á decir que el valor de príncipe tan grande podía prescindir del auxilio de los dioses, aunque él mismo, á pesar de su grandeza, les rinde legítimo culto y confía en su poder. Apresurémonos, pues. Se nos ha leído la carta en que invoca el socorro de los inmortales, que el hombre más valiente no debe avergonzarse jamás de implorar. Id, pues, santos pontífices, id, vosotros, que estáis puros, que sois intachables y sagrados; id con piadoso traje y buenas disposiciones; subid al templo, preparad los asientos rodeados de laureles; abrid con vuestras respetables manos los libros de la religión; buscad en ellos los eternos destinos de la República, y enseñad á los niños, hijos de matrimonio solemne (*patrimis*, *matrimis*) (1), el himno que deben cantar. Nosotros determinaremos los gastos necesarios para esa ceremonia; dispondremos el aparato de los sacrificios, y fijaremos el día de la lustración de los campos.»

Interrogados después de éste todos los demás senadores, expresaron su opinión, que sería muy largo transcribir. Participando todos al fin de la opinión de Silano, unos levantando las manos, otros pasando á su lado, aquellos apoyándolo con algunas palabras, se redactó el senatusconsulto. En seguida marcharon al templo; abriéronse los libros sagrados, leyéronse las líneas fatales, se purificó la ciudad, se cantaron los himnos, hízose una procesión alrededor de Roma, ofrecióse á los dioses

---

habían sido colocados bajo la basa de la estatua de Apolo, en el templo de este dios, sobre el monte Palatino.

(1) Dábase el nombre de *patrimi*, *matrimi* á los hijos nacidos de matrimonio contraído por *confarreación*, es decir, con las formalidades consideradas como las más solemnes. Tito Livio, Cicerón y Tácito dicen que frecuentemente eran empleados estos hijos en diferentes funciones en las ceremonias religiosas, eligiéndose entre ellos exclusivamente algunos sacerdotes, como el de Júpiter y las vestales.

Biblioteca Nacional de España

una por los campos, y de esta manera se realizó la solemnidad prescrita. Acerca de esta consulta de los libros sibilinos, se conserva una carta de Aureliano, que citaré también para demostrar mi fiel escrupulosidad. «Me asombra, padres conscriptos, que por tanto tiempo hayáis vacilado en consultar los libros sibilinos; se os podría creer en una iglesia de cristianos (1) más bien que en el templo de todos los dioses. No dejéis desmayar vuestra vigilancia, y haced que la santidad de los pontífices y las solemnidades de la religión secunden á un príncipe que lucha penosamente con las necesidades públicas. Que se consulten los libros del destino, que se realicen las ceremonias que aparezcan ordenadas. No omito ni los gastos necesarios ni los cautivos, de cualquier nación que sean, ni las víctimas imperiales, sino que, por el contrario, me anticipo á ofrecerlas; porque nunca es vergonzoso vencer con el auxilio de los dioses, y bajo sus auspicios comenzaron y terminaron la mayor parte de sus guerras nuestros antepasados. Por lo que atañe á los gastos, he escrito al prefecto del Tesoro para que atienda á ellos; además, el Erario de la República está á vuestra disposición, y me parece que está más repleto de lo que deseo.»

Preparábase Aureliano para marchar contra todos los enemigos á la vez, al frente de un ejército innumerable, cuando sufrió cerca de Placencia un descalabro que amenazó con mortal golpe á la República romana; siendo causa del peligro á que entonces estuvo expuesto el Impe-

(1) Los Romanos consideraban á los cristianos como impíos y ateos, que no adoraban los dioses ni tenían templos, explicándose por esto cómo pudo Aureliano acusar á los senadores de parecerse á los cristianos al negarse á hacer una cosa pertinente á la religión, es decir, no consultando los libros sibilinos. Verdad es que Aureliano habla de la *Iglesia* de los cristianos; pero sin duda quería aludir sencillamente al desprecio que mostraban los cristianos hacia aquellos libros del paganismo, porque hasta más adelante no se sirvieron de los libros de la Sibila para defender su religión.

Biblioteca Nacional de España

rio una pérfida estratagema de los bárbaros. Como éstos no se atrevían á combatir francamente con los Romanos, reuniéronse en espesos bosques, y al obscurecer cayeron sobre los nuestros; y si los dioses no nos hubiesen ayudado, después de la piadosa lectura de los libros sibilinos y de los sacrificios ordenados por aquellos oráculos, deteniendo á los bárbaros con prodigios y apariciones sobrenaturales, no habría quedado la victoria por los Romanos. Terminada la guerra de los Marcomanos, Aureliano, naturalmente irritado, marchó á Roma, ardiendo en cólera y meditando venganzas que el furor de las sediciones le hacía considerar como necesarias. Usando, pues, sin piedad de su poder, este príncipe, que por otra parte era excelente, hizo matar á los autores de las sediciones, y por medios crueles sofocó movimientos que debieron calmarse con más indulgencia. Hizo ejecutar hasta á nobles senadores (1) á quienes un testigo único, sospechoso ó vil, acusaba de cosas insignificantes y que otro príncipe menos severo habría despreciado. En fin, para no omitir nada, diré que aquel reinado, que pudo ser glorioso, que ya lo había sido, cuyos comienzos infundieron esperanzas realizadas después, quedó manchado con atroces rigores, comenzando, por tanto, á temer á este príncipe que sin embargo era bueno, y cesaron de amarle; diciendo unos que más bien merecía la muerte que homenaje, y otros que era verdaderamente buen médico, pero que su método curativo era malo. Temiendo entonces Aureliano que se reprodujese bajo su reinado lo que había ocurrido bajo el de Galieno, decidió, después de consultar al Senado, alejar las murallas de Roma (2);

(1) El historiador Juan de Antioquía refiere que fueron condenados á muerte muchos senadores como culpables de haber mantenido inteligencias con Zenobia.

(2) Zósimo dice en la vida de Aureliano: «Entonces quedó Roma rodeada de murallas en el punto donde antes no las tenía. Comenzó la obra bajo el imperio de Aureliano y terminó en el de Probo.» Aunque Aureliano no terminó aquella muralla, llevó su nombre,

Biblioteca Nacional de España

pero en esta época no ensanchó el Pomerium (1), cosa que realizó más adelante; porque no está permitido ensanchar este espacio sino á los príncipes que han aumentado el territorio de la República romana con algún país conquistado á los bárbaros. Este honor lo consiguieron Augusto, Trajano y Nerón, bajo el cual se añadieron al Imperio el Ponto Polemoniaco y los Alpes Cottienos.

Cuando hubo arreglado lo referente al recinto y estado de Roma, así como los asuntos civiles, partió para combatir á los Palmiranos, ó mejor dicho, á Zenobia, que reinaba en Oriente en nombre de sus hijos. Durante la marcha terminó varias guerras importantes, porque en las Tracias y la Iliria atacó y venció á los bárbaros. También mató al otro lado del Danubio á Canaba ó Canabando, jefe de los Godos, con cinco mil soldados suyos. Pasando en seguida por Bizancio, entró en Bitinia (2), que se rindió sin combatir. En esta guerra se distinguió por muchas hazañas y hermosas palabras. El

---

(1) Aulo Gelio dice, hablando del *Pomerium:* «Los augures romanos que escribieron acerca de los auspicios, describieron así el *Pomerium:* «Es un espacio alrededor de la ciudad, entre »las murallas y el campo propiamente dicho, y determinado »por límites fijos, donde terminaban los auspicios de la ciudad.» El *Pomerium*, tal como lo estableció primitivamente Rómulo, terminaba al pie del monte Palatino; pero se ensanchó con la República y concluyó por abarcar muchas colinas altas en su recinto. Para tener derecho á agrandar el *Pomerium*, era necesario haber ensanchado con una conquista el territorio romano. A pesar de las diferentes veces que se extendió el *Pomerium*, nunca se comprendió en él el monte Aventino, tan inmediato y tan poblado, creyendo Messala que esto dependió de considerarse que el Arentino daba muy malos presagios desde que en él consultó Remo los auspicios para la fundación de la ciudad, declarándose las aves en favor de Rómulo. Sin embargo, el antiguo gramático Elis dice en su *Comentario* que el emperador Claudio comprendió el Aventino en el *Pomerium*, quedando desde entonces en el recinto.»

(2) La Bitinia estaba entonces en poder de los Romanos; pero, según estas palabras, parece que los bárbaros la habían invadido, ó que este país favorecía al partido de los Palmiranos ó de Zenobia.

Biblioteca Nacional de España

temor de ser prolijo me impide referirlas todas, pero citaré de paso algunas para dar idea de su carácter y de su valor. Habiendo llegado delante de Thiano y encontrando las puertas cerradas, dícese que exclamó encolerizado: «No dejaré ni un perro en esta ciudad»; amenaza que aumentó el ardor de sus soldados, infundiéndoles la esperanza del pillaje. Enterado un tal Heraclammón, y temiendo perecer con sus conciudadanos, se decidió á hacer traición á su patria, y en seguida se apoderó Aureliano de la ciudad.

Este emperador comenzó por hacer dos cosas dignas de un gran príncipe, de las que una demostró su severidad y la otra su prudencia. Vencedor austero, hizo morir al traidor Heraclammón; y en seguida, como los soldados, prevaliéndose del juramento que había hecho de no dejar ni un perro en Thiano, reclamaban el saqueo de la plaza, contestó: «Me he obligado á no dejar ni un perro en la ciudad; matadlos, pues, á todos.» Hermosa frase de un emperador, pero la conducta de los soldados fué más hermosa todavía. En efecto, aquella frase que negaba el saqueo y salvaba la ciudad, la recibió el ejército con tanta satisfacción como una promesa de rico botín. He aquí ahora una carta de Aureliano relativa á Heraclammón:

«Aureliano Augusto á Malio Chilón. He permitido la muerte del que me entregó á Thiano. Érame imposible estimar á este traidor, y me ha costado poco trabajo dejar que le matasen los soldados. ¿Podía acaso confiar en la fidelidad de un hombre que había hecho traición á su patria? Éste es el único que ha perecido de todos los sitiados. Era en verdad muy rico; pero he dejado sus bienes á sus hijos, para que no se me acuse de haber hecho matar á un hombre opulento con objeto de aprovecharme de sus riquezas.»

De una manera extraña fué tomada la ciudad de Thiano. Heraclammón había indicado á Aureliano un paraje donde la naturaleza había formado como un parapeto, que este príncipe podía escalar sin que le viesen.

Biblioteca Nacional de España

Aureliano subió á él y en seguida, agitando su clámide de púrpura, se mostró á los sitiados y á sus soldados. Al verle, pensaron los primeros que todo el ejército romano estaba ya en la ciudad, y de este modo se apoderó de ella. No debe omitirse aquí un hecho que interesa á la gloria de este gran príncipe. Dícese que había decidido y mandado la destrucción de esta ciudad; pero Apolonio de Thiano, antiguo filósofo muy famoso por su ciencia y sabiduría, verdadero amigo de los dioses y digno él mismo de que se le venerase como á una divinidad, se presentó de pronto al Emperador, bajo su forma acostumbrada y en el momento en que entraba éste en su tienda. Dirigiéndose entonces á él en latín, para que le entendiese el príncipe, que era Pannonio, le dijo: «Aureliano, si quieres reinar, teme verter sangre inocente. Aureliano, muéstrate compasivo si quieres vencer.» El Emperador conocía las facciones del ilustre filósofo, cuyo retrato había visto en muchos templos. Asombrado por aquella aparición, le ofreció dedicarle un cuadro, prometiéndole además estatuas y un templo, y modificó sus disposiciones. Conozco este suceso por los varones más graves de nuestra época; lo he encontrado en los libros de la biblioteca Ulpiana, y lo creo especialmente por el respeto que merece Apolonio. En efecto, ¿ha existido alguna vez mortal más santo, más venerable, sublime y divino? Devolvió la vida á los muertos (1) y dijo é hizo multitud de cosas superiores á las fuerzas humanas, cuyo relato puede verse en los dos autores griegos que escribieron su historia. Por mi parte, deseo, si vivo bastante para ello, y ojalá acoja favorablemente mi promesa, escribir un compendio de la vida de este grande hombre; no porque sus hechos necesiten de mis palabras, sino porque nunca se elogia bastante lo que es admirable.

Después de la toma de Thiano y de ligero combate

(1) Alúdese á un hecho que refiere Filostrato en su historia; pero el mismo Filostrato no se atreve á afirmar que la joven que pasaba por muerta lo estuviese efectivamente.

Biblioteca Nacional de España

cerca de Dafnea, recibió Aureliano la sumisión de Antioquía y prometió perdonar á todos los habitantes. Dócil á los prudentes consejos del venerable Apolonio, mostró en adelante más clemencia y humanidad. En seguida libró á Zenobia y su aliado Zaba (1), cerca de Emessa, una gran batalla, que debía decidir de la suerte del Imperio. Fatigada la caballería de Aureliano, cedía ya y se disponía á emprender la fuga, cuando por favor divino, cuya eficacia demostraron los acontecimientos, un dios reanimó de pronto sus tropas y en el acto ayudaron los infantes á los jinetes para que se rehicieran. Zenobia y Zaba quedaron derrotados, y la victoria de Aureliano fué completa. Dueño del Oriente, entró como vencedor en Emessa, marchando en seguida al templo de Heliogábalo (2), como para cumplir los votos acostumbrados, y allí vió al mismo dios que le había ayudado en el combate. Por esta razón, cuidó de erigir en aquella ciudad muchos templos, que adornó con ricos regalos; y en Roma alzó un templo más hermoso todavía al Sol, como diremos en el momento oportuno.

Después de esto, marchó para sitiar á Palmira, cuya captura había de ser el término de sus expediciones. Pero los bandidos de Siria, que inquietaron su ejército durante la marcha, le hicieron mucho daño, y durante el sitio de Palmira estuvo á punto de que le hiriese una flecha. Consérvase una carta que escribió entonces á Mucapor, en la que habla de las dificultades de esta guerra con exageración indigna de un emperador: «Si

---

(1) Zaba, ó Saba, no era aliado de Zenobia, sino general de sus ejércitos, como dicen Polión y Zósimo, que le nombran Zabdas.

(2) Sin duda reconoció Aureliano en la divinidad que tan oportunamente le socorrió á su dios el Sol, puesto que, en memoria de esta intervención, le erigió después un templo en Roma. Por esta razón también, en cuanto entró en Emessa, marchó al templo de Heliogábalo, que fué sacerdote del Sol, y hasta adorado como Sol después de su muerte. Zósimo no dice nada de esta intervención divina.

Biblioteca Nacional de España

damos oídos á los Romanos, no hago la guerra más que á una mujer, como si Zenobia combatiese sola y con sus propias fuerzas contra mí. Todo lo contrario, me opone tantos enemigos como podría oponerme un hombre, y despliega una actividad que hacen más temible la conciencia de su usurpación y el temor del castigo. Imposible enumerar todos sus recursos; el inmenso número de flechas, las máquinas de guerra y la cantidad de venablos y de piedras. No hay punto de las murallas que no esté defendido por dos ó tres balistas, y las máquinas lanzan hasta fuego. En una palabra, tiene miedo como mujer, y pelea como culpable que teme el castigo. Espero, sin embargo, que los dioses, que siempre han secundado nuestros esfuerzos, favorezcan la República.»

Cansado al fin por la duración del sitio y desalentado por sus pérdidas, Aureliano se decidió á escribir á Zenobia, aconsejándola que se rindiese y prometiéndola la vida. La carta dice así: «Aureliano, emperador del mundo romano y vencedor del Oriente, á Zenobia y á todos sus partidarios. Debería haber hecho espontáneamente lo que os ordeno por esta carta. Os mando que os rindáis, prometiéndoos dejaros vivir. Tú, Zenobia, podras retirarte con tu familia al sitio que te señale, después de consultar al venerable Senado: entregarás al tesoro de Roma lo que posees en pedrería, oro, plata, seda, caballos y camellos. Los Palmiranos conservarán sus derechos.»

Zenobia contestó á esta carta con altivez y orgullo impropios de su situación, creyendo sin duda intimidar á Aureliano. Reproduciré también su respuesta: «Zenobia, reina de Oriente, á Aureliano Augusto. Nunca se atrevió nadie á pedir lo que tú en tu carta. En la guerra, todo debe decidirlo el valor. Quieres que me rinda como si no supiera que la reina Cleopatra prefirió morir á deber á un amo la vida y cualquier género de honores. Esperamos incesantemente los seguros socorros de los Persas: tenemos en favor nuestro los Sarracenos y los Armenios. Ladrones de la Siria han derrotado á tu ejército, Aure-

Biblioteca Nacional de España

liano: ¿qué sucederá cuando hayamos recibido los refuerzos que vienen por todas partes? Seguramente que entonces abandonarás ese tono soberbio con el que exiges mi sumisión, como si tus armas fuesen victoriosas en todos lados.» Nicomaco dice que tradujo al griego esta carta que dictó en siria la misma Zenobia, porque Aureliano escribió en griego la que citamos antes.

No avergonzó al Emperador la lectura de esta carta, pero le enfureció. En el acto reunió el ejército y los generales y atacó á la ciudad por todos lados, redoblando la actividad y no omitiendo nada, vigilándolo todo personalmente. Interceptó los socorros que enviaban los Persas; separó del partido de Zenobia las hordas de Sarracenos y de Armenios que esperaba y las ganó al suyo, bien con amenazas ó bien con su destreza. En fin, después de muchos ataques, venció á aquella poderosa reina. Vencida Zenobia, huía con los camellos que en aquel país llaman dromedarios, procurando llegar á Persia; pero algunos jinetes enviados en su persecución la alcanzaron y entregaron á Aureliano. Vencedor de Palmira, poseedor de todo el Oriente y dueño de Zenobia, á la que encadenó, este príncipe trató á los Persas, á los Armenios y á los Sarracenos con orgullo y altivez contrarios á la buena política. Entonces fué cuando se colgaron en el templo del Sol los vestidos recargados de piedras preciosas, que todavía se ven hoy, los dragones persas (1), las tiaras, y sobre todo esa especie de púrpura que ningún país ha podido dar después y que Roma no ha visto más. Diremos algunas palabras acerca de ella.

Recordaréis que había en el templo de Júpiter Capitulino un manto pequeño de color de púrpura, ante el cual la púrpura de las matronas romanas y la del mismo Aureliano, comparadas con aquel color brillante y di-

(1) Estos dragones, que eran imagen del de la fábula, formaban parte de las enseñas de los Persas, que creían asustar con ellos al enemigo. Los Romanos pusieron también dragones entre sus enseñas, después de las guerras con los Parthos.

Biblioteca Nacional de España

vino, palidecían hasta parecer ceniza. Este manto era un regalo del Rey de los Persas, que lo había hecho traer del interior de las Indias, y que, según dicen, escribió á Aureliano al enviárselo: «Acepta esa púrpura tal como la produce nuestro país.» Pero este era completamente falso; porque más adelante Aureliano, Probo y últimamente Diocleciano enviaron á Persia tintoreros muy hábiles, que buscaron con mucho cuidado aquella clase de púrpura y no pudieron encontrarla. En efecto, dícese que es el sándix de las Indias, planta que, bien empleada, produce ese color incomparable. Pero volvamos á nuestro asunto.

Los soldados pidieron á gritos la muerte de Zenobia; pero considerando Aureliano que sería vergonzoso hacer morir á una mujer, se limitó á condenar á pena capital á la mayor parte de los que habían fomentado, preparado y dirigido aquella guerra, reservando á Zenobia para su triunfo y para el espectáculo del pueblo romano. Triste es tener que citar, entre los condenados á muerte, al filósofo Longino, que, según se dice, era el maestro de Zenobia para la lengua griega; pretendiéndose que Aureliano le hizo morir porque le atribuía la altiva respuesta de la Reina, respuesta que, sin embargo, había sido dictada en siria. El Emperador, después de haber pacificado el Oriente, volvió á Europa como vencedor y derrotó el ejército de los Carpos. Habiéndole dado los senadores, en ausencia suya, el nombre de *Cárpico*, dícese que escribió en seguida: «Solo os queda, padres conscriptos, que llamarme *Carpísculo*»; nombre de un calzado, como es sabido. El nuevo título no correspondía, en opinión suya, á los de *Gótico*, *Sarmático*, *Arménico*, *Pártico* y *Adiabénico*, que llevaba ya.

En los pueblos de la Siria, la fidelidad es virtud rara y difícil: así es que los Palmiranos, después de vencidos y agobiados, aprovecharon para sublevarse la ocupación que daban á Aureliano los asuntos de Europa. Mataron, pues, á Sandarión, á quien había encargado el Emperador la guarda del país, degollaron á seiscientos arque-

Biblioteca Nacional de España

ros y dieron el Imperio á un tal Aquileo (1), pariente de Zenobia. Pero Aureliano, que tenía un ejército perfectamente preparado, volvió de Europa á Oriente, y, en su justo enojo, destruyó á Palmira. La crueldad de Aureliano ó, como dicen algunos autores, su severidad fué extraordinaria; citándose una carta suya en la que manifiesta las terribles venganzas que ejerció sobre los rebeldes. La carta dice así: «Aureliano Augusto á Ceyonio Basso. Ya no es necesario que los soldados usen más sus espadas: á bastantes Palmiranos se ha matado, se ha exterminado ya. No hemos perdonado á las madres: hemos dado muerte á los niños, degollado á los ancianos, pasado á cuchillo á los habitantes de los campos. ¿A quiénes dejaremos en adelante el país? ¿A quiénes la ciudad? Es necesario perdonar el corto número que queda y suponedles corregidos por la vista de tantos suplicios. Quiero que se restablezca ya tal como estaba el templo del Sol, saqueado por el aquilífero de la tercera legión, por el signífero, por el draconario y los que tocan el cuerno y la trompeta. En las cajas de Zenobia tienes trescientas libras de oro; tienes también mil ochocientas de plata procedentes de los bienes de los Palmiranos, y en último término tienes las pedrerías reales. Emplea todas estas riquezas en el adorno del templo, y de esta manera harás cosa agradable á los dioses inmortales y á mí. Escribiré al Senado para que envíe un pontífice que haga la dedicación de ese templo.» Esta carta demuestra que la inflexible crueldad del Emperador estaba satisfecha.

Al fin volvió más tranquilo á Europa, y, gracias á su valor habitual, exterminó á todos los enemigos que la habían invadido. Mientras realizaba estas cosas en las Tracias y en toda Europa, un tal Firmo se apoderó del Egipto, como si aquel país hubiese estado libre, pero sin tomar las insignias del Imperio. Aureliano marchó en seguida contra él y no le abandonó su acostumbrada for-

(1) Zósimo llama Antíoco, y no Aquileo, al que eligieron entonces por jefe los Palmiranos.

Biblioteca Nacional de España

tuna, entrando el Egipto inmediatamente en su deber. Implacable por naturaleza, meditó crueles venganzas contra Tétrico, que ocupaba todavía las Galias, y tomó el camino de Occidente. Tétrico mismo le entregó su ejército (1), cuyos latrocinios no podía soportar ya, y aquellas legiones pasaron al partido de Aureliano. Dueño de toda la tierra, el Emperador, después de pacificar las Galias y recobrar todas las regiones del Imperio, marchó á Roma para celebrar su triunfo sobre Zenobia y Tétrico, es decir, sobre el Oriente y el Occidente.

No será ocioso dar á conocer detalladamente el magnífico triunfo de Aureliano. En él se vieron tres carros reales: uno era el de Odenato, cubierto de plata y oro y pedrería, y admirablemente labrado; otro, el regalado á Aureliano por el Rey de los Persas, no cediendo al primero en el trabajo; el tercero lo había hecho construir Zenobia, que esperaba presentarse en él en Roma. Y en efecto, entró en aquel carro, pero cautiva y como ornamento del triunfo. Otro carro se mostró también, arrastrado por ciervos (2) y que, según se dice, pertenecía al Rey de los Godos. Si ha de creerse á la mayor parte de los autores, Aureliano subió en el hasta el Capitolio, para cumplir el voto que, según se dice, había hecho á Júpiter

(1) Zósimo no refiere estos hechos en el mismo orden ni de la misma manera, sino que dice: «Habiendo sujetado á su obediencia, con increíble rapidez, á los habitantes de Alejandría, que comenzaban á sublevarse, entró en triunfo en Roma, donde le recibieron con extraordinaria concurrencia del Senado y el pueblo. Edificó un templo soberbio en honor del Sol, y lo enriqueció con adornos que había traído de Palmira, erigiendo en este templo las estatuas del Sol y de Bel. Al mismo tiempo reprimió sin trabajo á Tétrico y algunos otros que cometieron la insolencia de sublevarse, y los castigó como merecían.

(2) Dice Zonaro que arrastraban el carro de Aureliano cuatro elefantes. Del triunfo de Aureliano dice el historiador griego: «Este Príncipe reunió al Imperio romano las Galias, separadas desde muchos años por las violencias de los usurpadores de la autoridad, y, después de poner en éstas gobernadores, entró en triunfo en Roma sobre un carro arrastrado por cuatro elefantes.»

Biblioteca Nacional de España

de inmolar los ciervos cogidos al mismo tiempo que el carro. Delante de él marchaban veinte elefantes, fieras de la Libia que habían domesticado y doscientos animales de toda clase traídos de Palestina, que Aureliano regaló inmediatamente á los particulares para que no fuesen carga para el Fisco. En seguida iban conducidos separadamente cuatro tigres, jirafas, alces y otros animales de esta clase; después ochocientas parejas de gladiadores, además de los prisioneros de las naciones bárbaras, como los Blenayos, Axomitas, Arabes, Eudemones, Indios, Bactrianos, Iberos, Sarracenos y Persas, todos con sus regalos. Los prisioneros de los Godos, Alanos, Roxolanos, Sarmatas, Francos, Suevos, Vándalos y Germanos marchaban, con las manos atadas, delante de éstos. Entre ellos se veían también los jefes de los Palmiranos escapados de la matanza y de los Egipcios cogidos como rebeldes.

Veíanse también diez mujeres que habían sido cogidas con las armas en la mano, y vestidas de hombre, entre los Godos. Otras muchas habían perecido, y el cuadro que las representaba indicaba á los Romanos que aquellas mujeres pertenecían á la raza de las amazonas. Otros cuadros, llevados con mucha pompa, contenían los nombres de aquellas naciones. Entre aquella multitud distinguíase Tétrico por su clámide purpúrea, su túnica verde y bragas galas. A un lado marchaba su hijo, al que había hecho emperador en la Galia; después venía Zenobia, adornada de pedrería y cargada de cadenas de oro, que llevaban suspendidas. Llevaban también las coronas de todas las ciudades; coronas de oro con inscripciones que manifestaban su origen. El pueblo romano, los estandartes de los gremios, los soldados llamados catafractarios, las riquezas de los reyes, todo el ejército y los senadores, aunque descontentos al ver á Aureliano triunfar de algunos de ellos, daban mucho esplendor á aquella ceremonia. En fin, con sumo trabajo se llegó á la hora novena al Capitolio, y muy tarde al palacio. En los días siguientes se dieron al pueblo juegos escénicos,

Biblioteca Nacional de España

juegos en el Circo, grandes cacerías, combates de gladiadores y naumaquias.

No omitiremos aquí un hecho cuyo recuerdo ha conservado la tradición y que la historia ha recogido también. Cuando partió Aureliano para la guerra de Oriente prometió al pueblo, si regresaba victorioso, coronas de dos libras (1). Creyó el pueblo que se trataba de coronas de oro, pero no queriendo ó no pudiendo darlas de esta clase mandó confeccionarlas de los panes que llaman flor de harina (2), y dió una á cada uno; de manera que, durante su reinado, cada ciudadano recibió diariamente un pan de esta clase, y transmitió al morir igual derecho á sus hijos. También hizo distribuir carne de cerdo al pueblo romano, costumbre que se conserva todavía. Hizo considerable número de leyes muy sabias é instituyó sacerdocios. Elevó un templo al Sol (3), aumentó los privilegios de los pontífices y fijó los emolumentos de los arquitectos y de sus discípulos. Hecho esto, marchó á las Galias y libró á los Vindelicios de las incursiones de los bárbaros. En seguida volvio á Iliria, reunió un ejército más fuerte por el valor que por

(1) Antes de Aureliano se hacían panes en forma de corona para ciertos sacrificios. Algunos hacen remontar al tiempo de Trajano la época en que comenzó la distribución de pan en vez de la de trigo. Otros creen que debe atribuirse al reinado de Aureliano, así como las distribuciones de carne de cerdo, de que se habla más adelante. Zósimo dice también que Aureliano hizo distribuir pan al pueblo de Roma; pero no dice si estableció la costumbre ó no hizo más que continuar la antigua.

(2) En Roma había panaderos que no confeccionaban más pan que el de flor de harina, por lo que se les llamaba *siligi-narii*.

(3) Zósimo dice: «Hizo construir un templo magnífico en honor del Sol y lo enriqueció con adornos que había traído de Palmira, y en él erigió las estatuas de este dios y la de Bel.» No se limitó Aureliano á profesar este culto, en el que había sido educado, sino que persiguió á los cristianos. Zonaro dice así: «Al comenzar su reinado mostró cierta clemencia con los cristianos; pero después cambió de conducta é hizo contra ellos leyes muy rigurosas, cuya ejecución evitó la justicia divina poniendo fin á su vida.»

Biblioteca Nacional de España

el número, y declaró la guerra á los Persas, sobre los cuales había conseguido ya gloriosas victorias en la misma época en que venció á Zenobia. Pero estando en camino fué víctima de la perfidia de su secretario y le mató Mucapor en Cenofrurio (Castillo Nuevo), mansión imperial entre Heraclea y Bizancio.

Para que no se ignore acontecimiento tan importante, diré en pocas palabras por qué motivo fué muerto Aureliano. Imposible es negar que este príncipe fué duro, cruel y sanguinario. Habiendo llevado el rigor hasta á hacer morir á la hija de su hermana, por motivo que no era suficientemente grave, comenzó á hacerse odioso á su familia. Ocurrió después, por la fatalidad que lleva los hombres á su fin, que habiendo amenazado por no sé qué sospecha á un tal Menestheo, secretario suyo y dícese que liberto, éste no pensó más que en vengarse. Como sabía que Aureliano no amenazaba nunca en vano y que el efecto seguía de cerca á la amenaza, escribió una lista de algunos nombres, en la que, con personas que el Emperador odiaba verdaderamente, mezcló otras á las que no quería mal, cuidando de añadir su propio nombre para dar más verosimilitud á sus inquietudes. En seguida, comunicando aquella lista á todos los inscritos en ella, les dijo que Aureliano había decidido su muerte, y que debían adelantársele si tenían valor. La noticia aterró á los amenazados por la cólera de Aureliano, y exasperó á aquellos cuyos servicios y abnegación recompensaba tan mal, y reuniéndose todos contra él, le mataron en el punto que he citado cuando marchaba contra los Persas.

Así terminó aquel príncipe más útil que bueno. Descubierta la trama después de su muerte, sus asesinos le erigieron una tumba y un templo. Sin embargo, Menestheo fué atado más adelante al poste de los criminales y entregado á las fieras; suplicio cuyo recuerdo se ha perpetuado con dos columnas de mármol levantadas en el mismo paraje donde tuvo lugar; sobre estas dos columnas se alzan estatuas del divino Aureliano. Extraor-

Biblioteca Nacional de España

dinariamente sentido por el Senado, mucho más lo fué por el pueblo romano, que generalmente le llamaba «el pedagogo de los senadores». Este príncipe reinó seis años menos algunos días, y, por sus hazañas, fué colocado en el rango de los dioses. Citaré aquí un hecho que consignan algunos historiadores y que debe incluirse en la vida de este emperador. Dícese que Quintilio, hermano de Claudio, habiendo sabido en una plaza fuerte de Italia la muerte de su hermano, se apoderó inmediatamente del Imperio, pero que informado en seguida del advenimiento de Aureliano, y viéndose abandonado por todo su ejército, después de procurar en vano levantarle contra su rival, se cortó las venas (1) y pereció á los veinte días de reinado. Aureliano purgó al mundo entero de todos los crímenes que se cometían antes de él, de todas las malas acciones, de todas la industrias culpables, y, en fin, de todas las facciones.

Creo que también corresponde á mi propósito decir aquí que en nombre de su hijo Balbato, y no en el de Timolao y de Herenniano, se apoderó del Imperio Zenobia y lo conservó. También surgió bajo Aureliano una sedición que se llamó la guerra de los monederos (2),

---

(1) Zonaro y Zósimo, en la *Vida de Claudio*, refieren el mismo hecho, pero con algunas diferencias. «Como Quintiliano era muy sencillo, dice el primero, y completamente incapaz para los negocios, á la primera noticia de la proclamación de Aureliano hízose abrir las venas de las manos y murió por la pérdida de la sangre, después de haber gozado del Imperio, á manera de un sueño, durante diez y siete días.» «Algunos historiadores han escrito, dice Zósimo, que en cuanto tuvieron conocimiento de la proclamación de Aureliano, los amigos de Quintiliano le aconsejaron que dejase el poder soberano á un hombre que lo merecía mejor que él: que siguiendo el consejo de éstos, se hizo abrir las venas y dejó correr la sangre hasta que murió de desfallecimiento.»

(2) «Aureliano, dice Zósimo, distribuyó al pueblo monedas nuevas, y para purgar al comercio de toda la falsa que había en circulación, mandó recogerla.» Esta guerra de los monederos fué uno de los acontecimientos más importantes del reinado de Aureliano; y, según un historiador moderno, difícilmente habría

Biblioteca Nacional de España

suscitada por el tesorero Felicísimo. El príncipe desplegó extraordinario rigor para reprimirla, pero perdió en ella siete mil soldados, como lo prueba una carta suya dirigida á Ulpio Crinito, que entonces era cónsul por tercera vez y que anteriormente le había adoptado. «Aureliano Augusto á su padre Ulpio. La fatalidad quiere que turbulencias continuas hagan más difícil todo lo que yo emprendo. Por este motivo, una sedición nacida en el seno mismo de Roma se ha convertido en guerra muy grave. Los monederos, arrastrados por Felicísimo, en otro tiempo el último de mis esclavos y á quien había confiado la guarda del tesoro, han levantado contra mí el estandarte de la rebelión. Verdad es que los he reprimido, pero me ha costado siete mil hombres, entre Iberos, Riparienses, Castrianos y Dacios. Como ves, los dioses inmortales no me conceden victorias fáciles.»

A Tétrico, de quien había triunfado, le hizo censor de la Lucania, y dejó á su hijo en el Senado. Erigió al Sol el templo más hermoso que puede verse, y dió á las murallas de Roma una extensión de más de cincuenta millas de circuito. Persiguió rigorosamente á los denunciadores de profesión y á los delatores. Hizo quemar una vez en el foro Trajano, para tranquilidad de los particulares, los registros públicos que les concernían. Concedió también perdón por los delitos políticos, á ejemplo de los Atenienses, ejemplo que Cicerón recuerda en sus filípicas. Castigó más que militarmente en todas las provincias del Imperio á los concusionarios, y á los que se habían hecho culpables del delito de peculado les hizo sufrir hasta el suplicio de la cruz. Enriqueció con consi-

---

adquirido tanta fuerza, de no haberla sostenido personajes importantes. Los monederos que habían alterado las monedas, temiendo sin duda el castigo de su delito, se sublevaron, poniéndose á su cabeza Felicísimo, tesorero del Emperador; y tan formidable llegó á ser este partido, que se necesitó un ejército para vencerlo. Libróse fuera de las murallas de Roma sangrienta batalla, en la que quedaron vencidos los sediciosos, pero después de matar siete mil hombres de las tropas del Emperador.

Biblioteca Nacional de España

derable cantidad de oro y pedrería el templo del Sol. Viendo devastada la Iliria, despoblada por completo la Mesia, y desesperando de poder conservar la Dacia, de la que Trajano había hecho una provincia romana al otro lado del Danubio, retiró el ejército y los habitantes. En seguida hizo pasar estos pueblos á la Mesia, á la que llamó su Dacia, que hoy divide las dos Mesias. Dícese que fué tan cruel que atribuyó falsamente á algunos senadores tramas y proyectos de usurpación con objeto de tener pretexto para condenarles á muerte. Pretenden algunos escritores que hizo matar al hijo y no á la hija de su hermana, y la mayor parte que al uno y á la otra.

La prudente firmeza del Senado y la imponente circunspección del ejército demuestran á la vez lo difícil que es dar sucesor á un buen príncipe. Después de la muerte de aquel rígido emperador, no queriendo el ejército dar el trono á ninguno de los que habían intervenido en el asesinato de aquel gran príncipe, remitió al Senado el cuidado de reemplazarle. Pero los senadores, por su parte, encargaron la elección al ejército, sabiendo que los soldados no reconocían gustosos más que á los príncipes que ellos elegían. Hasta tres veces se encargaron recíprocamente el nombramiento, de manera que el mundo romano permaneció seis meses sin emperador y todos los magistrados elegidos por Aureliano continuaron en sus cargos, no haciéndose otro nombramiento que el de Falconio para procónsul del Asia, en lugar de Aureliano Fusco.

Es interesante la carta que envió el ejército al Senado: «Los felices y fuertes ejércitos, al Senado y pueblo romano. Nuestro emperador Aureliano ha sucumbido víctima de la perfidia de un hombre solo y del error de algunos hombres honrados y de algunos malvados. Colocad este príncipe en el rango de los dioses, respetables padres conscriptos, y enviadnos como emperador un miembro de vuestro orden soberano, pero que sea digno de tal preferencia. Por nuestra parte no consentiremos

Biblioteca Nacional de España

nunca que nos mande ninguno de los que han cometido ese crimen por error ó malicia.» A esta carta se contestó con un senatusconsulto. Habiéndose reunido considerable número de senadores en la curia llamada Pompiliana el día III de las nonas de Febrero, el cónsul Aurelio Gordiano dijo: «Vamos á poner en conocimiento vuestro, padres conscriptos, una carta de nuestro felicísimo ejército.» Cuando la leyeron, Aureliano Tácito, senador que votaba el primero (y el mismo que fué nombrado por unanimidad emperador después de Aureliano), habló de esta manera: «Los dioses inmortales lo habrían ordenado todo con arreglo á justicia, si hubiesen hecho invulnerables á los buenos para que fuese más larga su vida; si hubiesen negado la facultad de perjudicarles á los que traman contra ellos proyectos cobardes y criminales. Siendo así, todavía poseeríamos á Aureliano, tan necesario á la república. Después de la desgracia de Valeriano, después del funesto reinado de Galieno, la República había comenzado á respirar bajo el imperio de Claudio; pero las victorias de Aureliano en el mundo entero le devolvieron su esplendor. Él nos dió las Galias; él libertó la Italia; él arrancó la Vindelicia al yugo de los bárbaros. Bajo su mando se reconquistó la Iliria, y se devolvieron las Tracias al dominio romano. Él volvió á sujetar á nuestras leyes el Oriente, doblegado bajo el vergonzoso yugo de una mujer. Él fué quien deshizo, derrotó y abrumó á los Persas, triunfantes todavía por la muerte de Valeriano. Hase visto á los Sarracenos, Blemyos, Axomitas, Bactrianos, Seros, Iberos, Albaneses y Armenios y también á los pueblos de la India venerarle como dios. El Capitolio está lleno de los dones que aquel príncipe mereció de las naciones bárbaras. Uno solo de nuestros templos posee por su liberalidad quince mil libras de oro, y todos los de Roma brillan con el esplendor de sus regalos. Por estas razones, padres conscriptos, me atrevo á quejarme de los dioses que han dejado matar á un emperador tan grande, quizá con el objeto de tenerle entre ellos. Le otorgo, pues, los

Biblioteca Nacional de España

honores divinos, y creo que todos me aprobaréis. En cuanto á la elección de emperador, opino que se encargue al ejército; porque esta elección, si no se hace lo que se dice, expone á graves peligros á aquel en quien recaiga y al odio el que la hace.» Aprobóse la opinión de Tácito; pero como por ambas partes se cedieron muchas veces la elección, un senatusconsulto, que reproduciremos en la vida de Tácito, le nombró emperador.

Aureliano no dejó más que una hija, cuyos descendientes se encuentran hoy en Roma. Aureliano, en otro tiempo procónsul de Cilicia, senador de los más notables por su independencia, y que actualmente vive en Sicilia, es nieto suyo. ¿En qué consiste que entre tantos Césares haya habido tan pocos príncipes buenos? Los fastos públicos nos ofrecen larga serie de emperadores desde Augusto hasta Diocleciano y Maximiano; pero los únicos príncipes grandes que se encuentran son Augusto, Flavio Vespasiano, Tito, Cocceyo Nerva, el divino Trajano, el divino Adriano, Antonino Pío, Marco Antonio, Severo el Africano, Alejandro, hijo de Mammea, el divino Claudio y el divino Aureliano; porque Valeriano, que tuvo cualidades excelentes, fué desgraciado en todo. Vese, pues, cuán corto es el número de príncipes que realizaron cosas grandes; por cuya razón decía jocosamente un mímico bufón de Claudio, «que podían inscribirse y pintarse en un anillo solo los buenos príncipes». Y por otra parte, ¡qué serie de emperadores detestables! Porque sin hablar de los Vitelios, Calígulas y Nerones, ¿quién dejará de odiar á los Maximinos, Filipos y despreciable turba de malos emperadores? Sin embargo, debo exceptuar á los Decios, cuya vida y muerte hicieron semejantes á los modelos de la antigüedad. Generalmente se pregunta «qué hace los malos príncipes». En primer lugar, amigo mío, el desorden de las costumbres y después la abundancia de todos los bienes. Unase á esto amigos corrompidos, ministros detestables, eunucos avaros, cortesanos estúpidos ú odiosos, y lo que no podría negarse, la ignorancia de los negocios públicos. He oido

Biblioteca Nacional de España

referir á mi padre que el emperador Diocleciano decía, después de volver á la vida privada, «que no hay nada más difícil que gobernar bien». Reúnense cuatro ó cinco personas para engañar al príncipe, y no le dicen más que lo que quieren que apruebe. El príncipe, que está encerrado en su casa, no conoce la verdad y tiene que confiar en los relatos que le hacen; otorga magistraturas á hombres indignos y separa del gobierno á los que debería llamar. En fin, como decía el mismo Diocleciano: «El mejor príncipe, el más prudente, el más sabio se encuentra vendido por sus cortesanos.» Cito las mismas palabras de Diocleciano para que consideréis que nada es tan difícil como encontrar un buen príncipe.

Muchos historiadores no cuentan á Aureliano entre los buenos ni entre los malos príncipes, porque careció de la primera virtud del emperador, que es la clemencia. Verconio Herenniano, prefecto del Pretorio bajo Diocleciano, refería, según testimonio de Asclepiodoto, que Diocleciano decía con frecuencia, censurando la ferocidad de Maximiano (1), que el verdadero puesto de Aureliano era al frente de un ejército más bien que sobre el trono, porque no le perdonaba su crueldad. Mencionaré aquí un hecho asaz extraordinario, que conocía Diocleciano, y que, á creer á Asclepiodoto, él mismo comunicó á su consejero Celsino, aunque mejor que nosotros podrá juzgar de este hecho la posteridad. Decía, pues, que habiendo consultado en cierta época Aureliano á las druidesas galicanas para saber si sus descendientes permanecerían en el trono, le contestaron que ningún nombre llegaría á ser tan ilustre en la república como el de los descendientes de Claudio. Constancio, de la misma sangre que él, es emperador ya, y su descendencia se elevará sin duda á la gloria que anunciaron las druidesas. He incluído esta anécdota en la vida de Aureliano, porque la respuesta se dió á este príncipe.

(1) Maximiano Hércules, colega de Diocleciano, y uno de los perseguidores más crueles de los cristianos.

Biblioteca Nacional de España

Aureliano impuso al Egipto, á título de tributo perpetuo, obligación de enviar á Roma vidrio, papel, lino, cáñamo y otras mercancías de su país. Fundó termas de invierno al otro lado del Tíber, porque no abundaba allí el agua fría. Hizo comenzar en Ostia, cerca del mar, un foro que debía llevar su nombre, y donde después se estableció un pretorio público. Hizo favores á sus amigos, pero con parsimonia y equidad, queriendo á la vez ponerles por medio de sus dones al abrigo de la necesidad, y por la medianía de su fortuna al abrigo de la envidia. Nunca tuvo en su guardarropa traje alguno completamente de seda, ni permitió á nadie el uso de tales vestidos. Habiéndole pedido su esposa el uso de un manto de seda teñido de púrpura, contestó: «No permita el cielo que compre yo hilo á peso de oro»; porque entonces equivalía una libra de seda á igual peso de oro.

Tuvo conatos de prohibir el uso del oro para adornar habitaciones, túnicas ó pieles, y que se le mezclase con la plata. Decía que en el mundo hay más oro que plata; pero que el oro se pierde por la costumbre que hay de reducirlo á láminas, hilarlo ó fundirlo, mientras que la plata permanece siempre como es. Permitió á cuantos quisieron el uso de copas y vasos de oro (1). Concedió además á los particulares la facultad de tener carruajes adornados con plata (2), mientras que los suyos estaban guarnecidos con bronce ó marfil. Otorgó á las mujeres distinguidas el derecho de llévar túnicas y otros trajes de color de púrpura, habiendo sido antes de otros colores sus vestidos, especialmente rojo obscuro. Fué el primero que permitió el uso de hebillas de oro á los soldados, que hasta entonces las habían usado de plata. También fué el primero que les dió verdaderas fajas bor-

(1) Aureliano creía impedir por este medio que disminuyese el oro por consecuencia de las preparaciones á que con tanto sentimiento veía someterlo.

(2) Alejandro Severo concedió este mismo permiso á los senadores.

Biblioteca Nacional de España

dadas, cuando antes las habían llevado con rayas rectas de púrpura. Las que Aureliano les distribuyó eran, según las circunstancias, de un color, de dos ó tres y hasta cinco, como son hoy las telas de lino.

Aumentó en una onza (1), sobre el tributo de Egipto, el pan distribuído al pueblo de Roma, como él mismo dice, gloriándose de ello, en carta dirigida al prefecto de los víveres de la ciudad. « Aureliano Augusto á Fabio Arabiano, prefecto de los víveres. De cuantas ventajas hemos procurado, con el auxilio de los dioses, á la república, en mi opinión ninguna hay tan preciosa como haber aumentado una onza á todas las provisiones que se consumen en Roma, y para perpetuarla he establecido nuevos bateleros en el Nilo, en Egipto y en Roma. He levantado las riberas del Tíber y he hecho ahondar el lecho. He dispuesto se hagan votos á los dioses inmortales y sacrificios á la benéfica Ceres. Ahora tú, mi querido Arabiano, habrás de tomar disposiciones para que mis reglamentos no sean inútiles. Ningún pueblo saborea tanto como el romano el placer del bienestar.» También había decidido Aureliano distribuir vino gratuitamente al pueblo Romano, así como se le daba aceite, pan y carne de cerdo, y hasta hacer perpetua esta distribución.

Existen en la parte de la Etruria que lleva el nombre de Aurelia, hasta los Alpes marítimos, campos inmensos, fértiles y cubiertos de bosques. Aureliano quería comprar á los propietarios que consintiesen en ello aquellas tierras que no cultivaban, establecer en ellas familias de prisioneros, plantar viñedos en las montañas y dar al pueblo romano todo el vino que recolectasen, sin que el fisco tuviese sobre él ningún derecho. Había calculado ya el gasto de las cubas, vasijas y toneles, así

(1) El peso del pan que distribuían al pueblo los emperadores fué aumentando, y bajo los sucesores de Aureliano llegó para cada ciudadano á tres libras, ó sea treinta y seis onzas, porque la libra romana constaba el doce onzas.

Biblioteca Nacional de España

como el de la mano de obra. Pero muchos escritores pretenden que el prefecto del Pretorio disuadió á Aureliano, diciéndole: «Si damos también vino al pueblo, ya no nos quedará qué darle más que gallinas y patos.» Prueba es de que Aureliano se ocupó seriamente de este proyecto y que tomó las disposiciones necesarias, que ejecutó al menos en parte, el hecho de que el fisco distribuyese vino al pueblo, aunque no gratuitamente, sino por dinero, bajo los pórticos del templo del Sol. Añadiremos que Aureliano dió al pueblo tres congiarios, que le regaló, sobre el tributo de varias provincias, túnicas blancas con mangas, y además otras de lino puro de Africa y Egipto. También fué el primero que dió al pueblo romano pañuelos pequeños para aplaudir en los juegos.

Cuando se encontraba en Roma no gustaba de permanecer en el palacio, prefiriendo habitar en los jardines de Salustio ó en los de Domicia. En los jardines de Salustio adornó el pórtico de mil columnas, y aunque no gozaba de buena salud, diariamente hacía á caballo fatigoso ejercicio. A los esclavos y dependientes de su casa que cometían alguna falta, les hacía castigar ante su vista, para mantener severa disciplina en su casa, según unos, para satisfacer sus inclinaciones á la crueldad, según otros. Castigó con la muerte á una criada suya que había cometido adulterio con un esclavo. Entregó al rigor de las leyes y de los juicios públicos á muchos esclavos suyos que habían faltado á sus deberes. Quiso restablecer el Senado de las mujeres, ó Senado menor, y llamar á él primeramente aquellas que, por juicio de los senadores, hubiesen merecido sacerdocios. Prohibió á todos los hombres, y no dejó más que á las mujeres, el uso de calzado rojo, amarillo, blanco y verde. Permitió á los senadores que tuviesen correos vestidos como los suyos. Prohibió se tuviesen concubinas de condición libre. Determinó para cada cual, según la renta declarada al Senado, el número de eunucos, cuyo precio había aumentado excesivamente. Jamás tuvo vasija de plata que pasase de treinta libras.

Biblioteca Nacional de España

Su comida se componía especialmente de carnes asadas. Gustaba mucho del vino tinto. Nunca llamaba médico cuando se encontraba enfermo, curándose él mismo generalmente por medio de dieta. En las fiestas Sigilarias daba á su esposa y á su hija anillos como los particulares. Siendo emperador, no cambió en nada el traje de sus esclavos, exceptuando á dos antiguos servidores, Antiscio y Gilón, á los que trató con tantos miramientos como si fuesen libertos, y á los que, después de su muerte, un decreto del Senado concedió libertad. Rara vez se entregaba á los placeres, pero gustaba mucho de ver los mímicos, y especialmente á Fagón, que era tan voraz, que un día comió al lado de la mesa del Emperador un jabalí entero, cien panes, un carnero y un lechón, y bebió por un embudo más del contenido de un tonel. Si se exceptúan algunas sediciones en Roma, el reinado de Aureliano puede pasar por muy feliz. El pueblo romano amó á este emperador, y el Senado le temió.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

AURELIANO.

SUPLEMENTO.

El autor refiere sin orden las guerras de Aureliano. Zósimo las relata de la siguiente manera: «En cuanto Aureliano afirmó los fundamentos del poder soberano, salió de Roma para Aquilea y de aquí para la Pannonia para preservarla de las incursiones de los Scitas, que, según sabía, iban á atacarla muy pronto. Mandó prevenir á los habitantes que encerrasen en las ciudades los granos y ganados, disposición que tomaba para aumentar la escasez en que se encontraba el enemigo. Habiendo pasado el río los bárbaros, libró un combate en la Pannonia; pero sobrevino la noche, y dejó incierta la victoria. Habiendo repasado el río los bárbaros, al amanecer enviaron á pedir la paz.

»Sabiendo el Emperador que los Germanos y otras naciones vecinas proyectaban invadir la Italia, el deseo que tenía de preservar á Roma y los parajes inmediatos le obligó á partir de Pannonia, después de dejar allí algunas tropas para defenderla. Habiendo librado combate á los bárbaros cerca del Danubio, destrozó á muchos millares de ellos. Convictos algunos senadores en esta época de haber conspirado contra el Emperador, fueron castigados con la muerte. Al mismo tiempo se averiguó que Epitimo, Urbano y Domiciano excitaban turbulencias, y les castigaron como merecían.

Biblioteca Nacional de España

»Encontrándose en este estado los asuntos de Italia y de Pannonia, ocurrióse al Emperador llevar un ejército contra los Palmiranos, que eran ya dueños del Egipto y del Oriente hasta Ancira, ciudad de Galacia, y que proyectaban apoderarse de la Bitinia hasta Calcedonia, si los habitantes de este país no hubiesen rehusado someterse, en cuanto supieron que Aureliano ocupaba el trono. Habiendo avanzado, pues, el Emperador hasta Ancira, la redujo á su obediencia; después á Thiano y todas las demás hasta Antioquía, donde se encontraba Zenobia con poderoso ejército. Preparóse valerosamente al combate; pero habiendo observado que la caballería de los Palmiranos estaba mejor armada y era más experimentada que la suya, colocó su infantería más allá del Oronto, y mandó á su caballería que no pelease con la palmirana, que se encontraba descansada, sino que simulase huir y se retirase hasta que viesen cansados los caballos y no pudiesen perseguirla, tanto por el excesivo calor, como por el peso de las armas. La caballería romana esperó, obedeciendo la orden del Emperador, á que los Palmiranos estuviesen cansados y casi inmóviles, y entonces, volviendo bridas los derribaron, aplastando á unos bajo los caballos, y atravesando á otros con las espadas.

»Habiendo entrado en Antioquía los que consiguieron escapar de la derrota, Zabdas, general del ejército de Zenobia, temiendo que los habitantes se subievasen contra él al tener noticia de la victoria de los Romanos, cogió un anciano de grises cabellos, le puso un traje parecido al que Aureliano llevaba en las batallas, y le paseó por la ciudad, para hacer creer al pueblo que se había apoderado del Emperador. Logrando buen resultado la estratagema, salió á la noche siguiente de Antioquía con las tropas que le quedaban y Zenobia, y se retiró á Emessa. El Emperador tenía el proyecto de ponerse al frente de la infantería en cuanto amaneciese, y caer sobre el enemigo, que estaba ya derrotado. Pero cuando supo que Zenobia se había retirado, entró en

Biblioteca Nacional de España

Antioquía, donde le recibieron con regocijo los habitantes; y habiendo sabido que muchos habían huído solamente por temor de ser maltratados en castigo de haber servido á Zenobia, hizo publicar por todas partes que podían regresar, y que atribuía todo lo sucedido á la necesidad en que se habían encontrado, y no á su inclinación. Regresando, pues, en grupos á su ciudad, el Emperador les recibió afablemente; y en cuanto dió las órdenes que creyó necesarias, partió con dirección á Emessa. Viendo que un grupo de Palmiranos se había apoderado de una altura que domina al pueblo de Dafnea, en la creencia de que aquella posición cerraría el paso á los Romanos, mandó á sus soldados que estrechasen las filas, que se cubriesen con los escudos y trepasen á la altura, rechazando, con el buen orden y firmeza de filas, los venablos y piedras que cayesen sobre ellos. Las tropas ejecutaron la orden con sin igual ardimiento, y en cuanto se encontraron en la altura, ya no tuvieron ventaja los Palmiranos, resultando más fuertes los Romanos, rechazándoles y ahuyentándoles de tal manera, que unos cayeron en los precipicios, y otros quedaron atravesados por las espadas de sus enemigos. Esta victoria dejó el paso libre y seguro al ejército romano, regocijado porque lo mandaba el Emperador. Inmediatamente fué recibido en Apamea, Larissa y Aretusa.»

Zósimo refiere de la manera siguiente la gran batalla de Emessa: «Cuando vió al ejército palmirano ordenado en una gran llanura fuera de Emessa, que se elevaba á setenta mil combatientes, y que estaba formado tanto de Palmiranos como de toda clase de extranjeros que habían adoptado su partido, formó también el suyo, en el que había Dálmatas á caballo, Mesios y Pannonios, soldados procedentes de Baviera y Retes, que son tropas que se mantienen en las Galias. También había cohortes del Emperador formadas por gente escogida; Moros á caballo, tropas de Tyano, de Mesopotamia, de Siria, de Fenicia y de Palestina, que además de las armas ordinarias llevaban palos y mazas. Habiendo llegado á las

Biblioteca Nacional de España

manos los dos ejércitos, la caballeria romana fingió ceder, pero en realidad lo que hizo fué replegarse por temor de que la envolviese la palmirana, que era más numerosa. Habiendo desordenado ésta sus filas para perseguir á los fugitivos, la estratagema de los Romanos les dió mal resultado, porque se encontraron debilitados y perdieron tantos jinetes, que la esperanza de la victoria no descansó ya más que en el valor de la gente de á pie. En efecto, viendo que la caballería de los Palmiranos había descompuesto las filas para perseguir á los fugitivos, la atacaron aprovechando su desorden, é hicieron considerable matanza, tanto con las armas ordinarias, como con los palos y mazas de los soldados de Palestina, que contribuyeron mucho á que se ganase la batalla. Habiendo emprendido abiertamente la fuga los Palmiranos, unos fueron aplastados por sus compañeros, y otros muertos por los Romanos. El campo quedó cubierto de hombres y caballos, y los que pudieron escapar se retiraron á la ciudad. Muy afligida Zenobia por la derrota de su ejército, celebró consejo para deliberar acerca del presente estado de sus asuntos, opinando unánimemente los jefes por el abandono de Emessa, cuyos habitantes se habían declarado por los Romanos, y retirarse á Palmira, donde podrían deliberar tranquilamente acerca de los medios para atender á su seguridad. Esta resolución se ejecutó enseguida.»

Nada dice Zósimo acerca de la correspondencia entre Aureliano y Zenobia durante el sitio de Palmira, que refiere de la manera siguiente: «Enterado Aureliano de la fuga de Zenobia, entró en la ciudad de Emessa, cuyos habitantes le recibieron con mucho agrado. Apoderóse allí de las riquezas que Zenobia no había podido llevarse, y tomó el camino de Palmira. Cuando llegó allá, la puso sitio, y sacó de los pueblos inmediatos las provisiones necesarias para la subsistencia de su campamento. Los Palmiranos cometían la insolencia de burlarse sangrientamente del Emperador como si atacase una plaza inexpugnable. Los sitiados se defendieron valerosamente,

Biblioteca Nacional de España

esperando que la escasez de víveres obligaría á los sitiadores á retirarse. Pero cuando vieron que continuaba el sitio, y ellos mismos se sintieron presa del hambre, decidieron huir hacia el Eufrates é implorar el socorro de los Persas. Acordado esto, colocaron á Zenobia sobre un camello que vencía á los caballos en ligereza, y la sacaron de la ciudad.

»Disgustado el Emperador por aquella fuga, con su acostumbrada actividad envió caballería en su persecución. Encontrándola sus perseguidores embarcada ya en el Eufrates, se la trajeron, experimentando suma alegría Aureliano al verla en su poder; aunque amenguó el regocijo la idea de que la captura de una mujer no era hazaña digna de su ambición, ni podía hacer su nombre muy famoso en lo venidero. Despnés de la prisión de la Princesa, dividiéronse los habitantes, opinando unos que debían arriesgar la vida por la conservación de su ciudad y defenderse hasta el último extremo, y los otros prorrumpiendo en súplicas y pidiendo perdón desde las murallas. El Emperador escuchó favorablemente los ruegos, les prometió perdón, y ellos en seguida le llevaron regalos y víctimas, que recibió, despidiéndoles sin hacerles ningún daño.

»Cuando se vió de esta manera dueño de la ciudad, recogió sus riquezas y regresó á Efeso, adonde hizo que le precediese Zenobia con aquellos que habían favorecido la revolución. Zenobia se excusó con la debilidad de su sexo, y achacó la culpa de lo ocurrido á los que la habían aconsejado mal, acusando entre otros á Longino, que ha dejado escritos tan útiles á los amantes de las bellas letras. Convicto de ello, fué condenado á muerte, que soportó con tal firmeza, que consoló hasta á los que deploraban su desgracia. Igual pena sufrieron otros muchos acusados.»

Aunque no muy interesante para la historia de esta época, citaremos también el siguiente pasaje de Zósimo:

«Creo deber referir lo que ocurrió antes de la derrota

Biblioteca Nacional de España

de los Palmiranos, aunque se aleje algo del objeto que me he propuesto al escribir esta historia. Porque habiendo demostrado Polibio en qué poco tiempo conquistaron los Romanos un Imperio muy vasto, demostraré á mi vez en qué poco tiempo lo perdieron por su culpa. Pero no lo haré en seguida. Habiéndose apoderado los Palmiranos de considerable parte del Imperio romano, muchos oráculos predijeron la destrucción de su poder. En Seleucia, ciudad de la Cilicia, había un templo dedicado á Apolo Sarpedonio, donde daba respuestas al que le consultaba. Dícese que molestando á los habitantes las langostas, les dió seleucidas (aves de las cercanías), que perseguian á las langostas, y en un momento mataron cantidad increíble. Los hombres de este siglo se han hecho indignos de tan extraordinario favor. Habiendo consultado los Palmiranos al oráculo para saber si conseguirían el imperio de Oriente, les contestó en estos términos:

Salid de mi palacio, odiosos impostores,
Y no importunéis más á los dioses.

»Habiendo consultado algunos relativamente al éxito de la expedición de Aureliano, contestó:

El vuelo del halcón hace temblar á la paloma.

»También ocurrió otra cosa á los Palmiranos. Entre Heliópolis y Biblos existe un lago llamado Afaca, donde Venus Afaticida tiene dedicado un templo. Cerca del lago hay un templo, y cuantas veces se reunen en él vense en el aire en las cercanías globos de fuego, prodigio que se ha observado en nuestros días. Los que van allí llevan á la diosa regalos en oro y plata, telas de lino, seda y otras materias preciosas y las colocan sobre el lago. Cuando son agradables á la diosa, se van al fondo, sucediendo esto hasta con las telas más ligeras, y cuando son desagradables flotan sobre el agua, á pesar del na-

Biblioteca Nacional de España

tural peso de los metales. Habiendo acudido los Palmiranos á este templo en un día festivo, poco antes de la ruina de su nación, y habiendo colocado sobre el lago considerable cantidad de ofrendas en oro, plata y telas, cayeron á fondo; pero habiendo llevado otras iguales al año siguiente, quedaron en la superficie, presagio claro de lo que había de sucederles. Estas señales obtuvieron los Romanos de la protección de los dioses mientras observaron religiosamente las ceremonias de su culto. Cuando llegue el tiempo de la decadencia del Imperio, señalaré la causa en cuanto me sea posible, y mencionaré los oráculos que la descubren y dan á conocer.»

Zonaro y Zósimo llaman Eros al secretario de Aureliano que tramó su muerte. El primero dice: «Fué muerto cerca de Heraclea, ciudad de la Tracia, durante una expedición que había emprendido contra los Scitas. Un tal Eros, que según unos tenía el cargo de presentar al Emperador las peticiones de los extranjeros y llevarles las respuestas, y según otros no era más que un espía, le tendió un lazo para vengarse, porque le había reprendido severamente. Falsificó su letra y escribió bajo su nombre una lista de los varones más importantes del Imperio para darles muerte. Enseñóles la lista, y con este artificio les llevó á atentar á la vida de su príncipe y á deshacerse de él en el sexto año de su reinado.»

Zósimo dice: «Cuando se encontraba en Perintha, llamada actualmente Heraclea, tramaron una conspiración contra él. Encontrábase en la corte un hombre llamado Eros, á quien el Emperador había hecho secretario suyo. Habiéndole amenazado un día con castigarle por una falta que había cometido, se dirigió á los magnates á quienes conocía como los más atrevidos, y habiéndoles enseñado cartas falsas del Emperador, cuya letra imitaba desde mucho antes, y apareciendo en aquellas cartas su propósito de darles la muerte, les aconsejó que se adelantasen y salvasen matándole. Acecháronle, pues, y habiendo salido de Perintha con corto número de

Biblioteca Nacional de España

guardias, cayeron sobre él espada en mano y le llenaron de heridas. El ejército le enterró en el mismo paraje con mucha magnificencia, en consideración á sus hazañas y los peligros que había corrido en interés del Imperio.»

Biblioteca Nacional de España

EL EMPERADOR TÁCITO,

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA.

SUMARIO.

De los interregnos y de la manera como se atendía á ellos en tiempo de la República.—Después de la muerte de Adriano la República permanece seis meses sin emperador, sin que se turbe la paz en ninguna parte.—El ejército y el Senado se remiten recíprocamente la elección de emperador.—El Senado elige emperador á Tácito á pesar de su negativa.—El Prefecto de Roma anuncia delante de él la elección al pueblo, que la confirma con sus aclamaciones.—Estos senatusconsultos se escribían en placas de marfil.—Tácito marcha al ejército, y el Prefecto del Pretorio le da á reconocer á los soldados, á quiénes habla en seguida el Emperador.—Su primera oración en el Senado.—Sus reglamentos concernientes á las estatuas y retratos de Aureliano, mezcla de los metales, testimonio de los esclavos, memoria de los buenos príncipes, etc. —Pide el consulado para su hermano Floriano, y se regocija, como de una prueba de la independencia de los senadores, de que rechacen su petición.—Su caudal.—Sus donativos al Estado.—Su sencillez.—Manda hacer copias de la *Historia* de Tácito.—Sus generosidades públicas.—Su sobriedad.—Sus gustos.—Sus comidas.—Sus costumbres.—Puesto el Senado en posesión de elegir emperadores, lo anuncia á todas las provincias del Imperio y á todos los pueblos de la tierra.—Tácito hace perecer á todos los cómplices del asesinato de Aureliano.—Rechaza á los bárbaros.—Da su nombre al mes de Septiembre.—Perece después de seis meses de reinado, y le sucede Floriano.

Los pontífices, encargados en otro tiempo de escribir la historia, nos dicen que después de la muerte de Ró-

Biblioteca Nacional de España

mulo, cuando acababa de fundarse el Imperio romano, ocurrió un interregno durante el cual buscóse á aquel gran príncipe digno sucesor. Lo mismo sucedió después de Aureliano, por consecuencia de una especie de lucha entre el ejército y el Senado; lucha que no tenía por causa envidioso disentimiento, sino generosa y mutua deferencia, y que duró seis meses completos (1). Sin embargo, este interregno difiere del anterior en muchas circunstancias; porque en el que hubo después de la muerte de Rómulo se crearon interreyes, y durante todo aquel año se encargó el gobierno, de cinco en cinco días, de cuatro en cuatro y de tres en tres, á cien senadores; de suerte, que los más importantes desempeñaron por turno las funciones de interreyes. De aquí resultó que durando algunos años el interregno (2), ningún ciudadano de aquellos, iguales en dignidad, podía permanecer extraño al gobierno de la patria. Añadiré que hasta bajo los cónsules y tribunos militares, investidos de la autoridad consular, cuando ocurría un interregno se atendía á él por medio de interreyes, no dejando jamás de crearlos la República romana aunque fuese por dos ó tres días. Se me objetará sin duda que antiguamente permaneció Roma durante cuatro años sin magistrados curules; pero había tribunos del pueblo, investidos de la autoridad tribunicia, que es parte considerable de la autoridad real. Sin embargo, no se ha dicho que se eligiese entonces interreyes, sino que, por el contrario, los historiadores más dignos de fe aseguran que éstos eligieron primeramente los cónsules, quienes reunieron los comicios para la elección de los demás magistrados.

Dando, pues, raro y difícil ejemplo de perfecta conformidad, el Senado y el pueblo romano dejaron la República sin emperador durante seis meses, empleados en

---

(1) Aurelio Víctor dice que este interregno duró cerca de seis meses.

(2) El autor se separa de la *Historia* de Tito Livio, que dice duró solamente un año este interregno.

Biblioteca Nacional de España

buscar uno bueno. ¡Cuánta concordia en los soldados! ¡Cuánta seguridad en los ciudadanos! ¡Qué noble autoridad en el Senado! No surgió entonces ningún tirano, y el mundo entero permaneció en paz, bajo la autoridad del Senado, del ejército y del pueblo. El origen de esta universal prudencia no era el temor al poder imperial ó á la autoridad tribunicia; sino, lo que es mucho más importante, el respeto que se inspiraban mutuamente. Necesario es, sin embargo, manifestar la causa de aquella feliz armonía y transmitir á la posteridad, en los imperecederos monumentos de la historia, el ejemplo de esta admirable moderación, con objeto de enseñar á los que aspiran á reinar que los Imperios no son el premio de la fuerza, sino de la virtud. Como dijimos en el libro precedente, Aureliano pereció víctima de la perfidia de un odioso esclavo y del error de algunos soldados, á los que es fácil engañar, porque rara vez están tranquilos, sino aturdidos por el vino, siendo casi siempre incapaces de reflexión. Cuando la razón recobró su imperio y el ejército castigó severamente á los culpables, se pensó en la elección de emperador. Entonces los soldados, acostumbrados á hacer apresuradamente esta elección, pero irritados contra sus jefes, enviaron al Senado la carta que citamos en el libro anterior y le pidieron un príncipe de su orden. Esta asamblea, que sabía no agradaban á los soldados los príncipes que ella elegía, les encargó la elección; renovándose este encargo por una y otra parte durante seis meses.

Pero es importante saber cómo fué elegido Tácito. El séptimo día de las kalendas de Octubre, habiéndose reunido los senadores en la curia llamada Pompiliana, el cónsul Velio Cornificio Gordiano les dijo: «Os proponemos, padres conscriptos, lo que ya os hemos propuesto más de una vez. Es necesario elegir emperador; el ejército no puede permanecer más tiempo sin jefe, y apremiante necesidad nos obliga á darle uno. Dícese que los Germanos han atravesado las fronteras del Rhin, que se han apoderado de muchas plazas fuertes, de ciudades impor-

Biblioteca Nacional de España

tantes, ricas y poderosas. Aunque no se habla de ningún movimiento de los Persas, pensad en el carácter inconstante de los Sirios, que prefieren les gobiernen hasta mujeres, á soportar nuestra legítima dominación. ¿Y el Africa? ¿Y la Iliria? ¿Y el Egipto? ¿Y todos esos ejércitos diseminados en el mundo? ¿Creéis que pueden permanecer mucho tiempo sin jefe? Resolved de una vez, padres conscriptos, y nombrad emperador. El ejército aceptará el que elijais, ó si lo rechaza nombrará otro.»

Tácito, que era consular y el primero en exponer su opinión, iba á hablar, aunque se ignora qué iba á decir, cuando el Senado exclamó unánimemente: «¡Tácito Augusto, que los dioses te guarden! A tí te elegimos, á tí te hacemos emperador; te confiamos el gobierno de la República y del mundo. Recibe el Imperio de manos del Senado; tu rango, tus virtudes, tu sabiduría, todo te hace digno de él. El príncipe del Senado puede, con razón, llamarse Augusto; el que primero emite su opinión acerca de los asuntos de la República puede, con razón, ser proclamado emperador. ¿Quién gobernará mejor que un hombre grave? ¿Quién gobernará mejor que un hombre ilustrado? ¡Que tu reinado sea tranquilo, feliz, saludable! Mucho tiempo has vivido en condición privada; tú sabes cómo debe gobernarse, tú que has conocido tantos príncipes. Tú sabes cómo débe gobernarse, tú que has juzgado á los emperadores precedentes.» Tácito contestó: «Me asombra, padres conscriptos, que queráis colocar á un anciano (1) en el puesto del animoso Aureliano. Yo no tengo ya fuerza bastante para lanzar el venablo, para blandir la lanza, ni para agitar el escudo, para montar á caballo y dar ejemplo á los soldados. Apenas puedo cumplir mis deberes de senador y exponer mi opinión según exige mi rango en el Senado. Considerad más bien á qué anciano priváis de las dulzuras del hogar y de la sombra de sus bosques, para exponerle al rigor del

(1) Dice Zonaro que Tácito tenía setenta y cinco años cuando sucedió á Aureliano.

Biblioteca Nacional de España

frío y á los ardores del sol. ¿Creéis que los soldados reconocerán á un anciano por emperador? No deis á la República un jefe que ella rechace, y que la misma unanimidad de vuestros votos no me sea fatal.»

El Senado contestó con estas aclamaciones: «Trajano era viejo también (1) cuando subió al trono (esto lo repitieron diez veces); Adriano subió también viejo al trono (2) (diez veces); Antonino (3) subió viejo también al trono (diez veces). Tú has leído estos versos del poeta: «Y la barba blanca del Rey de los Romanos» (diez veces). ¿Quién gobernará mejor que un anciano? (diez veces). Te creamos emperador y no soldado: manda á los soldados combatir (veinte veces). Tienes experiencia y un hermano excelente» (treinta veces). Severo dijo: «La cabeza es la que manda y no los pies (diez veces). Damos al Estado tu alma y no tu cuerpo (treinta veces). Tácito Augusto, los dioses te guarden» (veinte veces).

En seguida recogieron los votos; y Mecio Falconio Nicomaco, senador consular, que hablaba después que Tácito, se expresó así: «Padres conscriptos, siempre se ha visto á esta venerable asamblea atender con cuidado y prudencia á los intereses de la República, y ningún pueblo del mundo ha dado mayores pruebas de sabiduría. Y sin embargo, nunca se ha tomado en este augusto recinto resolución más grave y oportuna que la que acaba de tomarse. Hemos elegido emperador á un anciano, á un hombre que sabrá atender á todo como un padre. De él no podemos temer medida alguna inconsiderada, perjudicial ó violenta. Por el contrario, todo nos promete una serie de actos tan graves y reflexivos como si la misma República los ordenase. Él sabe qué virtudes ha deseado siempre en el príncipe, y nosotros hemos de encontrar en él las que él mismo ha deseado y querido en los demás. Si queréis recordar los monstruos de las eda-

(1) Tenía entonces cuarenta y cuatro años, según Dión.
(2) Adriano tenía cuarenta y dos años.
(3) Antonino Pío, que tenía entonces cincuenta y dos años.

Biblioteca Nacional de España

des pasadas, los Nerones, los Heliogábalos, los Cómodos, ó mejor dicho, aquellos emperadores Incómodos, fácilmente os convenceréis de que sus vicios no procedían tanto de su carácter como de su edad. Líbrennos los dioses de tener emperadores niños, y por padres de la patria á impúberes, á quienes sus maestros de gramática llevan la mano para firmar y á quienes confites, pastelillos y juguetes deciden á otorgar consulados. ¿Acaso hay algo más deplorable que tener un emperador que desconoce la estimación pública; que ignora hasta los rudimentos del gobierno; que teme á su preceptor; que tiene miedo á su nodriza; que está siempre dominado por el temor de la férula; que crea cónsules, generales, jueces, cuyas costumbres no conoce, ni tampoco su mérito, edad, familia ni acciones? ¿Pero á qué hablaros más de este asunto, padres conscriptos? Regocijémonos más bien en tener por emperador un anciano, y no recordemos tiempos en que derramaron más que lágrimas á los que los presenciaron. Rindo, pues, acciones de gracias á los dioses inmortales á nombre de la República; y dirigiéndome á tí, Tácito Augusto, te pido con la libertad que autorizan los sagrados derechos de nuestra patria común, te ruego, si los destinos han de arrebatarte pronto á nuestros deseos, que no hagas herederos del Imperio á tus tiernos hijos, que no dispongas de la república, de los senadores y del pueblo romano como si dispusieras de tus tierras, de tus colonos, de tus esclavos. Medita tu elección: imita á los Nervas, los Trajanos y los Adrianos. La gloria mayor para un príncipe moribundo es demostrar que prefiere la República á sus propios hijos.»

Esta oración impresionó profundamente á Tácito y á todos los senadores, que exclamaban en seguida: «Todos, todos lo queremos.» En seguida marcharon al Campo de Marte, y allí subió Tácito al tribunal de los comicios, hablando de esta manera el prefecto de Roma, Elio Ceseciano: «Fieles soldados, y vosotros, respetables Romanos, tenéis emperador elegido por el Senado, con el consentimiento de todos los ejércitos. Este emperador

Biblioteca Nacional de España

es el Augusto Tácito, que hasta hoy ha servido á la República con sus consejos, y en adelante la servirá con la prudencia de sus mandatos y decretos.» El pueblo exclamó: «¡Feliz Tácito Augusto, que los dioses te guarden!» y todo lo demás, según costumbre. No omitiremos aquí lo que han escrito muchos historiadores, esto es, que Tácito estaba ausente, encontrándose en la Campania (1), cuando le eligieron emperador. Esto es cierto; no podría negarlo. En efecto, en cuanto se propagó el rumor de que querían hacerle emperador, salió de Roma y se dirigió á Bayas, donde pasó dos meses. Allí fueron á buscarle y acudió para asistir á la deliberación, pero solamente como senador y con el firme propósito de recusar el Imperio.

Para que no pueda creerse que me refiero sin pruebas á algún escritor griego ó latino, diré que en el armario sexto de la biblioteca Ulpiana hay un libro de marfil (2), en el que está escrito este senatusconsulto, firmado del puño mismo de Tácito, porque durante mucho tiempo se escribieron en libros de marfil los decretos relativos á los emperadores. Tácito partió en seguida para el ejército; allí subió también al tribunal, y Mescio Galicano, prefecto del Pretorio, habló en estos términos: «Valientes compañeros, el Senado os ha dado el príncipe que pedíais. Esta respetable asamblea ha atendido á las órdenes y deseos del ejército. La presencia del Emperador no me permite deciros más. Escuchad, pues, con respeto al que en adelante está encargado de velar por vosotros.» Tácito Augusto dijo entonces: «Trajano, que subió en edad madura al trono, fué elevado por un hombre solo. Pero yo, queridos compañeros, he sido considerado digno de él, en primer lugar por vosotros, que sabéis elegir vuestros

(1) Tácito se encontraba en la Campania cuando le eligieron los soldados. En cuanto supo la elección, marchó á Roma, con el traje ordinario, y por voto del Senado y del pueblo tomó las ropas imperiales.

(2) Antes de la época de que se trata, escribían y pintaban los Romanos en placas de marfil.

Biblioteca Nacional de España

príncipes, y después por la respetable asamblea del Senado. Nada omitiré para corresponder á esta confianza, si no con brillantes hazañas militares, al menos con consejos dignos de un emperador y de vosotros.»

En seguida prometió, según costumbre, la paga y el donativo. Su primera oración en el Senado fué la siguiente: «Padres conscriptos, ojalá pueda gobernar el Imperio de manera que demuestre que lo he recibido de vosotros, y que quiero hacerlo todo según vuestros consejos y bajo vuestra autoridad. A vosotros toca arreglar y ordenar lo que os parezca digno de vosotros, digno del moderado ejército y digno del pueblo romano.» En esta misma oración dispuso que se erigiese á Aureliano una estatua de oro en el Capitolio, una de plata en el Senado, otra en el templo del Sol, y otra además en el foro del divino Trajano. La estatua de oro no llegó á erigirse, y sí solamente las de plata. Al mismo tiempo prohibió, bajo pena de muerte y confiscación, que se mezclase para uso público ó particular cobre con plata, plata con oro y plomo con cobre. También prohibió admitir el testimonio de los esclavos contra sus amos (1), en las causas criminales, y hasta en las acusaciones de lesa majestad. Obligó á todo el mundo á que tuviese el retrato de Aureliano. Quiso que se erigiese á los emperadores divinizados un templo, en el que deberían colocarse las estatuas de los príncipes buenos y en el que se depositarían ofrendas en los días de su nacimiento, en las Palilias (2), en las kalendas de Enero y en la solemnidad de los votos públicos. En fin, en la misma oración pidió el consulado para su hermano Floriano; pero no lo consiguió, porque el Senado había

(1) Este era el derecho antiguo, al que habían tocado Augusto y Tiberio. Severo lo había derogado también, por medio de una constitución terminante, en cuanto á la acusación de adulterio y de lesa majestad.

(2) La fiesta de Palas, celebrada el 21 de Abril, era una de las más solemnes de los Romanos, porque coincidía con la fundación de Roma.

Biblioteca Nacional de España

completado ya para todo el año (*omnia nundina*) (1) el número de los cónsules sustituídos. Dícese que mostró mucho regocijo por la libertad con que aquella asamblea rechazó su petición, y se añade que contestó: «Bien sabe el Senado qué príncipe ha hecho.»

Agregó al dominio del Estado su patrimonio, cuya renta se reservó, y que se elevaba á seiscientos millones de sextercios. Dedicó al pago de las tropas el dinero que tenía reunido en su casa. No hizo modificar las togas ni las túnicas que usaba antes de su advenimiento. Prohibió en el interior de Roma las casas de diversión; pero esta prohibición no pudo subsistir. Mandó cerrar los baños antes de obscurecer, para evitar las turbulencias nocturnas. Hizo depositar en todas las bibliotecas las obras de Cornelio Tácito, que escribió la historia de los emperadores, y al que llamaba pariente suyo; y para que este escrito no pereciese por falta de cuidado de los lectores, mandó que cada año se hiciesen diez copias y que se colocasen en las bibliotecas y archivos públicos. Prohibió á los hombres los trajes de seda. Hizo derribar su casa y en su solar construyó á su costa termas públicas; regaló á los habitantes de Ostia seis columnas de

---

(1) *Nundina* significa propiamente los días de mercado, que se celebraban ordinariamente cada nueve días (*novem dies*, de donde procede *nundinæ*, *nundina*); en el principio en estos días se decía al pueblo de los campos que venía á Roma, qué elecciones habían de realizarse y qué ciudadanos se presentaban canditatos. Pero poco á poco se alteró la significación de esta palabra, y, bajo los últimos emperadores, significaba la duración de las funciones consulares. Sabido es que, desde el emperador Claudio, estas funciones duraban dos meses, y entonces hubo doce cónsules cada año, *sex nundina vel collegia consulum*; el primer período, ó sea los dos primeros meses, era el de los cónsules llamados ordinarios, que eran los únicos que daban nombre al año. Este período comenzaba en las kalendas de Enero y terminaba en las de Marzo; los otros, esto es, los de los cónsules sustituídos (*suffecti*) comprendían, desde las kalendas de Marzo, todos los demás meses del año. Cuando Tácito pidió el consulado para su hermano, estaban designados ya todos los cónsules del año, y, por consiguiente, no había plaza vacante.

Biblioteca Nacional de España

mármol de Numidia, de veintitrés pies de altas. Destinó las rentas de las fincas que tenía en Mauritania al entretenimiento del Capitolio, y la vajilla de plata que usaba antes de ser emperador á los festines que se daban en los templos. Manumitió á todos los esclavos, varones y hembras, que tenía en Roma, pero sin exceder el número de ciento, para no faltar á la ley Caninia (1).

Su sobriedad era extremada, y nunca se le vió beber un sextario de vino en un día entero; con frecuencia solamente bebía la mitad. Para sus comidas le bastaba un capón, una cabeza y huevos. Entre todas las legumbres (y se las servian con abundancia) prefería las lechugas, y decía que compraba el sueño al precio de aquella profusión (2). Prefería muy marcadamente las cosas amargas. Rara vez se bañaba, y conservó hasta la vejez notable vigor. Gustaba mucho del vidrio bien trabajado. Entre comidas no tomaba nunca otra cosa que pan seco, sazonándolo con sal ú otra sustancia. Era muy hábil en algunas artes; tenía pasión por el mármol hermoso, majestad senatorial y afición á la caza. Nunca se servía en su mesa más que productos del campo; y solamente se veian en ella faisanes en las grandes solemnidades, en los aniversarios de su nacimiento y de algunos de su familia. Siempre llevaban á su casa las víctimas que había inmolado á los dioses (3), y hacía que las comiesen las

(1) Trátase de la ley *Fusia ó Furia Caninia*, dada en el 751 de Roma, y que estuvo en vigor desde Augusto hasta Justiniano, que la abrogó. Esta ley regulaba las manumisiones, según el número de esclavos. En consecuencia de ella, el que tenía á su servicio de dos á diez esclavos, podía dar libertad á la mitad; de diez á treinta, la tercera parte; de treinta á ciento, la cuarta parte. Pero las manumisiones no podían exceder de ciento, cualquiera que fuese el número de esclavos, y algunos particulares llegaban á tener hasta veinte mil.

(2) Los antiguos consideraban la lechuga como planta soporífica, y Tácito, que ordinariamente se hacía servir muy pocos platos, decía jocosamente, á causa de la gran cantidad de legumbres y especialmente de lechugas con que cubrian su mesa, que compraba muy caro el sueño.

(3) Era dar prueba de mucha economía llevarse á casa

Biblioteca Nacional de España

personas de su servidumbre. No permitia á su esposa llevar pedrería. Prohibió los vestidos adornados con lazos de oro, y se dice que por consejo suyo prohibió Aureliano usar el oro para adornar vestidos, habitaciones y pieles. Otros muchos reglamentos, muy largos de referir, se atribuyen también á Tácito; quien quiera conocerlos todos, puede leer á Suetonio Optaciano, que ha escrito la historia detallada de este príncipe. No obstante su edad, leía Tácito hasta la letra más menuda con sorprendente facilidad. Exceptuando la noche del día siguiente á las kalendas (1), no dejó pasar ninguna jamás sin leer ó escribir algo.

No debe callarse, y sí repetirse muchas veces, que el Senado experimentó tal alegría cuando se le devolvió el derecho de elegir emperador, que decretó solemnes acciones de gracias á los dioses, y cada senador ofreció una hecatombe; además todos lo escribieron á sus parientes y amigos y hasta á los extranjeros. También enviaron cartas á todas las provincias del Imperio para enterar á los aliados y á todas las naciones que la República había vuelto á entrar en posesión de sus antiguos derechos; que el Senado elegía los emperadores, y que él mismo era soberano; que á él debían pedirse las leyes y á él debían dirigir sus ruegos los reyes de las naciones bárbaras, y él tenía el derecho de hacer la paz y la guerra. No queriendo omitir nada importante, he reunido al final de este libro la mayor parte de estas cartas, que creo han de leerse con interés.

El primer cuidado de Tácito, después de su advenimiento, fué hacer perecer á todos aquellos, de cualquier condición que fuesen, que tomaron parte en el asesinato de Aureliano. Considerable número de bárbaros de las Lagunas Meotidas habían penetrado en terrenos del Im-

---

las víctimas inmoladas en los templos. Ordinariamente se dejaban á los sacerdotes.

(1) El día siguiente á las kalendas, nonas é idus se consideraba generalmente como nefasto.

Biblioteca Nacional de España

perio, y Tácito les obligó, tanto por prudencia como por fuerza, á regresar á su país. Estos pueblos se habían reunido también so pretexto de que Aureliano les había llamado para que tomasen parte en la guerra con los Persas y socorrernos en caso necesario. Cicerón dijo de sí mismo que su mayor gloria consistía en exponer cómo había sido elegido cónsul; también puede decirse que la gloria de Tácito consiste especialmente en la manera como fué proclamado emperador. Sin embargo, la brevedad de su reinado no le permitió hacer nada grande, porque murió al cabo de seis meses, víctima, según unos, de una conspiración militar (1); según otros, de enfermedad (2). Lo cierto es que, viéndose blanco de las facciones, perdió el valor. Quiso que se diese el nombre de Tácito al mes de Septiembre, porque en este mes había nacido y había sido nombrado emperador. Sucedióle su hermano Floriano, de quien diremos muy poco.

---

(1) Zósimo dice: "«Cuando se encontró de regreso en Europa, después de la guerra con los Scitas, fué víctima de una conspiración que relataré. Había dado á su pariente Máximo el gobierno de la Siria. Éste excitó con la dureza de su gobierno el temor y la aversión de los principales del país, aversión y temor que encendieron los corazones, llevándoles á atentar contra su vida. Habiendo sido comunicada la empresa á los que mataron á Aureliano, dieron muerte también á Máximo. Inmediatamente después, habiendo perseguido á Tácito, que hacía descansar á sus tropas, le asesinaron »

Zonaro refiere el hecho de la manera siguiente:

«Habiendo dado muerte los soldados á Máximo, gobernador de la Siria y pariente de Tácito, en castigo de lo mucho que abusaba en la provincia del poder que se le había confiado, y considerando con razón que el Emperador no dejaría impune un crimen tan atroz, le mataron también en el séptimo mes de su reinado, según unos, ó al fin del segundo año, según otros.

(2) Aurelio Víctor dice que murió de enfermedad en Tarsio, Cilicia, en el día docentésimo de su reinado. Eutropio dice que solamente reinó dos meses y veinte días, y otros aseguran que murió en Tyano, en Capadocia.

Biblioteca Nacional de España

FLORIANO,

POR FLAVIO VOPISCO DE SIRACUSA.

SUMARIO.

Floriano se apodera del poder después de la muerte de su hermano Tácito.—Reina apenas dos meses, y le matan los soldados en Tarsio.—Todo el ejército elige emperador á Probo con beneplácito del pueblo y del Senado.—Diferencias de carácter entre Floriano y Tácito.—Elévanle en Interamno estatuas colosales que derriba el rayo.—Los arúspices prometen el Imperio del mundo, después de un intervalo de mil años, á un individuo de su familia.—Diferentes retratos de Tácito.—Los descendientes de este Emperador y de Floriano.—Elogio de Probo.—Presagios que anuncian el advenimiento de Tácito.—Presagios de su muerte.—Cartas del Senado y de algunos particulares escritas después de la elección de Tácito.

Inmediatamente después de la muerte de Tácito, se apoderó del Imperio su hermano Floriano, sin el consentimiento del Senado y como de una propiedad hereditaria. No ignoraba, sin embargo, que se había suplicado á Tácito en pleno Senado que dejase á su muerte el cuidado del Imperio, no á sus hijos, sino á un príncipe capaz de gobernarlo bien. El reinado de Floriano apenas duró dos meses, siendo muerto en Tarsio (1) por sol-

(1) Zósimo es el único historiador que da detalles acerca de las turbulencias de Probo, acerca de Floriano y de la muerte de este último. He aquí su relato: «A la muerte de Tácito siguió una guerra civil, habiendo elegido los pueblos de Oriente

Biblioteca Nacional de España

dados enterados de que Probo, elegido por todo el ejército, ocupaba el trono. Las condiciones militares de Probo habían hecho que el Senado le desease para emperador, que le eligiesen las tropas, y que el pueblo romano lo pidiese á gritos. Floriano imitó la conducta de su hermano, pero no en todo; porque Tácito, que era económico, censuraba sus profusiones, y la avidez que mostró por el poder acabó de señalar su diferencia de carácter. Hubo, pues, dos emperadores de la misma estirpe, de los que el uno reinó seis meses y dos apenas el otro, como si hubiesen sido interreyes entre Aureliano y Probo, nombrados emperadores después de este interregno.

En Interamno le erigieron dos estatuas de mármol de

---

emperador á Probo, y habiendo proclamado los Romanos á Floriano. Probo era dueño de Siria, Fenicia, Palestina y todo el Egipto, y Floriano mandaba en todo el país que se extiende desde Cilicia á Italia. Además, le reconocían los Galos, los Españoles, los habitantes de la Gran Bretaña, los Africanos y los Moros. Habiendo empuñado las armas los pretendientes, Floriano dejó incompleta la victoria que había alcanzado sobre los Scitas en el Bósforo; y aunque se encontraban envueltos por todas partes, les dejó regresar á su país y marchó á Tarsio. Probo apeló á dilaciones, porque su ejército era más débil, y entretanto los excesivos calores á que no estaban acostumbradas las tropas de Floriano, levantadas en Europa, hicieron sucumbir á considerable número, decidiendo entonces Probo á combatir con el resto. Habiéndose presentado los soldados de Floriano con valor que excedía á sus fuerzas, ocurrieron muchas escaramuzas, sin dar lugar á ningún combate importante. Después de esto, algunos partidarios de Probo se apoderaron de Floriano, le quitaron las vestiduras imperiales y le retuvieron durante algún tiempo. Pero habiendo dicho los suyos que aquello se hacía sin mandato de Probo, se las devolvieron hasta que, enviando orden expresa Probo, le mataron los suyos.»

Zonaro se limita á decir: «En cuanto mataron á Tácito fueron proclamados dos emperadores, á saber: en Oriente, Probo por el ejército, y en Roma, Floriano por el Senado. Los dos gozaron de la soberanía en diferentes países: Probo en Egipto, Siria, Fenicia y Palestina; y Floriano en todas las comarcas que se extienden desde Cilicia hasta Italia y en Occidente. Floriauo solamente reinó tres meses, al fin de los cuales le mataron los soldados, ganados por Probo para ello, según se dice.»

Biblioteca Nacional de España

treinta pies de altas, habiéndole erigido también cenotafios en un terreno que le pertenecía. Pero derribadas después aquellas estatuas por el rayo, de tal manera quedaron destrozadas, que solamente quedan los miembros desparramados por el suelo. Al mismo tiempo predijeron los arúspices que un hombre ó una mujer de la familia de estos príncipes darían al Estado un emperador que dictaría leyes á los Persas y á los Parthos; que sometería á los Francos y á los Alemanes á la dominación romana; que no dejaría ni un bárbaro en toda el Africa; que impondría gobernador á la Taprobana; que enviaría un procónsul á una isla romana; que mandaría en toda la Sarmacia; que subyugaría toda la tierra hasta el Océano; que haría de todas las naciones su pueblo; que devolvería en seguida el poder al Senado, se sometería él mismo á las antiguas leyes de la república, viviría hasta ciento veinte años, y moriría sin heredero. Pero añadían que estas cosas no habían de cumplirse hasta pasados mil años, á contar desde el día en que el rayo derribó y destrozó las estatuas. No daban los arúspices notable prueba de habilidad aplazando para mil años el advenimiento de tal príncipe: porque es difícil se conserve por tanto tiempo el recuerdo de la predicción, mientras que podía argüírseles de falsedad si, por ejemplo, hubiesen reducido el plazo á cien años. Por lo demás, he consignado aquí estos detalles solamente para mostrar al lector que he leído todo lo que se ha escrito acerca de estos príncipes.

En seis meses apenas dió Tácito un congiario al pueblo romano. Un cuadro colocado en casa de Quintilio le representa con cinco trajes diferentes; toga, clámide, traje de guerra, manto grande y de cazador. Alguien hizo, acerca de este asunto, el epigrama siguiente: «No reconozco á ese anciano ni por sus armas, ni por su clámide, ni por sus otros trajes; pero le reconozco por la toga.» Floriano y Tácito tuvieron muchos hijos, de los que sin duda espera la posteridad el cumplimiento de los mil años vaticinados. Contra esto hanse hecho mu-

Biblioteca Nacional de España

chos epigramas burlándose de los arúspices que prometen el Imperio á esta familia. Estos son los hechos que me han parecido dignos de que se mencionen en la vida de Tácito y en la de Floriano. Ahora hemos de hablar de Probo, varón eminente en la guerra y en la paz, superior á Aureliano, Trajano, Adriano, Antonino, Alejandro y Claudio, porque reunía las cualidades especiales de cada uno de estos príncipes. Elegido emperador después de Tácito por todos los soldados, gobernó el universo en profunda paz, después de haber destruído á los bárbaros y vencido á muchos tiranos que aparecieron bajo su reinado. Hase dicho de él que habría merecido el nombre de Probo aunque no se hubiese llamado así. Pretenden muchos escritores que lo habían prometido al mundo los libros sibilinos, y que, si hubiese vivido más tiempo, ya no habría bárbaros en el universo. Me apresuro á hablar de Probo en la vida de otros emperadores, con objeto de no perder un día, una hora, un momento que podría arrebatarme la fortuna, y haber tributado este homenaje á su memoria antes de morir. Ahora puedo terminar este libro, habiendo satisfecho mi inclinación y mi voluntad.

Los siguientes presagios anunciaron el advenimiento de Tácito. Un sacerdote de Silvano gritó siete veces en el templo de este dios, haciendo contorsiones: «La púrpura de Tácito, la púrpura de Tácito», cosa que más adelante fué considerada como augurio. Un día que Tácito hacía libaciones en el templo de Hércules, en Fondi, el vino que empleaba se cambió en rojo (1). Una parra que producía racimos blancos de Ancinea, los dió también purpúreos el año que obtuvo el Imperio. Citemos ahora los presagios de su muerte. Vióse abrirse el sepulcro de su padre, cuyas puertas se habían roto; durante un día apareció á Floriano y á él la sombra de su madre, como si hubiese vivido, porque se decía que eran

(1) El vino de Fondi, en la Campania, era blanco.

Biblioteca Nacional de España

de distintos padres; todos los dioses que había en su oratorio cayeron, bien por caso fortuito, bien por efecto de un terremoto; la estatua de Apolo, á la que tributaba culto especial, y que estaba colocada en lo más alto de su casa, se encontró colocada en un lecho pequeño, sin que nadie la hubiese llevado á él.

Estos son los acontecimientos que refieren la mayor parte de los escritores. Pero volvamos á Probo, y hablemos de sus grandes hazañas. Terminaré, sin embargo, este libro, citando, como he ofrecido, algunas cartas que darán idea del regocijo del Senado por la elección de Tácito. Cartas públicas: «El Senado de Roma á la Asamblea de Cartago, salud. Os anunciamos como afortunado acontecimiento para la república y para el mundo romano, que hemos recobrado el derecho de dar el Imperio, de elegir nuestros príncipes, de crear los Augustos. A nosotros, pues, debéis someter los asuntos importantes. En adelante no se apelará de los procónsules y de los magistrados ordinarios más que al Prefecto de Roma. Creemos que, por esta decisión, devolvemos á vuestra dignidad el brillo que la rodeaba antiguamente. Nuestro orden, el primero del Estado, apenas reintegrado en su autoridad, restituye á cada cual su derecho.» He aquí un párrafo de otra carta: «El Senado de Roma á la Asamblea de Tréveris. Con indudable regocijo os enteraréis de que sois tan libres como nunca lo fuisteis. Ha sido devuelto al Senado el derecho de nombrar emperadores, y en el acto hemos decretado que todas las apelaciones se presenten al tribunal del Prefecto de Roma.» De la misma manera escribieron á los habitantes de Antioquía, Aquilea, Milan, Alejandría, Tesalónica, Corinto y Atenas.

También citaré algunas cartas particulares. «Autronio Tiberiano á su padre Autronio Justo. Hoy es, venerable padre, cuando debías haber asistido al Senado y dar tu voto, porque esta respetable asamblea ha recobrado su autoridad, y la república sus antiguos derechos. Damos príncipes al Estado, hacemos emperadores, nombramos

Biblioteca Nacional de España

los Augustos. Restablécete, pues, prontamente para asistir al antiguo Senado de Roma. Hemos reconquistado la autoridad proconsular. Las apelaciones de todos los tribunales, de todos los magistrados, se hacen, como en otro tiempo, al prefecto de la ciudad.» Citaremos otra carta. «Claudio Capeliano á su tío paterno, Cereyo Meciano, salud. Hemos obtenido, venerable padre, lo que desde tanto tiempo deseábamos: el Senado ha recobrado su antiguo esplendor. Creamos príncipes, disponemos de los cargos públicos. Abandona tu retiro de Bayas y Puteolis. Vuelve á Roma, vuelve al Senado. Roma está regocijada; toda la república revive. Somos los emperadores; elegimos los príncipes; podemos oponer vetos, ahora que podemos obrar. Sin que diga más, me comprenderás.» Demasiado largo sería transcribir todas las cartas que he encontrado y leído; por lo que me limitaré á decir que todos los senadores—¡tan grande era su alegría!—inmolaron en sus casas víctimas blancas; que con frecuencia descubrieron las imágenes de los dioses; que vistieron túnicas blancas; que acudieron con singular puntualidad á suntuosos festines (1), y, en fin, que se creyeron en la antigua República.

---

(1) Los Romanos llamaban comidas intempestivas (*convivia intempestiva*) á las que comenzaban antes de la hora acostumbrada, las tres de la tarde en verano y las cuatro en invierno, prolongándose hasta la noche. Como se ve, eran comidas extraordinarias, y á éstas se refiere el texto.

Biblioteca Nacional de España

PROBO

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA.

SUMARIO.

Preámbulo.—Nacimiento de Probo.—Su familia; su padre.—Su juventud.—Valeriano le nombra tribuno.—Cartas de Valeriano á su hijo Galieno y á su prefecto del Pretorio, relativamente á Probo.—Este emperador le asigna el tribunal y regula sus honorarios.—Sus recompensas militares.—Recibe de Valeriano, delante del ejército, la corona cívica y el mando de una legión.—Sus hazañas bajo los reinados de Valeriano, Galieno, Aureliano y Claudio.—Cartas de Galieno en alabanza de Probo.—Aureliano le confiere el mando de sus tropas escogidas, y parece piensa en elevarle al trono.—Tácito le propone por emperador al Senado, y elegido él mismo, le da en el acto el mando de Oriente y el consulado.—Su esmero con los soldados y desinterés en el reparto del botín.—Sus expediciones y triunfos militares.—En todas partes hace que sus tropas ejecuten grandes trabajos.—Los ejércitos de Oriente le eligen emperador á pesar suyo.—Su carta á Capitón, prefecto del Pretorio.—Los soldados matan á Floriano.—Primera carta de Probo al Senado.—Senatusconsulto dado por aclamación en favor suyo.—Se le otorgan todos los títulos y facultades imperiales.—Probo devuelve al Senado sus antiguas atribuciones.—Persigue á los asesinos de Aureliano y de Tácito, y perdona á los partidarios de Floriano.—Sus triunfos en la Galia sobre los bárbaros.—Recibe la sumisión de muchos reyes y pacifica la provincia.—Comunica al Senado estas ventajas en carta muy modesta.—Pacifica las Recias y somete á los Sármatas en la Iliria.—Liberta la Isauria del bandido Palfurio y de los bárbaros refugiados en ella.—Marcha á Oriente, somete á los Blemyos y liberta á Coptos y y Ptolemaínos del yugo de los Bárbaros.—Rechaza los regalos del Rey de los Parthos, que le había pedido la paz.—Establece

Biblioteca Nacional de España

en territorio romano cien mil Bastarnos que le permanecían fieles.—Reprime á los Gépidos, Gantunnos y Vándalos.—Sus guerras contra los tiranos Saturnino, Próculo y Bonoso.—Permite á los Galos y á los otros pueblos plantar viñas.—Da al pueblo de Roma congiarios, fiestas y, entre otros espectáculos, el de una gran cacería en el Circo.—Mátanle sus soldados al atravesar la Iliria, en el quinto año de su reinado.—Hace ejecutar en Sirmio trabajos que disgustan á sus soldados, y son causa de su muerte.—Su tumba.—Su elogio.—Los descendientes de Probo.—Dolor del pueblo y el Senado al enterarse de su muerte, y más aún por el advenimiento de Caro.

Incontestable verdad asentaron los historiadores Crispo Salustio, M. Catón y Gelio al decir «que la fama de los grandes hombres depende muy especialmente del talento de los escritores que han transmitido su historia á la posteridad». Así fué que Alejandro de Macedonia dijo suspirando profundamente delante de la tumba de Aquiles, y pensando en Homero, que le retrató tan grande como lo concebía su genio: «Afortunado héroe, cuyas hazañas tuvieron cantor tan sublime.» Tal vez me preguntarás, querido Celso, qué objeto tienen estas reflexiones. El emperador Probo, cuyo valor reconquistó y pacificó el Oriente, el Occidente, el Mediodía y el Septentrión, en una palabra, todas las partes del mundo, por falta de historiador apenas le conocemos. Dejóse perecer ¡oh vergüenza! el relato de las hazañas de aquel grande hombre, cuya vida es más interesante que todo lo que se sabe de las guerras púnicas, de la espantosa audacia de los Galos, de los movimientos del Ponto y de las astucias de las Españas. Pero no quiero que se diga de mí que, después de haberme ocupado por mucho tiempo de Aureliano sólo, cuya vida he escrito cuidadosamente, y después de dar las de Tácito y Floriano, no he continuado hasta la historia de Probo. Me propongo escribir también, si tengo vida, la historia de todos los emperadores sucesivos hasta Maximiano y Diocleciano. No ofrezco talento ni elocuencia, sino hechos cuyo recuerdo no quiero que se pierda.

Diré, para no perder la confianza que me dispensas,

Biblioteca Nacional de España

que me he servido principalmente de los libros de la biblioteca Ulpiana, trasladados en mi tiempo á las termas de Diocleciano, y de los del palacio de Tiberio (1). También he consultado los libros del pórtico de Porfirio y las actas del Senado y del pueblo. No ocultaré tampoco que he obtenido mucho provecho para la historia de Probo de las efemérides de Turdulo Galicano, anciano tan virtuoso como modesto, cuya amistad es un beneficio para mí. ¿Quién conocería á Cn. Pompeyo, ilustrado por tres triunfos conseguidos sobre los piratas, sobre Sertorio y Mitrídates, sin contar otras muchas hazañas que le hicieron inmortal, si Cicerón y Tito Livio no hubiesen hablado de él en sus obras? ¿P. Escipión el Africano y todos los Escipiones, tanto los Lucios como los Nasicas, no hubiesen caído en las tinieblas del olvido si historiadores excelentes ó medianos no hubiesen sido panegiristas suyos? Muy largo sería citar todos los ejemplos que demuestran esta verdad. Limítome á declarar aquí que he escrito los hechos, y aquel á quien no agrade esta forma, que presente el relato en estilo más elevado, porque no ha sido mi ánimo imitar á los Salustios, Tito Livios, Tácitos, Trogos y todos aquellos varones tan doctos para describir los emperadores y las costumbres de su tiempo, sino á Mario Máximo, Suetonio Tranquilo, Fabio Marcelino, Gargilio Marcial, Julio Capitolino, Elio Lampridio, á aquellos, en fin, que no se ocuparon tanto de escribir bien, como de ser verídicos. No puedo yo saberlo todo; pero he hecho muchas investigaciones, excitado por el deseo de complacerte, puesto que á pesar de tus extensos conocimientos deseas siempre adquirir otros nuevos. Pero ya he hablado bastante de lo que concierne á mi propósito, y desde luego voy á ocuparme de la vida del príncipe más grande é ilustre cuyo recuerdo ha consagrado nuestra historia (2).

---

(1) Aulo Gelio menciona también la biblioteca del palacio de Tiberio.

(2) Ningún historiador desmiente los elogios que tributa

Biblioteca Nacional de España

Probo, originario de Pannonia, nació en Sirmio, de madre más noble que lo era su padre. Mediano era su patrimonio, y poco distinguida su familia; pero eminentes virtudes le dieron brillo en su vida privada y en el trono. Según algunos escritores, llamábase Máximo su padre, quien, después de desempeñar dignamente el cargo de centurión, fué nombrado tribuno, y murió en Egipto, dejando á su esposa este hijo y una hija. La mayor parte de los autores dicen que Probo era pariente del grande y venerable emperador Claudio; cuestión que no resolveremos, porque entre los escritores griegos, uno sólo la consigna. Diré, sin embargo, que recuerdo haber leído en las efemérides que Probo fué sepultado per su hermana Claudia. De tal manera se distinguió Probo en su juventud por la pureza de sus costumbres, que Valeriano le nombró tribuno cuando apenas le apuntaba la barba. Existe una carta de Valeriano á Galieno, en la que elogia al joven Probo y lo propone á todos por modelo. Debe deducirse que nadie llega en la edad madura á la cúspide de la virtud, si en la juventud no poseyó el germen y dió de ella brillantes pruebas.

La carta de Valeriano dice así: «Valeriano Augusto á su hijo Galieno Augusto. Por la opinión que he tenido siempre del joven Probo, y por el testimonio de los ciudadanos más distinguidos, que le llaman el hombre de su nombre, le he conferido el tribunado con seis cohortes de sarracenos. También le he confiado los auxiliares galos con el número de Persas que nos ha cedido el sirio Artabasses. Ruégote, querido hijo, que tengas por ese joven, al que quisiera imitasen todos los de su edad, la estimación que le merecen sus virtudes y el esplendor de su mérito.» El mismo Emperador escribió esta otra carta á su prefecto del Pretorio: «Valeriano Augusto á

Vopisco al emperador Probo. Zonaro dice de él: «Gozó de raro talento, unido á extraordinario valor, por el cual domó á muchas naciones.» Y Zósimo: «Gobernó el Imperio con mucha equidad y justicia.»

Biblioteca Nacional de España

Mulvio Galicano, prefecto del Pretorio. Tal vez te extrañará haya nombrado un tribuno tan joven, en contra de la constitución del divino Adriano; pero no lo extrañarás si consideras que se trata de Probo, que es verdaderamente digno de su nombre. Cuando pienso en él nunca encuentro otro nombre, y si no lo llevase, creo que se le podría dar. Harás que le entreguen (porque su caudal es escaso, y es necesario ayudarle para que lleve honrosamente su dignidad) dos túnicas rojas, dos mantos galos guarnecidos con corchetes, dos túnicas interiores, una bandeja de plata labrada en facetas, de diez libras de peso, cien antonianos de oro, mil aurelianos de plata y diez mil filipos de cobre. Recibirá además por sueldo diario diez libras de carne de buey, seis de cerdo y diez de macho cabrío; cada dos días una gallina y un sextario de aceite, diez sextarios de vino diariamente con carne salada, sal, legumbres y leña tantas como necesite. Cuidarás además de que tenga alojamiento igual al de los tribunos de las otras legiones.»

Esto es lo que dicen las cartas. También he visto en las efemérides, que habiendo pasado el Danubio como tribuno, durante la guerra de los Sármatas, y realizado muchas hazañas brillantes, recibió delante de los soldados reunidos cuatro lanzas sin hierro, dos coronas valares, una cívica, cuatro estandartes sin adorno, dos brazaletes de oro, un collar de oro y una copa de cinco libras de peso para los sacrificios. Por esta misma época arrebató de manos de los Quados á Valerio Flaco, joven muy noble y pariente de Valeriano. Por este hecho, le concedió el Emperador la corona cívica, diciéndole en la alocución: «Probo, recibe estas recompensas en nombre de la República; recibe por mi pariente la corona cívica.» Valeriano le dió al mismo tiempo el mando de la tercera legión, añadiendo en una carta los elogios siguientes: «Tus hazañas, querido Probo, hácenme creer que te doy muy tarde el mando de grandes fuerzas de ejército; y sin embargo, me apresuro á ello. Toma, pues, el mando de la tercera legión Feliz, á la que hasta ahora sola-

Biblioteca Nacional de España

mente he dado jefes de edad madura. Yo mismo no la obtuve hasta que el que me la concedió me vió ya viejo. Pero en tí no considero los años, gracias á la superioridad de tu talento y al brillo de tus virtudes. He dispuesto te entreguen tres trajes militares, doble paga y un vexilario» (1).

Muy largo sería enumerar los hechos que ilustraron la vida privada de Probo, bajo Valeriano, Galieno, Aureliano y Claudio; decir cuántas murallas escaló, cuántos parapetos forzó, á cuántos enemigos mató por su propia mano y cuántas recompensas militares mereció; en fin, por qué actos de valor devolvió su antiguo brillo á la República. Una carta de Galieno á sus tribunos demuestra quién era Probo: «Galieno Augusto á los tribunos de los ejércitos de Iliria. Aunque mi padre ha sucumbido bajo el peso de la fatalidad en la guerra de los Persas, en cierta manera lo recobro en Aurelio Probo, cuyo valor es motivo de seguridad para mí. De estar él presente, nunca hubiese conseguido usurpar el Imperio el odioso tirano, que ni siquiera merece se le nombre. Por esta razón deseo que todos obedezcáis á ese jefe, que ha merecido la estimación de mi padre y del Senado.» Quizá no se considere de mucho peso el testimonio de un príncipe tan afeminado como Galieno; sin embargo, no podrá negarse que los príncipes, hasta los más depravados, solamente otorgan su confianza á aquellos hombres de quienes esperan que su mérito les sea útil. Pero no se cuente si se quiere la carta de Galieno: ¿se recusará el testimonio de Aureliano, que creyó deber confiar á Probo el mando de los decimános, es decir, de sus mejores tropas, á cuyo frente él mismo había ejecutado grandes cosas? «Aureliano Augusto á Probo, salud. Para demostrarte el aprecio en que te tengo, te confío mis decimanos, que yo mismo recibí de Claudio. Una como prerrogativa unida al mando de este cuerpo,

(1) Abanderado.

Biblioteca Nacional de España

á manera de favorable augurio, es que nunca han tenido por jefes sino futuros emperadores.» Por estas palabras puede creerse que Aureliano había decidido, si la muerte no se le adelantaba, hacer príncipe á Probo.

En gracia de la brevedad no citaré todos los juicios que Claudio y Tácito emitieron acerca de Probo. Refiérese que Tácito dijo en pleno Senado, cuando le ofrecieron el Imperio, que debían elegir á Probo; pero no he encontrado este senatusconsulto. Por lo demás, he aquí la primera carta que Tácito dirigió como Emperador á Probo: «Tácito Augusto á Probo. El Senado me ha elegido Emperador con aprobación del ejército, que, en las presentes circunstancias, ha dado pruebas de suma prudencia. Te advierto, sin embargo, que mucha parte de esta carga pesará sobre tí. Todos sabemos lo que vales, y el Senado lo sabe también. Ayúdanos, pues, en esta necesidad y continúa considerando la República como familia tuya. Por un decreto te hemos dado todo el Imperio de Oriente; quintuplícamos tu sueldo, duplícamos tus ornamentos militares, y te designamos el consulado con nosotros para el año próximo. Las palmas del Capitolio serán la recompensa de tus virtudes.» Pretenden algunos autores que se vió presagio del Imperio en estas palabras de Tácito: «Las palmas del Capitolio serán tu recompensa.» Pero siempre se expresaban de este modo al escribir á los cónsules.

Los soldados querían mucho á Probo, porque nunca permitió que se ejerciese en ellos el menor vejamen, y frecuentemente les protegió contra las crueles inclinaciones de Aureliano. Personalmente revistaba cada manípulo y examinaba las ropas y el calzado. En la distribución del botín solamente se adjudicaba los dardos y las armas. Un día se encontró entre los despojos cogidos á los Alanos ú otro pueblo, porque este punto es dudoso, un caballo que no era hermoso ni grande, pero que, según decían los prisioneros, andaba hasta cien millas en una jornada, continuando de la misma manera durante ocho ó diez días. Todos creían que Probo se reservaría

Biblioteca Nacional de España

aquel animal; pero no lo hizo así, diciendo: «Ese caballo es mejor para un cobarde que para un valiente», y mandó á los soldados echar sus nombres en una urna para sortearle. Como en el ejército había cuatro soldados con el nombre de Probo, la casualidad hizo que saliese este nombre el primero, aunque no se había puesto el del general, y los cuatro soldados se disputaban el caballo. Colócanse otra vez los nombres en la urna, y de nuevo salió el de Probo. Por tercera vez se repitió la prueba, y otra en seguida, y siempre salió el mismo nombre. Entonces todos los soldados, con el consentimiento de aquellos cuatro pretendientes, adjudicaron el caballo al general Probo.

Peleó valerosamente en Africa contra los Marmaridas y concluyó por vencerles. Pasó de la Libia á Cartago, donde apaciguó revueltas. Sostuvo en Africa singular combate contra un tal Aradión, á quien rindió; y como le encontró adversario valeroso é intrépido, le honró con magnífica tumba de doscientos pies de larga, construída por los soldados, á los que nunca tenía ociosos. En muchas ciudades de Egipto existen monumentos que son obra de sus tropas (1). El sólo facilitó el transporte de las provisiones de trigo por el Nilo. Hizo que sus soldados construyesen puentes, templos, pórticos y basílicas; ensanchó la desembocadura de muchos ríos; desecó muchos pantanos, viéndose en seguida en ellos sementeras y cosechas. Hizo también la guerra á los Palmiranos, que habían adoptado el partido de Odenato y Cleopatra y defendían el Egipto. Afortunado en los comienzos, hízose tan temerario, que estuvo á punto de que le cogiesen. Pero habiendo aumentado en seguida sus fuerzas, sometió el Egipto y la mayor parte del Oriente al poder de Aureliano.

---

(1) No solamente en Egipto, sino también en la mayor parte de las provincias del Imperio, como dice Aurelio Víctor, en Africa, en la Galia, en la Pannonia, en la Messia, hizo construir monumentos á sus soldados.

Biblioteca Nacional de España

Ilustrado por tantas hazañas, nombráronle emperador todos los ejércitos de Oriente, después del asesinato de Tácito y de la usurpación de Floriano. Tal vez agrade saber cómo obtuvo Probo el Imperio. Cuando se dió cuenta á los ejércitos de la muerte de Tácito, la primera idea de los soldados fué adelantarse á las tropas de Italia é impedir al Senado que nombrase otra vez emperador. Mientras hablaban acerca de la elección que debían hacer, los tribunos recorrieron los manípulos, diciendo que necesitaban un jefe valeroso, prudente, modesto, clemente y probo; y habiendo repetido estas palabras, según costumbre, de fila en fila, óyese en seguida á todos los soldados exclamar á la vez, como por inspiración: «Probo Augusto, guárdente los dioses.» En el acto construyeron apresuradamente un tribunal de musgo, invitarou al Emperador á subir á él y le cubrieron con el manto de púrpura quitado á la estatua de un templo.

Desde allí le llevaron al palacio, aunque oponía á las tropas tenaz resistencia, y no cesaba de repetir: «Soldados, atendéis mal á vuestros intereses; dejaréis de quererme, porque no sé adularos.» He aquí su primera carta á Capitón, prefecto del Pretorio: «Jamás he deseado el Imperio, y lo he recibido á pesar mío. Pero no puedo despojarme de esta peligrosa dignidad, y necesito desempeñar el papel que me imponen las tropas. Ruégote, mi querido Capitón, que concurras conmigo al bien de la república, que atiendas al aprovisionamiento y transporte de los trigos, y, en una palabra, á todo lo que necesita el soldado. No quiero, si esto depende de mí y si tú desempeñas celosamente tus funciones, tener otro prefecto que tú.» Informados del advenimiento de Probo los ejércitos de Italia, y persuadidos de que nadie merecía mejor que él el trono, mataron á Floriano, que se había apoderado de él como por herencia. De esta manera y sin la más pequeña dificultad, consiguió Probo el Imperio de todo el mundo, con el consentimiento del Senado y del ejército.

Biblioteca Nacional de España

Puesto que he hecho mención del Senado, citaré la carta que le escribió Probo, y la contestación de aquella ilustre asamblea. Primera oración de Probo al Senado: «Con razón, padres conscriptos, dió vuestra clemencia el año pasado un príncipe al Universo, eligiéndolo entre vosotros, que sois los dueños del mundo, que siempre lo habéis sido y que lo seréis en adelante por vuestros descendientes. ¡Ojalá hubiese esperado Floriano vuestra decisión, y no se hubiese arrogado el soberano poder como bien hereditario! Vuestra majestad hubiese podido elegirle, á él ó á otro. Indignados por esta usurpación, los soldados me han dado el título de Augusto, para volver prudentemente al ejercicio de un derecho que les habían arrebatado. Dispuesto estoy á hacer, en la medida de mi mérito, cuanto ordene vuestra clemencia.» Senatusconsulto del día III de las nonas de Febrero, en el templo de la Concordia. Después de otras deliberaciones, el cónsul Elio Scorpiano habló de esta manera: «Habéis escuchado, padres conscriptos, la lectura de las cartas de Aurelio Valerio Probo: ¿qué opináis?» Entonces exclamaron: «¡Probo Augusto, que los dioses te guarden! Hasta el presente has sido general experto, valiente, justo y bondadoso: serás excelente emperador. ¡Que los dioses conserven en tí el modelo del ejército y del Imperio! ¡Defensor de la república, sé feliz en el trono! ¡Jefe de los ejércitos romanos, sé feliz en el trono! ¡Que los dioses te protejan, á tí y á los tuyos! Hace mucho tiempo que los deseos del Senado te llamaban al trono; si por la edad cedías á Tácito, sobrepujas á los demás en mérito. Recibe nuestras gracias por haber aceptado el Imperio. Defiéndenos; defiende á la República; solamente á tí podemos confiar el cuidado de lo que has conservado. Mereces los nombres de Fráncico, de Gótico, de Sarmático y de Párthico; mereces todas las distinciones; siempre has sido digno del Imperio, digno de los triunfos más espléndidos. Vive feliz, reina para felicidad de todos.»

Inmediatamente después, Manlio Staciano, que votaba el primero, habló de esta manera: «Padres conscriptos,

Biblioteca Nacional de España

demos gracias á los dioses inmortales, y especialmente á Júpiter Óptimo, por habernos dado un príncipe como lo hemos deseado siempre. Si sabemos apreciarle, no echaremos de menos á Aureliano, Alejandro, ni á los Antoninos, ni á Trajano y Claudio. Todo lo encontramos en él: la ciencia militar, la verdad, vida intachable, modelo para el arte de gobernar; en una palabra, la reunión tan difícil de todas las virtudes. ¿Qué parte del mundo no ha visto sus armas victoriosas? Testigos son los Marmaridas, vencidos en la tierra de África; testigos los Francos, exterminados en sus inaccesibles pantanos; testigos los Germanos y los Alemanes, rechazados lejos de las orillas del Rhin. ¿Habré de hablar también de los Sármatas, de los Godos, de los Parthos, de los Persas y de todos los pueblos del territorio póntico? Por todas partes existen monumentos de su valor. Demasiado largo sería referir á cuántos reyes poderosos ha puesto en fuga, á cuántos generales enemigos ha dado muerte por su mano, cuántas armas ha conquistado antes de llegar al trono. Cartas conservadas en nuestros monumentos públicos demuestran cuántas veces le han dado gracias nuestros anteriores emperadores. ¡Oh dioses! ¡cuántas recompensas militares ha recibido! ¡qué de elogios ha merecido de los soldados! En la adolescencia recibió el tribunado, y poco tiempo después el mando de nuestras legiones. Júpiter Óptimo Máximo, Juno reina, Minerva protectora de las virtudes, dioses de la Concordia, tú, Victoria romana, conceded á los senadores y al pueblo de Roma, conceded á los soldados, conceded á nuestros aliados y á las naciones extranjeras el favor de verle reinar como ha combatido. No soy, padres conscriptos, más que el intérprete de todos los votos al otorgarle el título de César, el de Augusto, la autoridad proconsular, el reverenciado título de padre de la patria, el pontificado máximo, el derecho de proponer tres asuntos al Senado en una sola sesión (*tertiæ relationis*), y la autoridad tribunicia.» En seguida exclamaron los senadores: «Todos, todos lo queremos.»

Biblioteca Nacional de España

Después de recibir Probo el senatusconsulto en respuesta á su oración, decretó que los senadores conocerían en las apelaciones de los primeros magistrados, que nombrarían los procónsules, que elegirían los legados consulares, que podrían conferir á los gobernadores de las provincias el derecho de los pretores y que sancionarían por medio de senatusconsultos las leyes que él mismo dictase. En seguida castigó con diferentes penas á los asesinos de Aureliano (1) que pudieron ser habidos, pero con menos rigor y severidad que desplegaron primeramente las tropas y después Tácito. También persiguió á los que habían tendido lazos á Tácito. Perdoaó á los partidarios de Floriano, que pudieron considerarle como hermano del Emperador y no como tirano. A continuación recibió el juramento de todos los ejércitos de Europa que habían dado á Floriano el Imperio y la muerte, y después de esto marchó con grandes fuerzas á las Galias, agitadas por turbulencias civiles desde la muerte de Postumio (2) y ocupadas por los germanos desde la de Aureliano (3).

---

(1) Zonaro y Zósimo dicen que el primer cuidado de Probo fué perseguir á los asesinos de Aureliano. Zonaro habla de este modo: «Dícese que reunió á los militares culpables de los asesinatos de los emperadores Aureliano y Tácito, y después de censurarles acremente su perfidia, les condenó al último suplicio.» «Probo, dice Zósimo, señaló los comienzos de su reinado con un hecho muy laudable, que fué el castigo de los que habían asesinado á Aureliano y Tácito. Sin embargo, por temor á algún tumulto, no los hizo ejecutar públicamente, sino que les invitó á un festín, y cuando se encontraron en él, se retiró á una galería, desde donde dió la señal, á la cual, los que tenía ocultos les exterminaron, exceptuando uno de ellos que, cogido después, fué quemado vivo, como autor principal de todo el daño.»

(2) Trátase del tirano Postumio, que había rechazado de la Galia á todos los bárbaros, quienes, después de la muerte de aquél, invadieron de nuevo la provincia y ni Claudio ni Aureliano pudieron rechazarles.

(3) «El ejército romano, dice Zonaro, sufrió mucho por la escasez de víveres durante la guerra que el Emperador hizo á los Germanos, que atacaron varias ciudades de su pertenencia. Dícese que habiendo sobrevenido abundante lluvia, encontróse trigo mezclado con el agua, y que, alimentándose los soldados,

Biblioteca Nacional de España

Tantas victorias consiguió (1), que recobró de los bárbaros sesenta ciudades de las más importantes, con todo el botín que habían reunido en ellas, y cuya posesión, añadida á sus riquezas, le enorgullecía mucho. Cuando recorrían impunemente nuestras costas y hasta todas las Galias, Probo, después de matarles cuatrocientos mil hombres que ocupaban el territorio romano, arrojó el resto más allá del rio Nicro y del Alba, y recobró todo el botín que habían hecho sobre los Romanos; después construyó ciudades y fuertes en el territorio de los bárbaros y colocó tropas en ellos.

A todos los que estableció al otro lado del Rhin para vigilar el país, les asignó campos, casas y víveres. No se cesaba de combatir, y diariamente le llevaban cabezas de aquellos bárbaros, recibiendo los portadores una moneda de oro por cada una de ellas. Al fin, nueve reyezuelos de aquel país vinieron á arrojarse á sus pies; exigiéndoles primeramente rehenes, que entregaron en seguida, después trigo y últimamente ovejas y vacas. Dícese que les prohibió bajo severas penas el uso de armas, debiendo protegerles los Romanos si les atacaba algún enemigo. Pero se vió que no podía mantenerse esta disposición como no fuera ensanchando los límites del Imperio y haciendo de toda la Germania una provincia romana. Sin embargo, castigóse severamente, con aprobación de

---

cobraron nuevas fuerzas y deshicieron á sus enemigos.» Zósimo se expresa de este modo: «Molestadas algunas ciudades del Rhin por las correrías de los pueblos que habitan las orillas de este río, marchó á socorrerlas. Cuando estaban unidas el hambre y la guerra, cayó una lluvia prodigiosa, en la que había granos de trigo mezclados con las gotas de agua. El asombro impidió al pronto á los soldados aprovechar aquellos granos para calmar el hambre que les agobiaba; pero la necesidad, más poderosa que el temor, les obligó á hacer pan, comieron y alcanzaron la victoria bajo los auspicios del Emperador.»

(1) Zósimo, que es el único historiador que, con Vopisco, habla de las victorias de Probo sobre los bárbaros, refiere á esta época dos expediciones diferentes. «Consiguió, dice, la victoria sobre los bárbaros en dos guerras, de las que dirigió una por sí mismo y otra por un general que nombró.»

Biblioteca Nacional de España

aquellos mismos reyes, á los que no habían devuelto fielmente el botín de que se habían apoderado. Probo recibió además diez y seis mil soldados bisoños, que distribuyó en las diferentes provincias, incorporando cincuenta ó sesenta en los números (1) ó entre las tropas que guardaban las fronteras, diciendo que, teniendo los Romanos auxiliares bárbaros (2), no debían verlos sino sentirlos.

Pacificada de esta manera la Galia, escribió en estos términos al Senado: «Doy gracias, padres conscriptos, á los dioses inmortales por haberme ayudado á merecer vuestra estimación. Toda la Germania, por grande que sea su extensión, está sometida; nueve reyes de esta nación han venido á arrojarse como suplicantes á mis pies, ó por mejor decir, á los vuestros; todos estos bárbaros labran y siembran ya para vosotros, combaten para vosotros contra los pueblos del interior. Decretad, pues, según costumbre, acciones de gracias á los dioses. Cuarenta mil enemigos han sucumbido; se nos han ofrecido diez y seis mil hombres armados; han sido arrancadas al yugo enemigo setenta ciudades de las más importantes, y todas las Galias están libres. Consagradlas vosotros mismos á Júpiter Optimo Máximo y á los demás dioses y diosas. Todo el botín ha sido rescatado, y hasta hemos cogido más del que antes nos habían quitado. Bueyes de los bárbaros labran los campos de la Galia, y los de los Germanos presentan testuz cautivo al yugo de nuestros cultivadores. Los ganados de estas diversas naciones pastan ahora para nuestra subsistencia; sus piaras dan caballos para nuestra caballería, y nuestros graneros están repletos de trigo de los bárbaros. ¿Qué más os diré? So-

(1) No se conoce exactamente el número de los que componían el cuerpo llamado *numerus*.

(2) En los primeros tiempos de Roma, solamente los ciudadanos podían formar parte del ejército. Después se admitió á los libertos, más adelante á los esclavos, y últimamente á los bárbaros, y esta es la causa á que Zósimo y otros escritores antiguos atribuyen la ruina del Imperio.

Biblioteca Nacional de España

lamente les hemos dejado el suelo; todo lo demás lo poseemos nosotros. Al principio pensamos, padres conscriptos, en dar nuevo gobernador á la Germania; pero hemos aplazado la decisión hasta que se reclame esta medida, que sin embargo será necesaria cuando, con el auxilio de la divina Providencia, sean más numerosos nuestros ejércitos.»

En seguida marchó á la Iliria, cuidando, antes de llegar, de asegurar la paz en las Recias, sin dejar ningún germen de inquietud para lo venidero. En la Iliria domeñó á los Sármatas y otros pueblos, y recobró, casi sin combatir, todo lo que habían saqueado. Desde allí, habiendo pasado á las Tracias, aceptó la sumisión ó la alianza de todos los pueblos de la Grecia, asustados por la fama de sus triunfos y por el recuerdo, siempre presente, de su antigua reputación. En seguida se dirigió al Oriente, y en el camino cogió y condenó á muerte á un tal Panfurio, famoso bandido. También libertó á toda la Isauria, y devolvió al dominio romano considerable número de pueblos y ciudades. Penetró de grado ó por fuerza en los asilos que los bárbaros habían encontrado entre los Isaurios, y dijo, después de visitarlos, «que era más fácil evitar la entrada de los bandidos que arrojarlos de allí». Adjudicó á los veteranos todos los parajes á que solamente se llega por estrechos senderos, y dispuso que sus hijos varones entrarían á la edad de diez y siete años en la milicia, con objeto, según decía, de que no hiciesen el aprendizaje del robo antes que el de la guerra.

Cuando hubo pacificado toda la Panfilia y las demás provincias limítrofes á la Isauria, marchó hacia Oriente. Sometió también á los Blemyos y envió en seguida á Roma sus prisioneros, que el pueblo vió con extraordinaria sorpresa. Arrancó las ciudades de Coptos y Ptolemaida (1) al dominio de los bárbaros, y les impuso

(1) Zósimo dice que Ptolemaida, ciudad de la Tebaida, se sustrajo á la obediencia del Emperador, y habiendo tomado las

Biblioteca Nacional de España

leyes romanas. Estas hazañas le hicieron tan famoso, que los Parthos, confesando su temor, le enviaron legados pidiéndole la paz. Recibióles con altivez, y los despidió más asustados todavía: hasta se dice que, habiéndose negado á admitir los regalos del Rey de los Parthos, escribió á Narses en estos términos: «Me asombra que hagas ofrecerme tan pequeña parte de lo que debe pertenecernos un día. Entretanto, conserva esos objetos á los que tanto precio das. Si los deseamos, sabremos adquirirlos.» Esta carta produjo profundo terror á Narses, sobre todo cuando supo que Probo había libertado á Coptos y Ptolemaida del dominio de los Blemyos y que había destrozado á estos pueblos, terror en otro tiempo de las demás naciones.

Después de ajustar la paz con los Persas, regresó á las Tracias y estableció en territorio romano cien mil Bastarnos, que observaron inviolable fidelidad. Pero los colonos que sacó de otros pueblos, como los Gépidas, Gantuninos y Vándalos, habiendo violado sus juramentos, hicieron mucho daño á la República; porque, mientras Probo hacía la guerra á los tiranos, invadieron por mar y tierra casi todas las provincias del Imperio. Sin embargo, al fin les hizo soportar tales reveses, que el corto número de los que regresaron á su patria consideró como gloria haber escapado á sus golpes. Esto hizo Probo contra los bárbaros. Pero no fueron menos duras las luchas que tuvo que sostener contra muchos tiranos. En varios combates, y á fuerza de valor, venció al tirano Saturnino (1), que había usurpado el Imperio de

---

armas, quedó reducida al deber por jefes excelentes, de la misma manera que los Blemyanos que habían favorecido la revuelta.

(1) Zonaro dice: «Habiendo formado proyectos sediciosos contra él su íntimo amigo Saturnino, moro de nación, un particular se los denunció. Pero creyendo que el aviso era falso, mandó castigar al denunciador, lo cual no impidió que los soldados matasen á Saturnino.» Zósimo habla así: «Después del castigo de los asesinos de Aureliano, Saturnino, moro de nación,

Biblioteca Nacional de España

Oriente; y aquellas comarcas quedaron tan tranquilas después de la derrota del tirano, que, según el dicho vulgar, no se oía ni un ratón rebelde. Enterándose en seguida de que Próculo y Bonoso se habían apoderado del Imperio en Colonia, en la Galia, y que trataban de apoderarse de las Bretañas, de las Españas y de las provincias de la Galia Narbonesa, les venció con el auxilio de los bárbaros. Los detalles que podrías pedir acerca Saturnino, Próculo y Bonoso los daré en libro especial, que contendrá muy poco, como pide su título de tiranos, ó mejor dicho, la pobreza del asunto. Baste saber que todos los Germanos, cuando Próculo reclamó su auxilio, prefirieron hacer causa común con Probo que con Bonoso y Próculo. Probo permitió en seguida á los Galos, así como á los Españoles y Bretones, cultivar viñas y hacer vino (1). El mismo hizo que sus soldados roturasen el terreno del monte Alma, en Iliria, alrededor de Sirmio, plantando allí vides escogidas.

Dió al pueblo romano magníficas fiestas é hizo que le distribuyesen congiarios. Su triunfo sobre los Germanos y los Blemyos fué muy hermoso, marchando delante de su carro grupos de cincuenta hombres formados por soldados de todas las naciones. Dió en el Circo el espectáculo de una gran cacería, después de lo cual lo abandonó todo al pillaje. El espectáculo se organizó de esta manera: los soldados habían arrancado grandes árboles con sus raíces, clavándolos después en fuertes vigas entrelazadas, formando como un vasto tablero que cubrieron de tierra, de modo que quedó convertido de pronto el Circo en hermoso y verde bosque. En seguida soltaron por todas las alamedas mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil gamos, mil gamuzas, mil cabritillos

á quien había encargado Probo el gobierno de la Siria, faltó á la fidelidad que le debía y se sublevó contra él; pero las tropas de Oriente ahogaron su empresa con su muerte.

(1) Una ley de Domiciano había prohibido á todo el mundo en Italia y las provincias plantar viñas. Probo levantó la prohibición para algunos pueblos.

Biblioteca Nacional de España

salvajes y otros animales herbívoros, en tanto número como habían podido coger y alimentar. En seguida dejaron penetrar á la plebe, y cada cual cogió lo que quiso. Otro día hizo Probo soltar de una vez en el Anfiteatro cien leones magníficos, cuyos rugidos igualaban al fragor del trueno, y á todos les mataron con chuzos, sin que opusieran mucha resistencia, porque no tenían aquella impetuosidad que muestran cuando se les lanza de sus jaulas. Muchos de ellos que no querían avanzar en la arena, fueron muertos á flechazos. También se vieron aquel día cien leopardos de Libia, otros ciento de Siria, cien leones y trescientos osos á la vez. Pero, según refieren, la presencia de aquellos animales ofreció un espectáculo más extraño que agradable. También hizo combatir Probo trescientas parejas de gladiadores (1), y entre ellos Blemyos que se habían exhibido en su triunfo, Germanos, Sármatas y hasta algunos bandidos de la Isuria.

Después de estas fiestas, cuando se preparaba para hacer la guerra á los Persas, le mataron sus soldados al atravesar la Iliria. Entre las causas de su muerte (2),

---

(1) Tal vez debe atribuirse á este hecho la sublevación de que habla Zósimo: «Habiendo dado muerte á sus guardias ochenta gladiadores, corrieron por la ciudad, y, robustecidos con otros muchos, saquearon cuanto encontraron. Pero el Emperador envió tropas que reprimieron su insolencia.

(2) Zonaro refiere de otra manera las circunstancias del asesinato de Probo, al que parece no fué extraño su sucesor Caro. El mencionado historiador habla de esta manera: «Además de las conjuraciones que acabo de referir (las de Saturnino y un amigo de Victorino), tramóse otra contra Probo. Caro, que mandaba en una provincia de Europa, habiendo comprendido que los soldados proyectaban conferirle la autoridad soberana, lo notificó al Emperador y le pidió que le llamase. Negándose el Emperador á reemplazarle, los soldados rodearon á Caro, le obligaron, á pesar suyo, á aceptar la corona, y marcharon bajo su dirección hacia Italia. Probo reunió inmediatamente tropas y las envió con excelente jefe contra los rebeldes. Pero en cuanto supieron que Caro estaba cerca, se apoderaron del jefe, le ataron, le entregaron al enemigo y se rindieron. Quebrantados los guardias de Probo por aquel ejemplo de la perfidia del ejército, le mataron, en el sexto año de su reinado.»

Biblioteca Nacional de España

créese la primera su costumbre de no dejar nunca ociosos á los soldados. Por esta razón los hacía ejecutar trabajos, diciendo: «que no debe alimentarse al soldado para nada.» También le censuraban haber dicho «que si hacía á la República tan feliz como esperaba, muy pronto serían inútiles los soldados.» ¿Qué sentido tenían estas palabras en su mente? ¿No había sometido todas las naciones bárbaras? ¿No había dado á los Romanos todo el mundo? Podía, pues, decir: «Muy pronto no necesitaremos soldados»; y esto era lo mismo que decir: ya no habrá ejército romano; segura de su reposo la República, reinará por todas partes, todo lo poseerá; ya no se construirán armas en ningún punto; no se harán acopios militares; quedarán los bueyes en el arado, el caballo no conocerá los combates. Ya no habrá guerra, ya no habrá prisioneros: llegará el reinado universal de la paz, de las leyes romanas y de nuestros jueces.

Pero mi admiración hacia este príncipe me separa del sencillo estilo de la historia. Diré, pues, lo que contribuyó especialmente á apresurar su muerte. Habiendo marchado á Sirmio, y queriendo á la vez ensanchar y fertilizar el suelo de su patria, empleó muchos millares de soldados en desecar un pantano cuyas aguas debían salir al mar por un canal inmenso, pudiendo después aprovechar el terreno los habitantes de la ciudad. Descontentos los soldados, lo continuaron hasta una torre guarnecida de hierro, que había hecho construir á grande altura para que sirviera de atalaya, y allí le mataron, en el quinto año de su reinado (1). Sin embargo, ellos mismos le erigieron más adelante, en una altura, que también era obra suya, un vasto sepulcro con esta inscripción grabada en una lápida de mármol: «*Aquí yace el emperador Probo, verdaderamente digno de su nombre, vencedor de todas las naciones bárbaras y vencedor de los tiranos.*»

Cuando comparo á Probo con los demás emperadores

(1) Según la crónica de Alejandría, Probo tenía cincuenta años cuando murió.

Biblioteca Nacional de España

y con la mayor parte de los generales romanos, cuyo valor, clemencia ó sabiduría se admira, paréceme que les iguala, y hasta, si puedo decirlo sin concitar furiosas prevenciones, que les aventaja. El número de guerras que hizo en todas las partes del mundo, durante los cinco años de su reinado, es tan grande, que asombra pudiera encontrarse en tantas batallas. Muchas cosas hizo por su mano, y formó generales excelentes. En su ejemplo aprendieron Caro, Diocleciano, Constancio, Asclepiodoro (1), Armibaliano, Leonidas, Cecropio, Pisoniano, Herenniano, Maximiano y otros que merecieron la admiración de nuestros padres, y de los que algunos fueron excelentes emperadores. Compárense, si se quiere, con el suyo, los reinados de Trajano y Adriano, que duraron veinte años, y los de los Antoninos, que fueron casi tan largos; porque no hablo del de Augusto, cuya duración es casi increible, y omito también los malos príncipes. En fin, por esta memorable frase se comprende cuáles eran las esperanzas de Probo: «que muy pronto no serían necesarios los soldados.»

Conociéndose bien, no temió á los bárbaros ni á los tiranos (2). ¿Qué felicidad no hubiese asegurado al Im-

---

(1) Aurelio Víctor y Eutropio dan el nombre de Asclepiodoto al general que venció bajo Diocleciano.

(2) Zonaro y Zósimo hablan de otra rebelión ocurrida en la Gran Bretaña, aunque sin nombrar el jefe. He aquí el relato de Zonaro: «Otro se sublevó en la Gran Bretaña, donde el emperador Probo le había dado el mando de las tropas, por petición de Victorino, moro de nación y amigo particular suyo. Habiéndose quejado el Emperador á Victorino, éste le pidió permiso para ir á ver al rebelde, y, habiéndolo obtenido, marchó á la Gran Bretaña, donde fingió haber huído para librarse de la cólera de Probo. Recibido con agasajo, durante la noche consiguió matar al rebelde, regresando en seguida al lado del Emperador, que diariamente se atraía más y más el afecto general por su dulzura y liberalidad.»

Zósimo refiere el hecho de este modo: «Habiendo estallado otra sedición en la Gran Bretaña, Probo la calmó por medio de Victorino, moro de nación, por cuya súplica había dado el gobierno de aquella isla al autor del desorden. Habiendo llamado

Biblioteca Nacional de España

perio, de haber conseguido hacer inútiles los soldados? Libres en lo sucesivo los habitantes de las provincias del tributo de los aprovisionamientos; el tesoro del Estado descargado de la paga militar; la República enriquecida con tesoros perpetuos; libre el Príncipe de todo gasto; libres los propietarios de todo impuesto; esto era verdaderamente la promesa del siglo de oro. Ya no se hubieran visto campamentos, no se habría oído la trompa guerrera ni se habrían construído armas. Ese pueblo de combatientes, que hoy perturba la República con guerras civiles, cultivaría la tierra, ó se dedicaría al estudio, á las artes, á la navegación, y nadie, en fin, perecería en los combates. ¿Tanto, oh dioses, os ha ofendido la República romana para que le arrebatéis tal emperador? Desgraciados aquellos que enseñan á los soldados la guerra civil, que arman hermanos contra hermanos, que excitan á los hijos á derramar la sangre de sus padres, y que ultrajan de esta manera la memoria de Probo, á quien con tanta justicia han erigido estatuas nuestros emperadores, honrado con templos, y celebrado con juegos en el Circo.

Los descendientes de Probo, cediendo á los ataques ó temiendo la envidia, han huído de Roma y trasladado sus penates á Italia, en una comarca cercana de Verona, el Benacum y el Lario. Debo mencionar la particularidad de que, habiendo caído el rayo cerca de Verona sobre una estatua de Probo y habiendo cambiado los colores de la pretexta con que estaba vestida, los aúspices dijeron que los descendientes de este príncipe adquirirían mucha notoriedad en el Senado y todos llegarían á las primeras dignidades. Verdad es que esta predicción no se ha realizado todavía en ninguno de ellos; pero la posteridad de un hombre puede comprender la eterni-

---

á Victorino, se quejó de la falta que había cometido al darle tan mal consejo, y le encargó que la reparase. Marchando inmediatamente Victorino á la Gran Bretaña, se deshizo hábilmente del traidor que aspiraba al poder soberano.

Biblioteca Nacional de España

dad. Con profundo dolor recibió el Senado la noticia de la muerte de Probo, y lo mismo aconteció con el pueblo. Pero cuando se supo que era emperador Caro, el pueblo y el Senado experimentaron horror profundo, no por Caro, que tenía virtudes, aunque estaba lejos de igualar á Probo, sino por su hijo Carino, que siempre había tenido detestable vida. Temíase encontrar en Caro emperador no tan bueno como el precedente, pero mucho más tener uno pésimo en su heredero. Esto es cuanto sabemos de Probo, ó por lo menos lo que de su vida nos ha parecido digno de memoria. En otro libro hablaremos brevemente de Firmo, Saturnino Bonoso y Próculo, porque no debía mezclar la historia de Príncipe tan grande con la de cuatro tiranos.

Más adelante, si vivimos, escribiremos la vida de Caro y de su hijo.

Biblioteca Nacional de España

FIRMO, SATURNINO, PRÓCULO Y BONOSO,

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA.

SUMARIO.

Firmo, llamado generalmente bandido, tomó la púrpura en Egipto y el nombre de Augusto.—Su patria: algunos historiadores le confunden con otros que llevaron el mismo nombre.—Partidario de Zenobia, apoderóse para ella de Alejandría y le venció Aureliano.—Sus riquezas.—Su voracidad.—Su fuerza.—Carta de Aureliano después de la derrota de Firmo.—Sus gustos especiales.—Saturnino, galo de origen, recibe de Aureliano el mando de las fronteras de Oriente, pero prohibiéndole pisar el Egipto.—Carta del emperador Adriano acerca del carácter, religión y costumbres de los Egipcios.—Saturnino se apodera del Imperio en Palestina.—El abuelo de Vopisco presenció la ceremonia.—Discurso de Saturnino á los soldados.—Sus conocimientos.—Algunos historiadores le confunden con el que usurpó el Imperio bajo Galieno.—Los soldados de Probo le matan contra la voluntad del Emperador.—Próculo se apodera del Imperio por instigación de su esposa.—Su nacimiento.—Sus antepasados.—Sus riquezas.—Sus cualidades.—Los Lioneses, descontentos de Aureliano, le nombran emperador.—Sus victorias sobre los Germanos.—Probo le vence y mata.—Sus descendientes.—Bonoso, elevado por su madre, que era Gala, llega de grado en grado á mandar un ejército.—Su prodigiosa resistencia como bebedor.—Apodérase del Imperio y le vence Probo, que perdona á los dos hijos y la esposa del usurpador.

Bien sé que casi todos los historiadores han omitido los usurpadores poco importantes ó han hablado de ellos con mucha brevedad. Así, Suetonio Tranquilo, aquel

Biblioteca Nacional de España

escritor tan sincero, se contentó con decir de paso algunas palabras de Antonio y de Víndex; y Mario Máximo no dió aparte, sino que entrelazó con otras vidas las de Avidio, Albino y Níger, de los que el primero vivió en tiempo de Marco Aurelio, y los otros dos bajo Severo. No nos admira esto en Suetonio, tan amante de la concisión. Pero ¿cómo Mario Máximo, el más difuso de los escritores y enojoso autor de tantas fábulas (*mythistoricis*) (1), pudo despreciar esta ocasión de hacer relatos? Por el contrario, Trebelio Polión llevó la exactitud, en su historia de los emperadores, hasta consagrar un libro distinto, aunque corto, á los treinta tiranos que se levantaron en tiempo de Aureliano y de Galieno, y hasta en los de los emperadores que precedieron ó siguieron inmediatamente á éstos. Por esta razón, habiendo escrito la historia de Aureliano, Tácito, Floriano y del incomparable Probo, y queriendo escribir la de Caro, Carino y Numeriano, creo debo hablar de Saturnino, Bonoso, Próculo y Firmo, que vivieron bajo Aureliano.

No ignoras, querido Basso, la discusión que poco ha tuvimos acerca de este asunto con M. Fonteyo, cuya pasión por la historia es conocida. Pretendía que Firmo, que se apoderó del Egipto bajo Aureliano, era un bandido y no un príncipe; sosteníamos, por el contrario, Rufo Celso, Ceyonio Juliano, Fabio Soriano y yo, que tomó la púrpura, acuñó moneda y llevó el nombre de Augusto. Severo Arconcio ha mostrado además medallas suyas, y libros griegos y egipcios nos dicen que en sus edictos se daba el título de Autócrata. La única razón que nos oponía Fonteyo, es que Aureliano, en el edicto que publicó después de su victoria, no dice que mató á un tirano, sino que libertó á la República de un ladroncillo (2); como si príncipe tan grande debiese llamar ti-

(1) Sparciano empleó la misma expresión hablando de Junio Cordo.

(2) El autor alude al edicto que cita después; pero Aureliano llama á Firmo ladrón y no ladroncillo.

Biblioteca Nacional de España

rano á un obscuro rebelde, ó no fuese costumbre constante de los emperadores llamar ladrones á los usurpadores que mataban. Yo mismo, en la vida de Aureliano, antes de saber todo lo concerniente á Firmo, no le llamé príncipe, sino bandido, lo que manifiesto aquí para que no se me tache de contradicción. Mas, para no aumentar el libro, que ofrecí hacer muy corto, pasemos á

FIRMO.

Fué éste natural de Seleucia, pero la mayor parte de los historiadores griegos le dan otra patria, por ignorar sin duda que hubo al mismo tiempo tres Firmos, de los que uno fué prefecto de Egipto, otro gobernador de las fronteras del Africa y procónsul, siendo el tercero este aliado, este amigo de Zenobia, que, impulsado por la energía natural de los Egipcios, se apoderó de Alejandría y quedó vencido por las armas, siempre victoriosas, de Aureliano. Sus riquezas le habían hecho célebre: dícese que había adornado toda su casa con espejos cuadrados, fijos en las paredes con betún y otras argamasas; y aseguraba tener bastante cola y papyrus para mantener un ejército (1). Había trabado estrecha alianza

(1) Egipto era entonces el único país que suministraba á todos los demás papel, y, según parece, la clase de cola de que aquí se habla. Firmo podía, por consiguiente, poseer la mayor parte de estas manufacturas y obtener mucho provecho. En cuanto á la frase que se le atribuye, hase interpretado de diferente manera, creyendo unos que el jugo de la planta llamada *papyrus* podía servir de alimento, de la misma manera que la cola de harina, y que Firmo tenía bastante para la subsistencia de un ejército. ¡Pero qué alimento para el soldado! Así es que otros han entendido por estas palabras el producto de la venta de aquellas mercancías.

Biblioteca Nacional de España

con los Blemyos y los Sarracenos, y con frecuencia envió naves á comerciar en las Indias. Dícese también que poseía dos colmillos de elefante de diez pies de largos. Aureliano tuvo el propósito, añadiendo otros dos colmillos de la misma clase, de hacer una caja que hubiese colocado, con las suertes de Apona, en el templo del Sol, y que hubiese servido de pedestal á un Júpiter de oro, todo cubierto de pedrería y revestido con la pretexta, al que quería llamar Júpiter Cónsul ó Consejero. Pero más adelante Carino regaló aquellos colmillos á una mujer, que, según dicen, mandó le hiciesen con ellos un lecho. Siendo conocido hoy este detalle y no pudiendo interesar en manera alguna á la posteridad, no me detendré más en él. Así, pues, aquella maravilla de las Indias, destinada primeramente á Júpiter Optimo Máximo, por voluntad de un emperador, vino á ser precio é instrumento de liviandad.

Firme era alto; tenía los ojos salientes, crespo el cabello, el rostro lleno de cicatrices y de color obscuro, aunque el resto del cuerpo era blanco. Era tan belludo, que generalmente le llamaban Cíclope. Para su alimentación necesitaba mucha carne, y se dice que se comía en un solo día un avestruz. Bebía poco vino, pero mucha agua. Tenía mucha firmeza de carácter, y tal fuerza corporal, que sobrepujaba á Tritano, de quien habla Varrón Elio. Tendido de espaldas y apoyado el cuerpo en los brazos, sostenía un yunque, sobre el que descargaban redoblados golpes. Algunas veces se le vió luchar, vaso en mano, con los generales de Aureliano. Habiéndole provocado un día un vexilario (1) llamado Burburo, conocido como uno de los bebedores más famosos de la época, vació dos cubos llenos de vino, sin que se conociese en la comida que siguió inmediatamente. Habiéndole dicho Burburo: «¿Por qué no has bebido las

(1) Creen algunos que no debe entenderse por vexilario el portaestandarte, sino un auxiliar, porque se daba el nombre de *vexilla* y de *vexillationes* á cuerpos formados por extranjeros.

Biblioteca Nacional de España

heces?—Eres un insensato, le contestó; la tierra no se bebe.» Pero me detengo en cosas fútiles, cuando tengo que referir otras más interesantes.

Firmo se apoderó del Imperio contra Aureliano para defender el país que quedaba todavía á Zenobia; pero Aureliano le venció al volver de Carris. Dicen la mayor parte de los escritores que Firmo se estranguló; sin embargo, los edictos de Aureliano demuestran lo contrario, como consta en lo que escribió á Roma después de su victoria: «Aureliano Augusto al pueblo romano que le ama, salud. Después de pacificar todos los países del universo, os diré en pocas palabras que hemos derrotado, sitiado, sujetado á la tortura y hecho perecer á Firmo, ese ladrón egipcio, cuyas esperanzas habían exaltado los movimientos de los bárbaros, y que se había rodeado de los últimos partidarios de una mujer atrevida. Ya no hay nada, dignos hijos de Rómulo, que pueda inquietaros. El tributo del Egipto, cuyo envío había detenido ese odioso bandido, se os remitirá completo. Vivid en paz con el Senado, en buena armonía con el orden ecuestre y perfecto acuerdo con los pretorianos. Sabré preservar á Roma de toda inquietud. Frecuentad los espectáculos y los juegos del Circo; y mientras nos ocupamos de los intereses públicos, entregaos á vuestros placeres. Por esta razón, respetables ciudadanos, etc.»

Estos son los únicos hechos interesantes y dignos de memoria de la vida de Firmo. Para conocer todos los detalles de su vida es necesario acudir á Aureliano Festivo, liberto de Aureliano. Este escritor dice que Firmo, ungido con aceite de cocodrilo, nadaba en medio de estos animales; que domesticaba elefantes, que montaba hipopótamos, y que, sentado en avestruces enormes, parecía volar con ellos. Pero ¿qué fe puede darse á todo esto? Tito Livio y Salustio han prescindido de las cosas pequeñas en las historias que escribieron: no nos dicen de qué mulos se servía Clodio, ni de qué mulas T. Annio Milón; ni si Catilina montaba caballo sardo ó toscano; ni si la clámide de Pompeyo era de púrpura. Ter-

Biblioteca Nacional de España

minaremos, pues, aquí lo que se refiere á Firmo, para pasar á Saturnino, que usurpó el Imperio en Oriente contra Probo.

SATURNINO

Saturnino era oriundo de la Galia, es decir, de una nación muy inquieta y dispuesta siempre á elegir nuevos emperadores. Aureliano le encargó, como al más hábil de sus generales, la defensa de las fronteras del Oriente, cuidando de recomendarle que no pisase el Egipto. Este prudente Emperador, que, como se ve, conocia el carácter galo, temía que Saturnino, una vez en relación con un pueblo tan levantisco, formase en compañía de tales hombres proyectos que estarían además muy conformes con sus inclinaciones. Como sabes, los Egipcios son presuntuosos, arrebatados, jactanciosos, y siempre se encuentran dispuestos á injuriar; llevan la ligereza, la licencia y necesidad de innovaciones hasta excitarlas con canciones públicas; hacen versos y epigramas; pretenden ser matemáticos, arúspices, médicos; son cristianos, samaritanos y censuran siempre el presente con desenfrenada libertad. Mas, por el temor de atraerme el resentimiento de algún Egipcio, y de que se me crea autor de esta pintura, voy á citar una carta de Aureliano, sacada de los libros de su liberto Flagelonte, que da cabal idea del carácter de este pueblo.

«Adriano Augusto al cónsul Serviano, salud. Conozco perfectamente, mi querido Serviano, este Egipto que me elogias, este pueblo inconstante y ligero, que sin cesar se agita ante los rumores más leves. Los que practican el culto de Serapis son cristianos, y los primeros

Biblioteca Nacional de España

adoradores de este dios se llaman obispos de Cristo. En este país no hay ningún jefe de Sinagoga judío, ningún samaritano, ningún sacerdote cristiano, que no sea matemático, arúspice ó charlatán (*aliptes*) (1). El mismo Patriarca, cuando viene á Egipto, se ve obligado por unos á adorar á Serapis, y por otros á Cristo. Esta raza es extraordinariamente sediciosa, versátil é inclinada á la injuria: su capital es rica y opulenta: todo abunda en ella, y nadie permanece ocioso: unos soplan el vidrio, otros fabrican papel; éstos ejercen el oficio de tejedores, y todos se dedican á algún oficio. Los ciegos tienen su trabajo especial; los que padecen gota en los pies también tienen el suyo, y hasta los que la tienen en las manos no viven sin hacer nada. Este pueblo no tiene más que un dios, al que dirigen sus adoraciones los Cristianos, los Judíos y todo el resto de la nación. De desear sería solamente que las costumbres fuesen mejores en esta ciudad, que es digna, sin duda alguna, por su grandeza y extensión, de ser la primera de todo el Egipto. Yo la he colmado de bienes; la he restituído sus antiguos privilegios, la he concedido otros nuevos, y encontrándome presente, me han tributado acciones de gracias. Pero en cuanto me alejé, prodigaron ultrajes á mi hijo Vero, y supongo que sabes todo lo que han dicho acerca de Antínoo. Solamente les deseo que se alimenten con sus gallinas; me avergonzaría de decir cómo las incuban (2). Te he remitido copas tornasoladas que me regaló el sacerdote del templo: te las dedico especialmente á tí y á mi hermana, y deseo que las uséis los días festivos en los festines; pero cuida de que nuestro pequeño Africano (3) no las emplee con mucha frecuencia.»

---

(1) La palabra *aliptes* ó *alipta* designaba propiamente al esclavo encargado de frotar con aceite á los que salían del baño ó á los atletas y luchadores antes del combate.

(2) En los estercoleros.

(3) El hijo de Serviano, niño todavía.

Biblioteca Nacional de España

Pensando de esta manera acerca del Egipto, Aureliano prohibió á Saturnino que lo pisara, y esto fué inspiración divina. En efecto, cuando más adelante le vieron llegar los Egipcios con todas las insignias del poder, exclamaron: «¡Saturnino Augusto, que los dioses te protejan!» Sin embargo, debe decirse que Saturnino, á fuer de prudente, dejó muy pronto á Alejandría, y regresó á Palestina; pero conociendo que no estaría seguro si continuaba en condición privada, se cubrió delante de los soldados con un manto de púrpura, tomado á la estatua de Venus, y con una túnica perteneciente á su esposa, siendo proclamado en el acto emperador. (*Adoratus est*) (1). Con frecuencia oí decir á mi abuelo, presente en la ceremonia, que Saturnino dijo entonces llorando: «La República pierde en mí, si puedo decirlo sin vanidad, un ciudadano útil. He restaurado las Galias; he devuelto á los Romanos el Africa, poseída por los Moros; he pacificado las Españas. ¿De qué me sirve? El título que he tomado me hace perder en un momento todos mis honores.»

Cuando los que le habían revestido la púrpura le alentaron para que defendiese su vida ó su Imperio, les dijo: «Ignoráis, amigos míos, cuántos males van unidos al Imperio. Sobre nuestra cabeza penden espadas y dardos; por todas partes nos amenazan lanzas, por todos lados puñales. Témese hasta á los guardias, hasta á los amigos. El emperador no busca siempre placer en la mesa, ni su autoridad decide los viajes, ni su voluntad preside la guerra, ni su interés arma los soldados. Añadid á esto que en el trono ninguna edad escapa á la censura. ¿Eres viejo? Te encuentran débil. ¿Eres joven? Eres arrebatado. Al elevarme al Imperio me lleváis á la

(1) Esta adoración consistía en llevar á la boca y besar la parte inferior del traje de púrpura que llevaba el príncipe. Es la primera vez que se encuentra esta palabra en la historia de los emperadores romanos. Alejandro Severo prohibió á su advenimiento estas muestras de adulación, permitidas, según parece, por Heliogábalo y usadas entre los Persas.

Biblioteca Nacional de España

muerte. Pero me queda el consuelo de que no pereceré solo.» Dice M. Salvidieno que esta oración fué realmente de Saturnino, que era bastante instruído, habiendo estudiado retórica en Africa y frecuentado en Roma las escuelas de los mejores maestros.

Pero, en gracia de la brevedad, no diré de Saturnino más que lo que importe saber. Creen algunos historiadores que éste es el mismo que usurpó el Imperio en tiempo de Galieno; pero se engañan. Este es otro distinto, y fué muerto contra la voluntad de Probo. Dícese, en efecto, que este príncipe le escribió muchas cartas muy bondadosas, en las que le ofrecía perdón; pero que los soldados que habían servido á sus órdenes no quisieron creerle. Sitiado al fin en un castillo por los que había enviado Probo, fué degollado á pesar de este Emperador. Largo y enojoso sería repetir aquí todos los detalles que le conciernen; decir cuál fué su estatura, su constitución, su rostro, lo que comía y lo que bebía. Dejemos para otros estos relatos que no tienen utilidad alguna, y pasemos á los que nos queda que decir.

PRÓCULO

Nació Próculo en Albigauno, en los Alpes marítimos, procediendo de noble estirpe, aunque sus antepasados se habían dedicado al bandolerismo. Poseía considerable cantidad de ganados y de esclavos, que por sí mismo había capturado, y se dice que armó dos mil esclavos de éstos en la época en que usurpó el Imperio. A esta loca empresa le impulsaron los audaces consejos de su esposa, llamada Viturgia, á la que después dieron el nombre de Sampso. Tuvo un hijo, llamado Herenniano, al que se proponía elevar al Imperio cuando llegó á la

Biblioteca Nacional de España

edad de cinco años. Próculo tenía sin duda cualidades excelentes y mucho valor, y sus costumbres de pillaje no le impidieron consagrar su vida al servicio militar. Mandó como tribuno muchas legiones, y se distinguió con brillantes hazañas. Como los detalles son agradables y se leen con cierto gusto, mencionaremos un hecho del que se gloría en una carta, siendo mejor citarlo en seguida que hablar más. «Próculo á su pariente Meciano, salud. He cogido á los Sármatas cien vírgenes, de las que en una noche he poseído diez, y á todas las demás las he hecho esposas en quince días.» Como se ve, consideraba como mérito aquella acción loca y sobradamente libidinosa, tomando como proezas una acumulación de crímenes.

Ni sus elevadas funciones militares le hicieron renunciar á sus vicios y desórdenes. Pero conociendo su valor, los Lioneses, que tenían motivos de queja contra Aureliano, y que temían extraordinariamente á Probo, le llamaron al Imperio. Si hemos de creer á Onésimo, único autor en quien he encontrado este hecho, lo debió á una especie de broma y juego. Después de un festín, en el que había jugado á los dados y ganado hasta diez veces el título de emperador, un bufón, notable por sus agudezas, le dijo: «Yo te saludo, Augusto»; y en seguida, pidiendo una tela teñida de púrpura, le cubrió los hombros y se inclinó en su presencia. Esta audacia aterró á sus cómplices, que en seguida pensaron en atraerse el ejército, con objeto de asegurarle el Imperio. Prestó á los Galos servicios importantes; y aunque en su manera de combatir no había más que bandolerismo, adquirió mucha fama por sus victorias sobre los Alemanes, que todavía llevaban el nombre de Germanos. Pero Probo, después de derrotarle, le persiguió sin descanso; y cuando Próculo marchó á pedir asilo á los Francos, de los que pretendía descender, aquellos pueblos para los que es un juego hacer traición á la fidelidad, le entregaron á su enemigo, que le venció y le hizo morir. Sus descendientes viven todavía entre los Albigaunos, y dicen donosa-

Biblioteca Nacional de España

mente que no quieren ser emperadores ni ladrones. He aquí todo lo notable que recuerdo haber leído con relación á Próculo. Pasemos á Bonoso, de quien tengo que decir menos todavía.

BONOSO.

Bonoso nació en España, de padres originarios de Bretaña; pero su madre era Gala. Según él mismo decía, era hijo de un retórico, y según algunos historiadores, de un maestro de escuela. Perdió, siendo muy niño, á su padre, y educado por su madre, que era mujer muy animosa, adelantó bastante en los estudios. Militó primeramente en las filas inferiores del ejército, y después con los caballeros. Fué centurión, más adelante tribuno, y al fin gobernador de las fronteras de Recia. No hubo hombre jamás que bebiese tanto como él, por lo que decía con frecuencia Aureliano: «No ha nacido para vivir, sino para beber.» Sin embargo, este príncipe le atendió mucho por los servicios que de él obtenía en la guerra. En efecto, cuando los bárbaros le enviaban legados, Bonoso bebía con ellos hasta embriagarlos, y de esta manera se enteraba de todos sus secretos, porque él podía beber inmoderadamente conservando despejado el entendimiento, y hasta le daba el vino más prudencia, según dice Onésimo, escritor de la vida de Probo. Poseía además la asombrosa cualidad de arrojar por la orina todo cuanto había bebido, no padeciendo nunca del pecho, del vientre ni de la vejiga.

Habiendo prendido fuego los Germanos á las naves (*lusorias*) (1) que los Romanos tenían en el Rhin, Bo-

(1) Entienden algunos por *lusorias* las naves destinadas á surcar los grandes ríos, como el Danubio y el Rhin, y á vigilar á los bárbaros.

Biblioteca Nacional de España

noso, que temía soportar las consecuencias, se apoderó del Imperio y lo conservó más tiempo que merecía. Vencido por Probo, después de larga y sangrienta batalla, se ahorcó, diciendo entonces un chistoso «que no se había ahorcado un hombre, sino un ánfora.» Bonoso dejó dos hijos, á los que perdonó Probo, mostrando también con su esposa mucha consideración, señalándole una pensión hasta su muerte. Dícese, y mi abuelo lo repetía, que era mujer de mucho mérito, perteneciente á noble familia de la gente goda, y hasta pretenden que de estirpe regia. Aureliano la había hecho casar con Bonoso para estar enterado de todo lo que pasaba en aquel pueblo. Consérvase una carta de Aureliano al legado de los Tracios, en la que le manda que haga á Bonoso ciertos regalos con motivo de sus bodas. La carta dice así: «Aureliano Augusto á Galonio Avito, salud. Te escribí anteriormente para que establecieses en Perintho á las jóvenes nobles de los Godos, asignándolas cierta cantidad, no á cada una separadamente, sino á cada siete, que habían de vivir reunidas, porque la misma cantidad repartida individualmente no bastaría sin duda, y la República tiene ya muchas cargas. Ahora, que quiero dar Hunila en matrimonio á Bonoso, entregarás á éste todo lo que indico en la nota adjunta, y celebrarás las bodas á expensas del Estado.» La nota mencionada decía así: «Dos túnicas con capuchón de media seda y color de jacinto; una túnica de media seda mezclada con oro, de una libra de peso; dos sobrevestas adornadas con dos bandas de diferentes colores, y todo lo demás que necesita una mujer. Darás á Bonoro cien filipos de oro, mil antoninianos de plata y diez mil sextercios de cobre.» Estos son los hechos concernientes á Bonoso. Verdad es que pude omitir la vida de este usurpador, porque nadie la pedía; pero para mayor exactitud he creído deber decir lo que sabía de él. Réstame que hablar de Caro, Carino y de A. Numeriano; teniendo que emplear estilo más elevado para la historia de Diocleciano y de sus sucesores.

Biblioteca Nacional de España

CARO,

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA.

SUMARIO.

Revoluciones por que ha pasado la República romana.—Caro, cuya patria se ignora, quiere pasar por Romano.—Carta suya y arenga al Senado.—En tiempo de Probo se le nombra prefecto del Pretorio y más adelante emperador.—Algunos historiadores le acusan como matador de Probo.—Carta de este Príncipe en alabanza de Caro.—Marcha contra los Persas después de haber conferido á sus hijos Carino y Numeriano el título de Césares y encargado la defensa de las Galias á Carino, al que en seguida quiere alejar del trono á causa de sus costumbres.—Apodérase de la Mesopotamia, llega hasta Ctesifonte y recibe el título de Emperador *Pérsico*.—Muere en aquel país, durante una tempestad, de enfermedad ó herido por el rayo.—Elogio de Caro.—Sus victorias sobre los Sármatas.—Numeriano.—Sus virtudes y talento como orador y como poeta.—Acompaña á su padre en la guerra contra los Persas y le mata su suegro Arrio Aper, que quería apoderarse del trono.—Descubierto el crimen, apodéranse de Aper.—Diocleciano recibe el título de Augusto, y en seguida mata á Aper por su mano.—Carino, nombrado César por su padre é investido con el mando de muchas provincias, se mancha con los vicios más abominables y delega el poder en los cómplices de sus desórdenes.—Su lujo, sus festines, sus baños.—Indignado Caro por su conducta, proyecta hacerle perecer y sustituirle Constancio, gobernador entonces de la Dalmacia.—Más disoluto todavía después de la muerte de su padre, le vence y mata Diocleciano.—Elogio de Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio.—Innovaciones introducidas por Carino y Numeriano en los juegos y espectáculos.—Diocleciano condena las profusiones en estas materias y da espectáculos más modestos.—Lujo de Junio Messala en sus juegos, y sus liberalidades con los actores.—Su modesto fin.

Biblioteca Nacional de España

La muerte de Probo demuestra por modo evidente que el destino rige la República, y que en tanto la enaltece al punto más elevado de grandeza, en tanto la abate al último grado de bajeza. Después de haberse encontrado, en la larga serie de los tiempos, afligida por graves sediciones, perturbada por violentas tempestades ó gozando de venturosos días, y de haber experimentado, por decirlo así, todas las vicisitudes unidas á la naturaleza humana, podía esperar al fin, en cambio de tantos males y después del reinado del severo Aureliano, continua é inalterable felicidad bajo el reinado de Probo, que la gobernaba según los deseos del Senado y del pueblo. Pero consternación inmensa reinó en el Imperio, como después de un naufragio ó de un incendio, cuando el atentado inicuo de algunos soldados le arrebató aquel excelente príncipe. Todas las esperanzas quedaron destruídas de nuevo, y se temieron Domicianos, Vitelios y Nerones. La inseguridad que se tenía acerca de las costumbres del Príncipe inspiraba más temor que esperanza en su Estado, en el que tan recientes eran los males, y que había padecido tanto por el cautiverio de Valeriano, la lujuria de Galieno y la ambición de cerca de treinta tiranos que se habían disputado los dislocados miembros del Imperio.

Si nos proponemos estudiar las revoluciones que la República romana experimentó desde su origen, veremos que ningún Estado ha tenido desde su origen príncipes mejores y peores sucesivamente. Empezando por Rómulo, padre de la República, ¿cuánta felicidad no debió á este Príncipe, que la fundó, la constituyó, la robusteció, y que, único entre todos los fundadores de ciudades, dejó la suya perfecta? ¿Hablaremos de Numa, que dió el apoyo de la religión á esta ciudad, en la que habían de decidirse tantas guerras y celebrarse tantos triunfos? De esta manera llegó la República hasta Tarquino el Soberbio; y si tuvo que avergonzarse por las costumbres Reales, también supo vengarse, á pesar de los peligros á que la expuso la venganza. Viósela en se-

Biblioteca Nacional de España

guida desarrollarse hasta la época de la guerra de las Galias; pero quedó como sumergida en inmenso naufragio cuando cayó toda la ciudad, menos la fortaleza, en poder del enemigo; y su desgracia fué mayor entonces que la felicidad que había gozado hasta aquel momento. Poco después recobró todo su vigor, y en seguida las guerras púnicas y la espantosa audacia de Pirro la pusieron en el último extremo.

La derrota de Cartago la hizo extenderse, llevando su Imperio más allá de los mares; pero, desgarrada por la guerra social, perdió la conciencia de la felicidad, y hasta Augusto envejeció extenuada por las discordias civiles. Augusto le devolvió la tranquilidad, si de este modo puede llamarse la pérdida de la libertad; pero sea como quiera, si no se encontró dichosa en el interior, en el exterior apareció floreciente. Condenada más adelante á soportar el yugo de los Nerones, irguióse bajo Vespasiano. En tiempo de Tito no hizo más que entrever la felicidad, y cayó bajo la sangrienta tiranía de Domiciano; consolada después por Nerva, por Trajano y sus sucesores hasta Marco Aurelio, vino á ser presa del feroz Cómodo, y no encontró ya dicha hasta el vigilante Severo y bajo Alejandro, hijo de Mammea. Muy largo sería repetir todo lo que aconteció después: solamente diremos que no pudo aprovechar las virtudes de Valeriano y que soportó después quince años las infamias de Galieno. La fortuna, ávida siempre de cambios, constantemente enemiga de la justicia, abrevió el reinado de Claudio; haciendo perecer también á Aureliano, asesinar á Tácito y exterminar á Probo, para demostrar que se complace en destruir con repentinas catástrofes á los que influyen en los destinos del mundo.

¿Pero á qué estas quejas acerca de cambios inevitables? Ya es tiempo de que hablemos de Caro, que, por decirlo así, ocupa el término medio entre los príncipes buenos y malos, y que tendría mejor lugar en la historia si no hubiese dejado á Carino por heredero. Tan poco conformes se encuentran los historiadores acerca de la

Biblioteca Nacional de España

patria de Caro (1), que no puedo decir con exactitud dónde nació. Onésimo, que ha escrito con mucho cuidado la vida de Probo, dice que vió la luz en Roma y que en ella se instruyó, pero que sus padres eran de Iliria. Fabio Ceriliano, autor muy exacto, en una historia de Caro, Carino y Numeriano, pretende, por el contrario, que Caro no nació en Roma, sino en la Iliria, y que sus padres no eran Pannonios, sino Cartagineses. Recuerdo también haber leído en efemérides que nació en Milán, pero que un privilegio concedido á su abuelo le hizo dar el derecho de ciudadanía en Aquilea. En cuanto á él, es evidente que quiso pasar por romano, como lo demuestra una carta que escribió en calidad de procónsul, á su lugarteniente, excitándole á conducirse bien. La carta dice así: «Caro Manlio Aureliano, procónsul de Cilicia, á su legado Junio. Acostumbraban nuestros antepasados, los antiguos Romanos, al crear legados, no confiar el gobierno del Estado sino á hombres dignos de representarles. Este habría sido mi criterio, aunque nadie lo hubiera usado: lo he seguido en cuanto á tí, y espero no haberme equivocado. Demuestra que no hemos degenerado de nuestros mayores, es decir, de los Romanos.» Como se ve por esta carta, entiende á los Romanos como antepasados suyos.

Igual pretensión demuestra una arenga suya al Senado; diciendo, entre otras cosas, á esta asamblea, en cuanto fué emperador: «Felicitaos, padres conscriptos, por haber sido llamado al Imperio un compañero y conciudadano vuestro. Haced, pues, de manera que no sean preferidos los extranjeros á vuestros compatriotas.» Este párrafo es nueva prueba de que quería le considerasen Romano, es decir, originario de Roma. Caro, después de ejercer sucesivamente todos los cargos civiles y militares,

(1) Aurelio Víctor dice que Caro nació en Narbona, creyendo algunos que no se trata de la Narbona gala, sino de una colonia de Narbona, situada en la Iliria. Zonaro dice: «Era Galo de nación, valiente y experto en el arte de la guerra.»

Biblioteca Nacional de España

como lo dicen las inscripciones de sus estatuas, fué nombrado prefecto del Pretorio por Probo, y tan bien supo atraerse el cariño de los soldados, que después del asesinato de aquel excelso Príncipe le consideraron el más digno del trono.

Bien sé que la mayor parte de los historiadores han sospechado, y hasta referido en sus anales, que Probo pereció víctima de los partidarios de Caro. Pero ni los beneficios de este Emperador á Caro, ni el carácter de éste especialmente permiten creerlo; tanto más, cuanto que persiguió sin descanso ni compasión á los asesinos de aquel Príncipe. Las cartas de Probo al Senado, relativamente á los honores de que lo creía digno, demuestran el aprecio en que le tenía. Léese, entre otras cosas: «Probo Augusto á su querido Senado, salud. Dichosa sería la República si en las actas públicas pudiese yo citar muchos ciudadanos como Caro, ó como la mayor parte de vosotros. Necesario es, pues, si aprobáis esta opinión, otorgar á este ciudadano una estatua ecuestre, y además hacer construir, á expensas del tesoro, una casa para él, suministrando yo el mármol. Debemos, en efecto, recompensar la integridad de varón tan excelente», etc.

Para no acumular detalles que pueden encontrarse en otras partes, diré que, en cuanto se encontró en posesión del Imperio, comenzó, con el consentimiento de todo el ejército, la guerra contra los Persas, para la que Probo había hecho preparativos. Había dado á sus hijos el título de Césares (1) y encargado á Carino la defensa de las Galias, con tropas excelentes, llevando consigo al joven Numeriano, que reunía á extraordinaria afabilidad rara elocuencia. Añádese que Caro mostró pesar en mu-

(1) Algunos escritores aseguran que Caro asoció á sus hijos al Imperio. Zonaro dice: «Habiéndose apoderado Caro del Imperio, puso la diadema en la frente de sus dos hijos Carino y Numeriano, y partió inmediatamente con éste para hacer guerra á los Persas.»

Biblioteca Nacional de España

chas ocasiones por haber enviado á Carino á las Galias, y no haber podido confiar al joven Numeriano aquel mando, que exige especialmente mucha firmeza. Pero de esto hablaremos en otra ocasión, porque se conservan cartas de Caro, en las que se queja á su prefecto de las costumbres de Carino, y que parecen confirmar lo que dice Onésimo, esto es, que Caro había decidido alejarle del trono; pero, como ya hemos dicho, hablaremos de todo esto en la vida de Carino. Ahora volvamos al orden de los sucesos.

Dueño de los inmensos aprestos militares que había hecho Probo y de todo el ejército, Caro, después de terminar la guerra con los Sármatas (1), marchó contra los Persas. Hallábanse éstos á la sazón divididos por disensiones domésticas; y no encontrando Caro en su camino ningún enemigo, se apoderó de la Mesopotamia (2), llegó hasta Ctesifonte y recibió el título de Emperador Pérsico. Pero cediendo al deseo de fama y especialmente á las excitaciones de su prefecto, que, queriendo reinar, buscaba la perdida del príncipe, penetró más en el país, muriendo poco después víctima de una enfermedad, según unos, ó herido por un rayo, según otros (3). Lo cierto es que, en la época de su muerte, se oyeron repentinamente truenos tan violentos, que muchas personas murieron de miedo. Encontrándose enfermo, acostado en su tienda, desencadenóse espantosa tempestad;

---

(1) Zonaro coloca esta guerra después de la expedición contra los Persas.

(2) Dice Zonaro: «Apoderóse primeramente de las ciudades de Ctesifonte y Seleucia. Como los Romanos estaban acampados en una hondonada, estuvieron expuestos á que les ahogase el río, que separaron los Persas por medio de un canal y arrojaron sobre ellos. Pero habiendo vencido al fin Caro, regresó á Roma con innumerable multitud de prisioneros é inestimable botín.

(3) Según Zonaro, los escritores no están de acuerdo acerca de su género de muerte: dicen unos que sucumbió en la guerra contra los Hunos; otros que estando acampado en las orillas del Tigris le mató un rayo, quedando reducida á cenizas su tienda.

Biblioteca Nacional de España

vióse brillar tremendo relámpago, acompañado, como ya hemos dicho, de trueno más tremendo aún, y murió. Su secretario Junio Calpurnio, escribió acerca de su muerte al Prefecto de Roma una carta en la que decía: «Cuando nuestro príncipe Caro, verdaderamente querido, se encontraba enfermo, asaltónos tan espantosa tempestad, que las tinieblas no permitían que nos viésemos unos á otros: el continuo fuego de los relámpagos y el incesante fragor del trueno nos quitaron á todos el conocimiento de lo que pasaba. De pronto, y después de aquellos truenos, que por todas partes habían difundido el espanto, oyóse gritar: «El emperador ha muerto.» Añade á esto que los ministros de la cámara, en el dolor que les causaba esta pérdida, prendieron fuego á la tienda imperial; circunstancia que ha hecho decir que el Emperador fue víctima de un rayo, cuando puede creerse que murió de enfermedad.»

Cito esta carta porque la mayor parte de los escritores dicen que el destino prohibe á los emperadores romanos ir más allá de Ctesifonte, y que el rayo mató á Caro por haber querido traspasar aquellos límites fatales. Pero la timidez tiene supersticiones que el valor debe despreciar. Sin duda será permitido al sacratísimo César Maximiano vencer á los Persas y llevar más lejos sus conquistas, si nuestros soldados se muestran dignos de la protección que nos han prometido los dioses. La grandeza de Caro la demuestran, entre otras muchas hazañas, el valor y la paciencia con que, apenas dueño del Imperio, venció á los Sármatas, á quienes había dado tanta insolencia la muerte de Probo, y que amenazaban invadir, no solamente la Iliria, sino las Tracias y hasta la Italia. Bastáronle pocos días para restablecer la tranquilidad de las Pannonias; mató diez y seis mil Sármatas, é hizo veinte mil prisioneros entre varones y mujeres.

Creo haber dicho bastante de Caro. Pasemos á Numeriano, cuya vida está más íntimamente ligada que la de Carino á la historia de este príncipe y ofrece más interés á causa del crimen de su suegro. Aunque Carino fué

Biblioteca Nacional de España

mayor y recibió antes que Numeriano el título de César, hablaré antes de éste, cuya muerte siguió de cerca á la de Caro. En seguida me ocuparé de Carino, á quien Diocleciano Augusto, emperador tan necesario á la República, libró muchos combates é hizo morir.

Biblioteca Nacional de España

NUMERIANO,

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA.

Numeriano, hijo de Caro, poseyó grandes virtudes y fué verdaderamente digno del Imperio. Era además tan elocuente, que declamó en público (1), conservándose de él escritos muy apreciables, que se acercan más al estilo declamatorio que al de Cicerón. Dícese también que hacía buenos versos y que sobrepujó á todos los poetas de su tiempo. Contendió con Olimpio Nemesiano, autor de muchos poemas sobre la pesca, la caza y la navegación, y famoso por las coronas que ganó. Numeriano eclipso hasta á Aurelio Apolinar, poeta yámbico que había escrito y recitado versos en alabanza de su padre Caro. La oración que envió al Senado cuando fué nombrado emperador, dícese que era tan elocuente, que le decretaron una estatua, no como á César, sino como á retórico; estatua que debía quedar colocada en la biblioteca Ulpiana con esta inscripción: *Al César Numeriano, el orador más brillante de su tiempo.*

Acompañó á su padre en la guerra contra los Persas (2) y tanto lloró su muerte, que contrajo grave y

(1) Según Aurelio Víctor, Numeriano era muy niño cuando comenzó sus declamaciones en público. Parece que Carino declamó también muy joven, y según dicen hizo matar á muchas personas á quienes, en su concepto, no agradaron las declamaciones de su juventud.

(2) Numeriano continuó la guerra contra los Persas después

Biblioteca Nacional de España

dolorosa enfermedad de los ojos, persistente por efecto de sus constantes vigilias. Cuando le llevaban en una litera, le mataron los partidarios de su suegro Arrio Aper (1), que queria apoderarse del trono. Durante muchos días los soldados pidieron noticias del Emperador, contestando Aper que no era posible verlo porque su enfermedad de los ojos no le permitía soportar el viento ni el sol. Pero habiendo hecho descubrir el crimen la descomposición del cadáver, apoderáronse en seguida de Aper, cuya conspiración no pudo quedar oculta, y le llevaron ante las enseñas, al frente del campamento, reuniendo todas las tropas y erigiendo apresuradamente un tribunal.

Cuando se preguntó á quién debía confiarse como más digno el encargo de vengar á Numeriano y de gobernar la República, todos nombraron al mismo tiempo á Diocleciano, que decian habia recibido ya muchos presagios del Imperio, confiriéndole en el acto el título de Augusto. Diocleciano mandaba á la sazón los guardias del Príncipe y era hombre de mucho mérito, de rara penetración, muy adicto á la República, afecto á los suyos, lleno de recursos y de experiencia, dotado de miras profundas siempre y algunas veces atrevidas; uniendo á esto prudencia, y, á fuerza de haberlos comprimido, dueño siempre de los impetuosos movimientos de su ánimo. Subió, pues, al tribunal y le saludaron Augusto. Preguntáronle cómo había sido muerto Numeriano; y entonces, sacando la espada, mostrando al prefecto del

---

de la muerte de su padre. Zonaro dice: «Su hijo Numeriano, quedando sólo emperador, llevó el ejército contra los Persas, les libró batalla y la perdió.»

(1) Dice Zonaro: «Aseguran algunos que cayó prisionero en la derrota de los Romanos y que lo desollaron vivo. Otros dicen que al regresar de Persia le atacó una enfermedad á los ojos, sucumbiendo por la perfidia de su suegro, que era prefecto del Pretorio y que, no contentándose con esta dignidad, aspiraba al poder supremo.»

Una crónica antigua dice que Numeriano fué muerto en Perintho ó Heraclea, en la Tracia, cuando el grueso del ejército se encontraba todavía en Calcedonia, en Asia.

Biblioteca Nacional de España

Pretorio Aper, le hirió (1), diciendo: «Este es el autor del asesinato de Numeriano.» Merecido fin de un traidor á quien la ambición había llevado hasta el crimen. Mi abuelo, que se encontraba en aquella asamblea en que pereció Aper á manos de Diocleciano, decía que exclamó al herirle: «Alégrate, Aper; caes bajo los golpes del gran Eneas.» Confieso que me asombra esta cita en un hombre de guerra, aunque bien sé que muchos menos ilustrados todavía que éstos, han citado pasajes griegos y latinos, tomados de autores cómicos ó de otros poetas. Los mismos cómicos hacen algunas veces decir á los soldados que ponen en escena, proverbios antiguos, como éste: «Mira esta liebre que pretende los mejores bocados», que es de Livio Andrónico, y otros muchos que se deben á Plauto y Cecilio.

Tal vez se leerá con interés una anécdota relativa á Diocleciano Augusto, poco conocida y que fué para él presagio del Imperio. Mi abuelo la oyó al mismo Diocleciano. Encontrándose éste, decía, en una posada de Tungros, en la Galia, en época en que servía aún en los últimos puestos del ejército, y hacía con una druidesa la cuenta de su gasto diario, aquella mujer le dijo: «Diocleciano, eres demasiado avaro, demasiado económico. —Seré más generoso, le contestó riendo, cuando sea emperador. —No te burles, Diocleciano, replicó la druidesa, porque serás emperador cuando mates un jabalí» (2).

---

(1) «No gozó Aper del fruto de su crimen, dice Zonaro, porque el ejército eligió emperador á Diocleciano, varón esforzado, que estaba presente y se había distinguido en la última guerra contra los Persas.»

Según la crónica de Alejandría, la elección de Diocleciano se hizo el 17 de Septiembre, en Calcedonia, donde sin duda se encontraba el ejército. El nuevo emperador entró el 27 del mismo mes en Nicomedia, que vino á ser como la capital de su Imperio. Carino era entonces dueño de Roma. El comienzo del reinado de Diocleciano forma época célebre entre los escritores eclesiásticos, dándosele el nombre de era de Diocleciano y de los mártires, principiando en el año 284 de J. C.

(2) *Aper*, nombre del asesino de Numeriano, significa jabalí.

Biblioteca Nacional de España

Desde entonces tuvo Diocleciano ambición de reinar, y no lo ocultó á Maximiano ni á su abuelo, á quienes había enterado del vaticinio de la druidesa; pero como sabía fingir, rió y calló. Sin embargo, nunca perdía en la caza ocasión de matar por su mano jabalíes. Cuando vió subir al trono Aureliano, después á Probo, á Tácito y al mismo Caro, dijo: «Mato continuamente jabalíes, pero siempre lo aprovecha otro.» Por esta razón se le oyó exclamar cuando dió muerte al Prefecto del pretorio Aper: «Al fin he matado al jabalí fatal.» Aseguraba mi abuelo haber oído decir á Diocleciano que no había herido por su mano á Aper más que para realizar la predicción de la druidesa y afirmar su trono; porque no hubiese querido, especialmente en los primeros días de su reinado mostrar tanta crueldad si la necesidad no le hubiera arrastrado á cometer aquel homicidio. He hablado de Caro; he hablado también de Numeriano; réstame hablar de Carino.

Biblioteca Nacional de España

CARINO,

POR FLAVIO VOPISCO, DE SIRACUSA.

Carino, el libertino mayor de todos los hombres, el más desvergonzado de los adúlteros y de los corruptores de la juventud (me avergüenza repetir todo lo que dice Onésimo), llevó la infamia hasta prostituirse él mismo. Había recibido de su padre el título de César y el gobierno de las Galias, de Italia, Iliria, las Españas, Bretaña y Africa, á condición de obrar como lo hacen los Augustos, y se manchó con los vicios más monstruosos. Alejó á sus amigos más honrados y solamente conservó á los corrompidos; hizo prefecto de Roma á un hujier suyo, monstruo de depravación; mató á su prefecto del Pretorio, y lo sustituyó con un antiguo entremetido llamado Matroniano; hizo cónsul, á pesar de su padre, á un secretario, que siempre había sido confidente y cómplice de sus excesos y desórdenes. Escribió al Senado orgullosas cartas. Prometió los bienes de los senadores al populacho más vil, como si formase el pueblo romano. Casó con nueve mujeres, y repudió muchas de ellas encontrándose en cinta. Llenó el palacio de mímicos, meretrices, pantomimos, cantores y libertinos de profesión. Tan cansado estaba de firmar, que encargó de hacerlo á un impuro con el que acostumbraba á divertirse al mediodía y al que algunas veces censuraba imitar demasiado bien su letra.

Biblioteca Nacional de España

Llevaba pedrería en el calzado (1) y no usaba hebillas sin adorno; estando á veces cubierto de piedras preciosas su tahalí. La mayor parte de los Ilirios le llamaban su rey. Jamás dió paso alguno cerca de los prefectos ó de los cónsules. Los favores más grandes los reservaba para los hombres más corrompidos, convidándoles á todos sus festines. Frecuentemente se vió en su mesa cien libras de aves, ciento de pescado y mil de diferentes clases de carnes. Derramábanse torrentes de vino, y los convidados se encontraban como enterrados entre frutas y melones. En sus habitaciones y comedores se acostaban sobre rosas de Milán. Llamaba sus baños fríos á los que habitualmente se consideran templados; y cuando los tomaba fríos hacía poner nieve en ellos. Habiendo llegado durante el invierno á un paraje donde había baños de agua caliente, como es natural disponerlos en esta estación, y habiéndose bañado, según se refiere, dijo á los bañeros: «Me habéis hecho tomar un baño de mujer», considerándose esta frase como su mejor agudeza. Al enterarse su padre de su conducta, exclamó: «Ese no es mi hijo.» Y según dice Onésimo, había decidido matarle y sustituirle con Constancio, que pasaba por el más virtuoso de los generales del Imperio, y que, gobernador entonces de la Dalmacia, fué más adelante creado César. Muy largo sería referir todo lo que se sabe de la lujuria de Carino, pudiendo quedar satisfecha la curiosidad con la lectura de Fulvio Aspriano, que ha consignado hasta producir repugnancia los detalles más pequeños de su vida.

Cuando supo que el rayo había herido á su padre, que su hermano Numeriano había sido asesinado por su suegro y elegido emperador Diocleciano, creyéndose Carino como libre de todo escrúpulo y consideración de familia por la muerte de sus parientes, se entregó con

(1) Dice Aurelio Víctor que Diocleciano fué el primero que llevó pedrería en el calzado. Pero, según Vopisco, la prioridad pertenece á Carino.

Biblioteca Nacional de España

mayor energía á los vicios más abominables. Sin embargo, mostró cierto vigor en la defensa de su trono y luchó contra Diocleciano en muchas batallas (1); pero en la última, que se libró cerca de Margum, quedó vencido y muerto (2). Tal fué el fin de los tres emperadores, Caro, Numeriano y Carino. Los dioses nos dieron después á Diocleciano y Maximiano, y añadieron Galerio y Constancio, de los que el uno nació para borrar la vergüenza del cautiverio de Valeriano, y el otro para devolver las Galias á los Romanos. Estos cuatro príncipes, igualmente valerosos, prudentes, benignos, generosos, moderados, adictos á la República y al Senado, amigos del pueblo y piadosos con los dioses, han mostrado en el ejercicio del poder extraordinaria firmeza, realizando todas nuestras esperanzas. Claudio Eusthenio, secretario de Diocleciano, escribió sus vidas en cuatro libros; y lo digo para que no se me exija tan difícil trabajo, tanto mayor, cuanto que no puede escribirse la vida de príncipes vivientes sin exponerse á la censura.

Fué especialmente memorable el reinado de Carino y Numeriano porque añadieron nuevos espectáculos á los juegos romanos, espectáculos que la pintura nos muestra en el palacio, cerca del pórtico de las caballerizas. Vese allí un neúrobata bailando con coturnos en una cuerda tan delgada que parece sostenido en el aire; un tichóbata,

---

(1) Carino había conseguido, en vida de su padre, victorias sobre los bárbaros del Norte, según testimonio de Nemesiano; y más adelante hizo guerra á un tal Sabino Juliano, gobernador de Venecia, que se rebeló contra él tomando la púrpura.

Carino salió al encuentro de Diocleciano, que avanzaba contra él por la Iliria con fuerzas considerables, encontrándose los ejércitos en la Mesia superior. Victorioso al principio Carino, pero detestado por los jefes del ejército, le mató un tribuno.

(2) Dice Zonaro: «La primera hazaña del reinado de Diocleciano, después de su llegada á Roma, fué la derrota de Carino, hijo de Caro, que se había hecho muy odioso por sus degradantes libertinajes y por los excesos de su crueldad y venganzas. La dominación de estos tres príncipes no duró más de tres años.»

Biblioteca Nacional de España

corriendo por una pared huyendo de un oso, y osos haciendo mímica; también se ven cien salpistas tocando á la vez las trompetas, cien camptaulos, cien choraulos, cien pithaulos, mil pantomimos y actores gimnásticos y últimamente un teatro móvil, cuyo escenario se quemó y que Diocleciano reparó más adelante con mucha magnificencia. Trajéronse de todas partes mímicos; dióse además un espectáculo á la manera de los Sármatas (1) sumamente divertido. Representóse también la fábula de los Cíclopes; hiciéronse á los artistas griegos, á los actores gimnásticos y á los músicos regalos en oro y plata, y hasta les dieron trajes de seda.

Ignoro hasta qué punto agradan al pueblo estas innovaciones; pero lo cierto es que los buenos príncipes no hacen caso alguno de ellas; así es que se atribuye á Diocleciano la siguiente frase. Celebrando un tesorero suyo los espectáculos de Caro, diciendo que sus hijos habían agradado mucho al pueblo á causa de las representaciones teatrales y de los juegos que habían dado en el Circo, contestó: «¿Tanto hizo reir Caro durante su reinado?» En fin, Diocleciano que había invitado al universo á sus juegos, supo darlos con mucha economía diciendo: «Espectáculos que tienen por testigo un censor, deben ser decentes.» Invito á Junio Messala, que se atreve á blasfemar libremente, á que lea esto, él, que ha privado de su patrimonio á sus herederos para darlo á cómicos; que regaló la túnica de su madre á una actriz, y el manto de su padre á un mímico, habiéndose complacido también en ver á un trágico llevar en la escena, en vez de la toga de cola, el manto de púrpura y oro de su abuelo. Todavía se lee en el manto de púrpura violeta que ostenta un flautista, como conquista realizada sobre

(1) No se sabe con exactitud en qué consistía este espectáculo, en el que figuraban Sármatas. Juzgando por la habilidad de los Sármatas como jinetes, creen algunos que consistía en saltar de un caballo á otro, ejercicio de que han hablado Manlio y Suetonio.

Biblioteca Nacional de España

la nobleza, el nombre de Messala y de su esposa. ¿Hablaré de los trajes del lino más delicado de Egipto? ¿de aquellas telas de Tiro y Sidón, tan sutiles, tan suaves, de púrpura tan brillante, y cuyos finos bordados las convierten en vestido tan noble? ¿No se vió también darles mantos pepueños tejidos por los atrabatos, sobrevestas de lana de Canusio, y, en fin, riquezas traídas de África y que hasta entonces no se habían visto en el escenario? Publico estos hechos solamente para inspirar algún pudor á los que habrán de dar juegos, é impedirles que prodiguen su fortuna á mímicos y bateleros con perjuicio de sus legítimos herederos.

Acepta, amigo mío, este trabajo, que entrego al público, no como modelo de elocuencia, como ya dije, sino como compendio de hechos interesantes. Habria conseguido mi objeto, si algún escritor elocuente, que se proponga escribir la historia de los emperadores, encuentra en mi trabajo materiales que solamente tenga que embellecer con su palabra. Deseo quedes contento, y te ruego creas que he querido escribir mejor de lo que he podido.

Terminando aquí la Historia Augusta, para continuar la de los emperadores hasta el último del compendio de Eutropio, hay que acudir á los historiadores griegos Zósimo y Zonaro.

Biblioteca Nacional de España

SUPLEMENTO.

Diocleciano murió tres años después de su abdicación. Constancio y Maximiano Galerio, que habían subido ya al trono, declararon Césares á Severo y Maximino (hijo éste de la hermana de Galerio), asignando la Italia á Severo y el Oriente á Maximino. Los asuntos públicos se encontraban en floreciente estado, y las victorias conseguidas sobre los bárbaros les obligaban á mantenerse tranquilos, cuando Constantino, hijo de Constancio y de una mujer con la que no se había casado según las leyes, aspirando desde mucho antes al Imperio, y ardiendo en deseo más violento desde que Severo y Maximino habían sido honrados con el título de Césares, decidió ir á buscar á su padre al otro lado de los Alpes y hasta la Gran Bretaña, donde se encontraba entonces. Como temía le detuviesen en el camino, porque se conocía públicamente su pasión por usurpar el poder soberano, en cada parada que hacía cortaba los jarretes á los caballos de que se había servido y á todos los demás que mantenía el erario público, deteniendo por este medio en el camino á los que le perseguían, mientras que él se acercaba más y más á su padre.

Habiendo muerto por aquel tiempo el emperador Constancio, las cohortes de sus guardias consideraron que ninguno de sus hijos legítimos merecía poseer el Imperio, mientras que Constantino tenía excelentes cualidades; y además, ganados con promesas, diéronle el título

Biblioteca Nacional de España

de César. Cuando, según costumbre, se expuso en Roma su retrato, Maxencio, hijo de Maximiano Herculio, no pudo ver sin extraordinario dolor que Contantino, que procedía de madre de baja estofa, subiese al trono, cuando él, hijo de un emperador, quedaba privado del derecho que tenía á la corona. Sirviéndose para su empresa de los tribunos Marcelino y Marcelo y de Luciano, cuya misión era distribuir al pueblo carne de cerdo á expensas públicas; y habiéndose asegurado además de las cohortes de los guardias, hízose proclamar emperador, siendo su primera hazaña la muerte de Abelino, que desempeñaba el cargo de prefecto de Roma y que quiso oponerse á su designio. Al primer rumor de esta proclamación, Maximiano Galerio envió á Severo para combatir á Maxencio; pero habiendo corrompido éste con dinero á los Moros con quienes había partido de Milán, y á las otras tropas, y habiéndose granjeado además el afecto de Anulino, prefecto del Pretorio, le derrotó sin trabajo. Severo huyó á Rávena, ciudad fortificada, populosa y provista de todo lo necesario para la subsistencia de un ejército. Enterado Maximiano Herculio por su hijo Maxencio, partió de la Lucania, donde se hallaba, y se acercó á Rávena; y considerando acertadamente que la ciudad era demasiado fuerte y se encontraba grandemente provista de toda clase de vituallas para obligar á Severo á salir de ella á pesar suyo, le engañó con juramentos y le hizo ir á Roma, cayendo en una celada que Maxencio le había preparado en el camino, cerca de un paraje llamado las Tres Tabernas, y habiendo sido cogido, le ahorcaron. Maximiano Galerio partió de Oriente poco después para vengar su muerte; pero cuando se encontró en Italia sospechó acertadamente de la fidelidad de los soldados y regresó sin librar batalla.

Disgustado Maximiano Herculio de la guerra civil que perturbaba el reposo del Imperio, marchó en busca de Diocleciano, que se encontraba á la sazón en Chartres, ciudad de las Galias, y trató de persuadirle para

Biblioteca Nacional de España

que recobrase el gobierno del Imperio, que había conservado con tantos trabajos, antes que dejarlo arruinar por la ambición de una juventud desenfrenada. Pero habiendo preferido Diocleciano la tranquilidad de su retiro á las inquietudes del gobierno, y habiendo previsto tal vez por las luces de su piedad la confusión en que el Estado estaba próximo á caer, Maximiano marchó hasta Rávena, y desde allí volvió al otro lado de los Alpes para conferenciar con Constantino. Como naturalmente era desconfiado y pérfido, propúsole le diese en matrimonio á su hija Fausta; y, teniendo propósito de engañarle, le aconsejó que persiguiese á Maximiano Galerio, que se retiraba de Italia, y que tendiese un lazo á Maxencio. Encontrándole bastante dispuesto á seguir su consejo, tuvo deseo de ocupar nuevamente el trono, con la esperanza de mantenerse en él, aprovechando las desavenencias que haría surgir entre su yerno Constantino y su hijo Maxencio.

Mientras tramaba esta traición, Maximiano Galerio emprendió el trabajo de elevar al trono á Lucinio, con quien estaba unido por antigua costumbre, y utilizarle para hacer la guerra á Maxencio. Pero habiendo muerto de una herida incurable cuando maduraba el proyecto en su mente, apoderóse Licinio del poder supremo. Queriendo volver al trono Maximiano Herculio, como acabamos de decir, trató de corromper los soldados de Maxencio; pero habiendo conservado éste su afecto por sus ruegos y regalos, tendió un lazo á su yerno Constantino para perderle, y habiéndole descubierto su hija Fausta, murió de pesar por no haber realizado su intento.

Habiendo evitado el lazo Maxencio, y creyendo bien asegurado su poder, envió su retrato á África y á Cartago. Los soldados que se encontraban en la comarca impidieron que se expusiera en público, movidos por el afecto que habían profesado á Maximiano Galerio y la veneración que conservaban á su memoria. Pero considerando al mismo tiempo que Maxencio no dejaría de vengarse por la desobediencia que cometían al contrave-

Biblioteca Nacional de España

nir sus órdenes, se retiraron á Alejandría; mas encontrando allí tropas á que no podían resistir, regresaron por mar á Cartago.

Irritado Maxencio por su insolencia, decidió pasar al África para reprimirla; pero habiendo hecho sacrificios los arúspices y visto que los dioses no eran favorables á aquella expedición, no se atrevió á emprenderla; además, temió que Alejandro, que era lugarteniente del prefecto del Pretorio en África, se opusiera á su paso. Queriendo, pues, asegurarse de que no le sería contrario, le pidió en rehenes á su hijo, que era joven muy hermoso; pero temiendo Alejandro que le pedía su hijo, no para tenerlo en rehenes, sino para ejercer en él alguna perfidia, se negó á enviárselo. Habiendo enviado después Maxencio gentes que le matasen á traición, y quedando descubierto su propósito, amotináronse los soldados y revistieron á Alejandro el manto imperial, á pesar de ser Frigio de nación, tímido y cobarde de carácter y avanzado en edad.

Habiendo prendido el fuego en Roma, bien fuese fuego del cielo, bien de la tierra, porque esto no se sabe, quedó consumido el templo de la Fortuna. Entre la multitud que acudió para extinguirlo, habiendo blasfemado de la diosa un soldado, y habiéndole dado muerte el celoso pueblo, los soldados tomaron las armas, y tal vez habrían destruído la ciudad si Maxencio no hubiese aplacado su furor. Sin embargo, no buscaba más que un pretexto para hacer la guerra á Constantino, y fácilmente lo encontró, acusándole de ser autor de la muerte de su padre. Deseo tuvo de dirigirse al país de los Rhetes, teniendo en cuenta que estos pueblos se encuentran entre la Galia y la Irilia; porque creía que podría apoderarse de la Iliria y de la Dalmacia, por medio de la inteligencia que mantenía con los oficiales y soldados del ejército de Licinio; pero quiso antes de todo poner orden en los asuntos de África. Habiendo, pues, hecho levas, dió el mando á Rufo Volusiano, prefecto del Pretorio; enviando con él á Zenos, varón notable, tanto por su expe-

Biblioteca Nacional de España

riencia de la guerra como por su afable carácter. Habiendo retrocedido al primer choque las tropas de Alejandro, éste retrocedió también, y cogido entre los demás fugitivos, fué estrangulado.

Terminada de este modo la guerra, los denunciadores tuvieron desenfrenada facultad para acusar á todas las personas más notables por el brillo de su nacimiento ó por la abundancia de sus riquezas, de haber favorecido al partido de Alejandro. No se perdonaba á ningún acusado, y se despojaba de los bienes á los que no se privaba de la vida. Triunfóse en Roma de los males de Cartago, y Maxencio, que era el autor, hizo de Italia teatro de sus crueldades y desórdenes.

Mucho tiempo hacía que Constantino desconfiaba de él, y entonces se preparó á combatir. Hizo levas en todos los países que había sometido á su obediencia, en Germania, la Galia y la Gran Bretaña, reuniendo hasta veinte mil hombres de á pie y ocho mil de á caballo. Pasó á Italia por los Alpes, sin cometer hostilidad alguna contra las ciudades que se rendían voluntariamente, pero destruyó las que se atrevieron á resistir.

Maxencio tenía ejército mucho más numeroso, habiéndole suministrado Roma é Italia ochenta mil hombres, y cuarenta mil Cartago y África. También había dado la Sicilia considerable número, hasta el punto de tener bajo sus enseñas setenta mil hombres de infantería y diez y ocho mil de caballería.

Disponiendo cada cual de fuerzas tan considerables, Maxencio mandó construir un puente sobre el Tíber, que en vez de tocar en ambas orillas, estaba como dividido en dos partes por el centro, unidas estas dos partes por trabas de hierro, que se quitaban cuando se quería separarlas. Maxencio mandó á los obreros que quitasen las trabas cuando el ejército de Constantino quisiese marchar sobre el puente.

Constantino avanzó hasta Roma y se colocó en un campo muy extenso y propio para desplegar la caballería. Maxencio permaneció en la ciudad, donde ofreció

Biblioteca Nacional de España

sacrificios, hizo consultar las entrañas de las víctimas y leer los libros de las sibilas. Habiendo visto que estaba vaticinada muerte funesta al que trabajase para la ruina del Imperio, explicó por sí mismo el vaticinio, como si debiese rechazar á los que venían á atacar á Roma. Pero el resultado comprobó la verdad; porque habiendo hecho Maxencio salir de Roma á su ejército, y habiendo pasado el puente que había hecho construir, increíble multitud de murciélagos revoloteó sobre las murallas. Inmediatamente mandó Constantino que se formasen sus fuerzas; y en cuanto estuvieron frente á frente los dos ejércitos dió la señal á la caballería para que comenzase el ataque, acometiendo con tal vigor á la de Maxencio, que la puso en derrota. También combatió ordenadamente su infantería en cuanto dió la señal, siendo muy ruda la pelea, aunque las tropas de Italia y de Roma se comportaron cobardemente, por el deseo que tenían de verse libres de la tiránica dominación de Maxencio. Las demás cumplieron bien su deber, pereciendo increíble multitud, aplastados por los caballos ó traspasados por la infantería. Mientras combatió la caballería, Maxencio conservó alguna esperanza; pero en cuanto se replegó emprendió la fuga con los demás por el puente hacia la ciudad, y, habiéndose roto, cayó al Tíber.

Cuando llegó á Roma la noticia de la victoria, nadie se atrevió á mostrar regocijo por temor de que fuese falsa; pero cuando vieron la cabeza de Maxencio clavada en una pica, todos lo dejaron estallar libremente.

Después del feliz éxito de sus armas, Constantino hizo morir á algunos amigos de Maxencio, reformó las cohortes de los guardias, destruyó el campamento adonde acostumbraban á retirarse, y habiendo puesto en orden los asuntos de Roma, marchó á las Galias. Enviando á Licinio á Milán, dióle por esposa á su hermana Constancia, conforme le había prometido anteriormente, para comprometerle á que se declarase por su partido contra Maxencio. Hecho esto, continuó su marcha hacia las Galias.

Biblioteca Nacional de España

Estallando la guerra civil entre Licinio y Maximino, y habiendo librado batalla los dos bandos en Iliria, pareció al pronto que la desventaja estaba de parte de Licinio; pero, recobrando valor, persiguió á Maximino, que habiendo pasado á Oriente para marchar en seguida á Egipto y levantar allí tropas, murió en Tarsio.

Habiendo caído de esta manera el poder soberano en manos de Constantino y Licinio, pronto se encontraron en desacuerdo, no por culpa de Licinio, sino por la perfidia de Constantino, que, según su costumbre, no observaba los tratados de buena fe, y quería usurpar los pueblos que dependían de Licinio. Habiendo llegado á franca ruptura, cada cual reunió sus tropas y se aprestó al combate. Licinio reunió las suyas en Cibalis, ciudad de Pannonia, situada en una altura, á la que se llega por camino muy estrecho, á cuyo lado se encuentra un lago muy profundo y una montaña sobre la cual está edificada la ciudad; al pie se extiende vasta llanura, donde Licinio ordenó sus tropas, procurando disponerlas del modo más seguro. Constantino formó las suyas sobre la montaña, poniendo la caballería al frente, para contrarrestar la acometida del enemigo, que la infantería no habría podido resistir á causa de la desventaja de la posición. Inmediatamente mandó levantar las enseñas y comenzó el ataque, siendo uno de los más furiosos que se han visto. Después de lanzar ambos ejércitos algunos venablos, comenzaron á pelear con las lanzas, durando el combate desde la mañana á la noche, y quedando victoriosa el ala que mandaba Constantino. En desorden se encontraban ya las tropas de Licinio, cuando le vieron á caballo con el propósito de huir, por lo cual se desbandaron, sin detenerse un momento para comer, llevando solamente los víveres necesarios para pasar la noche siguiente. Retiráronse con él á Sirmio, ciudad de la Pannonia, donde un riachuelo desagua en el Danubio. Habiendo cortado Licinio el puente de aquel río, avanzó más con el propósito de hacer nuevas levas en la Tracia. Constantino se apoderó de Cibalis y de Sirmio, ca-

Biblioteca Nacional de España

yendo en sus manos todo lo que había abandonado Licinio al huir del campo de batalla, y envió cinco mil hombres para perseguirle, que no pudieron alcanzarle por ignorar el camino que había seguido. Habiendo reparado Constantino el puente que destruyó Licinio, le siguió con su ejército, entró en la Tracia y llegó á la llanura donde estaba acampado. En el acto mandó á sus soldados que estuviesen preparados para pelear al día siguiente, y cuando llegó el día, habiendo visto Licinio el ejército de Constantino, dispuso el suyo en batalla con Valente, á quien había declarado César cuando huyó de Cibalis. Los dos ejércitos lanzaron primeramente muchos venablos; pero cuando quedaron agotados, emplearon la lanza y el puñal. Cuando los dos bandos peleaban valerosamente, llegaron los cinco mil hombres que Constantino había enviado para perseguir á Licinio, y bajaron de una altura para reunirse á los suyos y envolver al enemigo por todas partes. Habiéndose defendido el ejército de Licinio con increíble valor, y habiendo caído muchos muertos por uno y otro lado, los dos bandos se separaron al recibir la señal. El día siguiente se vino á un acuerdo, por el que Constantino debería recibir la Iliria y todo lo que hay de este lado; Licinio la Tracia y el Oriente, y en cuanto á Valente, á quien Licinio había nombrado César, debería morir como autor de la división. Confirmado este acuerdo con juramentos recíprocos, para que fuese más inviolable, Crispo, que Constantino había tenido de una concubina llamada Minervina, otro hijo llamado Constantino, nacido pocos días antes en Arles, y un hijo de Licinio, de unos veinte meses de edad, fueron declarados Césares, terminando de esta manera la segunda guerra.

Enterado Constantino de que los Sármatas, que habitan cerca de la Meótida, habían cruzado el Danubio y talaban sus tierras, llevó sus tropas contra ellos. Los bárbaros salieron á su encuentro, bajo el mando de su rey Rosimondo, y atacaron una ciudad bien guarnecida, y cuyas murallas eran de piedra por abajo y de madera

Biblioteca Nacional de España

por arriba. Creyeron que fácilmente se apoderarían de ella si conseguían incendiar la parte superior de la muralla, y para ello lanzaron considerable cantidad de fuegos de artificio, arrojando venablos sobre los que la defendían. Estos, á su vez, lanzaban desde lo alto muchos venablos y piedras, matando considerable número de bárbaros. Habiendo llegado al mismo tiempo Constantino, hizo pasar á cuchillo á muchos, cogió cautivos á mayor número todavía y puso en fuga á los demás. Habiendo perdido de esta manera Rosimondo la mayor parte de sus fuerzas, se reembarcó, pasó de nuevo el Danubio, decidido á talar en otra ocasión las tierras del Imperio. Advertido Constantino, les siguió, pasó el Danubio detrás de ellos, les atacó en una altura cubierta de espeso bosque y mató á muchos, entre ellos á Rosimondo. Pidiéronle los demás la paz, les hizo prisioneros y regresó á su palacio.

Habiéndoles distribuído en las ciudades del Imperio, marchó á Tesalónica, donde hizo construir un puerto en paraje donde nunca lo había habido, y se preparó á comenzar de nuevo la guerra contra Licinio. Hizo equipar doscientas naves, de treinta remos cada una, y más de dos mil barcas á propósito para el transporte de bagaje, y levantó veintiséis mil hombres de infantería y diez mil de caballería.

Enterado Licinio de aquellos grandes aprestos, ordenó á diferentes pueblos que le equipasen naves y le levantasen tropas, suministrándole inmediatamente los Egipcios ochenta galeras, igual número los Fenicios, sesenta los Jonios y los Dorios, los habitantes de Chipre treinta, veinte los Carios, treinta los Bitinios y cincuenta los Africanos. Tenía cerca de ciento cincuenta mil hombres de á pie y quince mil de á caballo, alistados en Frigia y Capadocia. La flota de Constantino se encontraba en el Pireo y la de Licinio en Helesponto: los dos ejércitos de tierra acampaban el uno en Andrinópolis y el otro en Tesalónica. Habiendo hecho Constantino que saliese su flota del Pireo, llevó el ejército á lo largo del Ebrum,

Biblioteca Nacional de España

que riega á Andrinópolis por el lado izquierdo. Ordenando Licinio el suyo desde la montaña que domina la ciudad hasta doscientos estadios del punto en que el Tenaro se reune con el Ebrum, los dos ejércitos permanecieron muchos dias frente á frente sin intentar nada. Habiendo reconocido Constantino el punto donde era más estrecho el río, mandó á sus tropas que cortasen árboles en el bosque y los llevasen con cuerdas á la orilla, con objeto de que creyese el enemigo que intentaba hacer un puente. Engañado con esta estratagema, subió á una altura cubierta de árboles, y arrojó de allí cinco mil hombres de infantería con ochenta caballos. Tomando en seguida doce jinetes, pasó el río por un punto vadeable, cayó de improviso sobre el enemigo y le puso en derrota. Habiendo pasado sin resistencia el resto de la caballería y todo el ejército, hubo tal matanza, que quedaron sobre el terreno treinta y cuatro mil hombres. Reuniendo Licinio algunos de los suyos, huyó á Tracia con objeto de refugiarse en la flota.

En cuanto amaneció, los soldados de Licinio, que habían huído por las montañas ó los valles, se rindieron á Constantino, que inmediatamente persiguió á Licinio, sitiándole en Bizancio, donde se había retirado. También llamó á su flota, que había partido del Pireo y llegado ya á Macedonia, y la hizo avanzar hasta la embocadura del Helesponto. Cuando llegó, los jefes que la mandaban decidieron dar batalla con ochenta naves solamente, cada una de treinta remos, por lo estrecho del paraje. Abanto, general del ejército naval de Licinio, tenía doscientas náves, despreciaba el corto número de la flota de Constantino y creyó que fácilmente la envolvería. Habiéndose dado la señal, los pilotos de la flota de Constantino comenzaron el ataque en buen orden, mientras que Abanto, lanzando sus naves en confusión, las rompió unas contra otras, proporcionando medio al enemigo para que las sumergiese, ahogándose muchos soldados, hasta que por la noche terminó el combate, retirándose unas naves á Eleonta, ciudad de

Biblioteca Nacional de España

Tracia, y otras al puerto de Ayax. Al siguiente dia, habiéndose levantado viento del Septentrión, salió Abanto del puerto de Ayax y se preparó al combate. Al mediodía cambió el viento del Septentrión, y habiéndose levantado del Mediodía, impulsó á parte de la flota hacia las costas de Asia, rompiéndose unas naves en las rocas y yéndose á pique las demás, pereciendo en aquella ocasión ciento treinta naves y cinco mil hombres. Licinio habia aprovechado aquellas naves para trasladar parte de sus tropas de Tracia al Asia, temiendo que si permanecian en Bizancio fuese más difícil de sostener el sitio. Habiendo huido Abanto al Asia con cuatro naves, y habiendo llegado abundantes provisiones por el Helesponto á la flota de Constantino, acercóse ésta á Bizancio para favorecer al ejército que sitiaba la ciudad por tierra. No pudiendo la infantería de Licinio resistir siquiera la vista de aquella flota, se retiró por mar á la ciudad de Eleonta. Entretanto estrechaba Constantino á Bizancio, y habiendo elevado una plataforma tan alta como las murallas, colocó encima torres de madera desde donde fácilmente se ofendía á la guarnición y se favorecían los esfuerzos de los que colocaban arietes y otras máquinas al pie de las murallas. No sabiendo Licinio cómo defender la ciudad, decidió dejar en ella la parte más débil de sus tropas y huir á Calcedonia con todo lo más importante del ejército y lo más afecto á su servicio, creyendo que podria hacer levas en Asia y librar otra batalla. Habiendo, pues, llegado á Calcedonia, declaró César á Martiniano, que mandaba anteriormente las tropas destinadas á la guardia de palacio y que entonces era su compañero de trabajos y peligros, y le envió á Lampsaco con tropas para impedir que el enemigo pasase de Tracia á Helesponto, y por su parte dispuso los soldados que le quedaban en las alturas cercanas á los estrechos de Calcedonia.

Disponiendo Constantino de considerable número de naves, tanto de transporte como de guerra, y temiendo que las de transporte fuesen demasiado pesadas para

Biblioteca Nacional de España

arribar á las costas de Bitinia, mandó construir apresuradamente otras ligeras; y habiendo puesto rumbo hacia el promontorio sagrado que se encuentra en la embocadura del Ponto, á doscientos estadios de Calcedonia, hizo desembarcar allí su ejército y lo ordenó en batalla. Licinio había arrostrado demasiados peligros para que le sorprendiese ver al enemigo dueño de Bitinia. Llamó, pues, á Martiniano de Lampsaco, y habiendo reanimado el valor de sus soldados con la promesa de mandarles en persona, les formó en batalla y sacó á la ciudad contra el enemigo, que estaba dispuesto para recibirle. Rudo combate se libró entre Calcedonia y el promontorio sagrado, en el que consiguió triunfo tan notable el ejército de Constantino, que de ciento treinta mil hombres que tenía Licinio, apenas le quedaron treinta mil. Después de tan extraordinaria victoria, los habitantes de Bizancio abrieron sus puertas á Constantino y le recibieron en la ciudad. Los de Calcedonia imitaron su ejemplo. Licinio se retiró á Nicomedia con la caballería que le quedaba y muy poca infantería.

Por este tiempo Hormisdas, persa de regia estirpe, se refugió al lado de Constantino. Estando su padre el rey celebrando su natalicio, según la costumbre de los Persas, entró en el palacio con abundante número de piezas que había cogido en la caza. No habiéndose levantado, como debían, para saludarle, los invitados á aquella solemnidad, se encolerizó tanto, que amenazó castigarles con el suplicio de Marsyas; no comprendiendo muchos la amenaza, porque la historia de Marsyas es extranjera; pero un Persa, que la había oído en Frigia, por donde había viajado, la relató á los demás, grabándola tanto en su memoria, que no la olvidaron cuando murió el rey. Entonces elevaron al trono á su hijo segundo, contra la ley del reino, se apoderaron de Hormisdas, y habiéndole encadenado, le encerraron en un fuerte en una colina cercana á la ciudad, consiguiendo salvarle su esposa algún tiempo después. Para realizar la fuga, escondió una lima en el vientre de un pescado grande, enviándoselo con un

Biblioteca Nacional de España

eunuco, fiel á toda prueba, mandándole le dijese no abriera el pescado delante de nadie y que aprovechase lo que encontrara en el vientre. Al mismo tiempo envió á los soldados encargados de custodiar á su esposo camellos cargados de vino y otras provisiones. Mientras los soldados se entregaban á la bebida, Hormisdas abrió el pescado, cogió la lima, cortó los grillos que le sujetaban los pies, pasó con el traje del eunuco por medio de los guardias y se refugió al lado del rey de Armenia, su íntimo amigo, marchando en seguida en busca del Emperador que le recibió favorablemente.

Encontrándose Licinio sitiado en Nicomedia por Constantino, y desesperando de restablecer sus asuntos porque no tenía tropas, arrojó á sus pies las insignias imperiales, le rogó que olvidase el pasado y le salvase la vida, conforme había prometido con juramento á su esposa. Constantino entregó á Martiniano á sus guardias para que lo ejecutasen, y envió á Licinio á Tesalónica para que viviese allí en seguridad; pero Licinio, según su costumbre, violó poco después su juramento y fué estrangulado.

Cuando quedó Constantino dueño absoluto de la autoridad soberana, no se cuidó ya de ocultar la malicia de su carácter, y observó las ceremonias de la religión de sus padres, más por necesidad de Estado que por sentimiento alguno de piedad. Siempre prestó mucha fe á los adivinos, porque le habían predicho los triunfos que había alcanzado. Habiendo regresado á Roma con extraordinaria insolencia, hizo experimentar á su familia los primeros efectos de su crueldad, deshaciéndose de su hijo Crispo, so pretexto de que mantenía comercio criminal con su suegra Fausta. Habiendo Helena, madre de Constantino, mostrado mucho dolor por aquel asesinato, la consoló con otro mal mayor que el primero; porque habiendo hecho calentar excesivamente el baño de Fausta, no la sacó de él hasta que estuvo muerta. Sin duda el remordimiento de sus crímenes atormentó mucho su conciencia, y pidió á los pontífices los medios de

Biblioteca Nacional de España

expiarlos; y habiendole dicho éstos que no los había para expiar asesinatos y perjurios tan atroces, un Egipcio, que de España había pasado á Roma, y había conseguido acceso cerca de las damas de la corte, le aseguró que no habia crímenes que no pudieran expiarse por los sacramentos de la religión cristiana. Constantino oyó con regocijo aquella afirmación, abrazó aquella nueva impiedad, renunció la religión de sus padres y consideró sospechosas las predicciones de los adivinos, llevándole á prohibirlas el temor de que las hiciesen á otros favorables contra él, como á él se las habían hecho contra otros. Habiendo llegado el dia de una festividad solemne en que el ejército debia subir al Capitolio, prohibió con términos satíricos que se celebrase aquella ceremonia según la costumbre, y este desprecio injurioso á la religión le atrajo el odio del Senado y del pueblo.

Como no podía soportar ya las quejas que brotaban contra él por todas partes, decidió buscar una ciudad que igualase en majestad á Roma y donde pudiese establecer la sede del Imperio. Habiendo encontrado paraje muy apropiado para su intento entre Troades y la antigua Troya, echó allí los cimientos y elevó parte de la muralla que se ve todavía cuando se navega hacia el Helesponto; pero cansado de aquella empresa la dejó incompleta, y habiendo admirado las ventajas del emplazamiento de Bizancio, decidió agrandarle de tal manera, que pudiese tener la gloria de ser la capital del universo. Esta ciudad está edificada en una altura, y comprende una parte del istmo que forman el Ceras y la Propóntida. En otro tiempo había una puerta á la entrada, donde terminaban los pórticos que el emperador Severo hizo construir en Bizancio, cuando se calmó su cólera contra los habitantes por haber recibido favorablemente á su enemigo Níger. Existe una muralla que desciende á lo largo de la colina por el lado de Occidente, hasta el templo de Venus y hasta el mar, que está enfrente de Chrysópolis. Otra baja de igual modo por la parte del Septentrión, hasta el puerto y hasta el punto

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID
Biblioteca Nacional de España

del mar donde se encuentra la embocadura por donde se entra en el Ponto Euxino. El espacio de tierra que se extiende hasta el Ponto es estrecho, pero de cerca de trescientos estadios de largo. Esta es la extensión de la ciudad antigua. Habiendo construido Constantino un gran mercado redondo en el sitio donde se encontraba antes la puerta, y habiendo hecho pórticos en derredor, hizo edificar con mármol de Proconeso dos bóvedas en sentido opuesto, por las que puede entrarse en los pórticos de Severo y salir de la ciudad antigua. Queriendo aumentar la ciudad, mandó construir otra muralla, de quince estadios más larga que la antigua, y que, siendo tan extensa como el istmo, se extendía de uno á otro mar. También construyó un palacio que no cedía en magnificencia al de Roma. Embelleció más y más el Hipódromo, cuya parte principal era el templo de Cástor y Pólux, viéndose todavía las estatuas de estos dos dioses en los pórticos del Hipódromo. También elevó en un punto del Hipódromo el trípode en que está colocada la estatua de Apolo. Como existía una gran plaza encerrada entre cuatro galerías, en el extremo de una de éstas, á la que se sube por una escalinata, hizo edificar dos templos, colocando en uno de ellos la estatua de la madre de los dioses, que los compañeros de navegación de Jasón pusieron en otro tiempo en la montaña de Dyndimo, que domina la ciudad de Cycico. Dícese que estropeó esta estatua por el desprecio que mostraba á las cosas santas, quitándola los dos leones que tenía á los lados y cambiándole la postura de las manos, porque en vez de sujetar los dos leones como antes, se encuentra en actitud suplicante y mira á la ciudad. En el otro templo colocó la estatua de la Fortuna de Roma. También construyó casas para alojar á los senadores que le habían seguido á la nueva ciudad. Desde este tiempo ya no emprendió guerras, y habiendo los Taifales, escitas de nación, hecho irrupción con quinientos caballos, no solamente no marchó contra ellos, sino que, á pesar de verles causar daños hasta los fosos de la ciudad, se limitó á salvarse huyendo.

Biblioteca Nacional de España

No haciendo guerra, como acabamos de decir, pasaba la vida entregado á los placeres, y asignó granos al pueblo de Constantinopla, de los que todavía goza hoy. Empleó las rentas en construcciones inútiles, y terminó algunas en tan poco tiempo y con tal rapidez, que se derrumbaron poco después. Cambió las funciones de los principales cargos; y cuando antes solamente había dos prefectos del Pretorio que ejercían el cargo en común, y que tenían á su cuidado y bajo sus órdenes, no solamente las tropas del palacio, sino las de la ciudad y provincias fronterizas (porque el prefecto del pretorio, siendo el primer dignatario del Imperio, cuidaba de las provisiones y víveres necesarios para la subsistencia de los soldados y castigaba los desórdenes que cometían contra la disciplina militar), Constantino, trastornando todo lo que estaba constituido con mayor sabiduría, dividió el cargo en cuatro é hizo cuatro prefectos del Pretorio, asignando al primero todo el Egipto, la Pentápolis de Libia, el Oriente hasta la Mesopotamia, la Cilicia, Capadocia, Armenia, las costa marítima desde la Panfilia hasta Trebisonda, los fuertes que se encuentran en las inmediaciones de Faso, la Tracia, la Mesia hasta el monte Hermes y hasta Rhodopo y la ciudad de Dobera, la isla de Chipre y las Cicladas, exceptuando Lemnos, Imbros y Lesbos. Al segundo le asignó la Macedonia, la Thesalia, la Grecia y las islas de alrededor, Creta, los dos Epiros, la Iliria, el país de los Dacios y de los Tribalos, hasta Valeria en Pannonia y la Mesia superior. Al tercero le asignó toda la Italia, la Sicilia, las islas inmediatas, la Cerdeña, la Córcega y el África, desde las Sirtes hasta Cirena. Al cuarto le dió la Galia transalpina, la España y la isla de la Gran Bretaña.

No contento con haber dividido de esta manera aquel cargo, todavía consiguió debilitarlo y arruinarlo. En todas las provincias del Imperio mandaban á los soldados centuriones, tribunos y generales que ocupaban puestos de pretores, y este príncipe estableció jefes de milicia, teniendo uno á sus órdenes la infantería y otro la caba-

Biblioteca Nacional de España

lleria, con facultades para reprimir los desórdenes y castigar á los culpables, disminuyendo por este medio también la autoridad del prefecto del Pretorio. Este cambio fué muy perjudicial al Imperio en tiempo de paz y en tiempo de guerra, porque mientras los prefectos del Pretorio levantaron los impuestos públicos por medio de los agentes inferiores y los emplearon en el pago y mantenimiento de los ejércitos, y que por otra parte tuvieron autoridad para reprimir los desórdenes, los soldados, considerando que el que les suministraba víveres era el mismo que tenía derecho para castigarles, permanecían sujetos al deber por temor al castigo y á verse privados de la paga. Pero cuando el cuidado de los víveres quedó confiado á uno y el orden de la disciplina militar á otro, disponen de todo según su capricho y aplican á su provecho particular los fondos destinados al pago de las tropas.

Constantino abrió también la puerta á los bárbaros para que causasen estragos en las tierras del Imperio. Porque habiendo Diocleciano, con sabia previsión, puesto guarniciones en todas las plazas fronterizas, como ya he dicho, los bárbaros no podían hacer irrupción por ningún lado sin encontrar tropas que les detuviesen. Constantino, por el contrario, retiró las guarniciones de las fronteras y las puso en ciudades que no las necesitaban. De esta manera expuso unas á la violencia de los extranjeros y desoló las otras dándolas soldados que solamente sirvieron para saquearlas, y ablandó el valor de los soldados proporcionándoles ocasión de abandonarse á la molicie. En fin, para decirlo todo de una vez, fué causa de la ruina del Imperio. Habiendo declarado de antemano emperador á su hijo Constantino, elevó á igual dignidad á sus otros dos hijos Constancio y Constante, y agrandó de tal suerte la ciudad, que habiendo establecido en ella los emperadores que le sucedieron la sede del Imperio, aumentó tanto la población por los ejércitos, por el comercio ó por otras causas, que fué necesario ensanchar el recinto y construir tan prodigioso

Biblioteca Nacional de España

número de casas, que los habitantes se oprimen y molestan unos á otros. La tierra tampoco basta para contenerles, y se han visto obligados á tomar al mar y construir otra ciudad sobre estacadas.

Muchas veces me ha extrañado que aquella ciudad haya subido á tan alto grado de prosperidad y de grandeza, que no puede comparársela ninguna otra, sin que haya habido presagios ni vaticinios. Esta idea me ha llevado á leer muchas historias y oráculos, y al fin he encontrado estos versos de la sibila Eritrea y de la que se llamaba Faelo, que era de Epiro, porque dicen que ésta, habiendo sido inspirada como las otras, dió oráculos, que Nicomedes, hijo de Prusias, habiendo explicado en provecho propio, declaró la guerra á su padre por consejo de Atalo. He aquí el sentido del oráculo: «Escucha, Rey de Tracia, porque eres un gran rey, obligarás á la ciudad á respetar las leyes. Después de someterle á tu obediencia, cortarás las garras al terrible león. Todo el país, vencido sin esfuerzo ni ruido, será justo premio de tu valor; mas por cambio de los tristes destinos, tu felicidad durará pocos años. Después de todo esto, verás derribado tu trono, vencedores tus enemigos y destrozado tu cetro. En vano lanzarás contra la ira cruel del lobo perros de fiera rabia. Por orden del cielo, que debes respetar, sabrás domar el orgullo de los Bitinios, y entonces los habitantes de la antigua Bizancio tendrán en sus manos el cetro y el poder. Dichoso el Helesponto de vivir bajo sus leyes, en profundo silencio escuchará su voz. Sujeto el lobo, á pesar de su rabia, experimentará miedo y temerá su valor. Mis vecinos saben cuán grande es mi poder, y todos lo temen tanto como á mi ciencia. Por esto no quiero que las razas venideras ignoren secretos ni nada de las aventuras en que la increíble bondad de un padre amado reconoció mi celo y fidelidad. La Tracia, que ha llegado á ser muy fecunda en males, los hará desbordar por la tierra y por los mares.» Este oráculo indica, aunque con mucha obscuridad, que los pueblos de Bitinia habían de verse abrumados de

Biblioteca Nacional de España

males que procederían del insoportable peso de las cargas públicas, y que la autoridad del mando vendría á parar á manos de los habitantes de Bizancio. Si este oráculo no se ha cumplido todavía, aunque hace mucho tiempo que fué pronunciado, nadie crea por esto que debe explicarse de este ó del otro modo, porque por largo que parezca el tiempo, es muy corto con relación á Dios, que es eterno. Esto es lo que he pensado con relación á este oráculo. Si pretende alguno que debe entenderse en otro sentido, no me opongo á su libertad de apreciación.

Constantino empleaba las rentas públicas en regalos que hacía inoportunamente á personas indignas é inútiles al Imperio. Sobrecargaba hasta á aquellos que trataban de subvenir más allá de sus fuerzas á las necesidades del Estado, y enriquecía hombres incapaces de servirle. Confundía la prodigalidad con la magnificencia; impuso un tributo en oro y plata á todos los que negociaban en cualquier punto y á los que hacen en las ciudades el tráfico más bajo y despreciable, y ni siquiera quiso que las meretrices, cuya miseria es igual á su infamia, quedasen exentas de la carga. Cuando se acercaba el cuarto año en que debía pagarse este tributo, por toda la ciudad se oyeron quejas y gemidos. Los que no podían pagar á causa de su extraordinaria pobreza, eran atormentados con crueles suplicios; veíanse obligadas las madres á vender á sus hijos y los padres á prostituir á sus hijas para encontrar oro y plata que entregar á los inflexibles exactores; y como no quería que ninguno de los que poseían brillante fortuna careciese de motivo de tristeza, los elevó sucesivamente al cargo de pretor, so pretexto de honrarles, pero en realidad con el objeto de obtener de ellos considerables cantidades de dinero. Cuando los que elegía para este cargo llegaban á las ciudades, retirábanse los ciudadanos más notables por temor de verse revestidos con una dignidad que sería la ruina de sus familias. Tenía un estado de los bienes de todas las perso-

Biblioteca Nacional de España

nas distinguidas para imponerles un tributo especial. Estos impuestos han despoblado las ciudades, porque habiéndose cobrado en los reinados de los emperadores siguientes, de tal manera han agotado las familias principales, que se han visto obligadas á abandonar sus casas.

Habiendo arruinado Constantino el Imperio por todos los medios que he referido, murió de enfermedad, sucediéndole sus tres hijos, que no lo eran de Fausta, hija de Maxencio Herculio, sino de otra á quien mató. Estos buscaron al principio el placer con más ahinco que mostraron por atender á la utilidad pública. Repartiéronse el Imperio. Constantino, que era el mayor, tomó con Constante, que era el más joven, todos los paises al otro lado de los Alpes, la Italia, la Iliria, todo lo que hay alrededor del Ponto Euxino y todo lo que hay en Africa y depende de Cartago. Constancio recibió el Asia, el Oriente y el Egipto. Dalmacio, Constancio y Anabaliano quedaron en cierta manera asociados al Imperio, habiendo Constantino declarado César al primero y honrado á los otros dos con la toga de púrpura adornada con franja de oro y el título de nobilísimos en consideración al parentesco que les unía á los Emperadores.

Dividido de esta manera el Imperio, Constancio se dedicó desde el principio á demostrar que su padre no le excedía en impiedad, y la primera hazaña con que demostró su valor fué derramar la sangre de sus parientes, haciendo que su tio Constancio muriese á manos de los soldados. Igual lazo tendió á Dalmacio César, haciendo perecer con él á Optato, honrado por Constantino con la dignidad patricia, dignidad establecida por este príncipe, quien dispuso que los que gozasen de ella precederían á los prefectos del Pretorio. Albino, prefecto del Pretorio, fué muerto por aquel mismo tiempo, sufriendo la pena que merecía por haber causado la muerte del filósofo Sopater por envidia del afecto que le profesaba el emperador Constantino. Para no perdonar Constancio á nadie de su familia, ejerció igual crueldad con Anabaliano, y

Biblioteca Nacional de España

sobornó á los soldados para que gritasen que no debían consentir en el trono más que á los hijos de Constantino.

Habiendo sobrevenido desavenencias entre Constantino y Constante por la posesión de una parte de Italia y Africa, este último ocultó por espacio de tres años su despecho, para oprimir á su hermano cuando estuviese más confiado; y al saber que se encontraba una provincia afecta á su servicio, envió soldados so pretexto de socorrer á su otro hermano en la guerra que tenía con los Persas, pero en realidad para deshacerse de Constantino. Estos soldados cumplieron las órdenes de Constante, y después que hubo realizado este fratricidio, desplegó toda clase de crueldades contra sus súbditos. Compró extranjeros muy bien formados y los retuvo como en rehenes, dándoles desenfrenada licencia para maltratar á los pueblos. Irritados por esto los hombres de la corte, aprovecharon el tiempo en que se entregaba al placer de la caza, y conspiraron contra él bajo la dirección de Marcelino, intendente de Hacienda, y de Magnencio, jefe de los jovianos y de los herculianos (nombres de dos legiones). Celebrando Marcelino la fiesta del natalicio de su hijo, invitó á Magnencio y otros muchos á un gran festín, y, habiéndose prolongado hasta media noche, Magnencio se levantó de la mesa so pretexto de una necesidad, y á poco se presentó á los convidados revestido con el traje imperial, proclamándole éstos en el acto emperador, y los habitantes de la ciudad de Autun, donde se celebraba el festín, confirmaron con su voto aquella proclamación. Habiéndose propagado la noticia, reuniéronse los campesinos en el campo; los jinetes que habían llegado poco antes de la Iliria para servir en las legiones de las Galias se unieron á los que se habían reunido para aquella proclamación, y habiendo deliberado todos los jefes y reconocido que Magnencio había sido saludado ya como emperador, á una voz le llamaron Augusto. Enterado de esto Constante, quiso refugiarse en la ciudad de Helena, cercana á los Pirineos; pero le detuvo Gairón,

Biblioteca Nacional de España

enviado con este objeto, y le mató sin que nadie le socorriese.

Llegando de esta manera Magnencio al Imperio, y habiendo reducido á su obediencia las naciones que se encuentran al otro lado de los Alpes y la misma Italia, Vetranión, general de las tropas de Pannonia, decidió usurpar como Magnencio la autoridad soberana; y habiéndole proclamado emperador sus tropas, permaneció en Mursa, ciudad de Pannonia. Por este mismo tiempo los Persas recorrieron y saquearon el Oriente y la Mesopotamia. Encontrándose Constancio inferior en fuerzas á aquellos bárbaros, decidió perseguir á Magnencio y á Vetranión. Mientras se preparaba para ejecutar sus proyectos encontrándose Magnencio en las Galias, Nepociano, sobrino de Constancio, é hijo de su hermana Eutropia, reunió un grupo de bandidos y se acercó á Roma llevando el manto imperial. Pero Aniceto, prefecto del Pretorio, habiendo reunido al pueblo y salido de la ciudad, trabó rudo combate; y como los vecinos no sabían conservar las filas, Aniceto mandó cerrar las puertas de la ciudad, por temor de que quedase expuesta al pillaje al penetrar en ella los enemigos revueltos con los fugitivos. Los soldados de Nepociano cayeron sobre los Romanos y los pasaron á cuchillo; pero habiendo enviado en seguida Magnencio un ejército al mando de Marcelino contra Nepociano, le mató. Habiendo partido del Oriente Constancio para hacer la guerra á Magnencio, creyó conveniente reconciliarse con Vetranión, para no tener que combatir al mismo tiempo dos rebeldes. También hizo lo posible Magnencio por atraerse la amistad de Vetranión y para decidirle á tomar las armas contra Constancio; pero habiéndole enviado legados uno y otro con este objeto, se declaró por Constancio. Habiendo regresado los legados de Magnencio sin conseguir nada, pidió Constancio la unión de las tropas y que se celebrase una asamblea para decidir de qué manera se haría la guerra á Magnencio. Sorprendiendo con este pretexto Constancio á Vetranión, subieron los dos á tablado algo

Biblioteca Nacional de España

elevado, dispuesto en forma de trono. Usando Constancio el derecho que le daba su nacimiento para hablar el primero, representó á los soldados, con las palabras más lisonjeras que pudo encontrar, las liberalidades que su padre el Emperador tuvo con ellos, la santidad de los juramentos con que se habían obligado á permanecer invariablemente unidos á los intereses de sus hijos, y les exhortó á no permitir que Magnencio, que había manchado sus manos con la sangre de un hijo de Constantino, á cuyas órdenes había servido y de cuya liberalidad había recibido tantas recompensas, escapase impune. Previamente ganados con dinero los soldados, al escuchar la oración gritaron que debía desconfiarse de los falsos emperadores; y en el acto despojaron de los ornamentos imperiales á Vetranión, reduciéndole á condición privada. Constancio impidió que le tratasen mal, y le asignó rentas convenientes para que viviera en Bitinia, donde murió después de haber pasado algún tiempo sin negocios ni cuidados.

Habiendo realizado con tanto éxito su trama Constancio contra Vetranión, volvió sus armas contra Magnencio. Proclamó César á Galo, primo hermano suyo, hermano de Juliano, que después llegó al Imperio, y le dió en matrimonio á su hermana Constancia, bien para servirse de él contra los Persas, ó, como demostraron los acontecimientos, para deshacerse de él con más facilidad; porque no quedaban más que estos dos de los descendientes de Constantino, puesto que había dado muerte á todos los demás, como ya hemos visto. Habiendo, pues, declarado César á Galo, y encargado á Luciliano la guerra de los Persas, marchó contra Magnencio con sus tropas y las de Vetranión. Magnencio hizo grandes preparativos para combatir con tan temible enemigo; declaró César á Decencio, á quien había encomendado el gobierno de las naciones que se encuentran al otro lado de los Alpes; y habiendo entrado los dos ejércitos en Panonia y habiéndose acercado uno á otro en las inmediaciones de la ciudad de Mursa, Magnencio pre-

Biblioteca Nacional de España

paró una emboscada en las gargantas y desfiladeros cercanos de Adrana y envió á decir á los jefes de Constancio que en cuanto llegase á Siscia, allí daría la batalla, porque había un campo muy á propósito para desplegar su ejército. Regocijó la noticia á Constancio, porque disponía de caballería más numerosa que su enemigo, y la hizo avanzar hasta Siscia. Cayendo sobre ella entonces los que se encontraban en emboscada, la abrumaron con piedras y la impidieron avanzar.

Envanecido con este resultado, creyó Magnencio deber continuar ardorosamente la guerra; y habiendo avanzado hasta una llanura cerca de Petovio, ciudad regada por el Dravo, que desagua en el Danubio, marchó hacia Pannonia, con objeto de librar batalla cerca de Sirmio. Dícese que habiéndole aconsejado su madre no ir á Iliria, despreció el consejo, á pesar de que en lo pasado había reconocido bastantes veces que aquella mujer tenía mucho conocimiento del porvenir y que con frecuencia se realizaban sus predicciones. Cuando deliberaba si construiría un puente sobre el Sava, ó si lo cruzaría en barcas, Constancio le envió á Filipo, varón distinguido y de rara prudencia, so pretexto de tratar de la paz con él, pero en realidad para reconocer el estado de su ejército y el objeto de su marcha. Este encontró en el camino á Marcelino, á quien Magnencio consideraba más que á los demás, y juntos marcharon á verle.

Habiendo reunido Magnencio su ejército y permitido á Filipo que le propusiera lo que quisiese, dijo á los soldados que, siendo súbditos del Imperio, no debían emplear sus fuerzas para arruinarle, sobre todo cuando lo gobernaba un hijo de Constantino, bajo cuyas enseñas tan gloriosas victorias habían alcanzado sobre los bárbaros. Dirigiendo después la palabra á Magnencio, le recordó los beneficios que había recibido de Constantino y de sus hijos, proponiendo al fin que abandonase la Italia y se contentase con mandar en los países del otro lado de los Alpes.

Biblioteca Nacional de España

Tanto impresionó á los soldados esta oración, que apenas consiguió le oyesen Magnencio, que temía las consecuencias. Habiendo dicho que aceptaba gustoso la paz, aplazó la asamblea para el día siguiente, prometiendo explicar extensamente sus propósitos, después de tener espacio para deliberar. Disuelta de este modo la asamblea, llevó consigo Marcelino á Filipo. Reflexionando Magnencio en el asunto, dudó si debía despedir á Filipo sin otorgarle nada ó retenerle contra los derechos de los legados. En seguida dió un festín á los que tenían mando, y en él declaró sus intenciones. Habiendo reunido el ejército al día siguiente, le hizo exagerado relato de las crueldades con que les había tratado Constancio, de la necesidad en que se encontraban de libertar al Estado de aquella fiera y de lo que le habían violentado al revestirle con la autoridad soberana.

Animados los soldados por aquellas palabras, empuñaron las armas y se prepararon á pasar el Sava. Enterada de esto por sus espías la guarnición de Siscia, construída en la orilla del río, acometió á algunos que habían pasado los primeros y que querían tomar tierra, y rechazó á los otros que pasaban por el puente; de manera que muchos quedaron muertos y otros muchos también cayeron al agua, empujados por sus compañeros y sus enemigos. Habiendo sido espantosa la matanza, cayendo los fugitivos desde lo alto del puente y habiendo los vencedores aprovechado enérgicamente su ventaja, encontróse Magnencio en inminente peligro, del que escapó gracias á una estratagema. Clavó la lanza en el suelo é hizo seña con la mano á los enemigos como si tuviese que decirles algo acerca de la paz. Cuando vió que le escuchaban, dijo que no había querido cruzar el Sava contra la intención del Emperador. Filipo le dijo que era necesario que abandonase la Italia y la Nórica y que marchase á Iliria, donde podría tratar de la paz. Constancio, habiendo oído decir algo de esta conferencia, llamó á sus soldados, les prohibió seguir persiguiendo á los fugitivos y permitió á Magnencio que

Biblioteca Nacional de España

llevase su ejército á la llanura que se extiende entre la Nórica, la Pannonia, la Mesia y la Dacia; cosa que hizo con objeto de evitar los desfiladeros y disponer de una llanura, donde pudiese desplegar su caballería y dar batalla. El proyecto resultó como se proponía; creyó que no había paraje más á propósito que Cibalis, donde Constantino había conseguido su brillante victoria sobre Licinio. Ya hemos descrito antes el emplazamiento de esta ciudad: colocó dentro parte de su ejército, y habiendo construido un parapeto entre la colina donde descansa la ciudad y la llanura que se extiende hasta el río, rodeó con foso y muralla todo lo que no cubre el agua, y construyó un puente de barcas que unía y separaba cuando quería. Habiendo acampado su ejército en aquel punto, colocó su tienda en medio del campamento, igualando aquella tienda á una quinta por sus dimensiones y belleza. Allí celebró un festín, al que asistieron todos los que tenían mando, exceptuando Latino y Telasco, dos de los más importantes, que estaban en rehenes por Filipo, á quien Magnencio retenía á su lado.

Mientras buscaban medios para libertarle, Ticiano, senador de Roma, se presentó hablando insolentemente á nombre de Magnencio, ofendiendo la memoria de Constantino, atribuyendo á la debilidad del gobierno los males del Imperio, y proponiendo que se despojase Constancio de la autoridad soberana y se contentase con vivir como particular. No habiendo contestado Constancio más que con súplicas á la justicia divina para que venganse la muerte de Constante y con protestas de continuar la guerra, Ticiano regresó libremente, á pesar de que Filipo continuaba en poder de Magnencio. Habiendo reunido éste el ejército, tomó por asalto la ciudad de Siscia y la destruyó. En seguida taló los alrededores de Sava, reuniendo considerable botín, y marchó hacia la ciudad de Sirmio, esperando apoderarse de ella sin combate; pero, rechazado por la guarnición y por los habitantes, se retiró hacia Mursa. Habiéndole cerrado las puertas los habitantes y arrojado venablos contra él,

Biblioteca Nacional de España

no sabía qué hacer para atacarles, porque no tenía máquinas á propósito para derribar murallas. Constancio acudió al frente de sus tropas para socorrer la ciudad, y pasó por delante de Cibalis y por las tierras que riega el Dravo.

Habiéndose acercado Magnencio á Mursa, prendió fuego á las puertas; pero habiéndole apagado los habitantes y habiendo acudido Constancio para socorrer á los sitiados, Magnencio ideó la siguiente estratagema: Enfrente de la ciudad había un circo destinado desde antiguo á los combates y rodeado completamente por un bosque. Ocultó dentro cuatro cohortes de Galos, con orden de salir de improviso cuando hubiese trabado combate con Constancio, y de pasar á cuchillo á sus gentes. Pero habiendo descubierto los habitantes la emboscada, envió Constancio á Scolidoas y Manado con soldados pesadamente armados, elegidos entre todas sus tropas, que, apoderándose de las puertas del circo y abriéndolas, subieron á lo alto de las gradas y atacaron á los Galos. Estos, colocándose los escudos sobre la cabeza é intentando romper las puertas, fueron acribillados con venablos, de manera que no escapó ninguno. Habiendo resultado tan mal la estratagema á Magnencio, los dos ejércitos vinieron á las manos en la llanura que se encuentra fuera de la ciudad, y trabando el combate más furioso de esta guerra, y cayeron muchos de uno y otro lado.

Considerando Constancio que, aun cuando avanzase, la victoria no le sería ventajosa, puesto que no la obtendría sino á costa de sangre de Romanos, decidió terminar la guerra con cualquier convenio. Mientras que tales pensamientos ocupaban su espíritu, el combate continuaba con más ardor que nunca, no terminando á pesar de que ya estaba muy avanzada la noche. Los jefes del bando de Magnencio peleaban como los soldados, animándoles con su ejemplo á no perdonar. El ejército de Constancio, recordando el antiguo valor romano, realizaba maravillosas hazañas, y no hubo ninguno que no pelease hasta

Biblioteca Nacional de España

el último extremo con toda clase de armas en medio de la obscuridad, y que no considerase glorioso morir en tan hermosa ocasión. Muchos confirmaron su valor con la muerte, y entre otros Arcadio, jefe de los Albucos, y Menelao, capitán de los arqueros á caballo traidos de Armenia.

No creo deber omitir lo que se refiere de este Menelao. Dícese que lanzaba tres flechas á la vez con el mismo arco y que hería á tres personas. De esta manera mató considerable número de soldados de Magnencio, faltando poco para ponerle en derrota. Rómulo, un jefe del ejército enemigo, le mató, muriendo también Rómulo de un golpe que le descargó Menelao. Mas á pesar de su herida, no cesó de pelear hasta que derribó á aquel de quien había recibido el golpe mortal.

Habiendo obtenido ventaja el partido de Constancio y emprendido la fuga el de Magnencio, realizóse extraordinaria matanza de hombres, caballos y otros animales.

Viendo Magnencio desvanecidas todas sus esperanzas, y temiendo que lo entregasen á Constancio, decidió retirarse de Italia para hacer levas y continuar la guerra. Pero enterado de que los habitantes de Roma se declaraban por Constancio, bien porque hubiesen tenido noticia de su victoria ó porque profesaban aversión á su enemigo, ocurriósele pasar los Alpes y refugiarse en las naciones que habitan en aquel lado. Pero enterado también de que Constancio había ganado los pueblos que habitan en las orillas del Rhin, que los Galos guardaban las avenidas de su país, que los Españoles y los Moros estaban prevenidos contra él, prefirió muerte voluntaria á vergonzosa fuga, y se mató con su propia mano por temor de perecer bajo las armas de sus enemigos.

Tal fué el fin de Magnencio, que reinó tres años y medio. Había nacido entre los bárbaros y se había educado entre los Letos, pueblos de las Galias, donde aprendió la lengua latina. Fué insolente en la prosperidad y cobarde en la adversa fortuna. Poseía tanta destreza

Biblioteca Nacional de España

para ocultar sus malas cualidades, que parecía hombre honrado á los que no le conocían. He creído deber manifestar esta cualidad de su carácter para que se sepa no hizo nunca nada sin mala intención, y para desengañar á los que creen que su modo de gobernar fué conveniente para el bien del Imperio.

Decencio, á quien Magnencio había llamado en su socorro, se enteró en el camino de Italia de lo que había sucedido, y habiendo encontrado tropas del bando enemigo, desesperando de salvarse, se ahorcó.

Quedando Constancio único dueño del poder absoluto, no supo guardar moderación alguna en su prosperidad. Los calumniadores tuvieron mucha influencia en su reinado, así como los demás malvados públicos que continuamente tienden lazos á aquellos á quienes favorece la fortuna, para despojarles de su caudal y enriquecerse. Uniéndose estos calumniadores á algunos eunucos de la corte, hicieron creer á Constancio que su primo Galo, no contentándose con la dignidad de César con que había sido honrado, aspiraba al poder soberano, y le persuadieron á que se deshiciese de él. Fueron autores de esta detestable trama Dynao y Picencio, hombres obscuros que pretendían conquistar celebridad por este medio. En la conjuración tomó parte Lampadio, prefecto del Pretorio, que aspiraba á aumentar constantemente su influencia. Habiendo prestado oídos Constancio á esta falsa acusación, llamó á Galo, que nada sabía de lo que se tramaba contra su vida, y cuando se le presentó le despojó de su dignidad de César y lo entregó al verdugo para que le matase, coronando con este asesinato la crueldad con que había exterminado muchos parientes suyos.

Manchado así Constancio con la sangre de Galo, pasó de Pannonia á Italia. Viendo entonces que todas las tierras del Imperio estaban inundadas por los bárbaros; que cuarenta ciudades alrededor del Rhin habían caído en manos de los Francos, de los Alemanes y Sajones, siendo despojadas de sus riquezas y privadas de sus

Biblioteca Nacional de España

habitantes; que los Quados y Sármatas devastaban la Pannonia y la Mesia superior; que los Persas saqueaban incesantemente el Oriente, aunque poco antes estaba libre de sus incursiones, cuando temían les rechazase Galo; habiendo, repito, reflexionado acerca de todos estos males que afligían al Estado, no se creyó capaz de remediarlos solo. Sin embargo, no se atrevió á asociar nadie al Imperio, bien por el deseo de conservar solo el poder soberano ó por desconfianza de encontrar alguno que le fuese fiel. En la perplejidad en que se encontraba y en el peligro que amenazaba al Imperio, su esposa Eusebia, cuya instrucción y prudencia eran superiores á su sexo, le aconsejó diese el mando de las naciones transalpinas con el título de César á Juliano, hermano de Galo y nieto de Constancio, declarado César por Diocleciano. Y como sabía que su esposo el Emperador sospechaba de todos sus parientes, le dijo para persuadirle: «Juliano tiene carácter sencillo; ha pasado toda su vida en el estudio y no tiene experiencia de los negocios. Por esta razón nos es más conveniente que otro, porque si triunfa en sus empresas, á tu dirección se atribuirá el éxito; y si sucumbe en algún lance peligroso, no quedará ya nadie de la familia imperial que pueda hacerte sombra y aspirar á la corona.» Accediendo Constancio á estas razones, llamó á Juliano de Atenas, donde vivía entre los filósofos y donde sobrepujaba en ciencia á todos sus maestros. En cuanto llegó á Italia, Constancio le declaró César, le dió á su hermana Elena en matrimonio y le envió al otro lado de los Alpes. Pero como era muy suspicaz naturalmente y no podía estar tranquilo acerca de la fidelidad de Juliano, envió con él á Marcelo y Salustio, como para que compartiesen la autoridad del gobierno.

Por su parte marchó á Pannonia y á Mesia, y habiendo reprimido las incursiones de los Quados y Sármatas, se dirigió al Oriente para oponerse á las empresas de los Persas.

Habiendo pasado Juliano los Alpes y habiendo lle-

Biblioteca Nacional de España

gado á las Galias, Eusebia continuó aconsejando á Constancio que le dejase el gobierno absoluto de aquellos países, á pesar de que los bárbaros continuaban causando estragos por todas partes con igual insolencia. Muchos historiadores y poetas han publicado lo que hizo hasta el fin de su vida, aunque ninguno ha igualado con sus palabras á la grandeza de las hazañas de este príncipe, habiéndolas relatado él mismo en sus oraciones y cartas, por las que pueden conocerse mejor que por los relatos que otros puedan hacer. Sin embargo, para no interrumpir el curso de nuestra historia, las relataré aquí en pocas palabras, según el orden de los tiempos, deteniéndome especialmente en lo que parece tocaron ligeramente los que me han precedido.

Al partir Constancio para combatir á los Persas, dió plenos poderes á Juliano para que hiciese todo lo que creyese más ventajoso para el bien de los pueblos que le había confiado. Habiendo encontrado las tropas de las Galias casi completamente destruídas, viendo que los bárbaros pasaban impunemente el Rhin y que hacían incursiones casi hasta las puertas de las ciudades marítimas, revistó los pocos soldados de que podía disponer en el país. Habiéndose convencido de que temblaban al solo nombre de los bárbaros y que los trescientos sesenta soldados que le había dado Constancio, solamente sabían hacer ruegos y votos, como él mismo dice, alistó cuantos pudo encontrar y recibió algunos voluntarios. Encontrando armas viejas en una ciudad, mandó rehacerlas y las distribuyó á los soldados. Hecho esto, habiendo traído la noticia los espías de que increíble multitud de bárbaros había pasado el Rhin cerca de la ciudad de Strasburgo, edificada en la orilla del río, avanzó inmediatamente contra ellos, al frente del ejército que apresuradamente había reunido, y trabando combate alcanzó increíble victoria, matando sesenta mil y ahogando otros tantos en el Rhin. Como se ve, esta victoria en nada cede á las que Alejandro consiguió en otro tiempo sobre Darío, si se quiere compararlas. No pasaré

Biblioteca Nacional de España

en silencio una hazaña que realizó en seguida. Tenía un ala compuesta por seiscientos jinetes, en cuyo valor y experiencia descansaban especialmente sus esperanzas. Cuando estuvo trabado el combate, habiendo dado pruebas de su valor todos los demás Romanos, solamente éstos retrocedieron, y por esfuerzos que hizo Juliano para contenerles y exhortarles á que participasen de la gloria del triunfo con sus compañeros, no quisieron volver á la pelea. Irritado Juliano porque en cuanto dependía de ellos habían entregado á los de su país y su partido á los bárbaros, en vez de castigarles conforme disponían las leyes, inventó vestirles de mujeres, haciéndoles pasar con aquel equipo por medio del ejército, considerando que esta pena sería más insoportable que la muerte á hombres que ejercían la profesión de las armas. Tanto él como ellos consiguieron notable ventaja de este castigo, porque, para lavar aquella mancha cuya infamia recordaban siempre, se distinguieron sobre todos los demás en el segundo combate que se dió á los Germanos.

Habiendo reunido Juliano cómodamente todas sus tropas, se preparó para combatir á toda la nación de los Germanos, quienes, habiendo formado en batalla espantosa multitud contra él, pasó el primero el Rhin, considerando que le era más ventajoso combatir en terreno enemigo que en el del Imperio; además que, por el mismo medio, impedía que su paso molestase á las ciudades que le obedecían. Habiendo sido muy rudo el combate, y habiendo caído innumerable multitud de bárbaros, Juliano persiguió á los fugitivos hasta la selva Herciniana, continuando la matanza. Apoderóse de Vadomero, hijo del jefe enemigo, y retiró su ejército, que entonaba alegres canciones sobre la victoria, celebrando el arte y la dirección de su jefe. Envió á Vadomero al emperador Constancio, á cuya buena fortuna atribuyó el glorioso éxito de la batalla. Cuando se vieron expuestos los bárbaros al peligro más grande, temieron que Juliano forzase los parajes donde se habían fortificado, que degollase á sus esposas é hijos y exterminase su nación. Este temor les

Biblioteca Nacional de España

llevó á enviarle legados para que le pidiesen la paz, asegurándole que en adelante no llevarían á cabo ningún acto hostil contra el Imperio. Juliano les contestó que no trataría de la paz hasta que le devolviesen los prisioneros que habían cogido en las ciudades que en otro tiempo redujeron á su obediencia. Accedieron á entregar todos los que todavía viviesen; pero temiendo el Emperador que quedase alguno sin saberlo él, imaginó esta astucia para que se le entregasen todos. Hizo buscar en las ciudades y aldeas á los que en otro tiempo evitaron la esclavitud apelando á la fuga, y les preguntó los nombres de los que cogieron los bárbaros. Habiendo dicho cada uno los de los que conocía por ser parientes suyos, amigos ó vecinos, hizo que sus amanuenses los escribieran. En seguida pasó el Rhin, sin enterar de sus propósitos á los legados, y les pidió que le llevasen los prisioneros que tenían. Habiendo obedecido los legados, y declarado después de su regreso que le traían todos los prisioneros, Juliano subió al trono, teniendo á su espalda á los amanuenses, y mandó que presentasen los prisioneros. Habiendo los amanuenses tomado sus nombres y visto que era mucho menor el número que el de los que constaban en las listas, lo dijeron á Juliano, que amenazó á los legados con la continuación de la guerra, puesto que no devolvían de buena fe á los prisioneros, nombrándoles en alta voz los que faltaban de cada ciudad y de cada aldea. Entonces creyeron los bárbaros que Juliano estaba inspirado por Dios, puesto que sabía cosas tan ocultas y secretas, y juraron, á la manera de su país, entregar todos los prisioneros que pudiesen encontrar. Hecho esto, y habiendo recibido Juliano todos los que verosímilmente habían sido arrebatados de las ciudades tomadas por los bárbaros, experimentó grande apuro porque veía que aquellas ciudades estaban completamente arruinadas, incultas las tierras y reducidos á la mayor miseria los prisioneros que le habían devuelto. No sabía cómo acudir á todas estas necesidades, porque no habiendo estado libres de las incursiones de los bár-

Biblioteca Nacional de España

baros las ciudades inmediatas, no podían suministrarle provisiones.

En esta dificultad, empleó el siguiente medio. El Rhin desemboca en el mar Atlántico por el extremo de la Germania, que es una provincia de las Galias, encontrándose la desembocadura á novecientos estadios de la Gran Bretaña. Habiendo hecho Juliano cortar árboles en los bosques inmediatos al río, hizo construir ochocientas naves mayores que barcas y las envió á la Gran Bretaña para que trajesen trigo; y, en muchos viajes, trajeron cantidad bastante grande para alimentar las ciudades que le obedecían y sembrar las tierras. Estas cosas las realizó antes de haber cumplido los veinticinco años. Como se había granjeado el afecto de los soldados por medio de su frugalidad, su valor, su generosidad que le hacía superior al interés y por sus otras virtudes que le elevaban sobre todos los hombres de su tiempo, Constancio sintió envidia, y suponiendo que su reputación y el feliz éxito de sus armas dependían de la dirección de Salustio, puesto á su lado para que le aconsejase, le llamó so pretexto de ocuparle en apremiantes asuntos del Oriente. Juliano, que nunca dejaba de obedecer las órdenes de Constancio, le envió; pero desde su marcha, no dejaron de aumentar los ejércitos en número, experiencia y valor; y las ciudades continuaron gozando cada vez con mayor seguridad del reposo, tranquilidad, abundancia y todos los bienes que produce la paz. Los bárbaros de aquel país desesperaban de poder continuar el bandolerismo y temían se les exterminase por completo, cuando los Sajones, los más belicosos de todos, enviaron á las tierras que poseían los Romanos á los Quados, que forman parte de su nación. Pero habiéndoles cerrado el paso los Francos que habitan en su frontera, por temor de dar motivo á los Romanos para que volviesen á su territorio, pasaron por el Rhin á lo largo del país de los Francos é hicieron irrupción en los terrenos del Imperio. Llegaron á Batavia, isla del Rhin, la más grande que existe en río alguno, y arrojaron de ella á los Salianos.

Biblioteca Nacional de España

descendientes de los Francos, que se habían establecido allí desde que los Sajones los arrojaron de su país. Esta isla había pertenecido en otro tiempo al Imperio. Enterado Juliano de aquella empresa, atacó á los Quados, haciendo jurar antes al ejército que combatiria valerosamente, perdonando á los Salianos, sin impedirles que se retirasen á terrenos del Imperio. Agradecidos aquellos pueblos á la bondad de Juliano, entraron con su rey en terrenos de los Romanos, y los otros se acercaron á las fronteras y se rindieron sin condiciones. Viendo Juliano que los bárbaros no se atrevían á hacer guerra abierta, pero que no dejaban de ocasionar graves desórdenes con sus correrías y rapiñas, empleó este medio para reprimirlos. Entre los bárbaros existia un hombre de colosal estatura y de valor igual á su corpulencia y que acostumbraba á correr y saquear con ellos. Habiendo abandonado este hombre su nación para establecerse entre los Galos, súbditos de los Romanos, habitaba en Tréveris, la ciudad más grande al otro lado de los Alpes. Habiendo visto, antes de que Juliano recibiese la facultad de mandar en aquellos países, que los bárbaros recorrían y saqueaban las tierras del otro lado del Rhin, deseaba reprimir su insolencia; pero como no se encontraba autorizado para ello, se ocultaba al principio en los bosques; y cuando los bárbaros se encontraban henchidos de vino y entregados al sueño, cortaba la cabeza á cuantos podía y las llevaba á la ciudad. Asombraba á los bárbaros ver disminuir sus tropas, sin saber á qué atribuir aquella disminución. Otros bandidos se habían unido á Caryetón (que así se llamaba), y, habiendo aumentado el grupo, declaró su secreto, que muy pocos conocían antes. Habiendo considerado Juliano cuán difícil le era impedir las rapiñas que realizaban los bárbaros durante la noche, porque se dispersaban por todas partes, ocultándose en los bosques al amanecer para comerse lo que habían recogido, vióse obligado á emplear contra ellos aquella banda de ladrones, como si fuese tropa regular. Recibiendo, pues, á Caryetón y los suyos, y habiéndoles

Biblioteca Nacional de España

reunido algunos Salianos, les envió á reprimir durante la noche el bandolerismo de los Quados, colocando de día soldados en emboscada para que matasen á los que escaparan de manos de Caryetón. Obrando por mucho tiempo de esta manera, vieron los Quados reducida á corto número su multitud, y no teniendo ya medios para mantenerse, se rindieron con su rey. Aunque Juliano tenía en su poder muchos prisioneros, y especialmente al hijo del Rey, cogido por Caryetón, no dejó de pedirles en rehenes algunos hombres de los más ilustres de su nación y el hijo del Rey. Afligido este príncipe y reducido á la deplorable necesidad de suplicar á su enemigo, habiéndole jurado con lágrimas que había tenido la desgracia de perderle, de la misma manera que á otros muchos súbditos, Juliano, conmovido por su dolor, se lo mostró robusto y sano, le retuvo en rehenes, recibió con él á los principales de su nación y les concedió la paz, con la promesa de que no volverían á realizar ningún acto hostil contra los Romanos.

Habiendo terminado de esta manera Juliano todos sus asuntos, alistó á los Salianos, parte de los Quados y algunos habitantes de Batavia, existiendo todavía hoy legiones que llevan sus nombres.

Entretanto, se ocupaba en Oriente contra los Persas el emperador Constancio. Las provincias del otro lado de los Alpes disfrutaban de feliz tranquilidad por la prudente conducta de Juliano. La Italia y la Iliria estaban seguras, por el temor de los bárbaros que habitan cerca del Danubio á que Juliano atravesase la Galia y pasase el río para atacarles.

En tal estado las cosas, los Persas, mandados á la sazón por Sapor, talaron la Mesopotamia, lo entregaron todo á sangre y fuego en las cercanías de Nisiba y emprendieren el sitio de esta ciudad. Pero por grave que fué el peligro que corrió, libertóla la destreza de su gobernador Lucilo, y la fortuna, que le ayudó. Inútil es hacer este relato, puesto que Juliano ha referido las circunstancias especiales en un libro que

Biblioteca Nacional de España

nadie leerá sin admirar la elocuencia de aquel príncipe.

Cuando parecía gozar el Oriente de profunda paz, y la fama de Juliano era tan universal, que todos publicaban sus alabanzas, sintió envidia Constancio; y no pudiendo soportar el brillo de la gloria que había adquirido en las Galias y en España, buscó plausible pretexto para aminorar sus tropas en poco tiempo y sin ruido y despojarle en seguida de su dignidad.

Pidióle, pues, que le enviase dos legiones fingiendo necesitarlas; y Juliano, que nada sabía de los propósitos del Emperador, y que además no quería darle motivo alguno de enojo, obedeció la orden con sumisión completa; pero no dejó de aumentar diariamente su ejército y de infundir tanto terror con su nombre, que los bárbaros que habitan en las fronteras más apartadas no pensaban siquiera en tomar las armas. Poco después pidió Constancio otras tropas á Juliano, y habiéndolas obtenido, le pidió además cuatro cohortes. En cuanto recibió Juliano la orden mandó á los soldados que se preparasen á marchar. Encontrábase entonces en París, ciudad pequeña de la Germania; y estando los soldados cenando alrededor del palacio, esperando partir á la mañana siguiente, sin desconfiar de lo que se tramaba contra Juliano, algunos jefes que habían descubierto la intriga que se estaba realizando desde mucho tiempo antes, repartieron secretamente cartas sin nombres, en las que decían que Juliano, que les había hecho victoriosos con su habilidad y que había peleado como soldado, estaba en peligro de que le despojasen de todas sus fuerzas si no se oponían á la marcha de las tropas que le habían pedido. Habiendo leído algunos soldados aquellas cartas y mostrádolas á sus compañeros, todos montaron en cólera, y abandonando desordenadamente la cena, corrieron al palacio, llevando todavía el vaso en la mano, rompieron las puertas, arrebataron á Juliano, le alzaron sobre un escudo, le proclamaron emperador y le pusieron por fuerza la corona en la cabeza. Juliano deploraba mucho lo que había ocurrido; pero su conocimiento de la des-

Biblioteca Nacional de España

lealtad de Constancio, que no guardaba palabra, fe ni juramento, le impedía fiar en él. Quiso, sin embargo, sondear sus disposiciones; le envió legados que le aseguraron de parte suya que le habían proclamado contra su consejo y voluntad y que estaba dispuesto á abandonar la corona si lo deseaba y á contentarse con la dignidad de César. Pero Constancio se encolerizó de tal manera y llegó á tal punto su insolencia, que dijo á los legados que si Juliano quería conservar la vida, era necesario que renunciase la dignidad de César lo mismo que la corona, y que, volviendo á la condicción privada, se sometiese á su autoridad; que haciéndolo así, nada desagradable le ocurriría, ni parecido siquiera á lo que había merecido. Enterado Juliano de las palabras de Constancio, dió á conocer la opinión que tenía de los dioses, declarando públicamente que prefería poner su vida en sus manos á entregarla en las del Emperador. Este dió rienda suelta á su ira, y se preparó para la guerra civil. Entre todo lo que había sucedido, nada disgustaba tanto á Juliano como el temor de que se le acusase de ingratitud hacia un príncipe que le había honrado con la dignidad de César. Mientras agitaba estas ideas en su mente y pensaba con pena emprender la guerra civil, los dioses le revelaron en sueños lo que iba á suceder, haciéndole ver en Viena, donde se encontraba entonces, el sol mostrándole los demás astros, y diciéndole: «Cuando Júpiter se encuentre debajo de Acuario; cuando debajo de Virgo se encuentre Saturno, en seguida se abrirá la tumba para Constancio.»

Confiando en este ensueño, continuó como de costumbre ocupándose de los asuntos públicos; y, como todavía se encontraban en invierno, atendió especialmente á proveer á las necesidades de las Galias, con objeto de poder dedicarse por completo á la realización de las empresas en que había de verse comprometido.

Preparóse con tiempo para adelantarse á Constancio, que todavía se encontraba en Oriente, y habiendo comenzado ya el verano, arregló sus asuntos de las Galias,

Biblioteca Nacional de España

obligando á unos, con el terror que infundian sus armas, á permanecer tranquilos, y persuadiendo á otros, con la experiencia del pasado, á preferir voluntariamente la paz á la guerra. Habiendo establecido funcionarios de toda clase en las ciudades y fronteras, pasó los Alpes con su ejército, llegando al país de los Rhetes, donde se encuentra el nacimiento del Danubio, que, habiendo regado la Baviera y la Pannonia, pasa por la Dacia, la Tracia, la Mesia y la Scitia, y desagua en el Ponto Euxino; mandó construir naves, con las que bajó con tres mil hombres el Danubio, y ordenó que veinte mil marchasen por tierra á Sirmio. Navegando continuamente á vela y remo, y siéndole favorables los vientos etesios, llegó en doce días á la citada ciudad.

Habiendo circulado la noticia de la llegada del Emperador, todos creyeron que era Constancio; pero cuando se supo que era Juliano, quedaron muy sorprendidos de la rapidez de su marcha. Cuando llegó el ejército que le seguia por tierra, escribió al Senado de Roma y á las tropas de Italia para participarles su advenimiento al trono y para encargarles que velasen por la conservación de las plazas.

Habiendo huído los dos cónsules de este año, Tauro y Florencio, á la primera noticia que recibieron de que Juliano había pasado los Alpes y había llegado á Pannonia, mandó que en las actas públicas se les llamase cónsules fugitivos. Agasajaba mucho á los habitantes de las ciudades por donde pasaba y les infundia grandes esperanzas de buen gobierno. Escribió á los Atenienses, Lacedemonios y Corintios para informarles del motivo de su viaje. En Sirmio recibió legados de toda la Grecia, y contestándoles con mucha amabilidad, reunió al ejército que había llevado de las Galias, nuevas tropas reunidas en Sirmio, Pannonia y Mesia, continuando en seguida su marcha. Cuando llegó á Naisa, consultó á los adivinos para saber lo que debia hacer; y habiéndole contestado éstos que debia detenerse algún tiempo, accedió á su respuesta y esperó el tiempo que se le ha-

Biblioteca Nacional de España

bía vaticinado en sueños. Cuando llegó este tiempo, un grupo de jinetes le trajo la noticia de la muerte de Constancio y de que el ejército le había proclamado emperador. Recibiendo con gratitud aquel señalado favor del cielo, avanzó hacia Constantinopla, donde el pueblo le recibió con aclamaciones, llamándole ciudadano é hijo de aquella ciudad y prometiéndose dichosa abundancia de toda clase de bienes bajo su reinado.

De la misma manera cuidó de la ciudad y del ejército; á la primera la honró con un Senado igual al de Roma, y la embelleció con un puerto que pone á las naves en seguridad de los peligros que pueden temerse por el lado del Norte. Hizo construir un pórtico, que por un extremo toca al puerto, y una biblioteca en el palacio, en que colocó considerable número de libros. Hecho esto, preparóse para la guerra contra los Persas, y después de pasar diez meses en Constantinopla, nombró generales de sus tropas á Hormisdas y Víctor, les dió jefes y soldados y partió para Antioquía. No es necesario hablar del buen orden con que marcharon las tropas: soldados que tenían el honor de servir á las órdenes de un príncipe tan grande como Juliano, cuidaban mucho de observar la disciplina más severa. El pueblo le recibió con regocijo; pero como este pueblo gustaba apasionadamente de los espectáculos y tenía más afán por estas diversiones que por las ocupaciones graves, no pudo acomodarse al severo carácter de un emperador que se privaba de todos los placeres y que casi nunca los concedía. Imposible les fué no manifestar su disgusto con palabras que desagradaron profundamente al Emperador; pero en vez de castigar su insolencia, se limitó á burlarse en una oración muy delicada que compuso contra ellos, y que haciéndoles igualmente ridículos y odiosos á toda la tierra, les proporcionó motivo para que se arrepintiesen de su falta. Aliviada la ciudad y habiendo establecido decuriones, que pretendían corresponderles aquel cargo por privilegio concedido á sus familias, se preparó para marchar contra los Persas. Habiendo re-

Biblioteca Nacional de España

unido el ejército á últimos de invierno, lo envió delante y partió de Antioquía sin haber podido ofrecer sacrificios; y aunque no ignoro cómo sucedió esto, prefiero pasarlo en silencio. En cinco días llegó á Serápolis, á donde había dispuesto que las naves, tanto de guerra como de transporte, marchasen de Samosata y de otros puntos inmediatos al Eufrates. Dió el mando de aquellas naves á Hierio; y habiendo pasado tres días solamente en Serápolis, pasó á Batnas, ciudad de Osdroeno. Los Edesenios marcharon á buscarle en aquel punto, le presentaron una corona y le suplicaron les dispensase el honor de entrar en la ciudad. Entró, pues, en ella, dió las órdenes necesarias y partió para dirigirse á Carras. Encontrándose deliberando acerca del camino que debía seguir, si por el Tigris y Nisiba, ó por el Eufrates y Circesión, que es un fuerte colocado en las fronteras de la Asiria, en el punto donde el Aboras se confunde con el Eufrates, dijéronle que los Persas talaban las tierras de los Romanos. Algo se conmovió el ejército con la noticia; pero habiéndose enterado el Emperador que solamente se trataba de un grupo que hacía correrías á manera de ladrones y que en seguida se retiraban con el botín, decidió dejar algunas fuerzas para guardar los orillas del Tigris, por temor de que, marchando él con el ejército por el otro camino, los Persas talaran Nisiba y las comarcas inmediatas. Dejó, pues, diez y ocho mil hombres, pesadamente armados, bajo el mando de Sebastian y Procopio y se embarcó en el Eufrates con el resto del ejército, dividiéndolo en dos cuerpos, para poder reprimir fácilmente las correrías del enemigo por cualquier lado que se presentase.

Habiendo dispuesto de este modo las cosas en Carras, ciudad asentada en las fronteras de la Asiria y del Imperio, quiso contemplar su ejército desde una altura. La infantería y caballería ascendían juntas á sesenta y cinco mil hombres.

Habiendo partido en seguida para Carras y pasado todos los fuertes que hay desde allí hasta Calinico, mar-

Biblioteca Nacional de España

chó al de Circesión, del que ya hemos hablado. Cruzó el río Aboras y subió por el Eufrates siguiéndole los encargados de los provisiones. Reuniósele entonces la flota, compuesta de seiscientas naves de madera y quinientas de cuero. Además había otras cincuenta naves de guerra y algunos barcos destinados á formar puentes ó transportar provisiones y máquinas. Luciano y Constancio fueron honrados con el mando del ejército naval. Habiendo arengado el Emperador al ejército, mandó distribuir á cada soldado ciento treinta monedas de plata. Dió á Víctor el mando de la infantería, y el de la caballería á Hormisdas y Arintheo. Ya hemos dicho que Hormisdas era hijo de un rey de Persia, que por efecto de la violencia de su hermano había sido privado del reino que legítimamente le pertenecía. Habíase refugiado al lado del emperador Constantino, á quien dió seguridades de su fidelidad, recibiendo en recompensa dignidades y honores. En la presente ocasión mandaba el ala izquierda, formada por la caballería, que marchaba á lo largo del rio. La infantería ocupaba el ala derecha; la retaguardia estaba á setenta estadios á la espalda, ocupando el centro el bagaje. Habiendo dispuesto en este orden el ejército el Emperador, envió delante mil quinientos hombres para que reconociesen si se presentaban enemigos dispuestos á dar batalla ó á preparar emboscadas. Habiendo avanzado sesenta estadios, llegó á un sitio llamado Zautha, y desde allí á Dura, donde quedaban ruinas y vestigios de antigua ciudad y donde todavía se conservaba la tumba del emperador Gordiano. Encontrando los soldados en aquel paraje una manada de ciervos, los persiguieron, matando muchos; que les sirvieron para la comida. Habiendo hecho cuatro jornadas, llegó al pueblo de Phathusas, enfrente del cual había una isla en el río, y en ella un fuerte muy poblado, á cuyo punto envió con mil hombres á Luciliano, que le puso sitio. Mientras duró la noche no se enteraron los habitantes; pero en cuanto amaneció, habiendo salido uno en busca de agua, y habiendo reconocido á

Biblioteca Nacional de España

los Romanos, corrió á decir á sus convecinos que había tropas en sus puertas, produciendo viva alarma con la noticia. Cuando se encontraban todos en lo alto de las murallas, el Emperador pasó á la isla con máquinas, y les dijo que si se rendían se librarían de ruina cierta; y habiéndose rendido, envió con escolta á los hombres, mujeres y niños á las tierras del Imperio, dando á su jefe, llamado Puseo, el cargo de tribuno, honrándole con su aprecio cuando experimentó su fidelidad.

Continuando la marcha, llegó á otra isla del mismo río donde existía una fortaleza, y habiéndola reconocido comprendió que era inexpugnable. No por esto dejó de exhortar á los habitantes para que se rindiesen, y habiéndolo prometido éstos, pasó por otros muchos fuertes, contentándose con iguales promesas, porque no quería detenerse, teniendo prisa por llegar al paraje que era teatro principal de la guerra. En pocos días llegó á la ciudad de Dacira, que está á la derecha de los que navegan por el Eufrates. Habiéndola encontrado desierta los soldados, recogieron considerable cantidad de trigo y de otro botín, mataron las mujeres que habían permanecido en ella, y de tal manera la destruyeron que no quedó vestigio alguno de edificios. En la orilla por donde marchaba el ejército había un manantial del que brotaba betún. Después de esto marchó el Emperador á Sitha, en seguida á Megia y últimamente á Zaragardia, donde hay un trono de piedra que los del país llaman trono de Trajano.

Habiendo incendiado y saqueado sin resistencia los soldados esta ciudad, emplearon el resto del día y todo el siguiente en descansar. Extrañando el Emperador que después de recorrer tanto terreno enemigo no se presentase éste saliendo de emboscadas, ni que disputase el paso, envió á Hormisdas, que conocía perfectamente el país, con algunas tropas para reconocer los campos. Hormisdas corrió extraordinario peligro, del que solamente le libró su buena fortuna. El Surena (nombre de una dignidad entre los Persas) había preparado una em-

Biblioteca Nacional de España

boscada y esperaba á Hormisdas en un paraje por donde tenía que pasar sin desconfiar de nada. Pero un canal, que casualmente había llenado el Eufrates, impidió á sus fuerzas pasar. Al día siguiente descubrió la emboscada, atacó al enemigo y mató parte de sus gentes, puso á los demás en fuga y se reunió al ejército. Habiendo avanzado más, llegaron á un canal del Eufrates que se extiende hasta la Asiria y el país que hay á lo largo del Tigris. Habiendo encontrado los soldados á la entrada del canal un barro espeso y viscoso, en el que no podían marchar los caballos, y no pudiendo pasar tampoco por el peso de las armas, encontráronse en enojosa perplejidad. La presencia del enemigo, que se encontraba en la opuesta orilla con venablos, hondas y piedras dispuestos á impedir el paso, aumentaba el peligro. No hallando nadie medio para salir de aquel mal paso, el Emperador, que sobrepujaba á todos en ingenio y experiencia, mandó á los mil quinientos hombres de Luciliano que marchasen á atacar al enemigo por la espalda, con objeto de atraerlos á otro punto y que el ejército pudiese atravesar el canal sin obstáculo. Eligió á Víctor para que llevase la orden, y habiendo partido éste durante la noche con buenas tropas, y habiendo avanzado bastante para que no le descubriese el enemigo durante el día, pasó el canal y buscó á Luciliano, haciendo tocar la trompeta para llamar á los suyos cuando se encontró bastante lejos de los Persas. Por fortuna llegaron en seguida los mil quinientos hombres de Luciliano; reuniéronse y cayeron de improviso sobre el enemigo, matando á muchos y ahuyentando á los demás. Habiéndole dado tan excelente resultado su estratagema al Emperador, embarcó la caballería é infantería en naves que encontró en el canal y lo atravesó sin trabajo ni peligro. Llegando desde allí á la ciudad de Bersabora, admiró su emplazamiento y extensión. Rodeábala doble muralla, y la fortaleza, que se encontraba en el centro, estaba defendida por otro muro construído en forma de segmento de círculo. Un

Biblioteca Nacional de España

camino muy difícil llevaba de la segunda muralla de la ciudad á la fortaleza, existiendo también una salida oblicua por el lado de Occidente y del Mediodía. El lado del Septentrión lo defendía un canal construído expresamente, que suministraba agua á los habitantes; por el de Oriente había un foso y un parapeto. A lo largo de este foso habían construído torres de ladrillo y de yeso desde la mitad de su altura. Decidiendo el Emperador poner sitio á aquella ciudad, mandó á sus tropas comenzar el ataque; y habiendo acometido con sin igual ardimiento, los sitiados pidieron condiciones, rogando unas veces que les enviasen á Hormisdas para convenir con él, y otras abrumándole con injurias y denostándole como pérfido y traidor. Justamente irritado el Emperador por aquella insolencia, mandó activar el sitio; cosa que cada cual hizo con toda su energía, obligando á los habitantes que se veían en corto número para defender la vasta extensión de sus murallas á retirarse á la fortaleza. Entrando inmediatamente en la ciudad los sitiadores, derribaron las murallas y quemaron las casas, alzando en seguida las máquinas sobre las ruinas y empleándolas en lanzar venablos y piedras contra la fortaleza. Habiendo arrojado también los sitiadores increíble cantidad, cayeron muchos muertos de uno y otro lado. Entonces inventó el Emperador otra máquina, bien por la sola fecundidad de su ingenio y la idea que tenía de la disposición de aquellos parajes, bien por su experiencia. Alzó grandes vigas reuniéndolas con abrazaderas de hierro, formando una torre cuadrada igual de alta que las murallas, y en la parte superior colocó soldados con venablos y máquinas para hostilizar la fortaleza. Los Persas se defendieron durante algún tiempo, pero al fin ofrecieron rendirse con tal de que el Emperador se dignase concederles condiciones honrosas. Éste les permitió salir con sus ropas y algún dinero, saliendo en número de cinco mil, además de los que habían huído por el canal. Con ellos salió su gobernador Momosiro. Los soldados encontraron en la fortaleza in-

Biblioteca Nacional de España

creíble cantidad de trigo, armas, máquinas y otros utensilios. Embarcóse la mayor parte del trigo, y el restante se distribuyó á los soldados; también se repartieron las armas, exceptuando aquellas que pertenecían al exclusivo uso de los Persas y que fueron quemadas unas y arrojadas otras al río. No fué pequeña gloria para los Romanos haberse apoderado en dos días de ciudad tan importante, que era la más grande de Asiria, después de Ctesifonte. El Emperador felicitó por su bravura á los soldados y mandó distribuir cien monedas de plata á cada uno. Habiendo salido el Surena con algunas tropas de una ciudad de Asiria, cayó de repente sobre los exploradores del ejército romano, mató á uno de los tres tribunos con parte de los soldados que mandaba, derrotó á los demás y se apoderó de una enseña en forma de dragón, como ordinariamente son las que llevan los Romanos en sus ejércitos.

Indignado el Emperador por aquel pequeño descalabro, cayó sobre las tropas del Surena, las derrotó, recobró la enseña, y marchando directamente contra la ciudad desde donde atacó el Surena á los exploradores, la tomó y la quemó. Degradó al jefe de los exploradores que había dejado arrebatar la enseña, prefiriendo su vida á la gloria del nombre romano, y en lo sucesivo le miró siempre con desprecio, de la misma manera que á todos los que habían participado de la vergüenza de la fuga. Habiendo bajado en seguida por la orilla de un río, llegó á un fuerte cercano á la ciudad de Fiesenia, rodeada por profundo foso al que los Persas hacían pasar el agua de un río llamado Río Real. Pasando adelante, como si se tratase de una plaza en que no había enemigos que temer, marchó por un pantano preparado de intento, porque los Persas habían abierto un canal al que habían hecho pasar el río, de suerte que creían haber imposibilitado el paso del ejército. Pero habiendo atravesado el primero el Emperador, se avergonzaron los suyos de no saguirle y atravesaron detrás de él, aunque tenía agua hasta la rodilla. Habiéndose ocultado el sol, el ejército

Biblioteca Nacional de España

pasó la noche en aquel paraje, y habiendo mandado en seguida el Emperador á algunos soldados carpinteros que le siguiesen, hizo cortar árboles y construir puentes para echarlos sobre los canales, mandó rellenar los huecos, ensanchar los caminos estrechos é hizo pasar con bastante comodidad al ejército hasta la ciudad de Bithra, donde había un palacio y casas que bastaron para alojarle con todos los soldados. Habiendo partido de allí, continuó con igual actividad, haciendo con su trabajo más llevadera la marcha y el paso más soportable. Hízoles llegar á todos hasta un bosque de palmeras en el que había vides abrazadas á los troncos. Habiendo pasado la noche en aquel paraje, partió á la mañana siguiente para avanzar más; pero faltó poco, al querer acercarse á un fuerte, para que recibiese un golpe mortal; porque habiendo salido un Persa con la espada en la mano, estuvo á punto de herir en la cabeza al Emperador, que evitó el golpe cubriéndose con el escudo. Los Romanos cayeron apresuradamente sobre el Persa matándole con todos los suyos. Irritado Juliano por aquel atrevimiento, reconoció el fuerte y vió el lado por donde era más fácil tomarle. Preparábase entretanto el Surena á atacar á los soldados que se encontraban en el bosque de palmeras, confiando en arrebatarles el equipaje y obligar al Emperador á que abandonase el sitio del fuerte, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Consideraba muy importante el Emperador la captura de aquel fuerte, porque se habían refugiado en él los habitantes de Besuchis, ciudad muy populosa, y los de otras plazas inmediatas, exceptuando los que se habían retirado á Ctesifonte y á las fortalezas; por esta razón estrechaba enérgicamente el sitio. Las tropas que había enviado á recorrer los campos se defendieron valerosamente contra los que quisieron atacarles, matando á muchos, ahuyentando á los demás y haciendo de este modo que el sitio fuese más cómodo y seguro para el Emperador. Ni siquiera perdonaron á los que se habían guarecido en los bosques, y habiéndoles perseguido en ellos, mataron á unos y se apo-

Biblioteca Nacional de España

deraron de otros. Los sitiados arrojaban continuamente prodigiosa cantidad de venablos, y cuando les faltaron las piedras, lanzaron terrones empapados en betún y encendidos, los que cayendo desde lo alto de las murallas sobre los Romanos, cuyas filas estaban muy apretadas, les causaron mucho daño.

Aunque peleaban éstos en terreno muy desventajoso, no dejaron de dar señaladas pruebas de su experiencia y valor. Con sus máquinas lanzaron dardos y piedras, y una sola piedra hería á veces muchas personas simultáneamente. La fortaleza estaba situada en una altura rodeada de doble muralla, reforzada con diez y seis torres muy grandes y un foso muy profundo, del que sacaban agua los sitiados. El Emperador mandó cegar el foso y elevar un murallón á igual altura que las torres. Abrió además una mina debajo de las murallas, y como los sitiados hostilizaban continuamente á los que elevaban el murallón, el Emperador se encargó de combatirles por un lado al descubierto, dando orden á Nevitas y á Gadalaifón para que abriesen por otro una mina y avanzasen los trabajos, ordenando á Víctor que tomase los soldados pesadamente armados para reconocer el campo hasta la ciudad de Ctesifonte, para oponerse á los que quisieran molestar á los sitiadores y para allanar el camino de Ctesifonte, que tiene noventa estadios, construyendo puentes por donde pudiese pasar cómodamente el ejército.

Habiendo dado estas órdenes el Emperador, batió una puerta con el ariete y la rompió. Habiendo observado que los que trabajaban en las minas lo hacían con flojedad, les quitó vergonzosamente y les reemplazó con otros. Cuando batía otra puerta dijéronle que los que trabajaban en la mina habían casi concluído. Mandóles que suspendiesen un momento el trabajo é hizo batir la puerta con objeto de atraer á aquella parte los sitiados y que no se enterasen de la mina. Habiendo acudido los Persas para defender la puerta y romper el ariete, los minadores terminaron el trabajo é hicieron un agujero en una casa

Biblioteca Nacional de España

donde amasaba harina una mujer. Superancio, que entró el primero, la mató cuando iba á gritar pidiendo socorro. Magno entró el segundo, el tribuno Joviano el tercero y otros muchos después. Habiendo ensanchado la entrada, penetró todo el ejército y sorprendió á los Persas, que entonaban canciones en honor de su rey y desprecio del Emperador, diciendo que antes se apoderaría del palacio de Júpiter que de su fortaleza. Los Romanos cayeron bruscamente sobre todo lo que se presentó delante de ellos; arrojaron á unos desde lo alto de las murallas y traspasaron á otros, sin perdonar á las mujeres ni á los niños, por lo que hicieron corto número de prisioneros. Llevaron ante el Emperador á Anabdato, que mandaba la guarnición, con otros ochenta maniatados. Reducida de esta manera la fortaleza y pasados á cuchillo la mayor parte de los habitantes, los soldados saquearon las riquezas y los muebles, incendiaron las casas y todo lo destruyeron hasta el punto de no dejar vestigios.

Habiendo marchado en seguida el Emperador á algunos fuertes poco importantes, llegó á un parque llamado la Caza del Rey; formando este parque hermosos árboles y encontrándose lleno de toda clase de animales á los que llevaban comestibles. Habiendo hecho el Emperador romper el muro en varios puntos, salieron muchos animales, matándolos los soldados. Viendo cerca de allí un palacio construído por los Romanos, prohibió por respeto que lo tocasen. Habiendo pasado en seguida el ejército á lo largo de varios fuertes, encontróse cerca de la ciudad de Sabatha, que distaba treinta estadios de Zochasa, llamada actualmente Seleucia, de la que se apoderaron por fuerza los exploradores enviados para reconocer los campos. Al siguiente día recorrió el Emperador los alrededores, y vió los cadáveres de algunos condenados á muerte, diciéndole los naturales del país que eran de los parientes de un hombre acusado de haber entregado al emperador Caro una ciudad persa. En aquel punto fué juzgado Anabdato por haber engañado al ejército romano, á pesar de haber prometido guiarle contra los Persas, y por

Biblioteca Nacional de España

haber tratado á Hormisdas de traidor en presencia de muchas personas; y después de probarle el delito fué condenado á muerte. Habiendo avanzado más el ejército, Arintheo recorrió pantanos, donde encontró muchos fugitivos que aprisionó. En este paraje atacaron los Persas á los exploradores del ejército romano, pero viéndose rechazados, se retiraron á la ciudad inmediata. Otros Persas atacaron en la orilla de un río á los acemileros que guardaban las bestias de carga, matando á muchos y capturando á los demás; siendo esta la primera desgracia que experimentaron los Romanos en esta guerra, bastando para abatir su valor.

Habiendo decampado el ejército, llegó á un canal muy grande, que los del país decían haber abierto el emperador Trajano en la época en que hizo la guerra á los Persas, y por donde desagua en el Tigris el llamado Río Real. El Emperador mandó limpiarle para marchar al Tigris ó para colocar puentes en él cuando fuese necesario. Al mismo tiempo se presentó en la otra orilla del río numeroso ejército de Persas, tanto de caballería como de infantería, para disputar el paso á los que querían intentarlo. La presencia del enemigo aumentó el deseo de pasar que tenía el Emperador, mandando encolerizado á los jefes que subiesen á las naves. Pero en cuanto reconocieron que la otra orilla estaba más alta y además fortificada con un seto construído en otro tiempo para cerrar los jardines del Rey, sirviendo ahora como de muralla, manifestaron su temor á que el enemigo arrojase sobre ellos desde lo alto venablos y materias inflamadas. Habiendo mandado absolutamente el Emperador que pasasen, lo hicieron dos naves cargadas de soldados, siendo incendiadas en el acto por el fuego de los Persas. Asustándose más y más el ejército, el Emperador ocultó su falta con la estratagema de gritar: «¡Son dueños de la orilla. Ese fuego es la señal que yo les he mandado darnos de su victoria!» Engañados los soldados, se embarcaron en seguida, y algunos hasta pasaron á nado; pelearon valerosamente, se apoderaron de la orilla, recobraron

Biblioteca Nacional de España

sus dos naves medio quemadas y salvaron algunos de los que las tripulaban. Habiendo trabado combate en seguida los dos ejércitos, la lucha duró desde media noche hasta el mediodía siguiente; pero al fin emprendieron la fuga los Persas, haciéndolo los soldados después que sus jefes. Pigraxo era el primero por nacimiento y dignidad después del Rey; y los otros eran Anerco y el mismo Surena. Los Romanos y los Godos persiguieron vivamente á los fugitivos, mataron considerable número y recogieron increíble cantidad de oro y de plata, de trajes, equipos, adornos y muebles preciosos. Dos mil quinientos Persas quedaron muertos en el campo, y setenta y cinco Romanos á lo sumo. La herida que recibió Víctor, jefe del ejército romano, enfrió algo la alegría de la victoria.

Al día siguiente hizo el Emperador que el ejército pasase el Tigris, y tres días después lo pasó él con las cohortes de sus guardias. Cuando llegó á un paraje que los Persas llaman Abuzatha, se detuvo cinco días. Meditando acerca del medio de continuar su marcha, creyó conveniente separarse de la orilla del río y penetrar más en el interior para no necesitar naves. Habiendo comunicado esta resolución al ejército, mandó quemar las embarcaciones, exceptuando diez y ocho de forma romana y cuatro Persas que colocaron sobre carretas para emplearlas en caso necesario. Habiendo llegado á Noorda, encontraron algunos Persas, de los que unos fueron muertos y otros aprisionados. Hicieron un puente sobre el río Duro para pasarlo, y vieron que los Persas habían quemado todos los pastos para que los caballos romanos no encontraran alimento, y que se habían dividido en muchos grupos para esperarles, reuniéndose después para acudir á la orilla del río. Habiendo trabado combate los exploradores con un grupo de Persas, un tal Macameo se arrojó en medio de ellos y mató cuatro; pero habiendo caído muchos sobre él, le dieron muerte en el acto. Su hermano Mauro arrancó el cuerpo de entre sus manos, atravesó al que le había descargado el primer golpe y no dejó de herir hasta que llevó el cuerpo de su hermano al

Biblioteca Nacional de España

campamento de los Romanos, donde todavía dió algunas señales de vida. Después de esto, marchó el ejército á la ciudad de Barophthas, donde vió que los bárbaros habían quemado los víveres. Una partida de Persas y Sarracenos se presentó y desapareció en el acto; pero después, habiéndose reunido mayor número, mostraron con su actitud que se proponían atacar á la caballería romana. El Emperador revistió la coraza y salió el primero contra ellos, pero en vez de esperarle, se retiraron á parajes cuyas salidas conocían. Habiendo avanzado en el país, llegó al pueblo de Symbra, situado entre la ciudad de Nisbara y la de Nischanaba, separadas por el Tigris. Antes existía allí un puente, muy útil al comercio del país; pero los Persas lo quemaron por temor de que lo aprovechasen los Romanos para atacar á los habitantes de una ú otra ciudad. Habiendo encontrado los exploradores del ejército romano una partida de Persas emboscada, la ahuyentaron. En aquel punto recogieron los soldados las provisiones que necesitaban y destruyeron las que no podían llevar. Habiendo encontrado los Persas la retaguardia de los Romanos entre Danaba y Synca, destrozaron parte de ella, pero en seguida fueron desordenados y tuvieron que retirarse con pérdidas. En este encuentro murió un sátrapa llamado Dacio, quien en otro tiempo fué enviado en legación al emperador Constancio para ajustar con él un tratado de paz. Habiendo observado los Persas que se acercaban los Romanos á la ciudad de Acetea, prendieron fuego á las cosechas que había en pie; pero los Romanos acudieron á extinguirlo y recogieron los frutos que podían aprovechar. Cuando llegaron á la ciudad de Maronsa, atacaron los Persas la retaguardia, mataron algunos soldados y á Vetranión, centurión de una cohorte, que murió peleando valerosamente. También se apoderaron de algunas naves que habían quedado á la espalda. Habiendo pasado los Romanos por algunos pueblos, llegaron á Tummara, donde se arrepintieron de haber quemado las naves, porque no bastaban los caballos y demás bestias de carga para lle-

Biblioteca Nacional de España

var los bagajes en aquella marcha tan larga por territorio enemigo. Además, los Persas habían retirado todos los víveres, encerrándolos en los fuertes; pero á pesar de que los Romanos carecían de todo, no dejaron de conseguir ventajas sobre los grupos que se presentaron en el campo. Al siguiente día, reunidos en considerable número los Persas, cayeron sobre la retaguardia de los Romanos; y á pesar de que se sorprendieron por aquel inesperado ataque, de tal manera les animó el Emperador que se defendieron valerosamente. Generalizándose el combate, el Emperador recorrió las filas; y penetrando en lo más recio de la pelea, recibió una estocada, siendo llevado sobre un escudo á su tienda, donde espiró á la media noche, después de reducir á su obediencia casi todo el Imperio de los Persas. Antes de que se propagase la noticia de su muerte, los Romanos mataron cerca de cincuenta Sátrapas y número casi increible de soldados. Pero cuando se enteraron de la desgracia, muchos acudieron á la tienda para ver el cadáver, continuando los otros la pelea. Habiendo salido algunos Persas de un fuerte, atacaron las tropas que mandaba Hormisdas; y habiendo arreciado el combate, Antonio, jefe de las tropas del palacio, quedó muerto. Salustio, prefecto del Pretorio, cayó del caballo, y le hubiesen exterminado los enemigos, de no apearse un criado suyo, dándole tiempo para que se retirase con dos de las cohortes que ordinariamente seguían al Emperador, llamadas cohortes de los escuderos. En esta derrota, sesenta soldados que no podían olvidar la grandeza del nombre romano, se expusieron generosamente al peligro, apoderándose del fuerte de donde habían salido los Persas. Allí resistieron el sitio durante tres días y se salvaron afortunadamente.

Los capitanes principales reunieron entonces el ejército, para deliberar acerca de la elección de un jefe, bajo cuya dirección pudieran garantirse de los azares que les rodeaban en país enemigo; siendo elegido Joviano, hijo de Varroniano, tribuno de los servidores. Este es el fiel relato de todo cuanto ocurrió hasta la muerte de Juliano.

Biblioteca Nacional de España

Habiendo tomado Joviano el manto imperial y la diadema, emprendió el regreso; y cuando se encontró cerca del fuerte de Suma, los Persas cayeron con sus caballos y algunos elefantes sobre el ala derecha de su ejército, donde se encontraban los jovianos y herculianos, cohortes creadas en otro tiempo por Diocleciano y Maximiano, de las que una había tomado el nombre de Júpiter y la otra el de Hércules, molestándolas considerablemente, hasta que, no pudiendo resistir el empuje de los elefantes, emprendieron la fuga. Los Persas les persiguieron hasta un paraje algo escarpado donde se encontraban los acemileros, quienes, no queriendo permanecer inútiles, arrojaron venablos desde arriba, hirieron á los elefantes, que espantaron á los caballos corriendo y gritando; de manera que los soldados mataron muchos de aquellos elefantes, aunque bastantes soldados quedaron también muertos sobre el campo. Juliano, Maximiliano y Macrobio perecieron cumpliendo su deber. Los que reconocían los cadáveres, encontraron el de Anatolio, al que tributaron los honores de la sepultura, en la forma que permitían las circunstancias, estrechados como se encontraban por el enemigo. Durante cuatro días continuaron la marcha, molestados continuamente por los Persas, que les hostilizaban cuando les veían caminar y que huían en cuanto se paraban para atacarles. Cuando se encontraron en comarcas más llanas que las que habían recorrido hasta entonces, decidieron atravesar el Tigris; y para conseguirlo, reunieron muchos odres, pasando sobre ellos los soldados primeramente y después los capitanes y demás jefes. No les puso en seguridad aquel paso, porque además de la escasez de víveres con que luchaban, los Persas continuaban acudiendo de todas partes contra ellos. Pero á pesar de que sus negocios se encontraban en tan mal estado, no dejaban de tratar de la paz, habiendo sido enviados para ello el Surena y algunos otros. El Emperado Joviano nombró á Salustio, prefecto del Pretorio, y á Arintheo para que conferenciasen, conviniendo en una tregua de treinta años; que los Romanos

Biblioteca Nacional de España

devolverían la comarca de los Babdicenos, de los Carduenos, Rhemenianos y Zalenianos y quince fuertes con las tierras, los habitantes, los ganados y los muebles. También se acordó que devolverían Nisiba, sin los habitantes, que trasladarían á donde quisieran, y que abandonarían la mayor parte de la Armenia. Ajustado el tratado con estas condiciones, los Romanos tuvieron libertad para regresar á su país, con la obligación de no causar trastorno alguno en las comarcas que atravesasen.

En este punto me veo obligado á volver á lo pasado, para examinar si los Romanos renunciaron alguna vez de esta manera á sus conquistas y si en alguna ocasión entregaron á los extranjeros países que habían sometido á su autoridad. Habiendo Lúculo vencido y arrojado á Tigrano, y Mitrídates subyugado la Armenia Nisiba y los fuertes inmediatos, Pompeyo aseguró su posesión á los Romanos, por medio de honrosas hazañas y gloriosa paz. Sublevándose después los Persas, el Senado eligió á Crasso para que marchase á castigar su insolencia; pero habiendo caído en manos del enemigo y muriendo en su poder, dejó vergonzosa mancha al nombre romano. Encargado Antonio de continuar la guerra, se dejó embriagar por el amor de Cleopatra y la dirigió con mucha flojedad. Sin embargo, sus desgracias nada hicieron perder á los Romanos de lo que habían conquistado en aquel país. Después de trocarse la república en monarquía, Augusto señaló el Tigris y el Eufrates como límites del Imperio. Habiendo guerreado mucho después Gordiano con los Persas, fué muerto en país enemigo; y aunque su sucesor Filipo ajustó paz desventajosa, no abandonó nada sin embargo de lo que había pertenecido á los Romanos. Habiendo recorrido los Persas muy poco después el Oriente con la rapidez del fuego, habiéndose apoderado de la famosa ciudad de Antioquía, y habiéndose extendido hasta Cilicia, Valeriano tuvo la desgracia de caer vivo en sus manos cuando pretendía detener sus progresos; pero su desgracia no les infundió atrevimiento

Biblioteca Nacional de España

para retener las provincias que habían desolado. Solamente el fallecimiento de Juliano fué capaz de producir tan peligroso efecto. Los emperadores sucesivos, lejos de recuperar lo que habían perdido entonces, han dejado perder poco á poco muchas naciones, de las que unas han recobrado su libertad, otras han recibido voluntariamente el yugo de los bárbaros y algunas han encontrado su seguridad en la soledad espantosa á que ha quedado reducido su país, como tendremos ocasión de ver continuando esta historia.

Habiendo ajustado Joviano este tratado de paz con los Persas, regresó al frente del ejército, perdiendo parte de sus gentes en parajes secos y estériles. Envió al tribuno Mauricio á Nisiba para adquirir víveres; y otros á Italia á llevar la noticia de la muerte de Juliano y de la manera con que le habían elegido. Cuando después de grandes trabajos llegó cerca de Nisiba, no quiso entrar en la ciudad, porque la había cedido á los Persas; sino que acampó en los alrededores, donde los habitantes le ofrecieron una corona, y le suplicaron no les abandonase ni les obligase á seguir las costumbres de los bárbaros, después de haber vivido tanto tiempo bajo la dirección de los Romanos. Hiciéronle observar que sería vergonzoso para él abandonar la ciudad que Constancio había socorrido y conservado en otro tiempo, á pesar de que antes había perdido tres batallas. Habiendo contestado el Emperador que el tratado no le permitía conservarla, el primer decurión, Sabino, le dijo que no tendría que hacer gasto alguno para atender á la guerra, ni que implorar socorro de extranjeros; que ellos mismos la emprenderían, y, cuando hubiesen alcanzado la victoria, quedarían sometidos á su obediencia como antes. Habiendo replicado el Emperador que no podía hacer nada contrario á sus promesas, continuaron suplicándole que no privase al Imperio de baluarte tan poderoso. Retirándose encolerizado el Emperador y habiendo querido los Persas apoderarse del país, de los fuertes y hasta de Nisiba, la mayor parte de los habitantes de la comarca y de los fuertes que hay

Biblioteca Nacional de España

en ella cedieron á la necesidad. Sin embargo, habiendo conseguido los de Nisiba un plazo, casi todos se retiraron á Amida. Llantos y gemidos se escuchaban solamente en aquel país que, con la pérdida de Nisiba, veíase expuesto á las incursiones de los bárbaros: y fué tan profundo el dolor de los Carrenianos al enterarse de la muerte de Juliano, que apedrearon al que llevó la noticia, sepultándole bajo un montón de piedras. Es casi inconcebible que la muerte de un príncipe pudiese producir tan profundo cambio en un Estado.

Joviano caminaba con mucho apresuramiento, porque solamente veía motivos de tristeza en todas las ciudades por donde pasaba, sin encontrar nada agradable. Con las cohortes de sus guardias llegó á Antioquía. El ejército acompañaba al cadáver de Juliano, que fué enterrado en Tarso, ciudad de Cilicia. Sobre su tumba grabaron este epitafio: «Al regresar del Tigris, encontró la muerte el famoso Juliano, digno de suerte mejor. En él brillaron la prudencia de los príncipes y el valor de los soldados, siendo terror de las provincias.»

Joviano se dedicó á los asuntos públicos y envió á su suegro Luciliano, á Procopio y Valentiniano, que llegó después al Imperio, para que llevasen la noticia de la muerte de Juliano y de su proclamación al ejército que se encontraba en Pannonia. Pero los bárbaros que guarnecían á Sirmio mataron á Luciliano, en castigo de haberles llevado tan triste noticia, sin consideración á su carácter de enviado del Emperador. Por respeto al parentesco que le había unido á Juliano, dejaron marchar á Procopio, y Valentiniano se escapó.

Cuando Joviano salía de Antioquía y marchaba hacia Constantinopla, sorprendióle una enfermedad, de la que murió en Dadastana en Bitinia, después de haber reinado ocho meses, sin haber podido hacer nada notable en beneficio del Imperio.

Habiendo deliberado el ejército acerca de la elección de emperador, hubo varias propuestas por parte de los soldados y de los que tenían mando. La mayoría iba á

Biblioteca Nacional de España

elegir á Salustio, prefecto del Pretorio; pero habiéndose excusado por razón de su edad, que le imposibilitaba de acudir á las imperiosas necesidades del Estado, quisieron proclamar á su hijo, pero también se les impidió á causa de su excesiva juventud y con esta negativa les privó del mejor que podían elegir. Dieron, pues, los votos á Valentiniano, natural de Cibalis, ciudad de Pannonia, varón muy experimentado en la guerra y muy ignorante en letras. Como se encontraba ausente, le llamaron, llegando poco después, y reuniendo el ejército en Nicea y Bitinia, tomó posesión del Imperio y marchó hacia Constantinopla.

Hasta aquí la historia de estos Emperadores según Zósimo; Zonaro la refiere de la siguiente manera:

DIOCLECIANO.

Diocleciano era natural de Dalmacia y de tan bajo origen, que algunos aseguran fué liberto de un senador llamado Anulino. De simple soldado llegó á ser general de las tropas de la Mesia. Pretenden otros que era conde de los criados y algunos creen que estos criados eran los que formaban la guardia de á caballo. Al arengar al ejército aseguró que no había tenido parte en el asesinato de Numeriano, y volviéndose en seguida hacia Aper, prefecto del Pretorio, dijo: «Este es quien le ha descargado el golpe mortal»; y, al decir estas palabras, le atravesó con la espada. En cuanto llegó á Roma, se encargó de la administración del Imperio; pero habiendo considerado su peso y no encontrándose capaz de soportarlo solo, lo compartió con Maximiano Herculeo, en el año cuarto, y según algunos autores, en el segundo de su reinado. Juntos y de común acuerdo, ejercieron persecución más violenta y cruel contra los cristianos que todas las que habían tenido lugar anteriormente. Nada menos pretendían que

Biblioteca Nacional de España

borrar del mundo el nombre del Salvador, y exterminaron en todas las ciudades y pueblos tan prodigioso número de los que tuvieron valor para confesarlo, que no es posible contarlos, dedicándose los dos á estas sangrientas ejecuciones con ardimiento incomparablemente mayor que á todos los demás asuntos. Habiéndose sublevado los habitantes de Busiris y de Copta, ciudades de Egipto inmediatas á Tebas, las sitió Diocleciano, y después de tomarlas, las destruyó por completo. La de Alejandría con el Egipto tomó en el acto las armas contra los Romanos, por excitación de Aquiles; pero careciendo los rebeldes de fuerzas bastantes para resistir al poder de Diocleciano, fueron castigados con su jefe.

Los dos Emperadores declararon Césares á sus yernos; esto es, Diocleciano honró con esta dignidad á Maximiano Galerio, á quien había dado en matrimonio su hija Valeria; y Maximiano Herculeo confirió la misma dignidad á Constancio, quien por la palidez de su semblante, había sido denominado Cloro, y que, como ya hemos dicho, era nieto del emperador Claudio. También le concedió en matrimonio su hija Teodora. Estos dos Césares estaban casados desde mucho antes, pero repudiaron á sus esposas para enlazarse con las familias de los Emperadores.

Maximiano marchó á las Galias, donde reprimió la empresa de un rebelde llamado Amando; y casi al mismo tiempo el prefecto Asclepiodoto derrotó á Crasso, que hacía tres años se había apoderado de la Gran Bretaña. Herculeo domó á los quinquegencianos que saqueaban el Africa. Constancio César combatió á los Germanos en las Galias, siendo en el mismo día vencido y vencedor. Al principio cayeron los Germanos con tal violencia sobre su ejército, que le obligaron á volver la espalda. Constancio fué el último que se retiró y los enemigos hicieron grandes esfuerzos por apoderarse de él. Sin duda corrió gravísimo peligro, y de ningún modo hubiese podido escapar de las manos de sus perseguidores, si al llegar á la ciudad donde quería retirarse, y cuyas puertas

Biblioteca Nacional de España

estaban cerradas, no le hubiesen subido con cuerdas desde lo alto de la muralla. Inmediatamente reunió sus tropas, las reanimó con una arenga, las llevó contra los Germanos y mató cerca de sesenta mil en el campo, consiguiendo señalada victoria.

Reinaba entonces Narsés sobre los Persas, siendo el séptimo, después de Artajerges, que había restablecido el imperio de su nación. A Artajerges ó Artajeres (porque le dan indistintamente estos dos nombres) le sucedió Sapor. Hormisdas sucedió á Sapor, Vararano á Hormisdas y Vararacio á Vararano. Como Narsés hacía estragos en la Siria, Diocleciano marchó á Etiopía por Egipto, enviando contra él á su yerno Maximiano Galerio con buenas tropas. Vencido este príncipe en una batalla, Diocleciano volvió á enviarle con ejército más poderoso que el primero, y esta vez consiguió tan completa victoria, que borró la vergüenza de su anterior derrota. En aquel combate quedó deshecha la mayor parte del ejército de los Persas, quedando herido Narsés, á quien persiguieron hasta el interior del país. Sus esposas, sus hermanas, sus hijos y los principales del Estado fueron apresados con el dinero y bagajes. Cuando se curó Narsés ajustó un tratado de paz con Diocleciano y Galerio; retiró sus esposas é hijos y les abandonó las ciudades y comarcas que quisieron. Diocleciano y Maximiano terminaron felizmente otras muchas guerras, unas por sí mismos y otras por sus yernos los Césares ó por otros jefes, aumentando considerablemente la extensión del Imperio. La gloria de estos triunfos inspiró tal vanidad á Diocleciano, que no contentándose con que le saludasen los senadores conforme á la antigua costumbre, quiso que le adorasen. Enriqueció con oro y pedrería sus trajes y calzado, haciendo los ornamentos imperiales mucho más preciosos que lo habían sido antes; porque es cosa cierta que los emperadores anteriores no recibían otros homenajes que los que se tributaban á los cónsules, ni tenían otro distintivo de su dignidad que el manto de púrpura. A

Biblioteca Nacional de España

pesar de que desde muchos años antes se habían propagado por todo el Imperio las persecuciones, y que increíble número de cristianos, hombres y mujeres, perecían por confesar á su Maestro, existía, sin embargo, innumerable multitud que profesaba esta religión. Por tal motivo, el año diez y nueve del reinado de Diocleciano hicieron publicar los dos Emperadores un edicto por el que ordenaban demoler las iglesias de los cristianos, quemar sus libros y entregar á la muerte sus doctores y sacerdotes, excluir de las dignidades y del ejército á los que pertenecían á esta secta, y reducir á la esclavitud á los particulares.

Al año siguiente, los dos príncipes, de común acuerdo, se despojaron del poder soberano, asegurando públicamente que no se encontraban con fuerzas para soportar su peso, y diciendo en particular á sus amigos que se retiraban por despecho solamente de no haber podido abolir el nombre cristiano. En el mismo día renunciaron el imperio, Diocleciano en Nicomedia, y Maximiano en Milán. Hecho esto, el primero quedó en Salona, ciudad de Dalmacia, donde nació, y el segundo habitó en la Lucania. Sin embargo, antes de esta solemne renuncia gozaron del honor del triunfo por el feliz resultado de su guerra contra los Persas. Las esposas, hermanas é hijos de Narsés, los jefes y generales vencidos, y el rico botín cogido al enemigo, sirvieron de ornato á aquella ceremonia. Tal vez no sea inútil explicar en este punto de dónde procede el nombre de triunfo. Creen algunos que procede de Trión, que significa hojas de higuera, porque antes de inventarse el arte de hacer máscaras, los actores se cubrían el rostro con hojas para recitar sus bufonadas en versos yámbicos. En las ceremonias de los triunfos los soldados se cubrían con esta clase de hojas cuando querían burlarse de los vencedores. Creen otros que el nombre de triunfo viene de los tres órdenes que concurrían á estos actos solemnes y que marchaban separados, á saber: el Senado, el pueblo y el ejército. Cuando terminó la ceremonia entregaron la autoridad

Biblioteca Nacional de España

soberana á los Césares y les repartieron las provincias, dando á Maximiano Galerio el Oriente y la Iliria, y á Constancio Cloro el Occidente y el África. Al mismo tiempo que hacían este reparto del Imperio, los soldados de los guardias proclamaban en Roma á Maxencio, hijo de Maximiano Herculeo. De estos tres príncipes, Constancio, que mandaba en la Gran Bretaña, los Alpes Cottiennos y las Galias, desplegaba mucha dulzura con todos sus súbditos, y principalmente con los cristianos, mostrándose completamente apasionado del bien.

Maximiano, por el contrario, persiguió cruelmente á los cristianos en Oriente, gobernando los pueblos con extremada dureza. Como se encontraba en el colmo del desbordamiento, no se contentaba con violar las personas de mediana condición, sino que arrebataba las mujeres más distinguidas de brazos de sus maridos y se las devolvía después de satisfacer sus brutales deseos. Era muy amante del arte de adivinar, y no emprendía nada sin consultar á los adivinos, tributándoles grandes honores. Declaró irreconciliable guerra á la piedad, persiguiendo implacablemente á personas irreprensibles y confiscando sus bienes, aunque no podía acusarlas de otro delito que del de conocer á Dios y honrarle.

No mandaba Maxencio en Roma con mayor clemencia y justicia, imitando la crueldad de Maximiano contra los cristianos y su perfidia con el resto de los pueblos. Sin formalidades jurídicas, hacía morir á las personas más principales; arrebataba doncellas y casadas distinguidas; se apoderaba de los bienes de los ricos y abrumaba al pueblo con impuestos nuevos é insoportables. Habiendo sentido un día furiosa pasión por una señora romana, tan ilustre por su virtud como por su nacimiento, envió á los servidores ordinarios de sus placeres para que se apoderasen de ella, y cúando la señora vió que no podía evitar que la llevasen al Emperador, y que su esposo, que estaba presente, no se atrevia á oponerse á aquella violencia, pidió un poco de tiempo para adornarse. Aquella señora había recibido el bautismo y

Biblioteca Nacional de España

profesaba la religión cristiana. En cuanto se encontró sola en su cámara se clavó un puñal en el corazón, prefiriendo la castidad á la vida y librándose con aquella animosa acción de las infames persecuciones de Maxencio.

Bajo el reinado de estos príncipes murieron Diocleciano y Maximiano en condición privada, aunque los escritores no convienen en el género y circunstancias de su muerte. Eusebio dice en el libro VIII de su *Historia de la Iglesia*, que Diocleciano, después de haber perdido la razón y de consumirse en larga enfermedad, concluyó miserablemente su criminal vida, y que Maximiano Herculeo se ahorcó desesperado. Dicen otros autores que estos dos príncipes, arrepentidos de haber renunciado el poder soberano, y habiendo intentado recobrarlo, fueron condenados á muerte por decreto del Senado. Otros dicen que Maximiano Herculeo, habiendo concebido el deseo de ocupar de nuevo el trono, lo comunicó á Diocleciano; pero que rechazándole éste, Maximiano entró en el campamento, y trató de persuadir á los soldados de que su hijo era incapaz para el mando. Los soldados calcularon al oirle que quería apoderarse del poder absoluto y mostraron indignación, por lo cual tuvo que declarar que no había tenido otra intención que la de sondear las disposiciones del ejército y experimentar su cariño á su hijo, calmando á los soldados con estas aclaraciones. Añaden que en seguida marchó á las Galias para ver al gran Constantino, al que había dado su hija Fausta en matrimonio; que trató de usurparle su Estado, y que descubierto y destruído su propósito, se dió la muerte. En último caso estos dos príncipes terminaron su vida de una de las dos maneras que acabo de referir.

Constancio, después de haber gobernado el Imperio con mucha dulzura por espacio de once años, murió en la Gran Bretaña, llorándole sus súbditos. Antes de morir, nombró por sucesor al gran Constantino, el mayor de sus hijos, nacido de su primera esposa; porque había

Biblioteca Nacional de España

tenido otros de Teodora, hija de Herculeo, esto es, Constantino, Anabaliano y Constancio. Constancio prefirió Constantino á sus otros hermanos, porque les consideraba incapaces para gobernar, ó mejor dicho, eligióle la divina Providencia para acelerar bajo su reinado la propagación de la verdad y libertar á los pueblos de la tiranía. Dícese que cuando se afligía durante su última enfermedad por la incapacidad de sus tres hijos más jóvenes, se le apareció un ángel y le mandó elegir á Constantino por sucesor. Habíale colocado en su juventud al lado de Galerio, con objeto de que le sirviese como de prenda de su fidelidad y de que aprendiese con él el arte de la guerra. Galerio sintió envidia de su destreza y valor y le tendió lazos en un combate contra los Sármatas, mandándole que atacase á su jefe que se distinguía de todos por la hermosura y brillo de sus armas. Constantino se apoderó de él y le llevó á Galerio. Este príncipe le mandó otra vez que combatiese un león espantoso; expúsose al peligro, y no escapó sino por visible protección del cielo. Pero habiendo conocido por la extremada envidia que animaba á Galerio contra él su deseo de perderle, se retiró con sus amigos y marchó á reunirse con su padre Constancio. De esta manera evitó las asechanzas de sus enemigos y llegó al Imperio.

MAXIMINO.

Maximino se asoció en el mando á Licinio, oriundo de la Dacia y cuñado del gran Constantino, dejándole en la Iliria para que defendiese la Tracia contra las irrupciones de los extranjeros; marchando él á Roma con el propósito de combatir allí á Maxencio. Habiendo sospechado después de la fidelidad de sus tropas y temiendo que se pasasen al anemigo, consideró conveniente retirarse. Más adelante se arrepintió de haber

Biblioteca Nacional de España

asociado á Licinio al Imperio, le tendió lazos y al fin le atacó francamente. Pero habiendo quedado vencido y obligado á emprender la fuga, la desesperación le hizo poner fin á su vida. Otros refieren de distinta manera su muerte, diciendo que por efecto visible de la indignación del cielo, fué castigado por el furor que mostró contra la piedad cristiana. Una úlcera formada en los órganos que el pudor impide nombrar, destruyó los medios de sus placeres; siendo tan horrible la corrupción, que se veían salir muchos gusanos. Los médicos que no se atrevieron á intentar su curación fueron degollados en el acto en castigo de su temor; y los que la emprendieron sin poder conseguirla, fueron entregados á suplicios nuevos y extraordinarios, como criminales que habían unido la perfidia á la ignorancia. Pero al fin, aquel impío, habiendo conocido demasiado tarde que el mal que padecía era castigo por las violencias que había cometido contra la inocencia de los cristianos, revocó los edictos que había publicado anteriormente contra ellos, les permitió el ejercicio de su religión y les mandó hacer plegarias por su salud. Este hecho lo refieren de dos modos diferentes. El primero es, que después de curarse contra toda esperanza, en vez de cambiar de costumbres continuó y extremó la persecución, hasta que apuró toda la hiel de la copa que Dios tiene á su alcance en su indignación. Sostienen otros que, lejos de curarse de aquel mal, murió, siendo tan horribles los accidentes, que arrojó gusanos por la boca. Aunque no puedo decir con certeza de qué manera terminó su vida, debo asegurar, sin embargo, que fué de una de las que acabo de referir.

Habiendo muerto Marcelino después de haber gobernado durante dos años la Iglesia de Roma, le sucedió Eusebio, no sobreviviéndole más que un año y teniendo por sucesor á Milcíades. Desempeñó éste las funciones pastorales por espacio de cuatro años, pasados los cuales fué elegido Silvestre para ocupar su puesto. Tyrano ejerció durante trece años el cargo episcopal en Antioquía; sucedióle Vital, y seis años después ocupó el puesto de

Biblioteca Nacional de España

Vital, Filogeno, quien tuvo por sucesor á Paulino, cinco años después.

Jabdas desempeñó por espacio de diez años el sagrado ministerio en la silla de la Iglesia de Jerusalén, sucediéndole Hernóm.

Después del martirio de Pedro, que había honrado la cátedra de Alejandría por espacio de once años que ocupó aquella sede, fué elevado á ella Alejandro, para que desempeñase los mismos deberes de la caridad del sacerdocio.

Después que Silvestre hubo guiado durante veintiocho años los fieles de la ciudad de Roma, le sucedió Julio, apacentándoles por espacio de quince años. Liborio los dirigió seis años después de él, y Dámaso veinte años después de Liborio. Siricio le sucedió en este ministerio, que desempeñó durante diez y seis años. Después de su muerte fué elegido Inocencio, que enseñó durante quince años al pueblo del Señor. Después de éste ocupó Zósimo la cátedra de la Iglesia romana, en la que permaneció durante doce años, pasados los cuales la ocupó Celestino durante diez años. Sucedióle Sixto, sobreviviéndole ocho años. León, que fué elegido para ocupar su puesto, defendió durante veinticuatro años la buena doctrina. Hilario sucedió á León, y seis años después tuvo lugar la elección de Simplicio. Habiendo desempeñado éste por espacio de diez y nueve años las funciones de su ministerio, lo dejó á Félix, que las desempeñó durante nueve años, pasados los cuales fué elegido Gelasio, que las desempeñó cinco años. Después fué elegido Anastasio, y cuatro años después le sucedió Símaco, que dirigió á los fieles por espacio de doce años, siendo confiado en seguida su cargo á Hormisdas, que, habiendo muerto en el décimo año de su pontificado, lo dejó á Juan, que lo desempeñó tres años. Muerto Juan, fué elegido Félix, permaneciendo cuatro años en el pontificado. Bonifacio, que le sucedió, solamente gozó durante dos años de este honor.

Agapito gobernó después de él por igual espacio de

Biblioteca Nacional de España

tiempo el rebaño que Jesucristo, el principal pastor, tiene en Roma. Silvestre, que le sucedió, solamente poseyó durante dos años, la dignidad episcopal. Su sucesor Virgilio lo poseyó por espacio de diez y ocho, al final de los cuales pasó á manos de Pelagio, que lo gozó durante cinco años. En seguida ocupó Juan la silla de Roma durante ocho años y durante quince Gregorio. Después de este tiempo no se encuentra ya la serie de obispos de esta ciudad.

Habiendo ocupado Paulino durante cinco años la silla de la Iglesia de Antioquía, le sucedió Eustato durante diez y ocho, y Eufronio á Eustato durante otros tantos. En seguida tuvo Flácito durante doce años el gobierno de esta Iglesia, en el que se introdujo Esteban, partidario de Ario, durante tres años. En seguida ocupó León la sede de aquella Iglesia, gobernándola durante ocho años. Eudoxio solamente la gobernó durante un año después de él, dejándola á Arriano, que la gobernó durante cuatro. Melecio la gobernó durante veinticinco años después de Arriano, y Flaviano veintiséis años después de Melecio. Theodoto, que le sucedió, solamente le sobrevivió cuatro años. Su sucesor Juan le sobrevivió diez y ocho. Después de Juan fué elegido Donino, ejerciendo durante ocho años las funciones episcopales. Máximo las ejerció cuatro años después de él. Cuando murió éste, fué elegido en su lugar Martyrio, ocupando la sede durante nueve años. En seguida la ocupó Juliano durante seis años. Después de su muerte, la ocupó Pedro durante tres años, y durante otros tres Esteban, después de la muerte de Pedro. Calandión sucedió á Esteban, y cuatro años después otro Pedro fué elevado á la cátedra de Calandión, permaneciendo en ella durante tres años. Su sucesor Paladio gozó diez y ocho años de aquella dignidad, y Flaviano, sucesor de Paladio, trece años. Después de su muerte ocupó su puesto Severo, y siete años después lo dejó á Eufrasio, que, no habiéndolo ocupado más que cinco años, lo dejó á Efrén, que desempeñó las funciones episcopales durante diez y ocho años.

Biblioteca Nacional de España

CONSTANTINO.

Constantino, aquel príncipe tan célebre entre los emperadores y tan religioso entre los cristianos, sucedió en el mando á su padre de la manera que acabo de referir. Constancio lo tuvo de Elena, acerca de la cual no están de acuerdo los historiadores; sosteniendo unos que fué esposa legítima de Constancio y que no la repudió hasta la época en que se casó con Teodora, hija de Maximiano Herculeo y fué declarado César. Pretenden otros que no era esposa y que solamente la había tomado por su belleza. Cuando entró en posesión de los estados de su padre, que comprendian la Gran Bretaña, los Alpes y las Galias, todavía era contrario á los cristianos y adicto á la superstición, reteniéndole en ella su esposa Fausta, muy entusiasta por el culto pagano. Fausta era hija de Maximiano Herculeo, habiendo casado con las dos hermanas Constancio y Constantino.

Compartían entonces el Imperio tres príncipes, esto es, Constantino, Licinio y Maxencio. Este último abusaba de su autoridad para oprimir á sus súbditos, como ya he indicado. Cuando su dominio se hizo totalmente insoportable á los pueblos, suplicaron á Constantino que los libertase de la tiranía, por lo que movió su ejército marchando con él sobre Roma. Maxencio permaneció mucho tiempo encerrado en la ciudad, sin atreverse á salir para pelear, dando ocasión á que se le tachase de cobarde y se le hiciese objeto de burlas. Pero al fin sacó su ejército al campo, después de haber abierto niños para obtener presagios por el examen de sus entrañas, y después de practicar otras ceremonias impías, que espantaron algo á Constantino; pero su espanto quedó disipado inmediatamente ante el brillo de una cruz que se le apareció en el cielo con esta inscripción: «Con esta

Biblioteca Nacional de España

señal vencerás.» En el acto mandó construir una cruz de oro de igual forma que la que se le había aparecido en el cielo, dispuso la llevasen en su ejército á manera de estandarte, dió la batalla á Maxencio, destrozó gran parte de su ejército y puso al resto en fuga. Cuando Maxencio huía con los demás y pasaba á caballo el puente, cayó al Tíber y se ahogó.

Libres los Romanos por aquella victoria del yugo de la tiranía, abrieron la puerta á su libertador, le recibieron con regocijadas aclamaciones y le erigieron una estatua en el foro. Quiso Constantino que la estatua tuviese una cruz en la mano, y prohibió por edicto que se persiguiese á los Cristianos. Habiendo reunido de esta manera Roma é Italia á sus estados, solamente tuvo á su cuñado Licinio por compañero en el mando supremo. Este se deshizo del hijo y de la hija de Maximino, de manera que solamente quedaban él y Constantino en el trono, y parecía que si uno de los dos faltaba, el otro gozaría sólo de todo el Imperio. He aquí cómo, según algunos, se apoderó Licinio de los estados de Galerio.

Otros refieren el hecho de diferente manera, asegurando que cuando casó Licinio con la hermana de Constantino, le proclamó César el ejército, que hasta en esto se proponía servir á Constantino. Añádese que habiendo sido enviado Licinio contra Maximino, le derrotó, reccompensándole su cuñado con los Estados del vencido á condición de no perseguir á los cristianos. Mas en vez de observar esta condición, peleó contra la santa religión con furor más ciego que todos sus antecesores, ejerciendo contra ella ináuditas crueldades. Las desavenencias que Lucinio y Constantino tuvieron con este motivo, fueron ocasión para llevarles á la guerra, que, después de muchas batallas, terminó por la victoria de Constantino. Por consideración á su hermana, ajustó con él un tratado, por el que le dejó gozar de la autoridad soberana. Pero habiendo violado otra vez Licinio el acuerdo con su acostumbrada perfidia, Constantino le derrotó de nuevo, se apoderó de Bizancio y de

Biblioteca Nacional de España

Crisópolis, y obligó al vencido á retirarse á Nicomedia. Entonces la hermana de Constantino le suplicó de nuevo que dejase el poder soberano á su esposo, y no pudiendo conseguirlo le pidió que al menos le dejase la vida. Constantino le mandó, en virtud de esto, que permaneciese en Tesalónica y viviese como particular. Los soldados miraron mal que se perdonase de aquella manera á un pérfido que tantas veces había violado sus promesas; y atendiendo á sus quejas, el Emperador remitió por cartas el asunto al juicio del Senado. Dicen algunos que aquella asamblea le abandonó á los soldados, que le mataron en Tesalónica ó cerca de Serras. Otros aseguran que, en vez de permanecer tranquilo en Tesalónica, trató de volver al trono, en castigo de lo cual mandó Constantino darle la muerte. Se ha dicho que en el combate que Constantino sostuvo con este Licinio y con Maxencio vió al frente de sus tropas un jinete armado, que llevaba una cruz á manera de estandarte, y que vió en Andrinópolis dos jóvenes que derrotaban á sus enemigos. También vió una noche, cuando todos se dedicaban al descanso, un gran fuego que iluminaba su campamento cerca de Bizancio, haciéndole creer estas cosas que sus victorias procedían del cielo. Cuando quedó dueño absoluto del Imperio, tomó el nombre de Flavio, y permaneció en Roma y comenzó á hacerse instruir en los misterios de la religión cristiana, á pesar de que no había renunciado todavía á las supersticiones del paganismo. Andando los tiempos, contrajo una enfermedad que consistía en la corrupción de la masa de los humores, que, según el juicio de los médicos, tenía mucha relación con la lepra. Habiendo sido consultados acerca de este asunto los sacerdotes de Júpiter Capitolino, respondieron que el único remedio que podía aliviarle era un baño de sangre humeante de niños. Reunieron, pues, gran número de niños en todos los países del Imperio, y se señaló el día en que habían de degollarles; pero cuando marchaba al Capitolio con objeto de bañarse en la sangre de aquellos niños, oyó los lamentos de las madres

Biblioteca Nacional de España

que lloraban su desgracia; y pareciéndole que despertaba de profundo sueño, pronunció las siguientes palabras: «La impiedad del remedio es manifiesta, é incierto el resultado de la curación. Pero aunque fuese cierto, antes debería soportar las molestias de mi enfermedad, que libertarme de ellas con la muerte de tantos inocentes y el dolor de tantas madres.» En seguida mandó les devolviesen sus hijos; y para colmar su alegría unió la liberalidad á la justicia, disponiendo las diesen dinero. Algún tiempo después creyó ver de noche á dos hombres, que le dijeron ser Pedro y Pablo, apóstoles de Cristo, y que si quería conseguir completa salud de cuerpo y de espíritu, era necesario que llamase al obispo Silvestre, que le curaría de su enfermedad y le daría vida nueva y espiritual. Cuando despertó, llamó á Silvestre, y habiéndole recibido con respeto: «Ruégote, le dijo, me manifiestes si adoras á dos dioses llamados el uno Pedro y el otro Paulo.—No reconocemos más que un Dios, respondió el obispo, del que son ministros Pedro y Pablo.» El Emperador le refirió en seguida su sueño, oyó de su boca las primeras verdades que sirven de fundamento á nuestra religión, recibió el bautismo por su ministerio, y recobró en aquel baño sagrado y misterioso perfecta salud de alma y cuerpo. En seguida publicó edictos en favor de los cristianos, les permitió abrir sus iglesias y construir otras nuevas, autorizó el ejercicio de su religión y condenó la superstición pagana, mandando demoler los templos profanos. A nadie obligó, pero manifestó que aprobaba á aquellos que espontáneamente hacían profesión de piedad. De esta manera recibió el Evangelio y libertó del temor de las persecuciones á los que le habían recibido y le seguían como regla de su vida.

Pero los Judíos acudieron á la madre de Constantino y le dijeron que había sido engañado, y que después de realizar una acción muy piadosa, en seguida había llevado á cabo otra enteramente contraria. Explicáronle el concepto, diciendo que era acción piadosa la abolición del culto de los ídolos, pero que era una impiedad

Biblioteca Nacional de España

creer en Jesucristo. Añadieron que no había más que un Dios, el que ellos adoraban, y que Jesucristo no era otra cosa que un impostor. Habiendo Elena enterado de estas cosas á Constantino, dispuso que los Judíos discutiesen con Silvestre y otros cristianos, en presencia suya y de algunos senadores que elegiría. En la conferencia habló con tanta energía Silvestre, que no podía dudarse resultaría vencedor, y por esta razón los Judíos, que temían el resultado, declararon que no podían resistir la sutileza y elocuencia de Silvestre; pero que estaban dispuestos á confirmar la verdad de su doctrina con la evidencia de los milagros. En el acto mismo, un impostor de los suyos pidió que le llevasen un buey, para demostrar en él el poder de Dios.

Cuando se lo llevaron, acercóse y le dijo algunas palabras al oído, é inmediatamente agitaron al animal estremecimientos convulsivos y cayó muerto. Los Judíos se vanagloriaron del prodigio y dijeron que el buey no había podido oir el nombre de Dios sin morir. Entonces dijo Silvestre: «El que de esa manera habla á la oreja de un animal, ¿no oye sus propias palabras y no muere en el acto? —Ahora no se trata de palabras, replicó Zambrez; trátase de pruebas y de milagros.—Puesto que se trata de milagros, dijo Silvestre, si por la virtud del nombre de Jesucristo devuelvo la vida que has quitado á ese buey, ¿confesarás que he realizado un milagro superior al tuyo?» Mostrando su asentimiento los Judíos y habiendo jurado por la vida del Emperador que cuando viesen vivo al buey, creerían en Jesucristo, Silvestre se acercó al cuerpo del animal y elevando los ojos al cielo, dijo en alta voz: «Si Jesucristo, á quien predico, es verdadero Dios, levántate, buey, y marcha.» En el mismo momento se levantó el animal, y todos los que presenciaban el caso exclamaron unánimemente que el Dios de Silvestre era un gran Dios. Los Judíos se arrojaron á los pies del santo Obispo, y le suplicaron les concediese el bautismo.

La madre del Emperador, que todavía no estaba ins-

Biblioteca Nacional de España

truída en las verdades de la religión cristiana, deseó conocerlas y recibir los sagrados misterios. En cuanto conoció al verdadero Dios, experimentó santa curiosidad por visitar los lugares que en otro tiempo honró su presencia y ver las hermosas huellas de sus pies, que habían traído la paz al mundo. Partió, pues, con el venerable Silvestre, visitó Jerusalén, adoró la tumba del Salvador, encontró la cruz en que fué clavado su cuerpo, construyó magníficas iglesias, y volvió al lado de su hijo Constantino. Este Emperador tuvo tres hijos de Fausta, hija de Maximiano; éstos fueron Constantino, Constancio y Constante; y una hija llamada Elena, que más adelante casó con Juliano. Antes había tenido de una concubina otro hijo, llamado Crispo, que dió pruebas de su valor en la guerra contra Licinio. Habiéndose enamorado perdidamente de él su madrastra Fausta, y no habiendo podido conseguir lo que deseaba, le acusó ante Constantino de haber atentado á su honor, y el Príncipe, demasiado crédulo en este punto, le condenó á muerte. Pero habiendo reconocido después la falsedad de la acusación, vengóse de un modo terrible, haciendo ahogar á Fausta en su baño, calentado excesivamente para este efecto: siendo éste el castigo de su liviandad y calumnia. Habiendo hecho irrupción los Sármatas y los Godos en las tierras del Imperio, y talado la Tracia, el gran Constantino los combatió, consiguiendo sobre ellos memorables victorias. Como proyectaba fundar una ciudad, según el oráculo que había recibido, y darle su nombre, decidió primeramente elegir para esto Sardica; después se le ocurrió construirla sobre el Sigeo, que es un promontorio de Troada, y hasta se dice que abrió los cimientos. Asegúrase, en fin, que comenzó grandes construcciones en Calcedonia, pero que acudieron águilas, cogieron las cuerdas y medidas de los obreros y las llevaron á Bizancio. Habiendo enterado del caso al Emperador, lo consideró como visible aviso del cielo, marchó á Bizancio, examinó su emplazamiento, lo consideró adecuado á su designio, hizo venir obreros, construyó

Biblioteca Nacional de España

una ciudad nueva, á la que dió su nombre, y la consagró á la Madre de Dios. La obra quedó terminada el dia 11 de Mayo del año 5838 después de la creación del mundo, en el que celebró Constantino su dedicación. Han escrito algunos que encargó á Valente, el matemático más famoso de su tiempo, formar el horóscopo, para averiguar el número de años que duraría; y habiendo examinado el cielo, dijo Valente que la ciudad duraría seiscientos noventa y seis años. Habiendo espirado hace mucho tiempo este plazo, es necesario deducir que la predicción de Valente era falsa, y engañoso su arte adivinador; ó bien se ha de explicar la predicción en cuanto á la duración del gobierno en el que conservaba el Senado su antigua autoridad y los pueblos se regían por sus leyes, sin soportar todavía el yugo de tiránica dominación. Los príncipes no usurpaban entonces la riqueza pública como si les perteneciese particularmente; no la empleaban en placeres, que muchas veces no son honestos ni legítimos, ni tampoco tenían generosidades superfluas y extravagantes. Imitaban á los pastores que, al trasquilar las ovejas, solamente les quitan la lana que les incomoda, y que nunca las ordeñan sino con mucha precaución: y tampoco tenían nada de la crueldad de los ladrones, que destruyen los rebaños, degüellan los carneros, comen su carne y chupan su médula. De esta manera fundó el Emperador la ciudad de Constantinopla, en el mismo paraje donde estuvo Bizancio. Esta había sido muy célebre por la hermosura de su situación, por la bondad de sus murallas, por la multitud, el valor y la riqueza de sus habitantes. Como vimos en el lugar oportuno, bajo el reinado de Severo sostuvo un sitio de tres años. Al escribir Dión la historia de este Príncipe, habla en estos términos del poder de aquella ciudad: «Las murallas de Bizancio eran extraordinariamente fuertes. La parte exterior era de piedras cuadradas, enlazadas con barras de hierro. La interior estaba sostenida por contrafuertes y otras construcciones, que formaban un solo cuerpo con la mu-

Biblioteca Nacional de España

ralla.» Embellecianla considerable número de torres, con salientes y aberturas, siendo alta por el lado de tierra y baja por el del mar. Los dos puertos se cerraban con cadenas, y los defendían excelentes torres. En estos puertos había quinientas naves, cuya mayor parte solamente tenían una fila de remos, y dos las demás. Algunas tenían timón doble, uno en la popa y otro en la proa, de manera que, sin volverse, podían marchar fácilmente en una ú otra dirección para atacar al enemigo.

Añade Dión que desde el puerto de Tracia hasta el mar había siete torres, construídas de tal manera, que cuando se hablaba ó se hacía ruido en alguna de las siete, exceptuando la primera, la palabra ó el ruido no se comunicaba á las otras; pero cuando se hablaba en la primera ó se golpeaba con una piedra, el ruido pasaba á la segunda, y sucesivamente á las otras, por su orden.

Tal era la situación de Bizancio, cuya extensión y belleza aumentó considerablemente el incomparable Constantino con la magnificencia de las iglesias y de otros edificios que construyó. Uno de los adornos más preciosos con que la enriqueció fué la columna de pórfido que, según dicen, mandó llevar de Roma y que colocó en el Foro, adornada con grandes piedras. Muy cerca colocó la célebre estatua de bronce, en la que no se sabe qué admirar más, si el arte ó la magnitud; obra á la que parece haber dado vida la mano de uno de los maestros más hábiles de la antigüedad. Dícese que era una estatua de Apolo, llevada de Troya á Frigia; pero el Emperador hizo darla su nombre y que se pusieran en su cabeza algunos de los clavos que habían sujetado en la cruz al Salvador. Esta estatua ha permanecido hasta nuestra época, en una columna; pero bajo el reinado de Alexis Comneno, el viento la derribó y se rompió con la violencia del golpe, aplastando, á la vez, muchas personas. También hizo llevar de Troya, Constantino, la famosa imagen de Palas, colocándola en Constantinopla, en la plaza de que he hablado. Entre los privilegios con que realzó el esplendor de aquella ciudad, no debo omitir

Biblioteca Nacional de España

que honró la sede de su Iglesia con el título de patriarcal, cuando antes dependía de la de Heraclea, desde que Severo se apoderó de la ciudad de Bizancio, y la sometió á la de Perintho, como dijimos en la historia de este Príncipe. Sin embargo, dejó á la Iglesia de Roma el honor de la primacía, atendiendo á su antigüedad y á la sede del Imperio que había sido transferida á Constantinopla.

Gobernaba entonces la Iglesia de Bizancio un santo obispo llamado Mitrofanes, hijo de Domicio, hermano del emperador Probo. Habiéndose convertido Domicio y viéndose obligado á salir de Roma, para evitar la persecución que se hacía á los cristianos, marchó á Bizancio, donde le elevaron á la dignidad episcopal. Sucedióle su hijo, llamado también Probo, y á este Probo su hermano Mitrofanes.

Bajo el reinado de Constantino apareció Arrio, sacerdote de la Iglesia de Alejandría, que tuvo la temeridad de sostener que el Hijo y Verbo de Dios era diferente del Padre y que no era eterno como él. Pero hay que confesar que no inventó él estos perniciosos errores, sino Orígenes, quien, entre otras muchas herejías que sostuvo, enseñó que el hijo de Dios era creado, que tenía diferente naturaleza que el Padre, y que no podía ver al Padre, así como el Espíritu Santo no podía ver al Hijo. Orígenes había sacado estas impiedades del pernicioso tesoro de su corazón; pero no pasaron de sus libros, quedaron como sepultadas en el silencio y no infectaron ningún espíritu; mientras que Arrio las publicó dándoles autoridad, introduciendo confusión y desorden en las asambleas de los fieles.

En cuanto se enteró Constantino de la publicación de esta mala doctrina, reunió un concilio de obispos en Nicea para detener su propagación. Reuniéronse, pues, los Santos Padres en número de trescientos diez y ocho, habiendo entre ellos sacerdotes, diáconos y monjes. Allí se encontró el grande Atanasio, aunque solamente pertenecía al orden de los diáconos. Asistió el

Biblioteca Nacional de España

Emperador cristianísimo, sentóse entre los obispos, é hizo examinar las proposiciones de Arrio para que se viera si eran contrarias á la doctrina ortodoxa. Después de minucioso examen, declararon los obispos que el Hijo de Dios es consustancial con el Padre, que es eterno como él y merece iguales honores; arrojando al mismo tiempo de la comunión de los fieles á Arrio y sus secuaces. Eusebio, denominado Pánfilo, obispo de Cesarea en Palestina, siguió la doctrina de Arrio; pero se dice que la abandonó después para abrazar la de la consustancialidad y coeternidad y que los santos obispos lo recibieron en su comunión. Por las actas del primer concilio parece que defendió á los fieles con mucho vigor. Esto han dicho algunos de él, y la manera con que habla en su *Historia eclesiástica* hace probable lo que dicen. En efecto, frecuentemente parece que defiende á Arrio, puesto que explicando desde el principio estas palabras de David: «Habló y todo fué hecho; mandó y todo fué creado», da á entender que el Padre es el soberano que da las órdenes para la creación del mundo, y que el Verbo está como debajo de él para escucharle. Dice además que siendo el Verbo el poder y la sabiduría del Padre, posee después de él el mando é imperio de todo el universo. También enseña poco después que ha habido una sustancia anterior al mundo y que sirvió al Padre para crearlo, de la que pretende habla Salomón, bajo el nombre de Sabiduría, cuando dice: «El Señor me creó al principio de sus caminos.» Después de algunas reflexiones, añade lo siguiente: «El Verbo de Dios, que es antes de los siglos y que ha recibido del Padre el honor y la gloria, es adorado como Dios.»

Estos pasajes y algunos otros hacen ver que Eusebio siguió la doctrina de Arrio, á no ser que se crea compusiese aquella obra antes de conocer y abrazar la verdad. Habiendo definido el santo concilio que el Hijo de Dios es consustancial con el Padre y que es eterno como él, compuso un símbolo en el que explicó la divinidad del Padre y del Hijo, y que terminó con estas palabras:

Biblioteca Nacional de España

«Cuyo reino no tendrá fin.» Porque la doctrina referente al Espíritu Santo no fué añadida hasta el segundo concilio celebrado contra los errores de Macedonio, en el que se agitaron estas cuestiones.

El Emperador, imitando á los apóstoles, manifestó á los obispos su regocijo por la terminación de sus disensiones y el restablecimiento de la paz. Besó las gloriosas señales de su fe que algunos ostentaban, y aquellos miembros de su cuerpo en que habían padecido por la confesión del nombre del Salvador, y no se cansaba de felicitarles por la dicha de sus sufrimientos. No quiso leer ni escuchar las exposiciones que le habían presentado contra algunos obispos, sino que las arrojó al fuego, diciendo esta palabras: «Si viese á un obispo cometer una mala acción, le cubriría con mi manto.» En seguida les llevó á la ciudad imperial, para que, con sus oraciones, atrajesen sobre ella las bendiciones del cielo, y eligiesen patriarca en reemplazo de Metrofanes, que había muerto; como así lo hicieron, eligiendo á Alejandro, volviendo en seguida á sus respectivas iglesias, muy satisfechos de los honores y de los presentes que habían recibido de la liberalidad de Constantino.

Elena, madre de este príncipe, murió á la edad de ochenta años, siendo enterrada con grande magnificencia en la iglesia de los Santos Apóstoles. Habiendo emprendido el Emperador la guerra contra los Persas, marchó por mar á Soterópolis, llamada actualmente Pithea; se bañó en las aguas termales que existen allí, y fué envenenado, según se dice, por sus hermanos de padre. Habiendo marchado de allí á Nicomedia, murió en este punto de una enfermedad lenta, á la edad de sesenta y cinco años, reinando por tanto treinta y dos. Partió diligentemente Constancio de Antioquía, donde se oponía á los propósitos de los Persas, y llegó á tiempo para presenciar su muerte y cuidar de la pompa fúnebre, que fué magnífica. Depositóse el cuerpo en una galería de la iglesia de los Santos Apóstoles. Acusóse á este gran Emperador de haber levantado excesivas can-

Biblioteca Nacional de España

tidades de dinero y haber gastado con profusión. Así, pues, la grandeza de sus gastos, en vez de atribuirse á magnificencia, debería serlo..... Interrumpimos nuestras reflexiones para no decir nada contra un príncipe tan grande. Esto dió lugar al impío Juliano para fingir en el *Libro de los Césares* un diálogo en el que pregunta Mercurio cuál es el carácter de un buen emperador, contestando Constantino: «tener y gastar mucho.» Dícese que gustaba de las ciencias y que no se había dedicado menos á ellas que á las armas. Hablaba bien y se insinuaba agradablemente en el espíritu. Dícese que odiaba á los malvados, y que decía que un emperador no debía perdonar nada, ni siquiera á su propio cuerpo, cuando se trataba de conservar la tranquilidad pública. Pero usaba, por el contrario, de la clemencia con aquellos que abandonaban el crimen, y decía que si era necesario amputar los miembros podridos, para que no contagiasen al resto del cuerpo, debían conservarse los que comenzaban á sanar.

CONSTANTINO, CONSTANCIO Y CONSTANTE.

Cuando el gran Constantino subió al cielo, el Imperio que poseyó en la tierra quedó dividido, bien, según dicen algunos, siguiendo las órdenes que había dado, ó por efecto del acuerdo de sus hijos. Pero cualquiera que fuese la autoridad que presidió al reparto, he aquí como fué: Constante recibió la Italia, Roma, Africa, Sicilia, con las otras islas, la Iliria, Macedonia, la Acaya y el Peloponeso. Constantino recibió los Alpes, llamados Cottianos, de Cottio, que en otro tiempo fué su rey, las Galias y los Pirineos hasta el estrecho que separa la España del país de los Moros. Constancio obtuvo todo lo que poseían los Romanos en Oriente, la Tracia y la ciudad que había fundado su padre el Emperador.

Biblioteca Nacional de España

En cuanto se terminó el reparto, marchó á oponerse á las correrías que habían comenzado á hacer los Persas por tierras de los Romanos así que se enteraron de la muerte del gran Constantino. Sobrevino entretanto una desavenencia entre Constantino y Constante, relativa á la división de sus provincias, pretendiendo el primero que el segundo debía cederle parte de lo que retenía, ó que, por lo menos, debían hacer entre los dos nuevo reparto. Como Constante quería mantener el reparto hecho y no quería ceder nada de lo que le había tocado, Constantino tomó las armas y penetró en su país. Constante, que se encontraba á la sazón en la Dacia, envió aceleradamente tropas contra las de su hermano, decidido á marchar muy pronto él mismo con fuerzas más poderosas. Cuando las que había enviado se encontraron cerca de Constantino, organizaron una emboscada, comenzaron el combate y emprendieron la fuga. Habiéndoles perseguido el ejército de Constantino, encontró por un lado los que salían de la emboscada, y por otro los fugitivos, que volvieron al ataque, de manera que quedó abrumado por la multitud. Constantino murió en el combate; porque encabritándose su caballo á causa de una herida, y arrojándole al suelo, le traspasaron con muchos golpes. Este resultado tuvieron sus pretensiones, y así perdió la vida y el Imperio, en castigo de la injusticia con que quiso usurpar los Estados de su hermano. Por consecuencia de esto, Constante quedó dueño de todo el Imperio de Occidente; pero como se entregaba á los placeres más infames, viviendo en el colmo del desorden, pereció por efecto de una traición de Magnencio, á quien en otro tiempo había salvado la vida sacándole de entre las manos de soldados amotinados, que habían desenvainado las espadas para lanzarse contra él.

Entretanto ocupábase Constancio en Oriente en hacer guerra á Sapor, rey de los Persas, hijo natural de Narsés. Este había tenido tres hijos de su primera esposa, á saber: Ardanarso, Hormisdas y otro. Cuando

Biblioteca Nacional de España

murió le sucedió Ardanarso, su hijo mayor; pero le hizo tan odioso su crueldad, que sus súbditos le arrojaron del trono. El siguiente rasgo demostrará la malignidad de su carácter. Habiéndole enseñado un día su padre Narsés una tienda de pieles de buey de diferentes colores, que le habían llevado de Babilonia, y habiéndole preguntado si le parecía hermosa, le contestó que, cuando ocupase el trono mandaría construir una más hermosa, con pieles de hombres. De esta manera mostraba su crueldad desde la infancia. Cuando quedó despojado del poder soberano, revistieron con él á Sapor, que inmediatamente aprisionó á Hormisdas y sacó los ojos á su otro hermano. Habiendo sobornado á los guardas, visitáronle la madre y esposa del primero, y le dieron una lima, con la que cortó sus cadenas, mientras le tenían preparados caballos y correos dispuestos para arrebatarle. Habiendo su esposa dado un festín á los guardias, cuando, después de haber comido y bebido bien, estaban profundamente dormidos, Hormisdas, que había roto las cadenas y abierto la puerta de su prisión, escapó y se retiró junto á los Romanos, que le recibieron con agasajo. Sapor, en vez de mostrar disgusto por su evasión, manifestó regocijo, cual si se viese libre del temor que le causaba su presencia. Así, pues, en vez de reclamarle como fugitivo, le envió su esposa. Hormisdas poseía extraordinaria fuerza corporal y tal destreza para lanzar el venablo, que al arrojarlo decía en qué sitio heriría al enemigo. Sirvió á Constancio en contra de su nación, y mandó fuerzas de caballería. Este Emperador libró varios combates con los Persas, perdiendo en todos ellos parte de sus tropas. También perdieron algunas los Persas, quedando herido Sapor. Creyó Magnencio que el mal resultado de aquella guerra le proporcionaba ocasión favorable para usurpar la autoridad soberana, á la que aspiraba desde mucho tiempo con extraordinaria ambición, é invitó á un festín á los principales de la ciudad de Autun, so pretexto de celebrar su día natal. Algunos invitados conocían su designio, permaneciendo los otros

Biblioteca Nacional de España

en completa ignorancia. Después de prolongar el festín hasta muy entrada la noche, levantóse de la mesa y se retiró á su cámara, de la que salió en seguida ostentando las insignias imperiales y seguido de considerable número de guardias.

Aquel espectáculo asombró á los que no sabían nada de su proyecto; pero se atrajo á unos con sus palabras y contuvo á los otros por la fuerza; y entrando con ellos en el palacio, hizo regalos al pueblo, puso guardias en las puertas de la ciudad, con orden de permitir entrar á cuantos quisieran hacerlo y no dejar salir á nadie, por temor de que se divulgase demasiado pronto su empresa. Inmediatamente envió soldados para que matasen á Constante, que en aquellos momentos se entregaba al placer de la caza, por la que era apasionado, á pesar de que casi siempre se encontraba molestado por la gota, que había adquirido por su intemperancia. La caza no era frecuentemente más que un velo para encubrir sus placeres y para ocultar á los ojos del público las infames diversiones á que, según dicen, se entregaba con mancebos, cuya exquisita belleza y raros adornos mantenían el fuego de sus brutales pasiones. Buscaba también la soledad de los bosques, con objeto de alejar de su presencia las personas prudentes y moderadas. Los soldados enviados por Magnencio le encontraron dormido de regreso de la caza, y le mataron, juntamente con los pocos guardias que le rodeaban.

Algunos escritores refieren su muerte con otras circunstancias, diciendo que, cuando se enteró de la conspiración y se vió abandonado por los suyos, se retiró á una iglesia, donde se despojó de sus ornamentos, y de la que le sacaron por fuerza, matándole en seguida, en el año decimoséptimo de su reinado y á los treinta de edad. Dícese que su padre el Emperador hizo en otro tiempo estudiar su horóscopo, y que los astrólogos predijeron que le matarían sobre el seno de su abuela. La circunstancia del seno de su abuela resultó falsa, porque murió antes que él; pero la predicción del lugar del ase-

Biblioteca Nacional de España

sinato no dejó de ser verdadera, siendo muerto en un pueblecillo al que se había dado el nombre de la emperatriz Elena, encontrando en su trágica muerte el castigo de su voluptuosa vida.

Habiéndose apoderado con tan poco trabajo Magnencio del Imperio, decidió matar á todos los varones importantes del Estado. Para conseguirlo, les llamó por medio de cartas escritas á nombre de Constante, é hizo asesinar á la mayor parte en los caminos, sin perdonar á los que habían favorecido su sublevación y conspirado con él contra su soberano. Mientras trabajaba de este modo para asegurar el poder que había usurpado, Constancio, que se había enterado de la muerte de su hermano Constante, vacilaba entre continuar la guerra contra Sapor, ó volver sus armas contra el usurpador para vengar la muerte de su hermano y apoderarse del Imperio de Occidente. Sapor, que se había enterado lo mismo que Constancio de la muerte de Constante, creyendo que debía aprovechar la ocasión, entró por tierras de los Romanos al frente de formidable ejército, se apoderó de muchos fuertes y puso sitio á Nisiba. Esta ciudad formaba en otro tiempo parte de la Armenia; pero los Romanos se la tomaron á Mitrídates, á quien se la había dado Tigrano, rey de Armenia, con ocasión de matrimonio. Sitiándola, pues, Sapor, empleó toda clase de máquinas, especialmente arietes y minas, para apoderarse de ella. Los sitiados se defendieron valerosamente, de manera que, desesperando Sapor de ganar la plaza por fuerza, trató de reducirla por la privación de las cosas más necesarias. Para conseguir esto, cambió el curso del río que pasaba por el centro de la ciudad; pero no habiéndole servido de nada aquel trabajo, porque los sitiados tenían suficiente cantidad de agua de fuentes y pozos, recurrió á otra estratagema, que consistió en remontar al nacimiento del río, donde se encuentra muy estrechado entre montañas, detener allí la corriente por medio de un dique, y soltar después el agua, cuyo peso y violencia destruyó parte de la muralla. Cuando vieron los Persas

Biblioteca Nacional de España

abierta la ciudad por este medio, no se apresuraron á entrar en ella, tanto porque se acercaba la noche, como porque esperaban capturarla al día siguiente sin exponerse á ningún peligro. Pero los habitantes, aunque asustados por la caída de las murallas, no perdieron por esto el valor y trabajaron toda la noche en repararlas. Al amanecer se arrepintió Sapor de su negligencia, aunque no dejó de intentar diferentes medios para apoderarse de la plaza. En aquella empresa perdió veinte mil hombres, y al fin levantó el sitio, por la noticia de que Masagetes había invadido la Persia. Tuvo, pues, Constancio tiempo para reparar las fortificaciones de Nisiba y aprovisionarla de nuevo. Cuando se encontró tranquilo y seguro por el lado de Oriente, marchó á Occidente, donde se enteró que Vetranion estaba de acuerdo con Magnencio. Mandaba Vetranion las tropas de Iliria cuando recibió la noticia de la sublevación de Magnencio y del asesinato de Constante, y en vez de seguir el partido del usurpador, formóse él mismo otro, y escribió al Emperador exhortándole á reprimir la insolencia del rebelde, y asegurándole que se opondría con todas sus fuerzas á la sublevación. Sin embargo, no dejó de tratar con Magnencio, y cuando estuvieron de acuerdo, enviaron una legación á Constancio, proponiéndole deponer las armas y ofreciéndole el primer puesto. Los legados encontraron á Constancio en Heraclea, ciudad de la Tracia. Cuando meditaba éste en la proposición, agitándole profundas inquietudes, tuvo un sueño, en el que creyó ver á su padre Constantino teniendo de la mano á su hermano Constante, y diciéndole: «Tu hermano Constante, aunque descendiente de larga serie de emperadores, ha sucumbido bajo la injusticia y violencia de un rebelde. Obligado estás á vengar su muerte y á evitar el desmembramiento del Imperio. Apresúrate, pues, á reprimir la insolencia del usurpador.» En cuanto despertó Constancio mandó reducir á prisión los legados y marchó á Sardica. Asombrado Vetranion por la repentina llegada del Emperador, salió á recibirle como á su señor, y

Biblioteca Nacional de España

renunció al tratado que había ajustado con Magnencio y á todas sus ideas de rebelión. Constancio le recibió con urbanidad y le dispensó el honor de sentarle á su mesa. La respetuosa y sumisa postura en que había visto á Vetranion le había inspirado sin duda sentimientos de clemencia; porque este rebelde había depuesto las insignias de la autoridad imperial y se había prosternado delante de él en traje de ciudadano. Esto llevó á Constancio á llamarle padre, á tenderle la mano para sostenerle, á sentarle á su mesa y á designarle Prusa, ciudad de Bitinia, para residencia, y tierras para su manutención. Allí pasó seis años agradablemente, muriendo con tranquilidad. Muy poco después marchó el Emperador contra Magnencio, que desde Milán, donde se encontraba, había enviado á las Galias á su hermano Decencio con el título de César, para que velase por la defensa de aquellas importantes provincias. Entretanto causaba Sapor grandes estragos en Oriente, donde no encontraba resistencia. Cuando se cansó de recorrer y saquear las tierras romanas, regresó á su país con rico botín y considerable multitud de prisioneros.

Estrechado á la vez el Emperador por el enemigo y sus inquietudes, encargó á su primo Galo la guerra de Oriente, después de conferirle la dignidad de César y dádole á su hermana Constancia en matrimonio. Habiendo partido para Oriente Galo César, Constancio se preparó á la guerra contra Magnencio, aunque deseando terminarla por medio de un convenio, por el temor de que sus súbditos tiñesen sus armas con la sangre de sus parientes; y para este efecto envió personas ilustres en legación cerca del usurpador, con una carta en la que le prometía concederle perdón por el pasado, con tal de que depusiese las armas, y dejarle gozar de la autoridad soberana en toda la extensión de las Galias. No siendo moderadas las pretensiones de Magnencio, rechazó los ofrecimientos que le hacían y prefirió la guerra á la paz; y creyó necesario trabar cuanto antes el combate, porque un tribuno suyo llamado Silvano le había abando-

Biblioteca Nacional de España

nado para reunirse al Emperador. Encontrándose acampados los dos ejércitos muy cerca uno de otro, los dos jefes exhortaron á los suyos á mostrar su valor. Magnencio les exhortó además á que le fuesen fieles, y les prometió grandes recompensas. Por uno y otro lado formaron en batalla los ejércitos, y perdieron la mayor parte del día sin hacer nada. Magnencio recurrió además á la magia, y escuchó el consejo que le daba una anciana, de sacrificar una doncella, mezclar su sangre con vino y darla á beber á los soldados, mientras pronunciaba ella ciertas palabras misteriosas é invocaba los demonios. Habiendo comenzado el combate por la tarde, permaneció indeciso por algún tiempo; pero al fin consiguió la victoria el Emperador, quedando muertos en el campo muchos partidarios del usurpador. Este puso entonces en la fuga todas sus esperanzas de salvación, y para hacer creer que había muerto, tomó el traje de un soldado y dejó marchar su caballo sin quitarle los adornos de la dignidad imperial, con objeto de que creyesen los que lo vieran de aquella manera que el Emperador había sucumbido y dejasen de perseguirle.

Dícese que Constancio, contemplando á la mañana siguiente, desde una altura á que había subido, el campo de batalla, derramó lágrimas y mostró más dolor por los muertos que alegría por la victoria. De ochenta mil hombres que formaban su ejército, había perdido treinta mil en el combate; y de treinta y seis mil que había tenido Magnencio, habían muerto veinticuatro mil. Mandó enterrar todos los muertos de uno y otro bando y vendar las heridas de los que diesen señales de vida. Habiéndose salvado Magnencio, reunió los que pudo encontrar de su partido, escapados de la derrota, llamó á otros y envió un senador en legación á Constancio; pero persuadido este príncipe que sólo iba para enterarse del estado de su ejército, le negó audiencia. Magnencio envió, después del senador, obispos para que implorasen clemencia y pedirle permiso para servir, bajo sus enseñas, como simple voluntario. Despidióse á los prelados

Biblioteca Nacional de España

sin respuesta favorable, y habiendo partido inmediatamente Constancio, vió disminuir el partido de su enemigo por la defección diaria de muchos adeptos que le entregaban las plazas que guardaban y que se sometían á su obediencia. No esperando perdón el usurpador, hizo nuevas levas en las Galias, se preparó á la guerra, y, para suscitar nuevos inconvenientes al Emperador, envió á Antioquía un hombre que había sobornado para que asesinase á Galo. Este asesino, para ocultarse mejor, se estableció fuera de las murallas, en la choza de una anciana, en la orilla del Oronto, llamado así del nombre de un hijo de Cambises, rey de los Persas, que se ahogó en sus aguas. Este río se llamaba antes Ofito. Cuando el asesino hubo ganado muchos soldados y creyó tener bien preparado su proyecto, habló de él cenando una noche en la choza, sin desconfiar de la anciana, á la que consideraba incapaz de comprender lo que decía. Comprendíalo, sin embargo, muy bien, fingiendo no enterarse; y cuando el conspirador hubo bebido con exceso, quedando dormido, salió cautelosamente y marchó á Antioquía, donde enteró á Galo de la conjuración tramada contra él. En el mismo momento mandó Galo prender al culpable, quien, sometido á tortura, lo confesó todo y fué ejecutado juntamente con sus cómplices. Entretanto, habiendo levantado Magnencio nuevas tropas, libró otro combate, en el que fué derrotado también. No viendo los soldados esperanza siquiera de triunfar, creyeron temeridad obstinarse en sostener un partido completamente deshecho, y decidieron apoderarse de Magnencio y entregarlo al Emperador. Rodeando, pues, el punto donde se encontraba, le envolvieron como si tratasen de guardarle por temor de que se les escapara. Cuando conoció su intención, lanzóse con desesperado furor á matar á sus parientes, deudos y amigos, y á descargar multitud de golpes sobre su hermano Desiderio, de los que ninguno fué mortal, y últimamente se hizo matar por temor de caer vivo en manos de Constancio y sufrir largo suplicio antes de

Biblioteca Nacional de España

morir. En cuanto supo la noticia su hermano Decencio, á quien había conferido el título de César, desesperando de sostener su partido, se ahorcó en las Galias. Desiderio curó de las heridas que le infirió su hermano Magnencio, y se rindió voluntariamente á Constancio. De esta manera recuperó este príncipe todo lo que había usurpado Magnencio, viéndose en posesión, por su muerte, de todos los estados de su padre Constantino.

El Occidente quedaba tranquilo entonces, pero el Oriente se encontraba agitado. Envanecido Galo con su fortuna, usaba con insolencia de su autoridad en Antioquía y trataba injuriosamente á los pueblos, tanto por su natural inclinación, como por los consejos de su esposa. Temiendo el Emperador que, estrechados por la impaciencia y desesperación, promoviesen una guerra civil, envió á Antioquía á Domiciano, prefecto del Pretorio, varón de avanzada edad, con orden secreta para persuadir á Galo á que regresase á Constantinopla. Mas en vez de manejar con destreza asunto de tamaña importancia, mandó terminantemente á Galo que marchase á ver á Constancio y le amenazó con cercenar los víveres á los suyos si no partía inmediatamente. Galo, que naturalmente era muy colérico, le hizo prender y que le vigilasen soldados; y porque el tesorero, llamado Momio, le hizo observar que aquel acto tendía á manifiesta rebelión, mandó cargarle de cadenas. Excitado en seguida á la venganza por las palabras de su esposa, cuyo carácter era extraordinariamente imperioso y violento, puso á los dos en manos de los soldados, que les llevaron vergonzosamente al foso, y que después de haberles hecho experimentar muchos tormentos, les arrojaron al fin al Oronto.

Cuando llevaron á Constantinopla la noticia de aquella ejecución, envió soldados para que le trajesen á Galo, quien, no pudiendo desobedecer, envió primeramente á su hermana Constancia, para que aplacase á su hermano el Emperador; pero ésta murió en el camino. En cuanto Constancio supo su muerte, despojó á Galo de la digni-

Biblioteca Nacional de España

dad de César y le desterró. Poco después envió, por excitación de algunos de su corte, soldados para matarle; pero arrepintiéndose en seguida de haberlo mandado, revocó la orden. Los enemigos de Galo, principalmente el eunuco Eusebio, que tenía el oficio de gran camarero y gozaba de mucha influencia con el Emperador, retuvieron á los encargados de llevar la contraorden: de manera que nada supieron los comisionados para matar á Galo, hasta después de ejecutarlo. De esta manera perdió la vida.

Por este tiempo, Silvano, excelente general, fué enviado hacia el Rhin para reprimir las correrías é irrupciones de los belicosos pueblos que habitan allende este río. Pero el Emperador, habiendo creído con demasiada ligereza, según su inclinación y costumbre, noticias desfavorables que le habían dado de este general, decidió perderle. En cuanto se enteró de ello Silvano, se declaró abiertamente contra el Emperador y tomó el traje de César. Pero esta sublevación no tuvo consecuencias, porque Ursicino, á quien había enviado Constancio para calmarla, tuvo la destreza de ganar por dinero algunos soldados, que asesinaron al rebelde.

Cuando Constancio regresaba de Occidente á Constantinopla, recibió en la ciudad de Sirmio legados de Sapor, que le pidieron la Mesopotamia y la Armenia, como provincias que desde muy antiguo habían pertenecido á los Persas; á este precio conservarían la paz, si no, empuñarían las armas. Respondióles Constancio que le asombraba ignorasen que los Persas habían sido en otro tiempo súbditos de los Macedonios, y que los Romanos, al sujetar á los Macedonios á su obediencia, habían sometido también á los Persas. Irritado Sapor con esta respuesta, tomó las armas, sitió á Nisiba, y habiendo sido rechazado, atacó otras ciudades con igual resultado, hasta que al fin se apoderó de Amida.

No encontrándose Constancio capaz de gobernar sólo un Imperio que casi no tenía otros límites que los del universo, llamó de Atenas á Juliano, hermano de Galo.

Biblioteca Nacional de España

le declaró César y le dió en matrimonio á su hermana Elena. Dícese que en la época en que su madre le llevaba en el seno, soñó que daba á luz á Aquiles. Cuando despertó refirió su sueño á su esposo, y al mismo tiempo dió á luz, casi sin dolor, á Juliano. Este extraordinario alumbramiento hizo que el padre y la madre concibiesen grandes esperanzas relativamente á su hijo, y le pusieron en manos de Eusebio, obispo de Nicomedia, para que le enseñase las Santas Escrituras.

Habiéndole declarado César Constancio, como acabamos de decir, le envió á las Galias con muy pocas tropas; lo que hizo creer que antes que asociarle al Imperio, quería tenderle un lazo, exponiéndole á los enemigos sin darle fuerzas suficientes para resistirles. La fortuna secundó de tal manera sus empresas por todas partes, que venció á los enemigos, y cuando reunieron nuevas fuerzas y volvieron á atacarle, los derrotó por segunda vez, mató considerable número, arrojó á otros muchos á un río donde se ahogaron, é hizo multitud de prisioneros. Dícese que la liberación de once mil Romanos fué el resultado de esta victoria. Después de esto hizo la guerra á los Germanos con igual fortuna, les concedió la paz y retiró los prisioneros que retenían.

Habiéndole inspirado vanidad la fortuna de sus armas, ó su conocimiento del carácter de Constantino habiéndole hecho temer los efectos de su envidia, parecidos á los que había experimentado su hermano Galo, proyectó sacudir el yugo de la obediencia, para lo cual comenzó por granjearse la amistad de algunos tribunos, que quebrantaron la fidelidad de los soldados. Promoviendo éstos una sedición, le proclamaron emperador, y desnudando las espadas, le amenazaron con matarle si no aceptaba esta dignidad. Aceptó, pues, para evitar el enojo de los soldados y tal vez contra su deseo. Por mucho tiempo se buscó una diadema sin encontrarla, y Juliano aseguró bajo juramento que no tenía ninguna. Quisieron utilizar un collar de mujer para hacer una, pero se opuso á ello considerándolo inconveniente. Al fin dió un tri-

Biblioteca Nacional de España

buno una argolla de oro adornada con pedrería, y se la colocaron en la cabeza en forma de diadema. Inmediatamente envió á Peutado, jefe de palacio, con cartas para el Emperador, en las que le aseguraba no había recibido por su gusto el título de emperador, sino por efecto de la violencia de los soldados, que, para poder esperar algún día la recompensa de los servicios, se habían negado á combatir bajo sus órdenes por no tener más que el título de César. En las mismas cartas le suplicaba le dispensase el honor de asociarle al Imperio, cosa que sería conveniente sin duda para el Estado, y en este caso le prometió enviarle todos los años caballos de España, según la costumbre, y hombres de las Galias. En la firma no usó más que el título de César, temiendo que, si empleaba el de emperador, Constancio arrojase sus cartas sin leerlas.

Recibió Constancio estas cartas en Cesarea, en Capadocia, produciendo profunda indignación, que procuró, sin embargo, moderar, guardando silencio. Inmediatamente mandó á su ejército marchar contra los Persas, y al mismo tiempo envió al cuestor Leonas con una carta á Juliano, carta en que se quejaba de que hubiese tomado sin su consentimiento el título de emperador, advirtiéndole que era vergonzoso para él haberlo recibido por el voto de una multitud tumultuosa, en vez de esperarlo de su convencimiento. En seguida le aconsejaba se abstuviese de las funciones de una dignidad á que había llegado por tan malos caminos y se contentase con la que había recibido de él. Además de esto dió orden á Leonas para que depusiese al prefecto del Pretorio y á todos los jefes que acompañaban á Juliano y reemplazarles con los que había nombrado.

Cuando Leonas llegó á las Galias manifestó á Juliano los propósitos de Constantino, siendo éste, sobre poco más ó menos, el sentido de lo que dijo en nombre de este príncipe: «Debes conservar el recuerdo de los favores que has recibido de mi bondad. No te he elevado solamente á la dignidad de César, sino que he cuidado

Biblioteca Nacional de España

especialmente de ti desde tu infancia; he hecho que te instruyan cuando eras huérfano y no tenías otros parientes que se encargasen del trabajo de tu educación.» Juliano replicó: «¿Quién fué la causa de que perdiese yo en la infancia á mi padre, sino el que le arrebató la vida? ¿No considera que la injusta reconvención que me dirige por sus pretendidos beneficios, no es á propósito más que para renovar el recuerdo de sus verdaderos ultrajes y acibarar mi dolor?» Después de esto leyó la carta de Constancio, y habiendo encontrado el consejo que le daba de despojarse de las insignias de Emperador y tomar las de César, dijo que lo seguiría si lo consentían las legiones. Leonas, que temía le despedazasen los soldados, rogó á Juliano no les enterase del contenido de la carta del Emperador; y como desesperaba de ejecutar las órdenes que había recibido, se contentó con tomar la respuesta de Juliano para llevársela á su señor. Esta respuesta estaba llena de reconvenciones al Emperador, de censuras por las injurias que había inferido á su familia y de amenazas de vengar la sangre de los que habían sucumbido bajo la violencia de su tiranía.

Considerando Juliano que le rodeaban muchos afectos á Constancio, les despidió á todos y se preparó para la guerra civil. En aquel mismo tiempo murió su esposa, que, según unos, permanecía aún á su lado, y, según otros, la había repudiado ya. Reuniendo Juliano sus tropas, las arengó para que no perdiesen tiempo y se adelantasen á Constancio. Entonces había renunciado ya en el fondo de su corazón á la religión cristiana; pero mantenía oculta su apostasía, por temor á considerable número de soldados cuya piedad conocía. El artificio que empleó para disfrazar sus sentimientos fué permitir, por una parte, el ejercicio de todas las religiones, y por otra, acudir á la iglesia de los cristianos el día de Navidad, para que los soldados le creyesen partícipe de su fe. En seguida confirió los cargos á aquellos á quienes apreciaba más, y declaró que no intentaba emplear las armas contra Constancio, sino solamente re-

Biblioteca Nacional de España

unir las tropas de Oriente y Occidente, para que, de común acuerdo, eligiesen emperador. También tenía la vanidad de decir que sabía el día en que había de morir Constancio, que se lo habían revelado en sueños por medio de unos versos que se recitaban y cuyo sentido era que Constancio perdería el Imperio que ejercía en el Asia cuando el planeta Júpiter se encontrase en el signo de Acuario.

Regresaba Constancio de la guerra con los Persas cuando murió, y el Rey de los Persas volvía al mismo tiempo á su país. La inquietud que le agitaba en el momento de emprender la guerra civil, le produjo una fiebre y disentería de las que murió en Mopsicrano, ciudad situada al pie del monte Tauro. Dícese que al morir mostró arrepentimiento por tres cosas: de haberse deshecho de sus parientes (porque no se había deshecho de Galo solamente, sino que también de sus tios); de haber declarado César á Juliano, y de haber introducido novedades en la religión. Era clemente con sus súbditos, justo en la decisión de los negocios, moderado en la comida y bebida y equitativo en la distribución de cargos y empleos. Nunca admitió á nadie en el Senado que no fuese sabio y capaz de escribir en prosa y verso. En cuanto á la religión, no la conservó en toda su pureza. En vez de seguir el ejemplo de su padre Constantino, favoreció el error de Arrio. Por excitación de Eusebio, el primero de sus obispos, quiso obligar á Alejandro, que había sucedido á Metrofanes en el gobierno de la Iglesia de Constantinopla, á que recibiese á Arrio en su comunión; y, habiéndose negado éste obispo, convocó un concilio. Cuando se acercaba el día de la reunión del concilio, Alejandro entró sólo en la iglesia, y habiéndose prosternado contra el suelo, rogó á Dios no permitiese que un lobo tan furioso como Arrio penetrase en su rebaño, asegurando que prefería morir, á ver presa de Arrio á su grey. El día siguiente, que era aquel para que había sido convocado el concilio, presentóse Arrio con extraordinaria insolencia; pero acometido por violento dolor, se retiró á

Biblioteca Nacional de España

lugar secreto, donde arrojó las entrañas con los excrementos, muriendo miserablemente. El patriarca Alejandro murió en paz, después de haber ejercido, por espacio de veintitrés años, las funciones sacerdotales. Los ortodoxos eligieron para sucederle á Pablo, que durante la persecución había confesado valerosamente el nombre de Jesucristo. Pero habiendo regresado Constancio de Antioquía á Constantinopla, le arrojó de la silla episcopal, para colocar en ella á Eusebio, antes obispo de Nicomedia, apasionado protector del arrianismo. Pablo se refugió en Roma, donde obtuvo del papa Julio su restablecimiento en la sede de Constantinopla. Pero le arrojaron segunda vez por orden del Emperador, siendo muerto en el paraje de su destierro por la ira de los arrianos. Los herejes elevaron á la sede de Constantinopla, vacante por muerte de Eusebio, á Macedonio, llamado Pneumatomaco por la guerra que había declarado al Espíritu Santo. Ocupóla un año, y tuvo la vanidad de sacar el cuerpo de Constantino de la iglesia de los Santos Apóstoles, para colocarlo en la de San Acacio mártir. En castigo de esto, lo desterró Constancio, poniendo en su lugar al arriano Eudoxio, que poseyó durante diez años esta dignidad: éste restituyó el cuerpo de Constantino á la iglesia de donde le había sacado su antecesor. El mismo Emperador hizo llevar á Constantinopla los cuerpos de San Andrés y de San Lucas, mandando colocarlos bajo el altar de la iglesia de los Santos Apóstoles, cuidando de esto Artenio, prefecto entonces de Alejandría, y más adelante glorioso mártir del Salvador. Este Príncipe había tenido por esposa á Eusebia, extraordinariamente hermosa, pero que no fué muy feliz en el matrimonio, á causa de continuas indisposiciones, y de la natural frialdad de su esposo el Emperador. La Emperatriz cayó en tristeza tan profunda, que murió antes que él, sin haber tenido nunca hijos. Aseguran algunos que antes de morir perdió la razón, por la violencia y malignidad de los vapores que le subieron á la cabeza. Dícese que Constancio era muy

Biblioteca Nacional de España

diestro para montar á caballo y manejar las armas, y que, en cuanto á las letras, había sido tan bien instruído que hacía versos.

JULIANO.

En cuanto llevaron á Juliano la noticia de la muerte de Constancio, las legiones lanzaron grandes aclamaciones en honor suyo, saludándole como emperador. Por su parte fingió tristeza y aflicción por la muerte de Constancio; mandó se celebrase duelo público, vistió luto y se despojó de las insignias imperiales. Después de esto marchó á Constantinopla, de donde salieron á recibirle el Senado y el pueblo para acompañarle al palacio entre regocijados gritos. Habiendo llevado, poco después, en un carro el cuerpo de Constancio, acompañándole su ejército, para que le colocasen en la Iglesia de los Santos Apóstoles, salió á su encuentro, sin llevar la diadema en la frente, y le siguió para honrarle.

Desde el principio de su reinado hizo morir á muchas personas de la corte, y desterró á otras, despojándolas de sus bienes. A los demás cargos del Imperio añadió el de juzgar las desavenencias particulares. Debatiéndose un día, en presencia suya, una causa en la que se trataba de una acusación de peculado, y en la que el acusado negaba obstinadamente que hubiere distraído jamás fondos públicos, el acusador le dijo: «Señor, si bastase al acusado negar su crimen, nunca se encontraría un culpable.» A lo que replicó: «Si bastase á un acusador asegurar sin fundamento, y si se le hubiese de creer por su palabra, nunca se encontraría un inocente.» Concedió audiencia á legados de diferentes naciones enviados cerca de Constancio, revistó las tropas y reemplazó la mayor parte de los empleados de su casa. Habiendo pedido un día un barbero, y habiéndose presentado en el

Biblioteca Nacional de España

acto el que sirvió á Constancio, muy dispuesto y con traje muy limpio, díjole que había pedido un barbero, y no un senador ni hombre distinguido, y le despidió. Habiéndosele presentado otro dia, con hermoso traje, un cocinero de la corte anterior, le envió á buscar el suyo y preguntó á los presentes cuál de los dos parecía el cocinero. Contestaron éstos que el que se encontraba peor vestido, y en el acto despidió al otro. Todo esto lo hacía por vanidad y deseo de aparecer modesto, como debe serlo el verdadero filósofo. Hizo regalos á los soldados y se preparó á la guerra contra los Persas. Cuando creyó bien asegurada su autoridad, declaróse abiertamente por el paganismo. He dicho anteriormente que hacía ya tiempo había renunciado en secreto á la religión cristiana, pero que no se había atrevido á hacer pública profesión de su impiedad.

Dícese que en el tiempo en que ocultaba bajo la ceniza de falsa modestia el fuego de la ambición que le abrasaba, consultó los adivinos para saber si llegaría al Imperio, y que éstos fueron los que corrompieron su espíritu, llevándole á la idolatría. Cuando tuvo en sus manos la autoridad que tan ardientemente había deseado, la empleó con tanta crueldad que, por impenetrable juicio de Dios, hizo alcanzar á muchos la corona del martirio. El furor que le animaba contra los cristianos llegó á tal exceso, que quiso prohibirles el estudio de las letras profanas, so pretexto de que, considerándolas ellos como fábulas, no era justo que recibiesen utilidad de ellas, ni que las convirtiesen en armas para combatir la antigua religión. Dícese que en aquel tiempo en que se prohibía á los niños la lectura de los poetas paganos, Apolinar hizo una paráfrasis de los salmos, y Gregorio, tan sabio en teología, compuso diferentes poesías, con objeto de que los niños cristianos pudiesen utilizarlas para aprender la lengua griega y el arte de hacer versos. Juliano permitió á los Judíos reconstruir su templo de Jerusalén; pero cuando comenzaban á cavar la tierra para echar los cimientos, dícese que brotó fuego que abrasó á los obre-

Biblioteca Nacional de España

ros é impidió la continuación de los trabajos. Hizo dar muerte el eunuco Eusebio, por haber aconsejado en otro tiempo la muerte de su hermano Galo, y expulsó de la corte á todos los demás eunucos. Cuando paseaba un día por las inmediaciones de Calcedonia, Maris, obispo de esta ciudad, le llamó pérfido y apóstata. Fingió entonces moderación y paciencia, y en vez de castigar su atrevimiento, limitóse á decir: «Retírate, desgraciado, y deplora la pérdida de tu vista.» Maris replicó en el acto: «Doy gracias á mi Salvador Jesucristo por esta enfermedad que me impide ver tu execrable rostro.»

Cuando se preparaba á la guerra contra los Persas, encontrándose en Tarsis, célebre ciudad de la Cilicia, Artenio, sacerdote del templo de Esculapio, le pidió unas columnas que un obispo había sacado para emplearlas en su iglesia. Inmediatamente ordenó llevaran las columnas, á expensas del obispo, al templo construído en Eges, famosa ciudad de la misma provincia, en honor de Esculapio. Los paganos quitaron en el acto una columna de aquéllas y la llevaron con grandes gastos y mucho trabajo hasta la puerta de la iglesia, pero no pudieron nunca arrastrarla más lejos, si bien después de la muerte de Juliano el obispo la levantó sin trabajo alguno y la colocó en su puesto. Encontrándose Juliano en Dafnea, donde con frecuencia ofrecía sacrificios ante la imagen de Apolo, que era excelente obra de arte, los habitantes de Antioquía se burlaron de su superstición, diciendo que más bien era sacrificador que emperador. Llamáronle también macho cabrío, á causa de su larga barba, que decían era á propósito para hacer cuerdas. Estas burlas las rechazó con otras acerca de la vanidad de su delicadeza y de su lujo: «No quiero, dijo, dar mi barba para hacer cuerdas, por temor de que fuesen demasiado ásperas y rozasen manos tan delicadas como las de los Antioquenos.» También hizo una sátira contra ellos con motivo de la aversión que habían mostrado á su barba. Para obtener respuesta á la consulta que hacía á Apolo acerca del resultado de la guerra, le sacrificaba hecatombes.

Biblioteca Nacional de España

Pero como el oráculo permanecía silencioso, preguntó la razón á los sacerdotes, quienes le contestaron que su dios estaba enojado porque había cadáveres enterrados en las cercanías. Estos cadáveres eran de mártires, y entre ellos el de San Babilao. El Emperador mandó exhumarlos y trasladarlos á otra parte. A la siguiente noche cayó un rayo en el templo sobre la imagen de Apolo y la destruyó. Atribuyendo esta desgracia á los cristianos, el Emperador mandó cerrar sus iglesias y dar muerte al célebre Artemo, á quien acusaba de haber sido autor de la muerte de Galo. También hizo padecer el martirio á los sacerdotes Eugenio y Macario, haciéndolo sufrir igualmente á Manuel Sabel é Ismael, enviados de Persia cerca de él como legados, y también lo hizo sufrir á otros muchos.

El principio de la guerra que hizo á los Persas fué muy afortunado. Apoderóse de algunas ciudades, destrozó considerable número de enemigos, cogió muchos prisioneros y bagajes y puso sitio á Ctesifonte. Pero cambiando de pronto la suerte de las armas, el Emperador pereció miserablemente en país extranjero con la mayor parte de su ejército. Como los Persas desesperaban de vencer á los Romanos en campo abierto, algunos de ellos decidieron exponerse á un peligro evidente, para ocasionarles considerable pérdida. Así, pues, presentáronse dos como desertores á Juliano, prometiéndole fácil victoria si quería seguir el corto y seguro camino que le mostrarían para penetrar hasta el corazón de Persia y si quemaba sus naves para que no pudiesen servir á sus enemigos. Aquel pernicioso príncipe creyó aturdidamente á los Persas, y por muchas observaciones que le hizo Hormisdas y algunos otros para evitar que cayese en el lazo, prendió fuego á las naves, no reservando más que doce de las setecientas galeras y cuatrocientas de trasporte que tenía al comenzar la guerra. Cuando quedaron reducidas á ceniza todas las naves, preparóse á seguir á aquellos voluntarios guías, no deteniéndose sino por las apremiantes instancias de los tribunos, que aseguraban ser unos impos-

Biblioteca Nacional de España

tores aquellos Persas, y pedían les sometiesen al tormento; y habiéndolo hecho así, la violencia de los dolores les hizo confesar la verdad. De esta manera, según refieren algunos, fué engañado Juliano. Otros dicen que, desesperando de apoderarse de Ctesifonte, á causa de sus fortificaciones y á causa también de que su ejército carecía de víveres, decidió retirarse; añadiendo que, cuando se retiraba, los Persas le atacaron por la espalda y le pusieron en desorden. Los Galos, que formaban la retaguardia para sostenerle, demostraron su valor en aquel combate y mataron considerable número, no solamente de soldados, sino que también de jefes persas. Pero hostigados al fin los Romanos por el hambre, y desconociendo por completo el terreno, sin saber Juliano lo que hacía, tomó el camino de las montañas. Atacándole en el acto los Persas, la suerte de las armas fué muy diferente, quedando derrotada el ala derecha de los Romanos y victoriosa la izquierda. Acudiendo Juliano en socorro de los que se veían estrechados por el enemigo, no pudiendo soportar el calor del sol ni el peso de la coraza, se la quitó y fué herido de un flechazo en el costado. Dícese que se levantó tan fuerte viento, y que el aire quedó obscurecido por tan prodigiosa nube de polvo que los dos ejércitos habían levantado, que no podían verse, é ignorando cada cual lo que hacía y dónde se encontraba, no pudo observarse de dónde partió la flecha que hirió al Emperador; hasta el punto de que se ignora todavía si la lanzó un Romano, un Persa ó si la envió el cielo. Los que creen esto último, dicen que Juliano recibió en el hueco de la mano algunas gotas de su sangre, y, arrojándolas al aire, dijo: «Toma, Nazareno, ahí tienes para saciarte.» Con tan sangrienta muerte terminó su criminal vida, no durando más que dos años su reinado. Los soldados llevaron su cuerpo á Tarso, enterrándole allí. En su tumba escribieron un epitafio, cuyo sentido es el siguiente, sobre poco más ó menos: «Juliano, príncipe amado por sus súbditos y temido por sus enemigos, yace aquí en las orillas del Cydno, donde le detu-

Biblioteca Nacional de España

vieron las aguas del Eufrates y las armas de los Persas.»

Más adelante se sacó de allí su cadáver y lo llevaron á Constantinopla. Su deseo de gloria era insaciable, y se alababa hasta de las cosas más pequeñas. Sufría gustoso que sus amigos le advirtiesen sus defectos; era hábil en toda clase de ciencias, y especialmente en las más ocultas; era tan sobrio que nunca escupía ni tenía eructos, y acostumbraba decir que el filósofo debía vivir con tanta moderación que casi debía abstenerse de respirar. Dícese que en Antioquía vió en sueños á un joven de rubia cabellera, que le predijo moriría en Frigia: por esta razón, cuando se sintió herido, preguntó el nombre del paraje donde se encontraba, y habiéndole respondido que se llamaba Frigia, exclamó: «¡Oh sol, has perdido á Juliano!» También se dice que en el mismo día en que ocurrió su muerte, se supo en Antioquía. Preténdese que un hombre del país, que tenía cargo en la judicatura y profesaba la misma religión que Juliano, vió una multitud de estrellas, cuya reunión formaba estas palabras: «Hoy es muerto Juliano en Persia»; visión que dió por resultado la conversión de aquel juez. En último caso, Juliano sucumbió de la manera dicha á la edad de treinta y un años.

JOVIANO.

Para ocupar el trono, vacante por la muerte de Juliano, eligieron al tribuno Joviano, varón piadoso, hijo de Verroniano. Al principio rechazó la autoridad que le conferían, y cuando le preguntaron la razón exclamó: «Soy cristiano y no quiero mandar á paganos.» Habiendo exclamado entonces los soldados á una voz, y como si estuviesen de acuerdo, que ellos eran cristianos también, aceptó el cargo de emperador y ajustó con los Persas un tratado poco honroso, pero que las circunstancias hacían

Biblioteca Nacional de España

necesario. Cedióles dos ciudades famosas, Nisiba y Singara, y trasladó á otros puntos los habitantes, quienes estrechados por la violencia del dolor, le hablaron en términos muy diferentes del respeto que le debían. Abandonó á los Persas provincias y derechos que de muy antiguo pertenecían á los Romanos, y cuando por ambas partes se cambiaron los rehenes, partieron los Romanos de regreso á su país. Durante su viaje experimentaron grandes molestias, viéndose muy apurados por el hambre y la sed.

Habiendo regresado Joviano á Antioquía, después de grandes trabajos, llamó á todos los cristianos desterrados durante el reinado anterior, y principalmente á Atanasio, el célebre obispo de Alejandría. De Antioquía marchó á Tarso, donde mandó decorar la tumba de Juliano. Pasó después á Ancira, ciudad de Galacia y de allí á Dadastano, que solamente dista una jornada donde murió repentinamente. Dicen algunos que ocurrió esto por haber comido setas venenosa, porque solamente comía cosas muy ordinarias; otros aseguran que habiendo pasado la noche en una casa nueva, en la que le habían encendido considerable cantidad de carbón á causa del rigor del frío, el calor del fuego hizo brotar de la cal tal cantidad de vapores, que se asfixió durante el sueño. Añádese también que había bebido con exceso, y que era muy aficionado al vino. Su esposa la Emperatriz y su hijo Verroniano, que habían partido con magnífica comitiva para reunirse con él, no pudieron llegar antes de su muerte. Afligidos los soldados por esta desgracia, se reunieron en Nicea para deliberar acerca de la elección de emperador, proponiéndose á muchos para esta elevada dignidad.

Salustio, prefecto del Pretorio, obtuvo considerable número de votos; pero se excusó con su edad de aceptar el cargo; y cuando se lo ofrecieron para su hijo, replicó que era demasiado joven y carecía de experiencia. En seguida nombró á Valentiniano, aunque ausente, y el voto del ejército confirmó su elección. Joviano tuvo siem-

Biblioteca Nacional de España

pre buenos sentimientos en lo concerniente á la religión, siendo su carácter generoso y benéfico. No careció de defectos, siendo muy afecto al vino y dado á los placeres. Su estatura era elevada, y tuvo algún conocimiento de las ciencias. Un día en que, en su calidad de tribuno, seguía al emperador Juliano, que subía á una altura, le pisó la orilla del manto, hecho que Juliano consideró como presagio de que sería su sucesor, diciendo en el acto: «¡Plegue al cielo que lo seas!» Reinó poco menos de ocho meses: llevaron su cuerpo á Constantinopla, enterrándolo en la iglesia de los Santos Apóstoles, donde también se colocó más adelante el de su esposa Carito. Vivió treinta y tres años.

FIN DE LA HISTORIA AUGUSTA.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA ROMANA.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA ROMANA

POR

EUTROPIO

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL LATÍN

POR

D. FRANCISGO NAVARRO Y CALVO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

NOTICIAS BIOGRÁFICAS ACERCA DE EUTROPIO.

Nada se sabría de la vida de Eutropio, si él mismo no hubiese dicho que formó parte de la expedición de Juliano contra los Persas en el año 362 de J. C., y si copias manuscritas de su obra no le diesen el título de *clarísimo* y de *consular*, con lo que se demuestra que llegó á las primeras dignidades de la República. Por esta razón se cree es el mismo que en el año 373 fué procónsul del Asia, y prefecto del Pretorio en el 380.

Generalmente se dan á este escritor los nombres de Flavio Eutropio, pero se ignora el punto de su nacimiento. Dicen algunos que tenía posesiones en las cercanías de Auch, en la Galia, pero esto no decide la cuestión de su origen. Dícese que fué secretario del emperador Constantino; y admitiendo además que á él iban dirigidas algunas cartas de Symmaco y de San Gregorio Nacianceno, que le llamaba el Grande Eutropio, se habrá reunido todo lo que se sabe acerca de la vida de este escritor.

Juzgando por su nombre, créese que fué griego, y que

Biblioteca Nacional de España

al llamarle Suidas italiano, solamente se quiso expresar que Eutropio escribió en latín. Pudiéndose suponer que no nació romano, porque en ningún pasaje de sus libros dice *nuestro* ejército, *nuestros* cónsules, etc....., como los demás historiadores y como su contemporáneo Rufo.

Según estos datos, Eutropio debió nacer hacia el año 316 de la era cristiana, bajo el reinado de Constantino. En la época de la fundación de Constantinopla (329) debía tener trece años; veinte cuando fué secretario de Constantino, á últimos de su reinado; cuarenta y seis cuando siguió á Juliano á Persia, probablemente con algún mando; cincuenta y siete cuando Valente le retiró el gobierno del Asia, en 373, después de dárselo no se sabe en qué época; sesenta y cuatro ó sesenta cinco, cuando le nombró Teodosio prefecto del Pretorio, en 380 ó 381, si es verdaderamente este autor el Eutropio que vivía en aquella época.

También presenció Eutropio los últimos triunfos del Imperio bajo el reinado de Juliano, y el definitivo repartimiento que se hizo bajo los dos hermanos Valentiniano y Valente; y en fin, la grande invasión de los bárbaros, detenidos largo tiempo en las fronteras y apenas contenidos por Teodosio. Pero murió sin ver las últimas desgracias del Imperio, y pudo escribir la historia creyéndole eterno.

Parece que escribió un libro por indicaciones y ruegos de Valente, emperador de Oriente, desprovisto por completo de conocimientos literarios, porque no era raro en aquella época que ocupasen el trono ignorantes como

Biblioteca Nacional de España

Vetranión, que, según asegura el mismo Eutropio, no sabía leer. Pero Valente quería instruirse y se complacía en escuchar á los primeros oradores de su tiempo, especialmente á los griegos Themistio y Libanio, que le hablaban en latín, porque el Emperador no conocía el griego, lengua de una parte de los pueblos que había de gobernar. Tal vez por la misma razón Eutropio, que probablemente era griego, escribió su obra en latín. Compúsola á fines del año 369, después de la victoria de Valente sobre los Godos, como puede deducirse por el epíteto de Gótico que da á aquel príncipe, según algunos manuscritos.

Ya había aparecido este libro cuando Valente llamó á Eutropio al gobierno del Asia, uno de los principales cargos del Imperio. Nada se sabe de su conducta en aquel gobierno. En el año 373 fué destituído como cómplice en una conspiración tramada por un tal Teodoro, secretario de Valente; conspiración que sirvió de pretexto para horrible persecución. Dice Ammiano que se juzgó á Eutropio, pero que quedó absuelto, gracias al valor del filósofo Pasifilo, á quien nada pudo arrancar la tortura contra él. Sin embargo, se le despojó de su cargo y se le otorgó al historiador Rufo, que se distinguió en aquel gobierno por sus extraordinarias crueldades. El historiador Eunapio dice que Eutropio fué procónsul hasta el año 379, en que subió Teodosio al trono, y que abrazando entonces el paganismo, del que había sido enemigo, murió repentinamente el 30 de Diciembre de aquel mismo año.

Biblioteca Nacional de España

La única obra que se conoce de Eutropio es el *Compendio de la Historia Romana*, en diez libros, desde la fundación de Roma hasta el imperio de Joviano. Al final de esta obra ofrece otra «que escribirá con más cuidado»; pero si la escribió, no ha llegado hasta nosotros.

Casi todos los críticos convienen en alabar en la obra de Eutropio el estilo sencillo, claro y rápido. Es el compendio más corto de la historia romana, y en él se encuentran hechos que en vano se buscarían en otra parte.

En su tiempo obtuvo mucho éxito la obra de Eutropio, traduciéndola al griego Capitón de Licia, autor de muchos libros, y Peanio, cuya traducción es la única que se conserva.

Biblioteca Nacional de España

COMPENDIO DE LA HISTORIA ROMANA,

POR EUTROPIO.

AL MÁXIMO EMPERADOR VALENTE, PERPETUAMENTE AUGUSTO.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

Fundación de Roma por Rómulo.—Los siete reyes de Roma, su carácter, reglamentos y hazañas.—Cambia la forma de gobierno después de la expulsión de Tarquino el Sobercio, último rey de Roma; establecimiento del Consulado.—Guerra de Tarquino el Soberbio contra los Romanos.—Porsena, rey de los Etruscos, auxiliar de Tarquino.—Guerra contra los Sabinos.—Origen de la dictadura.—Sublevación del pueblo.—Origen del poder tribunicio.—Victoria alcanzada por los Volscos, que vencidos antes por Tarquino el Soberbio, habían comenzado otra vez la guerra.—Coriolano, expulsado de Roma, marcha contra la ciudad al frente de los Volscos, y se retira desarmado por las lágrimas y ruegos de su madre y su esposa.—La familia Fabia sostiene sola la guerra con los Veyos y queda destruída.—Conducta y hazañas del dictador Quincio Cincinato.—Poder de los decenviros.—Guerra contra los Fidenatos, Veyos y Volscos.—Guerra contra los Galos.

El Imperio romano, que en su origen fué el más pequeño del mundo, y después el más grande que los hom-

Biblioteca Nacional de España

bres pueden recordar, fué fundado por Rómulo, hijo de la vestal Rea Silvia y, según se cree, de Marte, y que nació en el mismo parto con su hermano Remo. Después de ejercer el oficio de bandolero entre los pastores, fundó á la edad de diez y ocho años una ciudad pequeña en el monte Palatino, el XI de las kalendas de Mayo, en el año tercero de la Olimpiada sexta, y según la tradición, en el 394, poco más ó menos, después de la ruina de Troya.

Fundada la ciudad que de su nombre llamó Roma, hizo lo siguiente: Recibió en ella como ciudadanos á multitud de extranjeros de las cercanías; en seguida eligió ciento de los más ancianos, á cuyos consejos debia sujetar en todo su conducta, y les dió el nombre de senadores á causa de su edad (1). Como su pueblo carecía de mujeres, invitó al espectáculo de sus juegos á los pueblos vecinos de Roma, y mandó arrebatar á las jóvenes. Esta violencia le suscitó enemigos por todas partes, y venció á los Ceninianos, Antennatos, Crustuminos, Sabinos, Fidenatos y Veyos, cuyas ciudades rodean la de Roma. De repente desapareció durante una tempestad en el año treinta y siete de su reinado; creyóse por esto que había subido á la sede de los dioses, y se le contó entre ellos. Cada senador mandó entonces durante cinco días en Roma, y el interregno duró un año.

En seguida fué creado rey Numa Pompilio, que no hizo ninguna guerra, pero que no fué menos útil al Estado que Rómulo, porque dió leyes y costumbres á los Romanos, á quienes su guerrero ardimiento hacia pasar por bandidos y casi por bárbaros. Asignó doce meses al año, en el que la falta de regla fija había introducido confusión, debiéndole también Roma considerable número de templos y de ceremonias religiosas. Murió de enfermedad en el año cuarenta y tres de su reinado.

Sucedió á éste Tulo Hostilio, que comenzó de nuevo

(1) *Senex*, anciano, *senator*.

Biblioteca Nacional de España

las guerras y venció á los Albanos, que se encuentran á doce millas de Roma; también sometió los Veyos y á los Fidenatos, de los que unos están á seis millas de Roma y los otros á diez y ocho. Ensanchó la ciudad, añadiéndole el monte Celio. Después de reinar treinta y dos años, le mató un rayo que lo consumió con su casa.

Después viene Anco Marcio, nieto de Numa por la hija de éste. Hizo guerra á los Latinos. Unió á la ciudad los montes Aventino y Janículo, y fundó otra en la desembocadura del Tíber, en las orillas del mar, á diez y seis millas de Roma. Murió de enfermedad, en el año veinticuatro de su reinado.

En seguida recibió el reino Tarquino el Viejo. Duplicó el número de senadores, construyó el circo de Roma y estableció los juegos romanos, que todavía subsisten. También venció á los Sabinos, cogiéndoles considerable extensión de terreno, que reunió al de los Romanos, y fué el primero que entró en Roma con los honores del triunfo. Construyó murallas y cloacas, y dió comienzo al Capitolio. Pereció en el año treinta y ocho de su reinado, por el crimen de los hijos de Anco, rey á quien él sucedió.

Después de éste ocupó el trono Servio Tulio, nacido de madre noble, pero cautiva y reducida á la servidumbre. También sometió á los Sabinos; añadió tres montes á la ciudad, el Quirinal, Viminal y Esquilino, y rodeó de fosos las murallas. Este fué el primero que estableció el censo, que todavía no conocía ningún pueblo de la tierra. El recuento general que se realizó bajo su reinado arrojó ochenta y tres mil ciudadanos romanos, comprendiendo los de los campos. En el año cuarenta y cinco de su reinado pereció por el crimen de su yerno Tarquino, hijo del rey á quien había sucedido, y por el de su propia hija, esposa de Tarquino.

Lucio Tarquino el Soberbio, séptimo y último rey, venció á los Volscos, pueblos vecinos de Roma, en el camino de la Campania. Apoderóse de Gabias y de Suesa Pomecia; ajustó paz con los Toscanos y construyó un

Biblioteca Nacional de España

templo á Júpiter en el Capitolio. Pero mientras sitiaba á Ardea, ciudad situada á diez y ocho millas de Roma, perdió el trono. Porque habiendo el menor de sus hijos, llamado también Tarquino, deshonrado á Lucrecia, mujer nobilísima y muy virtuosa, casada con Colatino, quejóse de aquel ultraje á su esposo, á su padre y amigos, y se mató delante de ellos. Entonces Bruto, pariente de Tarquino, sublevó al pueblo y arrojó del trono á Tarquino. Muy poco después, el ejército que sitiaba con el rey la ciudad de Ardea, le abandonó; y cuando regresó á Roma, no pudo entrar, porque le cerraron las puertas; teniendo que huir con su esposa é hijos, después de haber reinado veinticinco años. Así, pues, durante doscientos cuarenta y tres años, gobernaron á Roma siete reyes, y en esta época apenas poseyó, contándolo todo, quince millas de territorio.

En seguida crearon, en vez de un solo rey, dos cónsules, con objeto de que si se conducía mal uno, lo contuviese el otro revestido de igual autoridad. Cuidóse también de reducir á un año el término de su poder, por temor de que mayor tiempo de autoridad les hiciese insolentes; peligro que se evitaba con la seguridad de volver, pasado un año, á la condición privada. En el primer año que siguió á la expulsión de los reyes (1), fueron cónsules L. Junio Bruto, principal autor de la deposición de Tarquino, y Tarquino Colatino, esposo de Lucrecia. Pero á éste le despojaron en seguida de su autoridad, porque no se quiso quedase en Roma nadie que llevara el nombre de Tarquino. Salió, pues, con todo su caudal que le dejaron, siendo nombrado cónsul en su lugar Valerio Publícola. El rey Tarquino, expulsado de Roma, promovió una guerra contra la ciudad, y, al frente de muchos pueblos reunidos, combatió para reconquistar el reino.

En la primera batalla, el cónsul Bruto y Aruns, hijo

(1) Año de Roma 245.

Biblioteca Nacional de España

de Tarquino, se mataron mutuamente, quedando vencedores los Romanos. Las matronas romanas llevaron durante un año luto por el Cónsul, defensor de su virtud y, por decirlo así, su padre común (1). Valerio Publícola tomó por colega á Sp. Lucrecio Tricipitino, padre de Lucrecia; y habiendo muerto éste á consecuencia de una enfermedad, eligió para el mismo cargo á Horacio Pulvilo. Hubo, por consiguiente, cinco cónsules en el primer año, por haber salido de Roma Tarquino Colatino, á causa de su nombre, habiendo sucumbido Bruto en la batalla y habiendo muerto de enfermedad Sp. Lucrecio.

En el segundo año, ayudado Tarquino por Porsena, rey de Toscana, hizo nueva guerra á los Romanos para reconquistar el trono, estando á punto de apoderarse de Roma. Pero quedó vencido otra vez (2). En el año tercero después de la expulsion de los reyes, no pudiendo Tarquino reconquistar el poder, y viéndose privado del auxilio de Porsena, que había ajustado paz con los Romanos, se retiró á Túsculum, ciudad cercana de Roma, viviendo allí catorce años con su esposa como simple particular En el cuarto año después de la deposición de los reyes, los Sabinos hicieron guerra á los Romanos, pero quedaron vencidos y su derrota dió lugar á un triunfo. En el quinto año murió Valerio, el colega de Bruto en el consulado, que había ejercido cuatro veces. Tan pobre estaba, que el pueblo, por medio de cuestación voluntaria, atendió á los gastos de su sepultura. Las matronas romanas le lloraron durante un año, como á Bruto.

En el año noveno después de la expulsión de los reyes, habiendo reunido el yerno de Tarquino un ejército formidable para vengar el ultraje inferido á su suegro, creóse en Roma una dignidad nueva, llamada dictadura, superior al consulado (3). En el mismo año se nombró

(1) Año de Roma 246.
(2) Año de Roma 247.
(3) Año de Roma 254.

Biblioteca Nacional de España

un jefe de los caballeros (*magister equitum*), sometido á las órdenes del dictador. Ninguna dignidad se parece más que esta dictadura antigua al poder imperial de que tu Serenidad se encuentra actualmente investido, puesto que Augusto Octaviano, de quien hablaremos más adelante, y antes que él Cayo César, reinaron con el nombre de dictadores. El primer dictador de Roma fué Larcio, y el primer jefe de Caballeros Sp. Cassio.

En el año diez y seis después de la expulsión de los reyes (1), promovió una sedición el pueblo de Roma, alegando que le oprimían el Senado y los Cónsules. Entonces creó por sí mismo los tribunos del pueblo, haciendo de ellos sus jueces y defensores, que debían protegerle contra los cónsules y el Senado.

En el año siguiente los Volscos comenzaron de nuevo la guerra, y vencidos en una batalla, perdieron á Coriolos, su ciudad más importante.

Diez y ocho años después de la expulsión de los reyes (2), fué desterrado de Roma Q. Marcio, general de los Romanos. Este era quien se apoderó de Coriolos, ciudad de los Volscos. Retiróse muy ofendido con aquel pueblo y recibió auxilios contra los Romanos, á quienes derrotó varias veces. Avanzó hasta cinco millas de Roma, y hubiese puesto sitio á su patria, cuyos legados había despedido rechazando sus proposiciones de paz, si su madre Veturia y su esposa Volumnia no hubieran acudido á suplicarle. Vencido por sus lágrimas y ruegos, retiró sus tropas. Después de Tarquino, éste fué el segundo romano que llevó un ejército contra Roma.

Bajo el consulado de Cesón Fabio y de Tito Virginio (3), trescientos ciudadanos nobles de la familia Fabia se encargaron de sostener solos la guerra con los Veyos, prometiendo al Senado y al pueblo terminarla con sus propios recursos. Dejaron marchar á aquellos ilustres

(1) Año de Roma 260.
(2) Año de Roma 263.
(3) Año de Roma 275.

Biblioteca Nacional de España

soldados, digno cada uno de ser jefe de poderoso ejército, y todos perecieron combatiendo. De aquella numerosa familia uno solo sobrevivió, que por su corta edad no pudo marchar al combate. Después de esto se hizo en Roma el censo de los ciudadanos, resultando ciento diez y nueve mil trescientos diez y nueve.

Al año siguiente, rodeado el ejército romano en el monte Algido, á unas doce millas de Roma, nombraron dictador á L. Quinccio Cincinato (1), quien poseía un campo de cuatro yugadas, que cultivaba con sus manos. Por esta razón le encontraron labrando la tierra; secóse el sudor y revistió la toga pretexta. Destrozó al enemigo y libertó el ejército.

Trescientos un año después de la fundación de Roma, cesó el poder consular, y en vez de dos cónsules, revistióse de la autoridad soberana á diez magistrados, que tomaron el nombre de decenviros (2). Estos se condujeron bien durante el primer año; pero en el segundo, uno de ellos, Appio Claudio, quiso deshonrar á una joven, cuyo padre, llamado Virginio, servía honrosamente en el ejército que había frente á los Latinos en el monte Algido. Su padre la mató para sustraerla á las violencias del decenviro, y regresando al lado de sus compañeros de armas, promovió una sedición. Los decenviros fueron despojados de su autoridad y condenados.

En el año 315 de Roma, los Fidenatos, teniendo por auxiliares á los Veyos con su rey Tolumnio, se sublevaron contra los Romanos. Tan próximos á Roma están estos dos pueblos, que Fidenas solamente dista seis millas y Veyas diez y ocho. A éstos se unieron también los Volscos (3), pero les vencieron el dictador Mamerco Emilio y su jefe de caballeros L. Quinccio Cin-

(1) Año de Roma 296.
(2) Año de Roma 303.
(3) Muchos historiadores nombran á los Faliscos y no á los Volscos.

Biblioteca Nacional de España

cinato; perdiendo á su rey. Apoderáronse de Fidenas y la arrasaron (1).

Veinte años después se sublevaron los Veyos (2). Contra ellos enviaron al dictador Furio Camilo, que primeramente les venció en batalla campal, y, después de largo sitio, se apoderó de su capital, la ciudad más antigua y rica de Italia (3). En seguida se apoderó de la capital de los Faliscos, ciudad tan famosa como la anterior (4); pero se le acusó de haber distribuído mal el botín, y condenado por ello, fué expulsado de la República. Poco después marcharon contra Roma los Galos Senones (5), y á once millas de la ciudad, cerca del río Alia, vencieron á los Romanos, persiguiéndoles y apoderándose de Roma. Solamente pudieron los Romanos defender el Capitolio, al que los Galos tuvieron sitiado por mucho tiempo; y ya estrechaba el hambre á los Romanos, cuando Camilo, desterrado en una ciudad vecina, se arrojó sobre ellos, haciéndoles experimentar sangrienta derrota (6).

Después de recibir oro para levantar el sitio del Capitolio, se retiraron: pero Camilo, que les seguía, hizo tal mortandad en ellos, que les recogió el oro que les habían dado y todas las enseñas militares de que se habían apoderado. Por tercera vez entró triunfante en Roma, siendo llamado el segundo Rómulo, como si él mismo hubiese fundado la ciudad.

---

(1) Año de Roma 328.
(2) Año de Roma 349.
(3) Año de Roma 359.
(4) Año de Roma 360.
(5) Año de Roma 364.
(6) Año de Roma 365.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Créanse tribunos militares con autoridad consular, en vez de los dos cónsules —Victorias de Camilo sobre los Volscos, los Equos y los Sutrinos.—Victoria de Quinccio Cincinato sobre los Prenestinos.—Quedan reemplazados por los cónsules los tribunos militares.—Muerte de Camilo, su elogio.—Son puestos en fuga los Galos, que se habían lanzado sobre Italia.—Nuevo censo.—M. Valerio Corvo mata á un galo en singular combate.—Guerra contra los Latinos.—Los Samnitas experimentan una serie de derrotas, que ponen fin á aquella larga guerra.—Victoria conseguida contra los Galos, sus aliados los Toscanos y los Samnitas.—Guerra contra Tarento, Pirro, rey de Epiro, y muchos pueblos de Italia aliados suyos.—Ptolomeo, rey de Egipto, envía legados á Roma.—Derrota de los Picentinos.—Derrota de los Salentinos.—Censo de los ciudadanos.—Primera guerra púnica.

En el año 365 de la fundación de Roma, y el primero después que los Galos se apoderaron de ella, cambiaron las magistraturas, y, en vez de cónsules, crearon los tribunos militares, investidos con la autoridad consular. De esta época data el aumento de la República. En efecto, en este año redujo Camilo la capital de los Volscos, que había sostenido la guerra durante setenta años. También se apoderó de la capital de los Equos y de la de los Sutrinos, cuyo ejército había destruído por completo, siendo honrado con tres triunfos á la vez.

De la misma manera Tito Quinccio Cincinato rechazó á los Prenestinos (1), que habían traído la guerra hasta

(1) Año de Roma 375.

Biblioteca Nacional de España

las puertas de Roma, y les venció cerca del río Alia. Añadió ocho ciudades suyas al territorio romano, y marchó á atacar á Prenesto, cuya sumisión recibió, consiguiendo todas estas victorias en veinte días, mereciendo el triunfo por ellas.

Pero no duró mucho la dignidad de los tribunos militares. Poco tiempo después de haberla establecido (1), se decidió su abolición, pasando cuatro años sin magistrados superiores. Sin embargo, los tribunos militares recobraron sus funciones con la autoridad consular (2), subsistiendo todavía durante tres años esta institucion, pasados los cuales se nombró nuevamente cónsules (3).

Bajo el consulado de L. Genucio y Q. Servilio, murió Camilo, siendo honrado como el segundo Rómulo.

T. Quinccio, nombrado dictador, fué enviado contra los Galos, que habían penetrado en Italia (4), deteniéndose á cuatro millas de Roma, al otro lado del río Anio. Allí, uno de los senadores más nobles, el joven T. Manlio, provocado por un galo á combate singular, avanzó contra él, le mató, le quitó el collar de oro, y, habiéndoselo colocado en el cuello, llevó desde entonces el nombre de Torcuato, que transmitió á sus descendientes. Los Galos fueron derrotados, y casi en seguida, vencidos otra vez por el dictador C. Sulpicio. Poco tiempo después C. Marcio venció á los Toscanos, cogiéndoles ocho mil prisioneros, que sirvieron de ornamento á su triunfo.

Otra vez se hizo el censo (5). Como los Latinos, sometidos por los Romanos, rehusaban suministrarles soldados, éstos hicieron nuevas levas en su propio territorio, y formaron diez legiones (6). Esta medida elevó el ejército á más de sesenta mil hombres; tanta energía desplegaba para la guerra la República, débil aún. Aquel

(1) Año de Roma 379.
(2) Año de Roma 383.
(3) Año de Roma 387.
(4) Año de Roma 394.
(5) Año de Roma 404.
(6) Año de Roma 406.

Biblioteca Nacional de España

ejército, al mando de L. Furio, marchó contra los Galos; y habiendo retado uno de ellos al que se tuviere por más valiente de los Romanos, el tribuno de los soldados M. Valerio se ofreció á la pelea. Cuando avanzaba completamente armado, posóse un cuervo sobre su brazo derecho, y durante el combate con su enemigo, el mismo cuervo hería al galo en el rostro con las alas y las uñas, para impedirle que viera á su adversario. El galo quedó vencido por el tribuno Valerio, que no consiguió solamente una victoria, sino también un sobrenombre, el de Corvo (1); y á causa de esta hazaña fué creado Cónsul á la edad de veintitrés años.

Los Latinos, que se habían negado á suministrar soldados, mostraron otra pretensión, pidiendo que de los dos cónsules se eligiese uno entre ellos y otro entre los Romanos (2). Rechazada esta petición, hubo que hacerles guerra. Venciéronles en empeñada batalla, y su derrota dió ocasión á nuevo triunfo (3). En recompensa de la victoria, se alzaron dos estatuas á los cónsules en el foro. En este mismo año fundó Alejandría Alejandro de Macedonia (4).

Desde esta época comenzaron á ser poderosos los Romanos. En efecto, hacían la guerra á cerca de ciento treinta millas de Roma, en el territorio de los Samnitas, situado entre el Piceno, la Campania y la Apulia. L. Papirio Cursor, partió para esta guerra con el título de dictador (5). Obligado á volver á Roma, dejó el mando del ejército á Q. Fabio Máximo, jefe de los caballeros, prohibiéndole combatir en su ausencia. Éste, aprovechando una ocasión favorable, alcanzó completa victoria sobre los Samnitas, y el dictador le condenó á muerte por haber combatido á pesar de su prohibición; pero le sal-

(1) De *corvus*, cuervo.
(2) Año de Roma 413.
(3) Año de Roma 416.
(4) Año de Roma 422.
(5) Año de Roma 430.

Biblioteca Nacional de España

varon los soldados y el pueblo, cuyo favor se había captado y que había promovido tal sedición contra Papirio, que estuvo á punto de perecer.

Poco tiempo después (1), siendo cónsules T. Veturio y Sp. Postumio, los Samnitas hicieron experimentar á los Romanos vergonzosa derrota en las gargantas de las Horcas Caudinas, donde les habían encerrado y les hicieron pasar bajo el yugo. Pero el Senado y el pueblo rompieron el tratado de paz que la necesidad había hecho ajustar con ellos. El cónsul L. Papirio venció en seguida á los Samnitas (2), pasando á su vez bajo el yugo siete mil de estos, triunfando Papirio de aquel pueblo. Por la misma época el censor Appio Claudio hizo construir el acueducto llamado Claudiano y pavimentar la vía Appia (3). Habiendo comenzado de nuevo la guerra los Samnitas, vencieron á L. Fabio Máximo y le mataron tres mil hombres (4). Habiéndole dado en seguida por lugarteniente á su padre Fabio Máximo, venció á los Samnitas y les quitó muchas ciudades. En fin, los cónsules P. Cornelio Rufino y Manio Curio Dentato, enviados contra los Samnitas, les derrotaron en grandes batallas, terminando de este modo la guerra, que había durado cuarenta y nueve años. De todos los enemigos que habían combatido en Italia, ninguno había fatigado más el valor romano.

Pasados algunos años, los Galos se unieron otra vez con los Toscanos y los Samnitas contra los Romanos. Pero cuando avanzaban contra Roma el cónsul Cn. Cornelio Dolabela les destrozó (5).

Por este mismo tiempo se declaró la guerra á los Tarentinos, que se encuentran en el extremo de Italia, y que habían injuriado gravemente á los legados de Roma.

---

(1) Año de Roma 433.
(2) Año de Roma 434.
(3) Año de Roma 442.
(4) Año de Roma 462.
(5) Año de Roma 471.

Biblioteca Nacional de España

Los Tarentinos imploraron contra los Romanos el socorro de Pirro, rey de Epiro, cuyo origen remontaba á Aquiles. Este príncipe pasó á Italia, y entonces combatieron por primera vez los Romanos con un enemigo venido del otro lado de los mares. Contra él enviaron á P. Valerio Levino, que, habiendo cogido espías de Pirro, les hizo llevar al campamento, les mostró todo el ejército, y les despidió para que informasen al Rey de cuanto habían visto. Poco después trabó la batalla; y Pirro, que ya huía, quedó, sin embargo, vencedor, gracias al terror que causaron á los Romanos los elefantes, que todavía les eran desconocidos. La noche puso fin al combate, aprovechándola Levino para huir, apoderándose Pirro de mil ochocientos Romanos, á quienes trató con muchas consideraciones: tambien hizo enterrar los muertos. Viendo que todos habían sido heridos por delante, y que ni la misma muerte les había quitado su aspecto terrible, dícese que exclamó, levantando las manos al cielo, «que con tales soldados podía haberse apoderado del mundo».

Habiendo reunido en seguida Pirro á su ejército los Samnitas, los Lucanios y los Bruzos, marchó contra Roma, llevándolo todo á sangre y fuego (1). Devastó la Campania y llegó hasta Prenesto, á diez y ocho millas de Roma. Pero el temor del ejército romano, que le seguía con el cónsul, le obligó muy pronto á retirarse á la Campania. Enviáronle legado para tratar del rescate de los prisioneros, y los recibió honrosamente, enviando los cautivos sin rescate. Tal estimación experimentó por Fabricio, uno de aquellos legados, que, enterado de que era pobre, para atraérsele, le ofreció la cuarta parte de su reino; pero Fabricio despreció el ofrecimiento. Por esta razón, penetrado Pirro de profunda admiración por los Romanos, les envió como legado para tratar de la paz bajo condiciones honrosas al varón más distinguido de

(1) Año de Roma 474.

Biblioteca Nacional de España

sus Estados, llamado Cineas, pero reservándose la parte de Italia de que ya se había apoderado.

No se aceptó la paz, y el Senado hizo contestar á Pirro que no era posible la paz con los Romanos mientras no saliese de Italia. Entonces se decretó que todos los prisioneros devueltos por Pirro serían tenidos por infames, por haber sido cogidos con las armas en la mano, y que no se les rehabilitaría hasta que presentasen los despojos de dos enemigos muertos por su mano. De esta manera regresó el legado de Pirro. Habiéndole preguntado el príncipe «qué le había parecido Roma», le contestó Cineas «que había visto la patria de los reyes: es decir, que allí casi todos los hombres le habían parecido tan grandes como le parecía Pirro únicamente en el Epiro y en el resto de la Grecia». Enviaron contra Pirro con un ejército á los cónsules P. Sulpicio y Decio Mus (1). En la batalla que se dió, fué herido Pirro, muertos sus elefantes y destrozados veinte mil enemigos: siendo la pérdida por parte de los Romanos de cinco mil hombres. Pirro huyó á Tarento.

Un año después enviaron contra él á Fabricio, aquel mismo legado á quien no pudo corromper con la promesa de la cuarta parte de su reino. Como estaban inmediatos los dos campamentos, el médico de Pirro fué de noche á ofrecer á Fabricio envenenar al Rey, esperando recompensa. Fabricio mandó que lo entregasen cargado de cadenas á su señor, y enteró á Pirro de las criminales intenciones de su médico. Admirado el Rey, dijo entonces: «Reconozco en esto á Fabricio, que se separaría con más dificultad del sendero del honor, que el sol de su carrera.» El Rey marchó en seguida hacia Sicilia: y Fabricio, habiendo vencido á los Samnitas y Lucanos, obtuvo los honores del triunfo. Después fueron enviados contra Pirro los cónsules Curio Dentato y Cornelio Lentulo (2). Curio le libró batalla, destrozó su ejército, le obligó á huir á

(1) Año de Roma 475.
(2) Año de Roma 479.

Biblioteca Nacional de España

Tarento y se apoderó de sus reales. Aquel dia quedaron sobre el campo de batalla veintitrés mil enemigos. Curio triunfó durante su consulado, siendo el primero que llevó cuatro elefantes á Roma. Pirro abandonó muy pronto á Tarento, y fué muerto en Argos, ciudad de Grecia.

Bajo el consulado de C. Fabio Licino y de C. Claudio Canina, en el cuatrocientos setenta y nueve de la fundación de Roma, vinieron á la ciudad legados de Alejandría, enviados por Ptolomeo, obteniendo la amistad del os Romanos, que pedían.

Bajo el consulado de Quinto Ogulio y de C. Fabio Pictor, promovieron guerra los Picentinos, siendo vencidos por los cónsules del año siguiente, P. Sempronio y Appio Claudio, siendo celebrada la derrota con un triunfo. Entonces fundaron los Romanos las ciudades de Arimino, en la Galia, y de Benevento, en el Samnio.

Bajo el consulado de M. Atilio Régulo y de L. Julio Libón, se declaró la guerra á los Salentinos, pueblo de la Apulia. Fueron derrotados y les tomaron la ciudad de Brindis, por lo que se celebró otro triunfo.

En el año cuatrocientos ochenta y ocho, Roma, cuyo nombre era ya famoso, no había llevado todavía sus armas fuera de Italia. Hízose el censo para conocer las fuerzas de los Romanos, y arrojó doscientos noventa y dos mil trescientos treinta y cuatro ciudadanos, aunque no había cesado nunca la guerra desde la fundación de Roma. Entonces se hizo por primera vez la guerra á los Africanos, bajo el consulado de Appio Claudio y Q. Fulvio, librándose la batalla en Sicilia. Appio Claudio triunfó de ellos y de Hierón, rey de Sicilia.

En el año siguiente, bajo el consulado de Valerio Máximo y de Manlio Otacilio, consiguieron los Romanos muchas victorias en Sicilia. Los Tauromenitanos, los Catanios y más de cincuenta ciudades les prestaron juramento de fidelidad. En el tercer año terminó la guerra en aquel país contra Hierón, obteniendo este príncipe, con toda la nobleza de Siracusa, la paz de los Romanos, dando dos talentos en dinero. Los Africanos fueron ven-

Biblioteca Nacional de España

cidos en Sicilia, y por segunda vez se celebró triunfo sobre ellos en Roma.

En el quinto año de la guerra púnica, sostenida con los Africanos, los Romanos, bajo los cónsules C. Duilio y Cn. Cornelio Asina, combatieron por primera vez en el mar, con naves de espolón, que llaman Liburnianas. El cónsul Cornelio fué sorprendido. Habiendo librado batalla Duilio, venció al jefe de los Cartagineses, le cogió treinta naves, echó á fondo catorce, hizo siete mil prisioneros y mató tres mil enemigos. No hubo victoria que produjese mayor regocijo á los Romanos, que, invencibles ya por tierra, se veian también poderosos en el mar.

Bajo el consulado de C. Aquilio Floro y de L. Escipión (1), este último devastó la Córcega y la Cerdeña, trajo muchos millares de cautivos y entró en triunfo en Roma.

Bajo el consulado de L. Manlio Vulson (2) y de M. Atilio Régulo, llevóse la guerra al Africa. Combatióse en el mar contra Amílcar, jefe de los Cartagineses, que quedó vencido, retirándose con pérdida de sesenta y cuatro naves: los Romanos perdieron veintidós. Habiendo pasado al Africa, recibieron la sumisión de Clypea, primera ciudad de aquella comarca. Los cónsules avanzaron hasta Cartago, y después de haber saqueado muchas ciudades, Manlio regresó victorioso á Roma, trayendo veintisiete mil prisioneros. Atilio Régulo quedó en Africa, y allí continuó la guerra, teniendo que luchar contra generales cartagineses, á quienes derrotó, matándoles diez y ocho mil hombres, haciendo cinco mil prisioneros, apoderándose de diez y ocho elefantes y reduciendo á su obediencia á setenta y cuatro ciudades. Vencidos los Cartagineses, pidieron la paz á los Romanos; pero no consintiendo en ella Régulo sino con durísimas condiciciones, solicitaron el socorro de los Lacedemonios, y, bajo el mando de Xanthippo, que éstos le

(1) Año de Roma 495.
(2) Año de Roma 498.

Biblioteca Nacional de España

enviaron, hicieron sufrir al general romano completa é irreparable derrota. De todo el ejército romano solamente quedaron dos mil hombres; quince mil cayeron prisioneros con su general Régulo, quedando muertos treinta mil, y siendo encadenado el mismo Régulo.

Bajo el consulado de M. Emilio Paulo y de Servio Julio Nobilior (1), los mismos cónsules marcharon juntos al Africa, con una flota de trescientas naves. Vencieron primeramente á los Africanos en una batalla naval. El cónsul Emilio echó á fondo cuarenta naves enemigas, cogió treinta con sus combatientes, mató ó hizo prisioneros quince mil hombres, y enriqueció á sus soldados con inmenso botín. Entonces hubiese quedado subyugada el Africa, si hambre horrible no hubiera obligado á retirarse al ejército. Regresando los cónsules con su flota victoriosa, naufragaron en las costas de Sicilia; siendo tan violenta la tempestad que les cogió, que de cuatrocientas sesenta y cuatro naves, apenas pudieron salvar ochenta. En ningún tiempo se había oído hablar de tamaño desastre marítimo. Los Romanos, sin embargo, equiparon en seguida doscientas naves, no abatiendo su valor en manera alguna aquel fracaso.

Los cónsules Cn. Servilio Cepión y C. Sempronio Bleso (2) pusieron rumbo al Africa con doscientas sesenta naves. Apoderáronse de algunas ciudades, pero también naufragaron cuando regresaban con rico botín. Inquietando á los Romanos aquella serie de desgracias, el Senado decretó que ya no se combatiría en el mar, y que solamente se conservarían sesenta naves para la guarda de Italia.

Bajo el consulado de L. Cecilio Metelo y de C. Furio Pacilo, Metelo derrotó en Sicilia al general de los Cartagineses (3), que avanzaba contra él con treinta elefantes y considerables fuerzas. Destrozó veinte mil enemigos,

(1) Año de Roma 499.
(2) Año de Roma 501.
(3) Asdrúbal, año de Roma 503.

Biblioteca Nacional de España

cogió veintiséis elefantes, y con ayuda de las auxiliares los Númidas, reunió los demás que andaban vagando por diferentes puntos, llevándolos todos con grande aparato á Roma; de manera que ciento treinta elefantes llenaban los caminos por donde pasaban.

Después de estos reveses, los Cartagineses pidieron á su prisionero Régulo que fuese á Roma para conseguir la paz con los Romanos y el canje de prisioneros. Cuando llegó á Roma y fué presentado en el Senado, no quiso hacer nada como Romano, y dijo: «que había dejado de serlo desde el día en que cayó prisionero de los Africanos.» Por esta razón se negó á los abrazos de su esposa, y aconsejó al Senado que no ajustase la paz con los Cartagineses, diciendo: «que extenuados éstos por tantas derrotas, no tenían ya recurso alguno, y que él mismo no era tan necesario que hubiesen de dar millares de prisioneros á cambio de un anciano y del corto número de Romanos que cogieron con él.» Siguióse el consejo y nadie quiso escuchar las proposiciones de paz de los Cartagineses.

Régulo volvió, pues, á Cartago, después de haber contestado al ofrecimiento que le hacían los Romanos de retenerle en Roma, que no permanecería en una ciudad donde, después de su cautiverio entre los Cartagineses, no podía tener la dignidad de honrado ciudadano. De regreso en Africa, murió entre horribles suplicios.

Bajo el consulado de P. Claudio Pulquer y de L. Junio, Claudio combatió á pesar de los auspicios, y quedó vencido por los Cartagineses. Tenía doscientas veinte naves y huyó con treinta, quedando en poder del enemigo noventa con sus combatientes, y echadas á fondo las demás. También perdió el otro cónsul su flota en un naufragio, aunque pudo salvar el ejército, gracias á la proximidad de la costa.

Bajo el consulado de C. Lutacio Catulo y de A. Postumio Albino, en el año vigésimotercio de la guerra púnica, se encargó á Catulo la dirección de la guerra contra los Cartagineses. Pasó á Sicilia con trescientas

Biblioteca Nacional de España

naves, y los Cartagineses le opusieron cuatrocientas. Nunca se había combatido en el mar con fuerzas tan considerables. Lutacio Catulo se embarcó, á pesar de encontrarse enfermo á consecuencia de una herida recibida en un combate anterior. Enfrente de Lilibea, ciudad de la Sicilia, dióse una batalla, en que los Romanos desplegaron admirable valor, tomando á los Cartagineses setenta y tres naves, echando á fondo ciento veinticinco, haciéndoles treinta y dos mil prisioneros, matando trece mil hombres y apoderándose de inmensa cantidad de oro y plata. La flota romana perdió doce naves, echadas á pique por el enemigo, librándose el combate el VI de los idus de Marzo. Los Cartagineses pidieron en seguida la paz y la obtuvieron. Devolvieron los prisioneros que habían hecho á los Romanos, y pidieron les permitieran rescatar los que los Romanos les habían hecho. El Senado mandó les entregasen sin rescate los que se guardaban en las cárceles públicas; pero á los que se encontraban en poder de particulares no les permitieron regresar á Cartago sino después de haber pagado rescate á sus amos, rescate que debía pagar el fisco, más bien que los mismos Cartagineses.

Los cónsules Q. Lutacio y A. Manlio (1) marcharon contra los Faliscos, cuya capital era en otro tiempo una de las ciudades más ricas de Italia. Los dos cónsules terminaron esta guerra en seis días; mataron quince mil hombres, y á los que quedaban les concedieron la paz, después de despojarles de la mitad de su territorio por los confines romanos.

---

(1) Año de Roma 513.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

Ptolomeo, rey de Egipto, rechaza el socorro de los Romanos contra Antíoco, rey de Siria.—Hierón, rey de Sicilia, asiste en Roma á los juegos públicos.—Guerra con los Ligurios.—Desvanécese el temor de otra guerra púnica.—Los Romanos se encuentran en paz con todos los pueblos.—Guerra de Iliria.—Derrota de los Galos en Italia.—Guerra de Istria; segunda guerra púnica.

Terminada la guerra púnica, después de veintitrés años de duración, los Romanos, cuya gloria era inmensa ya, enviaron legados á Ptolomeo, rey de Egipto, para ofrecerle socorros contra Antíoco, rey de Siria, que le había declarado la guerra. Ptolomeo dió gracias á los Romanos, y no aceptó el ofrecimiento porque ya había librado la batalla. Por este mismo tiempo, un príncipe más poderoso, Hierón, rey de Sicilia, vino á Roma para asistir á los juegos, é hizo distribuir al pueblo doscientos mil modios de trigo.

Bajo el consulado de L. Cornelio Léntulo y de Fulvio Flacco (1), el mismo año en que Hierón fué á Roma, se hizo guerra á los Ligurios, en Italia, y se triunfó de ellos. Los Cartagineses trataron entonces de reproducir la guerra, é impulsaron á la sublevación á los habitantes de Cerdeña, que en virtud del último tratado debían

(1) Año de Roma 517.

Biblioteca Nacional de España

obediencia á los Romanos. Sin embargo, los mismos Cartagineses enviaron á Roma una legación que obtuvo la paz.

Bajo el consulado de Manlio Torcuato y de C. Attilio Bulbo (1) se triunfó de la Cerdeña; y los Romanos, habiendo consentido en todas partes en la paz, no tuvieron guerra alguna que sostener, cosa que desde la fundación de Roma solamente les había ocurrido una vez, bajo el reinado de Numa Pompilio.

Los cónsules L. Postumio Albino y Cn. Fulvio Centumalo hicieron guerra á los Ilirios, les tomaron muchas ciudades y recibieron también la sumisión de algunos reyes. Entonces se triunfó de este pueblo por primera vez (2).

Siendo cónsul L. Emilio, formidable ejército de Galos pasó los Alpes (3). Toda la Italia se declaró por los Romanos; el historiador Fabio, que militó en esta guerra, dice que se levantaron contra el enemigo ochocientos mil hombres. Pero solamente el cónsul consiguió las ventajas de aquella campaña, en la que perecieron cuarenta mil enemigos, concediéndose el triunfo á Emilio.

Algunos años después se peleó otra vez contra los Galos en Italia, terminando la guerra los cónsules M. Claudio Marcelo y Cn. Cornelio Escipión (4). Marcelo combatió al frente de reducido cuerpo de caballería, y mató con su mano al Rey de los Galos, llamado Virdomaro. Reunido en seguida con sus colegas, destruyó el innumerable ejército de los Galos, forzó á Milán y regresó á Roma con rico botín. Entró en triunfo en Roma, llevando al hombro, puestos en un palo, los despojos del Galo (5).

---

(1) Año de Roma 519.
(2) Año de Roma 524.
(3) Año de Roma 529.
(4) Año de Roma 532.
(5) Estos fueron los terceros despojos opimos ofrecidos á Júpiter Feretriano. Rómulo y Cornelio Cosso ofrecieron los primeros.

Biblioteca Nacional de España

Bajo el consulado de M. Minucio Rufo y de P. Cornelio, se hizo guerra á los Istrios, que habían saqueado naves romanas cargadas de trigo, y los sometieron á todos. En este mismo año (536) comenzó la segunda guerra púnica, bajo el mando de Anníbal, general cartaginés, que teniendo entonces veinte años, al frente de ciento cincuenta mil hombres de á pie y veinte mil de á caballo, puso sitio á Sagunto, ciudad de España amiga del pueblo romano. Los Romanos le enviaron legados para invitarle á que cesase en las hostilidades; pero Anníbal no quiso recibirlos. También los enviaron á Cartago para que le prohibiesen hacer guerra á los aliados de Roma; pero solamente recibieron duras respuestas de los Cartagineses. Entretanto, Sagunto, vencido por el hambre, cayó en poder de Anníbal, que hizo experimentar á los habitantes crueles suplicios.

Entonces partió con un ejército para España P. Cornelio Escipión, y Tiberio Sempronio para Sicilia, declarándose la guerra á los Cartagineses. Dejando Anníbal á su hermano Asdrúbal en España, cruzó los Pirineos y se abrió paso en los Alpes por sitios hasta entonces impracticables. Dícese que entró en Italia con ochenta mil hombres de infantería, veinte mil de á caballo y treinta y siete elefantes, uniéndosele además considerable número de Ligurios y Galos. Enterado de la llegada de Anníbal á Italia, Sempronio Graco hizo pasar su ejército de Sicilia á Arimino (1).

P. Cornelio Escipión acudió primeramente al encuentro de Anníbal y le libró batalla; pero su ejército quedó derrotado, y, herido él mismo, se retiró á su campamento. Sempronio Gracco llegó con él á las manos cerca del río Trebia, y también quedó vencido. Entonces se sometieron á Anníbal muchos pueblos de Italia. Desde allí pasó á la Toscana, y atacó al cónsul Flaminio, que murió en el combate, cayendo veinticinco

(1) Rimini.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Biblioteca Nacional de España

mil Romanos y huyendo los restantes. Los Romanos enviaron en seguida contra Annibal á Q. Fabio Máximo, quien supo, contemporizando, detener la impetuosidad de su enemigo, y en la primera ocasión favorable que pudo aprovechar le venció.

En el año quinientos cuarenta de la fundación de Roma, L. Emilio Paulo y P. Terencio Varrón fueron enviados contra Annibal, en reemplazo de Fabio, quien les advirtió que no podrían vencer á aquel hábil y fogoso general sino evitando la pelea. Pero el impaciente Varrón le libró batalla, contra la opinión de su colega, cerca de un pueblo de la Apulia, llamado Cannas, siendo vencidos los dos cónsules por Annibal. En este combate perdieron los Africanos tres mil hombres, y casi todos quedaron heridos; pero en ninguna guerra púnica recibieron los Romanos tan grave descalabro. En la batalla perecieron el cónsul Emilio Paulo, veinte consulares ó antiguos pretores, treinta senadores muertos ó prisioneros, trescientos ciudadanos de las familias más nobles, cuarenta mil peones y tres mil quinientos caballeros. A pesar de tantos desastres, nadie, entre los Romanos, quería hablar de paz. Los esclavos, cosa que no se había hecho hasta entonces, fueron manumitidos y hechos soldados.

Después de esta batalla, muchas ciudades de Italia que estaban sometidas á los Romanos abrazaron el partido de Annibal. Este general ofreció á los Romanos el rescate de los prisioneros de su nación; pero el Senado respondió que no necesitaba ciudadanos que se habían dejado coger con las armas en la mano. Annibal les hizo perecer á todos en diferentes suplicios, y envió á Cartago tres modios de anillos de oro que había hecho arrancar de los dedos de los caballeros, senadores y soldados romanos. Entretanto, su hermano Asdrúbal, que había quedado con fuerte ejército en España para someterla toda entera á los Africanos, fué vencido por los dos Escipiones, generales del ejército romano, perdiendo en el combate treinta y cinco mil hombres, de los que

Biblioteca Nacional de España

fueron hechos prisioneros diez mil y veinticinco mil muertos. Para reparar estas pérdidas, le enviaron los Cartagineses doce mil infantes, cuatro mil caballos y veinte elefantes.

Cuatro años después de la entrada de Anníbal en Italia, el cónsul M. Claudio Marcelo combatió con él, afortunadamente, cerca de Nola, ciudad de la Campania. Anníbal se apoderó de muchas ciudades en la Apulia, la Calabria y el Abruzo. Por este mismo tiempo, Filipo, rey de Macedonia, le envió legados ofreciéndole socorros contra los Romanos, á condición de que, después de destruir su ejército, se los suministraría á su vez contra los Griegos. Pero habiéndose apoderado los Romanos de los emisarios de Filipo, y enterándose de sus propósitos, enviaron á Macedonia á M. Valerio Levino, y á Cerdeña al procónsul T. Manlio Torcuato; porque este país había abandonado también á los Romanos, por instigaciones de Anníbal.

Así, pues, los Romanos combatían en cuatro países á la vez: en Italia contra Anníbal, y en España contra su hermano Asdrúbal; en Macedonia contra Filipo; en Cerdeña contra los pueblos de esta isla y contra otro Asdrúbal (1) de Cartago. El procónsul T. Manlio, que habían enviado á Cerdeña, le cogió vivo; matáronle doce mil hombres, le hicieron mil quinientos prisioneros, y la Cerdeña volvió al poder de los Romanos. Manlio regresó victorioso á Roma con Asdrúbal y los prisioneros. Por entonces Levino derrotó también á Filipo en Macedonia, y los dos Escipiones vencieron en España á Asdrúbal y Magón, tercer hermano de Anníbal.

Diez años después de la entrada de Anníbal en Italia, bajo el consulado de P. Sulpicio y Cn. Fulvio, avanzó Anníbal hasta cuatro millas de Roma, y sus jinetes hasta las mismas puertas de la ciudad. Pero la aproximación de los cónsules, que acudían con un ejército,

(1) Á este Asdrúbal le llamaban *el Calvo*.

Biblioteca Nacional de España

le obligó á retirarse en seguida á la Campania. En España, su hermano Asdrúbal mató á los dos Escipiones, que durante muchos años habían sido constantemente vencedores. Su ejército, sin embargo, quedó intacto, porque sucumbieron más bien á la astucia que al valor. Por este mismo tiempo, el cónsul Marcelo recobró considerable parte de la Sicilia, de la que se habían apoderado los Cartagineses, y se trasladó á Roma el inmenso botín cogido en Siracusa, la ciudad más famosa de aquel país. En Macedonia hizo Levino alianza con Filipo, con muchos pueblos de Grecia y con Atalo, rey de Asia. Habiendo pasado á Sicilia, cogió cerca de Agrigento, y con esta misma ciudad, á un tal Hannón, general cartaginés, enviándolo en seguida á Roma con los prisioneros más nobles. Recibió la sumisión de cuarenta ciudades y forzó veintiséis. Después de reconquistar de esta manera toda la Sicilia y humillar la Macedonia, volvió á Roma cubierto de gloria. En Italia, habiendo atacado de improviso Annibal al cónsul Cn. Fulvio, le mató con ocho mil hombres.

Entretanto se envió á las Españas, donde el ejército romano, después de la muerte de los dos Escipiones, carecía de jefe, á P. Cornelio Escipión, hijo de P. Escipión, que había hecho allí la guerra. Tenía entonces veinticuatro años, y tal vez fué el Romano más grande de su siglo y de los siglos siguientes. Apoderóse de Cartagena, donde los Africanos tenían todo su oro, toda su plata, todos sus pertrechos y los rehenes más ilustres que habían recibido de los Españoles. También se apoderó de Magón, hermano de Anníbal, enviándolo á Roma con los demás prisioneros. La noticia de estos triunfos produjo en la ciudad profundo regocijo. Por otra parte, Escipión devolvió á sus parientes los rehenes españoles, lo que hizo que inmediatamente pasase á su partido casi toda la España. Tampoco tardó en vencer á Asdrúbal, hermano de Annibal, poniéndolo en fuga y cogiéndole rico botín.

En Italia, el cónsul Q. Fabio Máximo se apoderó

Biblioteca Nacional de España

de Tarento, donde había reunido Anníbal inmensas provisiones de guerra. Mató á Carthalón, lugarteniente suyo; vendió veinticinco mil prisioneros, distribuyó el botín á los soldados y entregó al Tesoro el producto de la venta de los prisioneros. Entonces, considerable número de ciudades que pertenecían á los Romanos y se habían declarado por Anníbal se sometieron á Fabio Máximo. En el año siguiente Escipión alcanzó notables ventajas en España, y ayudado por su hermano L. Escipión, recobró setenta ciudades. Pero los Romanos no fueron tan afortunados en Italia, donde Anníbal mató al cónsul Claudio Marcelo.

En el tercer año de su entrada en España, consiguió Escipión grandes victorias. Concedió su amistad al rey de aquel país, después de vencerle en empeñada batalla, y fué el primer Romano que no pidió rehenes al enemigo vencido.

Desesperando Anníbal de poder disputar por más tiempo á Escipión la posesión de las Españas, llamó á Italia á su hermano Asdrúbal con todo su ejército. Al marchar éste por el mismo camino que ya había seguido Anníbal, cayó en las emboscadas que le habían preparado cerca del río Metauro y de Sena, ciudad del Piceno, los cónsules Appio Claudio Nerón y M. Livio Salinator. Allí pereció, después de combatir valerosamente; sus numerosos soldados fueron muertos ó hechos prisioneros, enviándose á Roma considerable cantidad de oro y plata. Este descalabro inspiró á Anníbal alguna desconfianza acerca del resultado de la guerra. Por el contrario, los Romanos confiaron mucho, y llamaron de España á P. Cornelio Escipión, que regresó á Roma cubierto de gloria.

Bajo el consulado de Q. Cecilio y L. Valerio, todas las ciudades del Abruzo, que habían estado sometidas á Anníbal volvieron á los Romanos.

En el año décimocuarto de la entrada de Anníbal en Italia, Escipión, que había conseguido grandes victorias en España, fué creado cónsul y enviado al Africa. Ge-

Biblioteca Nacional de España

neralmente se le suponía algo de divino y creíase que conversaba con los dioses. A su llegada al Africa libró batalla á Hannón, general cartaginés, y destrozó su ejército. En otro combate se apoderó de su campamento, le mató once mil hombres y le hizo cuatro mil quinientos prisioneros. También se apoderó de Syfax, rey de Numidia, que se había unido á los Cartagineses, y forzó su campamento. En seguida envió aquel rey á Roma con los Númidas más nobles, y ricos despojos. A la noticia de estos triunfos, casi toda la Italia abandonó el partido de Anníbal, que recibió de Cartago la orden de regresar al Africa, donde Escipión causaba estragos.

De esta manera, después de diez y siete años de guerra, se vió Italia libre de Anníbal, que, según dicen, la abandonó llorando. Los Cartagineses enviaron legados á Escipión pidiéndole la paz; y Escipión los envió á Roma para que tratasen con el Senado; concedióles cuarenta y y cinco días de treguas, para darles tiempo de ir y volver, y recibió de ellos treinta mil libras de plata. El Senado concedió á Escipión el derecho de convenir y ajustar la paz con los Cartagineses, y Escipión se las concedió con la condición de que «conservarían solamente treinta naves; que entregarían quinientas mil libras de plata y además los prisioneros y desertores.»

Pero el regreso de Anníbal al Africa rompió las negociaciones de paz, cometiendo los Cartagineses muchos actos hostiles. Escipión no dejó de enviarles sus legados, que, al regresar de Roma, habían caído en poder de sus tropas. Vencido Anníbal por Escipión en muchos combates, concluyó también por pedirle la paz. Celebróse una entrevista entre los dos generales, y Escipión le concedió la paz con las mismas condiciones que antes, aumentando, á causa de su nueva perfidia, cien mil libras de plata á las quinientas mil exigidas antes. No quisieron los Cartagineses aceptar estas condiciones, y mandaron á Anníbal que pelease. Escipión y Masinissa, otro rey de los Númidas, que había hecho alianza con el general romano, llevaron la guerra bajo las murallas de

Biblioteca Nacional de España

Cartago. Anníbal había enviado tres espías á reconocer el campamento de los Romanos, y habiendo sido cogidos, Escipión mandó llevarles al campamento, les enseñó todo el ejército, les hizo servir comida y los despidió para que refiriesen á Anníbal lo que habían visto.

Los dos generales se prepararon para el combate, uno de los más memorables que se han librado, teniendo los ejércitos por jefes los dos capitanes más grandes del mundo. Escipion quedó vencedor y estuvo á punto de apoderarse de Anníbal, que escapó primeramente con considerable número de jinetes, después con veinte y al fin con cuatro solamente. En el campamento se encontraron veinte mil libras de plata, ochocientas de oro y multitud de objetos preciosos. Después de esta batalla se ajustó la paz con los Cartagineses (1). Escipión regresó á Roma y fué honrado con el triunfo más glorioso, recibiendo el dictado de Africano, que conservó. De esta manera terminó la segunda guerra púnica, que había durado diez y siete años.

---

(1) Año de Roma 553.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LIBRO CUARTO.

SUMARIO.

Los Romanos hacen guerra en Macedonia contra el rey Filipo.—Hacen guerra en Siria contra el rey Antíoco.—Fulvio triunfa de los Etolios; muerte de Anníbal.—Segunda guerra de Macedonia contra Perseo.—Guerra de Iliria contra Gencio.—Triunfos celebrados en Roma.—Hazaña de Mummio en España.—Tercera guerra púnica; destrucción de Cartago.—Tercera guerra de Macedonia contra Pseudofilipo.—Guerra de Acaya ó de Corinto; destrucción de esta ciudad.—Cuarta guerra de Macedonia contra Pseudoperseo.—Triunfos de los Romanos en España contra Viriato.—Escipión repara los descalabros de los generales romanos en la guerra contra los Numantinos.—Atalo instituye al pueblo romano heredero de su reino.—Junio Bruto triunfa de los Galecios y Escipión Africano de los Numantinos.—Reveses de Crasso en Asia en la guerra contra Aristónico; Perpena repara estos fracasos.—Reconstrucción de Cartago, á donde envían una colonia romana.—Guerra contra los Galos Transalpinos y contra Bituito, rey de los Avernos: su derrota.—Envío de una colonia á Narbona.—Derrota de Catón en Tracia por los Scordiscos.—Triunfos celebrados en Roma sobre la Cerdeña y la Tracia.—Guerra de Yugurta.

Terminada la guerra púnica, siguióla la macedónica contra el rey Filipo.

En el año quinientos cincuenta y uno de la fundación de Roma, envióse contra el rey Filipo á T. Quinccio Flaminio, que le venció y le concedió la paz con las condiciones siguientes: «No hacer guerra á las ciudades de Grecia cuya defensa contra él habían tomado los Romanos; devolver los prisioneros y desertores; no conser-

Biblioteca Nacional de España

var más que cincuenta naves y entregar las demás á Roma; pagar durante diez años un tributo de cuatro mil libras de plata, y entregar en rehenes á su hijo Demetrio.» También hizo T. Quinccio la guerra á los Lacedemonios, venciendo á Nabis, su general, é imponiéndole en un tratado de alianza las condiciones que quiso; teniendo la gloria de llevar delante de su carro triunfal los rehenes más ilustres, Demetrio, hijo de Filipo, y Armeno, hijo de Nabis.

A la guerra de Macedonia siguió la de Siria, contra el rey Antioco, bajo el consulado de P. Cornelio Escipión y de Manlio Acilio Glabrión. Anníbal, que había abandonado á su patria Cartago, temiendo le entregasen á los Romanos, se había unido con Antioco. Manlio Acilio Glabrión peleó con éxito en la Acaya, apoderándose en un ataque nocturno del campamento del Rey, obligándole á emprender la fuga. Devolvióse á Filipo su hijo Demetrio, porque había ayudado á los Romanos contra Antioco.

Bajo el consulado de L. Cornelio Escipión y de C. Lelio, Scipión el Africano partió contra Antioco, como lugarteniente de su hermano L. Cornelio Escipión, cónsul entonces. Annibal, que estaba con Antioco, quedó vencido en un combate naval, y en seguida quedó derrotado el mismo Rey por el cónsul Cornelio Escipión en una gran batalla, en las cercanías del monte Sypilo y de Magnesia, ciudad del Asia. En esta guerra auxilió á los Romanos Eumeno, hermano del rey Atalo, y fundador de Eumenia, en Frigia. Antioco perdió cincuenta mil hombres de infantería y tres mil de caballería. Entonces pidió la paz, que el Senado le concedió con las mismas condiciones que le habían ofrecido antes de la derrota, y que consistían en que saliese de Europa y de Asia y se retirase al otro lado del monte Tauro; dar á los Romanos diez mil talentos y veinte rehenes, y entregarles Anníbal, autor de aquella guerra. Regalóse al rey Eumeno todas las ciudades de Asia que había perdido Antioco en aquella campaña, y también dieron muchas ciudades

Biblioteca Nacional de España

á los de Rodas, que habían ayudado á los Romanos contra el rey Antíoco. Escipión regresó á Roma cubierto de gloria, recibiendo allí, con los honores del triunfo, el epíteto de Asiático, como su hermano había merecido el de Africano por haber vencido al Africa.

Siendo cónsules Spurio Postumio Albino y Q. Marcio Filipo, M. Fulvio triunfó de los Etolios. Aníbal, después de la derrota de Antíoco, se había refugiado al lado de Prusias, rey de Bitinia, por temor de que le entregasen á los Romanos; pero viendo que lo hacían pedir también á Prusias por medio de T. Quinccio Flaminio y que iban á entregarlo, tomó veneno y fué enterrado en Lybissa, en los confines de Nicomedia.

Después de la muerte de Filipo, rey de Macedonia, que había hecho guerra á los Romanos y que en seguida les había suministrado socorros contra Antíoco, su hijo Perseo sublevó contra ellos la Macedonia. Habíase procurado poderosos refuerzos y se había atraído á su partido á Cotys, rey de Tracia, y á un rey de Iliria llamado Gencio. Los Romanos, por su parte, tenían como auxiliares á Eumeno, rey de Asia, Ariarato, rey de Capadocia, Antíoco, rey de Siria, Ptolomeo, rey de Egipto, y Masinissa, rey de Numidia. En cuanto á Prusias, rey de Bitinia, aunque casado con la hermana de Perseo, permaneció neutral entre los dos bandos. El cónsul P. Licinio, enviado por los Romanos contra Perseo, quedó derrotado por este rey en empeñada batalla. Pero los Romanos, aunque vencidos, no quisieron concederle la paz que pedía, sino con la condición «de entregarse él y los suyos á merced del Senado y del pueblo romano». Enseguida enviaron contra él al cónsul L. Emilio Paulo, y contra Gencio, en Iliria, al pretor C. Anicio. Un combate bastó para reducir á Gencio, que no tardó en someterse. Su madre, su esposa, sus dos hijos y su hermano cayeron también en poder de los Romanos. Esta guerra quedó terminada en treinta días, y se tuvo noticia de la derrota de Gencio antes de saber que había comenzado la guerra.

Biblioteca Nacional de España

El cónsul P. Emilio Paulo libró batalla á Perseo el día III de las nonas de Septiembre, venciéndole y matándole veinte mil peones. La caballería huyó sin ninguna pérdida con el Rey: los Romanos no perdieron más que cien soldados. Todas las ciudades de Macedonia que habían obedecido á Perseo se rindieron á los Romanos, y el mismo Rey, abandonado por los suyos, cayó en poder de Paulo Emilio, quien le trató honrosamente y no como á enemigo vencido; porque habiendo querido el Rey arrojarse á sus pies, se lo impidió y sentóle á su lado. Para demostrar los Romanos que les guiaba en las guerras la justicia y no la avidez, dictaron las condiciones siguientes en favor de los Macedonios y de los Ilirios: «Que serían libres y no pagarían más que la mitad de los tributos que hasta entonces habían pagado á sus reyes.» Paulo Emilio proclamó estas leyes en presencia de multitud de pueblos, y habiéndole enviado legados muchas naciones, les dió magnífica comida, diciendo: «que un general que sabía vencer debía distinguirse también en la disposición de un festín.»

Poco después se apoderó de setenta ciudades del Epiro, que se habían sublevado; distribuyó el botín á los soldados, y regresó con gran pompa á Roma, en la nave de Perseo, nave que, según dicen, era extraordinariamente grande y tenía diez y seis filas de remos. Su triunfo fué de los más espléndidos: entró en Roma en un carro dorado, llevando á ambos lados á sus dos hijos. Delante del carro marchaban los dos hijos de Perseo y el mismo Rey, de cuarenta y cinco años de edad. Después triunfó de los Ilirios C. Anicio, viéndose delante de su carro á Gencio, con su hermano y sus hijos. Los Reyes de muchas naciones acudieron á Roma para presenciar aquel espectáculo, entre ellos Atalo y Eumeno, reyes de Asia, y Prusias, rey de Bitinia. Tributáronles grandes honores y, con permiso del Senado, depositaron en el Capitolio los regalos que habían traído. Prusias recomendó además al Senado á su hijo Nicomedes.

El año siguiente L. Mummio combatió con éxito en

Biblioteca Nacional de España

España. El cónsul Marcelo, que le sucedió, alcanzó también grandes victorias.

En seguida comenzó la tercera guerra contra los Cartagineses en el año 601 de la fundación de Roma, bajo el consulado de L. Manlio Censorino y de M. Manlio, cincuenta y un años después de la terminación de la segunda guerra púnica. Estos dos cónsules marcharon para sitiar á Cartago. Tuvieron por adversario á Asdrúbal, general de los Cartagineses, mandando la caballería de este pueblo otro general llamado Famea. Escipión, nieto del Africano, sirvió en esta guerra como tribuno, siendo temido y respetado por todos, porque se conocía su valor en la batalla y su prudencia en el consejo. Por esta razón prestó numerosos é importantes servicios á los cónsules, teniendo exquisito cuidado los dos jefes cartagineses, Asdrúbal y Famea, en evitar llegar á las manos con la parte del ejército romano en que combatía Escipión.

En esta misma época, Masinissa, rey de los Númidas, que durante cerca de sesenta años había sido amigo del pueblo romano, murió á la edad de noventa y siete años, dejando cuarenta y cuatro hijos, diponiendo que Escipión repartiese su reino entre sus hijos legítimos.

Escipión, cuyo nombre era ya famoso, fué nombrado cónsul á pesar de su juventud, enviándole contra Cartago. Apoderóse de esta ciudad y la destruyó, encontrando allí los despojos de los diferentes pueblos que los Cartagineses habían arruinado, y devolviendo á las ciudades de Sicilia, Italia y Africa lo que reconocieron como de su pertenencia. De esta manera quedó destruida Cartago, setecientos años después de su fundación. Escipión mereció el mismo nombre que su abuelo, consiguiendo que por su valor se le llamase el Africano joven.

Entretanto, Pseudofilipo empuñó las armas en Macedonia y derrotó al pretor romano P. Juvencio, á quien habían encargado el trabajo de reducirle. Los Romanos enviaron después de él, contra este falso Filipo, á Q. Cecilio Metelo, que le mató veinticinco mil hombres,

Biblioteca Nacional de España

recobró la Macedonia y se apoderó del mismo Pseudofilipo.

También se declaró guerra á los Corintios, uno de los pueblos más célebres de Grecia, para vengar un ultraje que habían inferido á embajadores romanos. El cónsul Mummio se apoderó de su ciudad y la arrasó; y entonces se vieron al mismo tiempo en Roma tres triunfos magníficos: el del Africano, que hizo marchar á Asdrúbal delante de su carro; el de Metelo, que triunfó de la Macedonia, y últimamente, el de Mummio, que triunfó de Corintio, y delante del cual llevaron las estatuas de bronce, los cuadros y demás riquezas de aquella famosa ciudad.

Otro impostor, que decía ser hijo de Perseo, cuyo nombre había tomado, renovó la guerra en Macedonia, al frente de un ejército de esclavos. Pero aunque disponía de diez y seis mil hombres, le derrotó el cuestor Tremelio.

Por el mismo tiempo alcanzó Metelo notables victorias en la Celtiberia contra los Españoles. Reemplazóle Q. Pompeyo. Poco después se encargó á Q. Cepión la guerra que un tal Viriato hacía á los Romanos en la Lusitania; pero á la llegada del cónsul mataron á Viriato sus propios soldados. Durante veinte años había mantenido á los Españoles sublevados contra los Romanos. Pastor al principio, fué en seguida jefe de bandoleros, y había concluído por excitar tantos pueblos á la guerra, que estuvo á punto de arrancar la España á la dominación romana. Habiendo pedido sus asesinos recompensa al cónsul Cepión, éste les respondió «que los Romanos no habían aprobado jamás el asesinato de un general por sus soldados.»

En seguida fué derrotado el cónsul Q. Pompeyo por los Numantinos, cuya capital era la ciudad más rica de España, y ajustó con ellos paz vergonzosa. Después de él, el cónsul C. Hostilio Mancino ajustó también paz ignominiosa con los Numantinos, pero el pueblo y el Senado la rompieron, y mandaron entregar Mancino al

Biblioteca Nacional de España

enemigo para que se vengase en el autor mismo del tratado por la ruptura consumada. Después de la doble derrota sufrida delante de Numancia por los ejércitos romanos, P. Escipión el Africano, nombrado cónsul por segunda vez, fué enviado contra los Numantinos. Costumbres viciosas habían hecho perder á los soldados su valor; Escipión comenzó por corregirlos, pero sin rigor y con frecuentes ejercicios más bien que con castigos. En seguida tomó por fuerza ó por medio de convenios considerable número de ciudades de España; y, en fin, después de haber tenido á Numancia sitiada mucho tiempo, la tomó por hambre y la destruyó, sometiéndosele el resto de la provincia.

Por esta misma época murió Atalo, rey de Asia y hermano de Eumeno, después de instituir al pueblo romano por heredero. De esta manera se agregó por testamento el Asia al Imperio romano.

Muy poco después triunfó gloriosamente Decimo Junio Bruto de los Galecios y Lusitanos. P. Escipión el Africano triunfó también de los Numantinos, catorce años después de su primer triunfo sobre el Africa.

Aristónico, hijo de Eumeno y de una concubina de este príncipe, excitó una guerra en Asia. Este Eumeno era hermano de Atalo. Enviaron contra él al pontífice P. Licinio Crasso, á quien suministraron muchos reyes considerables socorros, recibiéndolos de Nicomedes, rey de Bitinia; de Mitrídates, rey del Ponto, contra quien se sostuvo más adelante encarnizada guerra; de Ariarato, rey de Capadocia, y de Filemón, rey de Paflagonia. No por esto dejó de ser vencido y muerto Crasso en la batalla, siendo llevada su cabeza á Aristónico, y enterrado su cuerpo en Esmirna. El cónsul romano Perpena, que iba á reemplazar á Crasso, habiendo sabido el resultado de esta guerra, se apresuró á pasar al Asia, y después de vencer á Aristónico en batalla campal, le redujo por hambre en la ciudad de Stratónica, donde se había refugiado. Aristónico fué estrangulado en Roma, dentro de su prisión, por orden del Senado, porque no podía

Biblioteca Nacional de España

servir para el triunfo de su vencedor, por haber muerto Perpena en Pérgamo, cuando regresaba á Roma.

Bajo el consulado de L. Cecilio Metelo y de T. Quinccio Flaminio, el Senado mandó reedificar á Cartago en Africa, tal como subsiste hoy, veintidós años después de ser destruída por Escipión. Envióse allí una colonia de ciudadanos romanos.

En el año 627, los cónsules C. Cassio Longino y Sex. Domicio Calvino hicieron guerra á los Galos Transalpinos y atacaron la entonces célebre capital de los Avernos y á su jefe Bituito. Cerca del Ródano mataron innumerable multitud de enemigos y llevaron á Roma considerable cantidad de collares cogidos á los Galos. Bituito se rindió á Domicio, que lo llevó á Roma, y los dos cónsules triunfaron con mucho esplendor.

En el año 633 de la fundación de Roma, bajo el consulado de M. Porcio Catón y de Q. Marcio Rex, envióse una colonia á Narbona, en la Galia.

En el año siguiente, bajo el consulado de L. Metelo y de Q. Mucio Scévola, se triunfó de la Dalmacia.

En el 635, el cónsul C. Catón hizo guerra á los Scordiscos, quedando vencido vergonzosamente.

Bajo el consulado de C. Cecilio Metelo y de Cn. Carbón, los dos hermanos Metelo triunfaron el mismo día: el uno de la Cerdeña y el otro de la Tracia. En el mismo tiempo se supo en Roma que los Cimbrios habían pasado de la Galia á Italia.

Siendo cónsules P. Escipión Nasica y L. Calpurnio Bestia, se declaró la guerra á Yugurta, rey de los Númidas, porque había dado muerte á los reyes Adherbalo y Hiempsalo, hermanos suyos, hijos los dos de Micipsa y amigos del pueblo romano. Envióse contra él al cónsul Calpurnio Bestia; pero corrompido éste por el dinero del Rey, ajustó con él ignominiosa paz, que no ratificó el Senado. Spurio Postumio Albino partió al año siguiente para combatirle, y, por culpa de su hermano, aquella guerra con los Númidas sirvió también para vergüenza suya.

Biblioteca Nacional de España

Envióse contra Yugurta, en tercer lugar, al cónsul Q. Cecilio Metelo, que restableció la antigua disciplina en el ejército romano, uniendo con mucho acierto la severidad con la moderación y sin emplear castigos demasiado rigorosos. Venció á Yugurta en muchas batallas, le mató ó se apoderó de sus elefantes, y recibió la sumisión de algunas ciudades de su reino. A punto estaba de terminar la guerra, cuando le reemplazaron con C. Mario. Este derrotó también á Yugurta y con él á Bocco, rey de Mauritania, que acababa de suministrarle socorros. También se apoderó de algunas ciudades de la Numidia, y puso fin á la guerra con la captura de Yugurta, que Bocco, su aliado, había entregado á Cornelio Sila, cuestor de Mario y uno de los varones más eminentes de su siglo. Por el mismo tiempo, M. Junio Silano, colega de Q. Metelo, derrotó á los Cimbrios (1) en la Galia; Minucio Rufo, á los Scordiscos y Tribalos en la Macedonia; y Servilio Cepión, á los Lusitanos en España. Celebróse con dos triunfos la derrota de Yugurta, siendo honrado Metelo con el primero, y Mario con el segundo. Yugurta caminó encadenado con sus dos hijos, delante del carro de Mario, siendo estrangulado en seguida en su prisión por orden del cónsul.

(1) Tito Livio y Floro dicen, por el contrario, que los Cimbrios derrotaron á Silano.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LIBRO QUINTO.

SUMARIO.

Guerra contra los Cimbrios y los aliados de la Galia y la Germania; su derrota.—Guerra social.—Primera guerra civil; guerra entre Mario y Sila.—Guerra de Mitrídates; guerra de Tracia; continuación y fin de la guerra de Mario.

Mientras se hacía guerra en Numidia contra Yugurta, los cónsules romanos M. Manlio y Q. Cepión fueron vencidos cerca del Ródano por los Cimbrios, los Teutones, los Tigurinos y los Ambronios, pueblos de la Germania y de la Galia. La matanza fué horrible, y los cónsules perdieron hasta el campamento y gran parte del ejército. Propagóse el espanto en Roma, espanto casi tan grande como en tiempos de Anníbal y de las guerras púnicas, temiéndose otra invasión de los Galos. Por esta razón, después de la victoria sobre Yugurta, fué creado cónsul por segunda vez Mario, encargándosele la dirección de la guerra contra los Cimbrios y Teutones. Como la guerra con los Cimbrios se prolongaba, confiriéronle por tercera y cuarta vez el consulado; pero en el cuarto tuvo por colega á Q. Lutacio Catulo. Siguió peleando con los Cimbrios, y les mató en dos batallas doscientos mil hombres: apoderóse de ochenta mil prisioneros, entre ellos su jefe Teutobodo, y esta hazaña hizo que le nombraran, aunque ausente, cónsul por quinta vez.

Pero los Cimbrios y Teutones, que tenían aún fuerzas

Biblioteca Nacional de España

inmensas, pasaron á Italia. C. Mario y Q. Catulo marcharon de nuevo contra ellos, siendo más considerables las victorias de Catulo. Habiéndoles librado batalla juntos dos generales, les mataron en el combate y en la fuga ciento cuarenta mil hombres y les hicieron sesenta mil prisioneros, no perdiendo los Romanos más que trescientos soldados en los dos ejércitos. Arrebatóse al enemigo treinta y tres enseñas, dos el ejército de Mario, y treinta y una el de Catulo. Así termino esta guerra, por la que se concedieron á los dos generales los honores del triunfo.

Bajo el consulado de Sex. Julio César y de L. Marcio Filipo, en el año seiscientos cincuenta y nueve de la fundacion de Roma, cuando estaban casi terminadas todas las demás guerras, los Picentinos, Marsos y Pelignos suscitaron una extremadamente peligrosa para Italia. Estos pueblos, que desde muy antiguo obedecian á los Romanos, comenzaron entonces á pedir igualdad de derechos. La guerra fué desastrosa. El cónsul P. Rutilio fué muerto en ella, así como el noble joven Cepión y el otro cónsul Porcio Catón. Los Picentinos y los Marsos tenían á su frente á T. Vettio, Hierio Aginio, T. Herennio y A. Cluencio. Los Romanos consiguieron al fin grandes ventajas bajo las órdenes de C. Mario, cónsul entonces por sexta vez, y especialmente de L. Cornelio Sila, que, entre otros triunfos, derrotó al innumerable ejército de Cluencio, uno de los generales enemigos, sin perder más que un soldado. Esta guerra, después de durar cuatro años y ocasionar considerables pérdidas, quedó terminada en el quinto, por el cónsul L. Cornelio Sila, que antes, como pretor, se había distinguido por muchas hazañas.

En el año de Roma seiscientos sesenta y dos, comenzó la guerra civil y también la de Mitrídates. C. Mario, cónsul por sexta vez, fué autor de la guerra civil. Viendo que el cónsul Sila, encargado de la guerra contra Mitrídates, que se había apoderado del Asia y de la Acaya, retenía su ejército en la Campania para extirpar los restos de la guerra social, de la que hemos hablado y de la que había

Biblioteca Nacional de España

sido teatro Italia, Mario pretendió que se le enviase contra el Rey del Ponto. Indignado Sila, regresó á Roma con su ejército, y dió batalla á Mario y á Sulpicio: era el primer Romano que entraba armado en Roma. Mató á Sulpicio, ahuyentó á Mario, y después de haber hecho nombrar cónsules para el año siguiente á Cn. Octavio y L. Cornelio Cinna, partió para el Asia.

Mitrídates, que era rey del Ponto y que poseía la Armenia menor, el Bósforo y todos los países situados allende el mar Póntico, quiso expulsar de la Bitinia á Nicomedes, amigo del pueblo romano, anunciando al Senado que iba á atacar á este príncipe para vengar las injurias que le había inferido. Respondióle el Senado que si tal hacia, tendría también guerra con el pueblo romano. Irritado Mitrídates con esta respuesta, se apoderó en seguida de la Capadocia y expulsó al rey Ariobarzanes, aliado de la República. Invadió también la Bitinia y la Paflagonia, después de haber expulsado á los reyes Filomeno y Nicomedes, aliados de Roma. Desde allí marchó á Efeso, y envió á toda el Asia cartas en que mandaba degollar, en el mismo día y donde estuviesen, á todos los ciudadanos romanos que se encontrara.

Al mismo tiempo el ateniense Aristón entregaba á Mitrídates Atenas, ciudad de la Acaya. Mitrídates había enviado ya á la Acaya á su general Arquelao con un ejército de ciento veinte mil hombres de á pie y á caballo. Este se apoderó también del resto de Grecia. Sila le sitió cerca del Pireo, á corta distancia de Atenas, y consiguió apoderarse de esta ciudad. Habiendo librado en seguida batalla á Arquelao, le derrotó tan completamente, que de ciento veinte mil hombres, apenas le quedaron diez mil, mientras que el ejército romano no perdió más que catorce soldados. Enterado Mitrídates de esta derrota, envió al Asia á Arquelao con setenta mil soldados escogidos. Sila les dió dos batallas: en la primera mató al enemigo quince mil hombres y á Diógenes, hijo de Arquelao; en la segunda fueron destrozadas todas las tropas de Mitrídates, permaneciendo Arquelao

Biblioteca Nacional de España

tres días oculto completamente desnudo en las lagunas. Al enterarse de esto, Mitrídates hizo proponer á Sila condiciones de paz.

Pero Sila, entretanto, venció ó recibió por convenio á los Dardanios, Scordiscos, Dálmatas y Mesios. Legados del rey Mitrídates vinieron á buscarle para pedirle la paz, contestándoles que no la otorgaría si no abandonaba el Rey el país de que se había apoderado y regresaba á su reino. Sin embargo, celebraron los dos una entrevista poco tiempo después y convinieron las condiciones de paz, porque habiendo sido llamado Sila á Roma con motivo de la guerra civil, no quiso dejar enemigos á la espalda. En efecto, mientras Sila combatía á Mitrídates en la Acaya y Asia, Mario, que se había visto obligado á huir, y Cornelio Cinna, uno de los cónsules, reprodujeron la guerra en Italia. Habiendo entrado en Roma, dieron muerte á los senadores más nobles y á muchos consulares, desterraron considerable número de ciudadanos, hicieron derribar la casa de Sila y obligaron á su esposa y á sus hijos á huir. El resto del Senado huyó de Roma, marchando á Grecia para suplicar á Sila que acudiese en socorro de la patria. Este pasó á Italia para hacer guerra á los cónsules Norbano y Escipión. Primeramente combatió con Norbano cerca de Capua, matándole seis mil hombres, y no perdiendo más que ciento veinticuatro soldados. En seguida marchó contra Escipión, cuyo ejército se le rindió sin combatir.

Pero habiendo sido cambiados los cónsules y conferido el consulado al hijo de Mario y al de Papirio Carbón, Sila dió batalla al joven Mario, le mató quince mil hombres, sin perder más que cuatrocientos de los suyos. Poco después entró en Roma. Persiguió al hijo de Mario hasta Prenesto, le sitió allí y le redujo á darse la muerte. Todavía tuvo que sostener terrible combate, cerca de la puerta Colina, contra Lamponio y Carinas, jefes del partido de Mario, quienes, según se dice, opusieron á Sila setenta mil hombres. Doce mil se le rindieron; los otros no pudieron escapar á la implacable cólera del ven-

Biblioteca Nacional de España

cedor, y quedaron exterminados en el combate, en su campamento ó en la fuga. El otro cónsul, Cn. Carbón, huyó de Arimino á Sicilia, donde le mató Cn. Pompeyo, que entonces tenía veintiún años solamente, y á quien Sila, conociendo su mérito, había confiado el mando de sus ejércitos, de manera que se le consideraba como su lugarteniente.

Después de matar Pompeyo á Carbón, recobró la Sicilia. Pasando de allí al Africa, hizo morir á Domicio, uno de los jefes del partido de Mario, y á Hiarbas, rey de Mauritania, que se había unido á Domicio. Después de estas victorias, Sila triunfó de Mitrídates con mucho esplendor, y Cn. Pompeyo triunfó del Africa, á la edad de veinticuatro años, honor que no se había concedido hasta entonces á ningún romano tan joven. Así terminaron aquellas dos guerras tan funestas á la República; la guerra itálica, llamada social, y la guerra civil. Una y otra duraron diez años, y causaron la muerte de ciento cincuenta mil hombres, entre los que se contaban veinticuatro consulares, siete pretores antiguos, sesenta que habían sido ediles y cerca de doscientos senadores.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LIBRO SEXTO.

SUMARIO.

Guerra contra Sertorio en España; este general perece á manos de sus tropas.—Guerra contra Macedonia y diferentes pueblos.—Triunfo de Scribonio Curión.—Victorias y triunfo de Servilio Isáurico sobre la Cilicia y la Licia.—Victoria de Cosconio en la Iliria y la Dalmacia.—El cónsul Lépido promueve disturbios, calmados muy pronto.—Triunfo de algunos generales.—Nicomedes, rey de Bitinia, al morir instituye heredero al pueblo romano.—Nuevas guerras; tercera guerra contra Mitrídates.—La guerra servil, promovida por Spartaco, no termina hasta los tres años.—Continuación de la guerra contra Mitrídates.—Guerra contra su aliado Tigrano, rey de Armenia.—Guerra contra los Tracios y contra los pueblos vecinos del Danubio.—Triunfo de los dos Lúculos.—Metelo termina la guerra de Creta.—Apión lega su herencia al pueblo romano.—Confíase á Pompeyo la dirección de la guerra contra los piratas y contra Mitrídates.—Pompeyo derrota á Tigrano y á otros reyes del Asia.—Su conducta después de la guerra.—Guerra de Catilina.—Triunfos de Metelo y de Pompeyo.—Guerras de las Galias bajo Julio César.—En una expedición contra los Phartos, sucumbe Crasso y es destrozado su ejército.—Guerra civil entre César y Pompeyo.—Acontecimientos de esta guerra.—Derrota y muerte de Pompeyo.—Poder de César.—Su muerte.

Después que Sila aplacó las turbulencias de la República, suscitáronse nuevas guerras bajo el consulado de M. Emilio Lépido y de Q. Catulo: una en España, otra en la Panfilia y la Cilicia, otra en Macedonia y la cuarta en la Dalmacia. Sertorio, que había servido á Mario, temiendo la suerte de sus demás partidarios, que habían sido muertos, sublevó las Españas. Enviaron contra él,

Biblioteca Nacional de España

como generales, á Q. Cecilio Metelo, hijo del que venció al rey Yugurta, y al pretor L. Domicio. Hertuleyo, lugarteniente de Sertorio, mató á Domicio, y Metelo combatió contra Sertorio con suerte diversa. Como después se le consideró incapaz de sostener solo la guerra, se envió á las Españas á Cn. Pompeyo. Sertorio libró á sus dos adversarios frecuentes combates, consiguiendo ventajas y sufriendo reveses, y al fin pereció á manos de los suyos, en el octavo año de la guerra, que terminaron el joven Cn. Pompeyo y Q. Metelo Pio. Entonces se sometieron casi todas las Españas á la obediencia del pueblo romano.

Appio Claudio fué enviado á Macedonia después de su consulado. Libró combates á diferentes pueblos que habitaban en la provincia de Rhodopa, y murió de enfermedad. Para sucederle enviaron al consular C. Scribonio Curión, que venció á los Dardanios y penetró hasta el Danubio. En tres años terminó la guerra, y fué honrado con el triunfo.

Con el título de procónsul, enviaron á la Panfilia al intrépido general P. Servilio, quien sometió la Cilicia, y sitió y tomó las ciudades más célebres de la Licia, entre otras Faselis y Olimpo, y se apoderó también de Corico, en Cilicia. En seguida atacó á los Isauros, obligándoles á rendirse sin condiciones, y terminando la guerra en tres años. Fué el primer Romano que pasó el Tauro, y á su regreso recibió los honores del triunfo y el epíteto de Isáurico.

Envióse como procónsul á la Iliria á C. Cosconio, que sometió parte de la Dalmacia, tomó á Salonas, terminó en dos años la guerra y regresó á Roma.

En la misma época, el cónsul M. Emilio Lépido, colega de Catulo, quiso promover una guerra civil; pero quedó reprimida en un solo verano. Roma presenció muchos triunfos al mismo tiempo: el de Metelo sobre España; el segundo triunfo de Pompeyo sobre la misma provincia; el de Curión sobre la Macedonia y el de Servilio sobre la Isauria.

Biblioteca Nacional de España

En el año de Roma seiscientos setenta y seis, bajo el consulado de L. Licinio Lúculo y de M. Aurelio Cotta, murió Nicomedes, rey de Bitinia, que por testamento instituyó heredero al pueblo romano. Habiendo roto la paz Mitrídrates, quiso invadir nuevamente la Bitinia y el Asia. No fueron igualmente afortunados los dos cónsules que enviaron contra él. Cotta quedo vencido en batalla campal cerca de Calcedonia, y rechazado hasta esta ciudad, fué sitiado en ella. Pero habiendo partido de allí Mitrídates para sitiar á Cyzico, esperando que la captura de aquella ciudad le facilitase la conquista de toda el Asia, Lúculo, el otro consul, acudió á su encuentro, y como el Rey estaba detenido por el sitio de Cyzico, el general romano le rodeó por la espalda, le estrechó por hambre y le venció en muchos combates. Al fin le obligó Lúculo á huir á Bizancio (llamada ahora Constantinopla), y derrotó á sus generales en una batalla campal. De esta manera, en el espacio de un invierno y un verano mató Lúculo al Rey cerca de cien mil hombres.

El año de Roma seiscientos setenta y ocho, M. Licinio Lúculo, primo hermano del que guerreaba contra Mitrídates, recibió el gobierno de la Macedonia. De pronto surgieron nuevas turbulencias en Italia. Habiendo roto las puertas del lugar de sus ejercicios en Capua, setenta y cuatro gladiadores huyeron bajo el mando de Spartaco, Crixo y Œnomao, se difundieron por Italia y promovieron una guerra casi tan terrible como lo fué la de Annibal. En una misma batalla vencieron á muchos generales y á dos cónsules romanos, y reunieron un ejército de cerca de sesenta mil hombres. Pero á su vez fueron vencidos en la Apulia por el procónsul M. Licinio Crasso, terminando entonces la guerra que había desolado la Italia por espacio de tres años.

En el año seiscientos ochenta y uno de la fundación de Roma, bajo el consulado de P. Cornelio Lentulo y de Cn. Anfidio Orestes, no había en el Imperio romano más que dos guerras importantes, la de Mitrídates y la de Mace-

Biblioteca Nacional de España

donia. Dirigíanlas los dos Lúculos, Lucio y Marco. Lucio Lúculo, después de haber vencido á Mitrídates cerca de Cyzico, y derrotado á sus generales en un combate naval, persiguió á este rey, recuperó la Paflagonia y la Bitinia, y hasta invadió su reino. Primeramente se apoderó de Sinopis y de Amisa, principales ciudades del Ponto. En otra batalla, librada cerca de la ciudad de Cabira, á donde había reunido Mitrídates fuerzas inmensas de todas las partes de su reino, Lúculo, con cinco mil soldados, le mató treinta mil hombres de fuerzas escogidas, le derrotó y se apoderó de su campamento. También le arrebató la Armenia menor, que estaba bajo su poder. Obligado á huir Mitrídates, acogióle Tigrano, rey de Armenia, que imperaba entonces con mucha gloria, que había vencido muchas veces á los Persas, y que se había apoderado de la Mesopotamia, de la Siria y de parte de la Fenicia.

Persiguiendo Lúculo al enemigo que había obligado á huir, entró en el reino de Tigrano, que mandaba á los Armenios; se apoderó de Tigranocerta, una de las ciudades más célebres de la Armenia, y con diez y ocho mil hombres venció al mismo Rey, que estaba al frente de seiscientos mil dibanarios (1) y de cien mil arqueros y otros combatientes. Lúculo marchó en seguida á sitiar á Nisiba, se apoderó de esta ciudad é hizo prisionero al hermano del rey, que mandaba en ella. Pero los lugartenientes que había dejado Lúculo en el Ponto con parte de su ejército, para conservar las nuevas conquistas de los Romanos, dieron ocasión á Mitrídates, por su negligencia ó avidez, para que entrase repentinamente en el Ponto, comenzando de nuevo la guerra. Envióse sucesor á Lúculo, que después de la toma de Nisiba, preparaba una expedición contra los Persas.

El otro Lúculo, que gobernaba la Macedonia, fué el primer Romano que llevó la guerra al territorio de los

(1) Soldados con armadura completa, llamados también Catafractarios.

Biblioteca Nacional de España

Bessos, derrotándoles en una gran batalla sobre el monte Hemo. Sitió y tomó en el mismo día la ciudad de Uscudama, habitada por los Bessos, se apoderó de Cabylo, y penetró hasta el Danubio. En seguida atacó muchas ciudades situadas más arriba del Ponto. Destruyó Apolonia; apoderóse de Catalis, de Partenópolis, de Tomos, de Histro, de Burziaon, y después de terminar esta guerra regresó á Roma. Los dos Lúculos recibieron los honores del triunfo; pero el vencedor de Mitrídates y de tantos reinos triunfó con más esplendor que el otro.

Terminada la guerrra de Macedonia, quedaba todavía la de Mitrídates; porque este príncipe había aprovechado la marcha de Lúculo, para levantar tropas auxiliares y comenzar de nuevo las hostilidades. Entonces estalló también la guerra de Creta, á donde se envió á Cecilio Metelo, que en tres años sometió toda la provincia, en la que libró grandes batallas. Por estas hazañas mereció el epíteto de Crético y los honores del triunfo. Por este mismo tiempo se unió la Libia al Imperio romano, merced al testamento de Apión, que había sido su rey: allí se encontraban las famosas ciudades de Berenice, Ptolomais y Cirena.

Mientras ocurrían estas cosas, infestaban los piratas todos los mares; de manera que los Romanos, vencedores del mundo entero, no se veían en nada inquietados más que en la navegación. Encargóse la dirección de esta guerra á Cn. Pompeyo, terminándola en pocos meses con increíble fortuna y rapidez. A poco le encargaron la guerra contra Mitrídates y contra Tigrano. Partió; venció á Mitrídates en un combate nocturno que libró en la Armenia menor, saqueó su campamento, le mató cuarenta mil hombres, y solamente perdió veinte soldados de su ejército y dos centuriones. Mitrídates huyó con su esposa y dos compañeros; y poco tiempo después, sus crueldades con su propia familia determinaron á su hijo Farnaces á levantar contra él los soldados, y reducido á morir, tomó veneno. Así murió Mitrídates, pereciendo cerca de Bósforo aquel príncipe cuya actividad era infa-

Biblioteca Nacional de España

tigable y extraordinaria su experiencia. Reinó sesenta años, vivió setenta y dos, y durante cuarenta hizo guerra á los Romanos.

En seguida marchó Pompeyo contra Tigrano. Este rey se le rindió, acudió á buscarle á su campamento, á diez y seis millas de Artaxata, y, arrojándose á sus pies, le puso su diadema en las manos. Pompeyo se la volvió á poner en la cabeza y le trató honrosamente; pero le despojó de parte de su reino, y le exigió crecida cantidad de dinero. Tomóle la Siria, la Fenicia, la Sofena, y le obligó á dar seis mil talentos de plata al pueblo romano por haberle hecho la guerra sin motivo.

Poco después hizo guerra Pompeyo á los Albaneses, y venció en tres batallas á su rey Orodo. Ablandado al fin por las cartas y regalos de este príncipe, le concedió perdón y la paz. También venció en batalla campal á Arteces, rey de Iberia, y recibió su sumisión. Regaló la Armenia menor á Deyotaro, rey de Galacia, para recompensarle su auxilio á los Romanos en la guerra de Mitrídates. Devolvió la Paflagonia á Atalo y á Pilemón é hizo á Aristarco rey de Colcos. En seguida venció á los Iturenos, y habiéndose rendido los Arabes en Siria, concedió la libertad á la ciudad de Seleucia, vecina de Antioquía, porque no había recibido al rey Tigrano. Devolvió á los habitantes de Antioquía sus rehenes, y dió algunos terrenos al pueblo de Dafnea, para el ensanche del bosque sagrado, que está cercano: tanto le agradó la bellaza del paraje y la abundancia de agua. Habiendo pasado desde allí á Judea, apoderóse al cabo de tres meses de Jerusalén, capital del país, después de matar doce mil Judíos y recibir los demás bajo condiciones. En seguida regresó al Asia, habiendo puesto fin á una guerra que había durado demasiado.

Bajo el consulado del orador M. Tulio Cicerón y de C. Antonio, en el año de Roma seiscientos ochenta y nueve, L. Sergio Catilina, perteneciente á una de las familias más nobles de Roma, pero de espíritu perverso, conjuró, para la ruina de la patria, con algunos ciuda-

Biblioteca Nacional de España

danos igualmente ilustres y audaces. Cicerón le expulsó de Roma, y sus cómplices fueron presos y estrangulados. El mismo Catilina fué vencido y muerto en una batalla por Antonio, el otro cónsul.

En el año seiscientos noventa de la fundación de Roma, bajo el consulado de D. Junio Silano y de L. Murena, Metelo triunfó de la Creta, y Pompeyo, de los piratas y de Mitridates. Jamás se había visto triunfo tan espléndido. Delante de su carro marchaba el hijo de Mitrídates, el hijo de Tigrano y Aristóbulo, rey de los Judíos. Delante de él llevaron tesoros inmensos, y cantidad infinita de oro y plata. Ya no había en el universo guerra alguna importante.

En el año de Roma seiscientos noventa y tres, C. Julio César, que más adelante imperó en todo el universo, fué creado cónsul con L. Bibulo, y le designaron el gobierno de la Galia y de la Iliria, con diez legiones. Derrotó primeramente á los Helvecios, que hoy se llaman Secuanos. Vencedor siempre en sus sangrientas batallas, avanzó hasta el Océano Británico. En el período de nueve años, dominó toda la Galia que se extiende entre los Alpes, el Ródano, el Rhín y el Océano, y que tiene tres millones doscientos mil pasos de circuito. Poco después llevó la guerra al país de los Bretones, que, antes de él, ni siquiera conocían el nombre romano. Vencióles, recibió rehenes, y los hizo tributarios de Roma. En cuanto á la Galia, le impuso una contribución anual de cuarenta millones de sestercios. Habiendo atacado también á los Germanos, al otro lado del Rhín, alcanzó sobre ellos importantes victorias. En medio de tantos triunfos, no sufrió más que tres descalabros: uno en el territorio de los Avernos, donde personalmente fué vencido, y los otros dos en Germania, donde, ausente él, fueron sorprendidos en una emboscada sus dos lugartenientes Tiburio y Arunculeyo.

Por este mismo tiempo, en el año seiscientos noventa y siete de Roma, M. Licinio Crasso, colega de Cn. Pompeyo el Grande en su segundo consulado, fué enviado

Biblioteca Nacional de España

contra los Parthos. Habiéndoles librado batalla en las inmediaciones de Carras, á pesar de los presagios y auspicios, venciéle Surena, general del rey Orodis, y pereció con su hijo, joven notable ya por su mérito. El cuestor C. Cassio salvó los restos del ejército, consiguiendo reparar aquel desastre á fuerza de valor, y hasta vencer á los Persas, á su regreso, en frecuentes combates al otro lado del Eufrates.

A estos acontecimientos sucedió una guerra civil de las más horribles y deplorables, que, sin atender á las pérdidas por efecto de los combates, cambió la suerte del pueblo romano. Volviendo César vencedor de la Galia, comenzó por pedir el consulado al Senado. Iba á obtenerlo sin duda alguna, cuando le excluyeron el cónsul Marcelo, Bibulo, Pompeyo y Catón, que hicieron se le prohibiese entrar en Roma antes de haber licenciado á sus soldados. Irritado por esta negativa, partió de Arimino (Rimini), donde había reunido sus soldados, y á su cabeza avanzó contra la patria. Los cónsules, todo el Senado y toda la nobleza huyeron de Roma con Pompeyo, y pasaron á Grecia; y el Senado preparó la guerra en el Epiro, Macedonia y la Acaya, designando á Pompeyo como general.

Habiéndo entrado César en la abandonada Roma, se hizo dictador, y en seguida partió para las Españas. Allí derrotó á los valientes y formidables ejércitos de Pompeyo y á sus tres lugartenientes L. Afranio, M. Petreyo y M. Varrón. Regresó á Roma, pasó á Grecia y peleó contra el mismo Pompeyo. En el primer combate quedó derrotado y puesto en fuga; pero consiguió escapar, porque, habiendo sobrevenido la noche, no quiso perseguirle Pompeyo, por lo que dijo César: «que Pompeyo no sabía vencer, y que él no podía ser vencido más que aquel día». En seguida pelearon en Tesalia, en Paleofarsalia, con fuerzas considerables por ambos lados. Pompeyo tenía en fila cuarenta mil peones, siete mil jinetes en su ala izquierda y cinco mil en la derecha, sin contar las tropas auxiliares de todo el Oriente, toda la nobleza, conside-

Biblioteca Nacional de España

rable número de senadores, de consulares, de antiguos pretores y de generales que habían vencido ya grandes naciones. César tenía solamente treinta mil peones y mil caballos.

Jamás se habían reunido tantas tropas romanas, ni se habían visto mandadas por tan grandes capitanes; fácilmente habrían subyugado toda la tierra, si las hubiesen llevado contra los bárbaros. Disputóse con encarnizamiento la victoria; pero al fin quedó vencido Pompeyo y fué saqueado su campamento. Obligado á huir, llegó á Alejandría, para pedir socorros al Rey de Egipto, cuya tutela, á causa de su juventud, le había encargado el Senado. Este Príncipe, más atento á la fortuna que á la amistad, hizo matar á Pompeyo y envió su cabeza y su anillo á César, quien, según dicen, no pudo contener las lágrimas al ver la cabeza de tan grande hombre, yerno suyo en otro tiempo.

Muy pronto llegó el mismo César á Alejandría; y habiendo querido prepararle emboscadas Ptolomeo, le hizo la guerra. Vencido Ptolomeo, pereció en el Nilo, donde se encontró su cuerpo con la coraza de oro. Dueño de Alejandría, César dió el reino de Egipto á Cleopatra, hermana de Ptolomeo, con la que había tenido comercio. A su regreso atacó á Farnaces, hijo del gran Mitrídates, que no contento con haber sido auxiliar de Pompeyo en Tesalia, comenzaba de nuevo la guerra en el Ponto y ocupaba ya muchas provincias romanas. César le derrotó en batalla campal, obligándole en seguida á darse la muerte.

De regreso en Roma, se proclamó cónsul por tercera vez con M. Emilio Lépido, á quien había tenido por jefe de caballeros el año anterior, cuando era dictador. Desde allí partió para el África, donde considerable parte de la nobleza se había unido á Yuba, rey de Mauritania, y había reproducido la guerra. Al frente de los Romanos estaban P. Cornelio Escipión, de la familia de Escipión el Africano, y como César, yerno del gran Pompeyo; M. Petreyo, Q. Varrón, M. Porcio Catón y

Biblioteca Nacional de España

L. Cornelio Fausto, hijo del dictador Sila. Después de muchos combates, César les venció al fin en una batalla decisiva. Catón, Escipión, Petreyo y Yuba se mataron; César mató á Fausto, yerno de Pompeyo.

Habiendo regresado á Roma en el año siguiente, hízose cónsul por cuarta vez, y partió en seguida para las Españas, donde habían promovido importante guerra los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto. Muchos combates se libraron, y en el último, que tuvo lugar cerca de la ciudad de Munda, fué casi vencido César, que, viendo huir á los suyos, quiso matarse, para no caer después de tan gloriosas hazañas y á la edad de cincuenta y seis años en poder de sus jóvenes adversarios. Habiendo al fin rehecho sus tropas, quedó vencedor. De los dos hijos de Pompeyo, el mayor pereció y el menor emprendió la fuga.

Después de extinguir en el mundo entero las guerras civiles, volvió César á Roma, donde comenzó á obrar con orgullo y contra las costumbres de la libertad romana. Distribuyó á capricho los honores otorgados hasta entonces por el pueblo; no se levantaba cuando se le acercaba el Senado, afectando en otras muchas cosas los ademanes de un rey y casi de un tirano. Por esta razón conspiraron contra él más de sesenta senadores y caballeros romanos. Los dos Brutos (1), descendientes del primer cónsul de Roma que expulsó á los reyes, eran jefes de aquella trama con C. Cassio y Servilio Casca.

Habiendo acudido César en un día de asamblea á la sala del Senado, entre los demás senadores, le mataron dándole veintitrés puñaladas.

---

(1) Marco y Décimo.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

La muerte de Julio César es señal de otra guerra civil: conducta de Antonio.—Puesto en fuga Antonio, se refugia al lado de Lépido, que le reconcilia con Octavio.—Su triunvirato.—Guerra de Bruto y Cassio, asesinos de César: su muerte.—Compártese el Imperio entre Antonio y Octavio.—Lucio, hermano de Antonio, promueve nuevas turbulencias que quedan aplacadas.—Guerra de Sexto Pompeyo, á la que pone fin un tratado de paz.—Triunfo de Agripa en la Aquitania.—Ventidio Basso derrota á los Parthos, que se habían lanzado sobre la Siria: su triunfo.—Sexto Pompeyo reproduce la guerra: queda vencido y es muerto.—Antonio se casa con Cleopatra, reina de Egipto, y hace á los Parthos guerra poco gloriosa.—Guerra entre Octavio y Antonio.—Batalla de Actium: muerte de Antonio y de Cleopatra.—Agrégase el Egipto al Imperio romano.—Octavio recibe el título de Augusto y queda único dueño del gobierno.—Guerras de Augusto; sus victorias; su carácter.—Aumenta el Imperio; su muerte.—Tiberio sucede á Augusto; su muerte produce universal regocijo.—Calígula; su cobardía en la guerra contra los Germanos; muere asesinado.—Claudio; su debilidad; somete la Bretaña.—Nerón: su libertinaje y crueldad.—La Bretaña amenaza sacudir el yugo; los Parthos se apoderan de la Armenia; añádense al Imperio el Ponto Polemoniaco y los Alpes Cothienos.—Odioso á todos Nerón, el Senado le declara enemigo y se mata.—El anciano Galba, emperador algún tiempo, es asesinado.—Othón, en guerra con su competidor Vitelio, se mata para que cese la guerra civil.—Vitelio toma por modelo á Nerón; su glotonería; su ignominiosa muerte.—Vespasiano; sus cualidades y hazañas; añádese al Imperio la isla de Vecta y pasan á ser provincias romanas la Acaya, Licia, Rodas, Samos, la Tracia, la Cilicia y la Commagena.—Dichoso reinado de Tito.—Domiciano hace guerra á los Sármatas, á los Cattos y á los Dacios: sus crímenes; muere asesinado.

Biblioteca Nacional de España

Por el año 709 de Roma, después del asesinato de César, comenzaron de nuevo las guerras civiles. Era favorable el Senado á los matadores, y su partidario el cónsul M. Antonio se esforzaba en abrumarlos en sus luchas intestinas. Así, pues, durante esta perturbación de la República, habiendo cometido Antonio toda clase de crímenes, el Senado le declaró enemigo de la patria. Enviaron contra él á los dos cónsules, Pansa é Hircio, con el joven Octaviano, de diez y ocho años de edad y sobrino de César, quien por su testamento le había instituído heredero, mandándole llevar su nombre. Este fué quien más adelante recibió el nombre de Augusto y se apoderó del Imperio. Los tres generales marcharon, pues, contra Antonio y le vencieron. Pero aconteció que los dos cónsules vencedores sucumbieron, por lo que los tres ejércitos obedecieron al sólo César Augusto.

Obligado á huir Antonio, después de haber perdido su ejército, se refugió al lado de Lépido, que había sido jefe de caballeros en tiempo de César y que entonces se encontraba al frente de considerables fuerzas. Poco después, por mediación de Lépido, Augusto hizo las paces con Antonio; y en seguida, so pretexto de vengar la muerte de su padre (porque César le había adoptado por testamento), avanzó contra Roma con un ejército, y se hizo dar por fuerza el consulado á los veinte años. De acuerdo con Antonio y Lépido, proscribió al Senado, y comenzó á tener subyugada la República con las armas. Ellos mataron al orador Cicerón y á otros muchos ciudadanos ilustres.

Entretanto, Bruto y Cassio, asesinos de César, comenzaron una guerra terrible, al frente de muchos ejércitos diseminados por la Macedonia el Oriente, y de los que se habían apoderado. César Octaviano Augusto y M. Antonio marcharon contra ellos (quedando Lépido para defender la Italia), y combatieron cerca de Filipos, ciudad de Macedonia. En la primera batalla quedaron vencidos Antonio y César; pero Cassio, jefe de la nobleza, pereció en ella. En la segunda quedó derrotado y

Biblioteca Nacional de España

muerto Bruto, con considerable parte de la nobleza que había peleado á sus órdenes. Los vencedores se repartieron de este modo la República: Augusto recibió las Españas, las Galias y la Italia; Antonio, el Asia, el Ponto y el Oriente. Pero en la misma Italia, el cónsul L. Antonio, hermano del que había combatido con César contra Bruto y Cassio, promovió una guerra civil. Vencido cerca de Perusa, ciudad de la Toscana, quedó prisionero y le perdonaron la vida.

Por otra parte, la Sicilia era teatro de espantosa guerra, encendida por Sex. Pompeyo, hijo de Cn. Pompeyo el Grande, con quien se habían reunido multitud de restos del partido de Bruto y Cassio. César Augusto Octaviano y M. Antonio marcharon para combatirle y concluyeron por ajustar la paz.

En esta época consiguió notables ventajas M. Agripa en Aquitania, y L. Ventidio Basso venció en tres batallas á los Persas, que hacían irrupción en la Siria. Mató á Pacoro, hijo del rey Orodo, el mismo día en que Surena, general de Orodo, rey de los Persas, mató en otro tiempo á Crasso. Ventidio fué el primero que triunfó legítimamente de los Parthos.

Entretanto Pompeyo rompió la paz, y, vencido en un combate naval, fué muerto cuando huía al Asia. Antonio, dueño del Oriente y el Occidente, repudió á la hermana de César Augusto Octaviano, y casó con Cleopatra, reina de Egipto. También hizo guerra á los Persas, venciéndoles en los primeros combates; pero al regresar, sufrió hambre y peste, y estrechado en la retirada por los Parthos, salió vencido de su país.

Por instigación de Cleopatra, reina de Egipto, que deseaba con todo el ardimiento de mujer reinar también sobre Roma, promovió espantosa guerra civil. Vencido por Augusto en una batalla naval perpetuamente famosa, que se libró cerca de Actium, en Epiro, huyó á Egipto, y desesperado de la fortuna, que hacía pasasen todos al lado de Augusto, se mató. Cleopatra hizo que le mordiese un áspid, cuyo veneno le ocasionó la

Biblioteca Nacional de España

muerte. Octaviano Augusto añadió el Egipto al Imperio romano, y dió el gobierno á Cn. Cornelio Galo, primer juez romano que tuvo el Egipto.

Extinguidas así las guerras en todo el universo, regresó á Roma Octaviano Augusto, doce años después de su primer consulado. Desde esta época gobernó solo la República durante cuarenta y cuatro años; habiéndola administrado antes con Antonio y Lépido por espacio de doce. Así, pues, desde el principio al fin de su imperio transcurrieron cincuenta y seis años. Tenía setenta y seis cuando murió de muerte natural, en Atela, ciudad de la Campania. Sepultósele en Roma en el Campo de Marte, y sus grandes hazañas han hecho que, con justicia, se le atribuya algo de divino. En efecto, tal vez nadie fué más afortunado en la guerra ni más moderado en la paz. Durante los cuarenta y cuatro años que reinó solo, se mostró muy afable con los ciudadanos, muy generoso con todos, muy fiel á sus amigos, y á tales honores les elevó, desde la cumbre de su poder, que casi los hizo iguales suyos.

Nunca estuvo tan floreciente la República, porque, exceptuando las guerras civiles, de que salió vencedor, Augusto añadió al Imperio romano el Egipto, la Cantabria, la Dalmacia, que había sido vencida muchas veces antes de él, pero que entonces quedó sometida por completo; la Pannonia, Aquitania, Iliria, Recia, el país de los Vindelicios y el de los Salassos, en medio de los Alpes; todas las ciudades marítimas del Ponto, y entre otras, las notabilísimas de Bósporo y Penticapæon. Derrotó también á los Dacios en muchos combates, deshizó los inmensos ejércitos de los Germanos, y hasta rechazó á estos pueblos al otro lado del Elba, que está mucho más allá del Rhin, en aquellas comarcas bárbaras. Verdad es que encargó á su yerno Druso la dirección de esta guerra, y á su otro yerno Tiberio la de Pannonia. En esta expedición se hicieron cuarenta mil prisioneros, que fueron trasladados de la Germania á la Galia, en las orillas del Rhin. Los Parthos le restituyeron la Armenia,

Biblioteca Nacional de España

y, lo que nunca habían hecho, le entregaron rehenes. También devolvieron las enseñas romanas que arrebataron á Crasso vencido.

Los Scitas y los Indios, que hasta entonces no habían conocido el nombre de Roma, le enviaron legados y regalos. Bajo su mando, pasó también la Galacia á ser provincia romana, de reino que era antes, siendo M. Lolio el primero que la administró como propretor. Tanto amaron á Augusto hasta los bárbaros, que los reyes amigos del pueblo romano construyeron en honor suyo ciudades que llamaron Cesáreas, como la que el rey Yuba fundó en Mauritania, y la de Palestina, que es hoy una de las más notables de aquel país. Muchos reyes, dejando sus Estados, acudieron á saludarle, viéndoseles vestidos al uso romano, es decir, con toga, correr al lado de su litera ó de su caballo. A su muerte se le llamó divino. Dejó la república en el estado más próspero á Tiberio, sucesor suyo, que había sido su yerno y últimamente su hijo por adopción.

Tiberio no mostró en el poder más que vicios, excesiva pereza, espantosa crueldad, criminal avaricia y vergonzoso libertinaje. Nunca combatió en persona, no haciendo la guerra más que por sus lugartenientes. Con buenas palabras atrajo á su lado algunos reyes á quienes no dejó regresar, entre otros, á Arquelao, rey de Capadocia, cuyo reino redujo á provincia romana: también quiso que la capital de este país, llamada antes Mazaca, y actualmente Cesarea, llevase su nombre. Murió en la Campania, á los veintitrés años de reinado y á los setenta y ocho de edad, produciendo su muerte general regocijo.

Sucedíole Cayo César, denominado Calígula, nieto de Tiberio y de Druso, yerno de Augusto. Por sus crímenes llegó á ser azote del mundo, y hasta hizo echar de menos el ignominioso reinado de Tiberio. Emprendió la guerra contra los Germanos, y habiendo entrado en Suevia, no demostró valor alguno. Cometió incestos con sus hermanas, y hasta tuvo con una de ellas una hija, que reconoció. Habiendo tenido que sufrir todos por su

Biblioteca Nacional de España

avaricia, libertinaje y crueldades, fué muerto en el palacio, á la edad de veinticinco años, diez meses y ocho días (1).

En seguida pasó el Imperio á Claudio, tio paterno de Calígula é hijo de Druso, cuya tumba se ve cerca de Maguncia y de quien era nieto Calígula. Este fué mediano príncipe. Prudente, moderado en muchas ocasiones, fué cruel y estúpido en otras. Llevó la guerra á la Bretaña, á donde no había abordado ningún Romano después de Julio César; y habiéndola vencido con las armas de Cn. Sencio y de A. Plaucio, tan ilustres por su mérito como por su nacimiento, triunfó espléndidamente en Roma. Añadió también al Imperio algunas islas situadas en el Océano, al otro lado de la Bretaña, islas llamadas Orcadas, é hizo tomar á su hijo el nombre de Británico. Por lo demás, mostró tanta afabilidad con algunos amigos suyos que en el triunfo de Plaucio, varón noble que se había distinguido con muchas hazañas en la expedición de Bretaña, se le vió acompañar al triunfador, y marchar á su izquierda hasta el Capitolio. Claudio vivió sesenta y cuatro años y reinó catorce. Después de su muerte fué consagrado y llamado divino (2).

Su sucesor Nerón fué semejante en todo á Calígula, tio materno suyo. Deformó y disminuyó el Imperio romano. Gustó hasta la pasión del lujo y esplendor; así fue que, á ejemplo de Cayo Calígula, se le vió bañarse en esencias frías y calientes, y pescar con redes de oro sostenidas con cuerdas de color de púrpura. Hizo dar muerte á infinito número de senadores, y fué enemigo de todos los hombres honrados. En fin, envileció y prostituyó su dignidad hasta bailar y cantar en el teatro con traje de músico ó de actor trágico. Sus parricidios fueron numerosos: mató á su hermano, á su esposa, á su madre. Incendió la ciudad de Roma, para formar idea, con el espectáculo de aquel incendio, del que en otro

(1) Año 41 de J. C.
(2) Año 54 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

tiempo consumió á Troya vencida. En cuanto á la guerra, no intentó ninguna, estando á punto de perder la Bretaña, cuyas dos ciudades más notables fueron tomadas y destruídas bajo su reinado. Los Parthos le arrebataron la Armenia, haciendo pasar bajo el yugo á las legiones romanas. Sin embargo, bajo su mando adquirió el Imperio dos provincias: el Ponto Polemoniaco, cedido por su rey Polemón, y los Alpes Cottienos después de la muerte de su rey Cottio.

Habiéndose hecho, por estos motivos, execrable á todo el mundo romano, todos le abandonaron á la vez, declarándole el Senado enemigo público. Cuando le buscaban para hacerle sufrir su pena (que debía consistir en pasearle desnudo por la ciudad, con una horquilla por el cuello, ser azotado con varas en seguida hasta morir, y precipitado después por la roca Tarpeya), huyó del palacio; y habiéndose refugiado en la alquería de un liberto suyo, entre las vías Salaria y Nomentana, á cuatro millas de Roma, se mató allí. Hizo construir en Roma termas, llamadas entonces Neronianas, y hoy Alejandrinas. Murió á los treinta y un años de edad y catorce de reinado, extinguiéndose en él la familia de Augusto (1).

Sucedióle Servio Galba, senador de la nobleza más antigua y de setenta y tres años de edad. A Galba le eligierou emperador los Españoles y los Galos, y todos los ejércitos confirmaron regocijados la elección. Sus cargos civiles y militares habían ilustrado su vida privada: había sido honrado muchas veces con el consulado, con el título de procónsul y mando superior en guerras importantes. Su reinado fué corto: los comienzos muy felices, no censurándosele más que cierta inclinación á la severidad. Pereció víctima de las asechanzas de Othón, en el séptimo mes de su reinado; siendo degollado en el foro y enterrado en sus jardines, situados en la vía Aurelia, cerca de la ciudad de Roma.

(1) Año 68 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

Muerto Galba, se apoderó del imperio Othón, cuyo nacimiento, más ilustre por su madre que por su padre, no era, sin embargo, obscuro por ninguno de los dos. Como particular había vivido en la molicie y familiaridad de Nerón; como emperador no tuvo tiempo para darse á conocer, porque apenas había caído Galba bajo los golpes de Othón, los ejércitos de Germania proclamaron á Vitelio; y habiendo marchado Othón contra él, fué vencido en un combate cerca de Bebriaco, en Italia. Aunque le quedaban fuerzas considerables para la guerra, y los soldados le exhortaban á no desesperar tan pronto del éxito de las armas, se mató, diciendo que su vida no era tan preciosa que mereciese la prolongación de la guerra civil. Murió, pues, voluntariamente á la edad de treinta y ocho años, después de haber reinado noventa y cinco días (1).

En seguida tomó Vitelio posesión del Imperio. Pertenecía á familia más distinguida que noble; porque su padre, aunque de origen muy poco ilustre, había sido honrado con tres consulados ordinarios. Vitelio vivió en el trono en la más profunda abyección, haciéndose notable por su crueldad, pero más especialmente por su glotonería y voracidad, acostumbrando, según dicen, á hacer diariamente cuatro ó cinco comidas muy abundantes. La historia ha hecho famosa la cena que le dió su hermano Vitelio, de la que se dice que, entre otros ejemplos de suntuosidad, se sirvieron dos mil peces y siete mil aves. Como quería parecerse á Nerón, y ostentaba este deseo hasta honrar los restos de aquel emperador, que fueron inhumados sin pompa, fué muerto por los generales del emperador Vespasiano, á cuyo hermano Sabino había hecho perecer en el incendio del Capitolio. Primeramente le llevaron con ignominia por las calles de Roma, desnudo, levantados los cabellos, alta la cabeza, con una espada atada debajo de la barba, expuesto á los

(1) Año 69 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

ultrajes de los transeuntes, que le arrojaban inmundicias á la cara y al pecho; y al fin le estrangularon y arrojaron al Tíber, no alcanzando siquiera la sepultura que se concede á todos. Pereció á la edad de cincuenta y siete años, habiendo reinado ocho meses y un día (1).

Sucedióle Vespasiano, proclamado emperador en Palestina. Este príncipe, de obscuro nacimiento, compitió con los mejores. Su vida privada era ilustre: enviado por Claudio á Germania y después á Bretaña, había librado treinta y dos combates y añadido al Imperio romano dos naciones poderosas, veinte ciudades y la isla de Vecta, vecina de Bretaña. Condújose en el trono con moderación suma, aunque gustaba mucho del dinero; pero á nadie lo tomó injustamente, y si mostraba mucho apresuramiento por reunirlo, no lo manifestaba menor en sus generosidades, que acudían especialmente á la necesidad. Ningún príncipe había ostentado hasta entonces ni más grandeza en la liberalidad ni más justicia. Inalterablemente suave, costábale mucho trabajo imponer castigo superior al destierro á los que se habían hecho culpables del crimen de lesa majestad. Bajo su reinado fué reunida al Imperio la Judea, así como Jerusalén, la ciudad más célebre de Palestina (2). La Acaya, la Licia, Rodas, Bizancio y Samos, que hasta entonces habían conservado su libertad; la Tracia, la Cicilia, la Commagena, gobernadas por reyes aliados, fueron reducidas á provincias romanas.

Olvidaba las ofensas y enemistades, y soportaba con paciencia las invectivas de los abogados y de los filósofos; pero atendía especialmente á mantener la disciplina militar. Con su hijo Tito triunfó de Jerusalén. Sus cualidades le habían hecho querer del Senado, del pueblo y de todo el mundo, cuando murió de disentería en su quinta, cerca del país de los Sabinos, á la edad de sesenta y nueve años, después de haber reinado nueve

(1) Año 69 de J. C.
(2) Año 70 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

y siete días (1). Colocáronle en el rango de los dioses. Tal confianza tenía en el destino de sus hijos, que, á pesar de las numerosas conspiraciones urdidas contra él, tramas que siempre afectó despreciar, dijo en pleno Senado: «Me sucederán mis hijos ó nadie.»

Sucedióle su hijo Tito, llamado también Vespasiano Fué príncipe perfecto y mereció se le llamase «amor y delicia del género humano». Fué modelo de elocuencia, valor y moderación. Defendió causas en latín y compuso en griego poemas y tragedias. En el sitio de Jerusalén, donde militaba á las órdenes de su padre, se le vió atravesar con doce flechas á doce sitiados. En el trono demostró tanta bondad, que nunca castigó á nadie, y continuó recibiendo tan familiarmente como en lo pasado á los que estaban convictos de haber conspirado contra él. Extraordinariamente liberal y dadivoso, no rechazaba ninguna petición; y como sus amigos le hacían observaciones, contestó: «Nadie debe salir descontento de una audiencia del Emperador.» En otra ocasión, recordando al comer que no había hecho ningún favor aquel día, dijo: «He perdido el día.» Hizo construir en Roma un anfiteatro, en cuya dedicación se mataron cinco mil fieras.

Este príncipe, tan querido por sus virtudes, murió de enfermedad en la misma quinta que su padre, dos años, ocho meses y veinte días después de su advenimiento al trono, y á los cuarenta y uno de edad. Su muerte produjo duelo universal, llorándole cada cual como á su propio padre. Enterado de aquella pérdida el Senado al obscurecer, acudió de noche á la curia y le tributó más elogios y acciones de gracias que jamás le votó en vida y en su presencia. Colocáronle en el rango de los dioses.

Domiciano, su hermano menor, tomó en seguida posesión del Imperio. Éste se pareció más á Nerón, Cali-

(1) Año 79 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

gula ó Tiberio que á su padre ó á su hermano. Moderado en los primeros años de su reinado, pronto se entregó á los excesos del libertinaje, de la ira, de la crueldad y avaricia, haciendo olvidar las virtudes de su padre y de su hermano el odio que se atrajo. Quitó la vida á muchos nobles senadores; fué el primero que quiso le llamasen señor y dios, y no consintió que le erigiesen estatuas en el Capitolio sino de oro ó plata. Hizo perecer á sus primos, y su orgullo le hizo execrable. Sostuvo cuatro guerras: la primera contra los Sármatas; la segunda contra los Cattos, y las otras dos contra los Dacios. La expedición contra los Dacios y la realizada contra los Cattos fueron para él ocasión de doble triunfo, pero su campaña de Sarmacia solamente le valió una corona de laurel. En estas mismas guerras experimentó muchos reveses: en Sarmacia, una legión suya fué exterminada con su jefe, y los Dacios le mataron al consular Oppio Sabino y al prefecto del pretorio Cornelio Fusco, á la vez que grandes ejércitos. Hizo construir en Roma muchos edificios, y entre otros se le deben el Capitolio, el Foro Transitorio, el Odeon, los pórticos de los Dioses, los templos de Isis y Serapis y el Estadio. Pero habiéndole hecho sus crímenes objeto de universal horror, le mataron en el palacio sus propios guardias, en el año cuarenta y cinco de su edad y décimoquinto de reinado (1). Los agentes más viles de los funerales nocturnos se llevaron su cadáver y lo sepultaron ignominiosamente.

(1) Año 96 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

Nerva.; su justicia y bondad.—Trajano somete muchos pueblos y ensancha los límites del Imperio romano.—Adriano, celoso de la gloria de Trajano, abandona sus conquistas.—Antonio el Piadoso; sus virtudes; su fama entre los pueblos extranjeros.—Gobiernan la República dos Emperadores: Marco Antonio Vero (ó Marco Aurelio) y Lucio Antonio Vero.—Lucio; sus defectos; su expedición contra los Parthos; su muerte.—Marco Antonino; su instrucción: sus virtudes; sus victorias sobre los Germanos y Marcomanos; su muerte.—Cómodo, hijo de Marco Aurelio y sucesor suyo; sus vicios; sus victorias sobre los Germanos.—Helvio Pertinax, elegido emperador, le matan sus soldados á los ochenta días de reinado.—Salcio Juliano, jurisconsulto, es vencido por Severo, después de haber reinado siete meses.—Septimio Severo; su crueldad; su instrucción.—Derrota á Pescenio Níger y á Clodio Albino, competidores suyos.—Somete á los Parthos, los Arabes, los Adiabenos é invade la Bretaña.—Antonino Caracala; construye las termas Antoninianas; su crueldad; sus desórdenes.—Opilio Macrino y su hijo Diadumeno reinan poco tiempo y no hacen nada memorable.—Aurelio Antonino Heliogábalo; sus impurezas.—Aurelio Alejandro; su victoria sobre los Parthos; restablece la disciplina militar.

En el año ochocientos cincuenta de Roma, bajo el consulado de Veto y Valente, se confió el Imperio á buenos príncipes, que devolvieron sus mejores días á la República. Al tirano execrable Domiciano, sucedió Nerva, que, como particular, se distinguió por su prudencia y valor: su nobleza era mediana. Anciano ya cuando Petronio Segundo, prefecto del Pretorio, y Par-

Biblioteca Nacional de España

thenio, asesino de Domiciano, le hicieron nombrar emperador, se mostró tan justo como popular. Su divina previsión aseguró, por medio de la adopción de Trajano, la felicidad de la República. Murió en Roma después de reinar un año, cuatro meses y ocho días, á los setenta y uno de edad. Colocáronle en el rango de los dioses.

Sucedióle Ulpio Crinito Trajano, nacido en Itálica, en España, de familia más antigua que ilustre; porque en esta estirpe, su padre fué el primero que obtuvo el consulado. Trajano fué proclamado emperador en Colonia, en las Galias. Su gobierno le hizo preferir justamente á todos los príncipes, porque nunca se unió tanta bondad á tanto valor. Después de Augusto, más bien habíase defendido que gloriosamente ensanchado el Imperio romano, y Trajano por todas partes retiró sus fronteras. Tomó muchas ciudades al otro lado del Rhin, en Germania. Venció al rey Decebalo, subyugó la Dacia é hizo una provincia romana, al otro lado del Danubio, con todo el territorio que ocupan hoy los Taifalos, Victoalos y Tervingos; aquella provincia tenía de circuito un millón de pasos.

Recobró la Armenia, invadida por los Parthos, después de matar á Partamasiro, que la ocupaba. Dió rey á los Albaneses. Recibió la sumisión del Rey de los Iberos, de los Sauromatos, del Bósforo, de los Arabes, del Osdreono y de Colcos. Conquistó el territorio de los Corduenos, de los Mardos y de los Medas; sometió y conservó la Artemusia, una de las regiones más grandes de Persia; Seleucia y Cesifonte, Babilonia y Messena. Avanzó hasta la frontera de la India y hasta el mar Rojo, y allí hizo tres provincias de la Armenia, de la Asiria y de la Mesopotamia, añadiendo los pueblos inmediatos á Madena. Otro tanto hizo en seguida con la Arabia, y mantuvo en el mar Rojo una flota para hacer incursiones en la India.

Sin embargo, su modestia y afabilidad sobrepujaron á su gloria militar. En Roma y en las provincias se mostraba igual á los demás; iba á ver y saludar á sus

Biblioteca Nacional de España

amigos enfermos; celebraba sus días festivos en su mesa ó en la suya propia, y frecuentemente se sentaba á su lado en su litera. No ofendió á ningún senador; no se permitió nada injusto para aumentar su tesoro; fué generoso con todos; hizo muchos donativos públicos y particulares, y confirió dignidades hasta á aquellos que no pasaban por famliares suyos. Cubrió de monumentos el universo; concedió á las ciudades muchas inmunidades, y todo lo hizo con tal espíritu de dulzura y bondad, que, durante su reinado, un solo senador fué condenado, y esto por el Senado, ignorándolo Trajano. Estas virtudes hicieron que el mundo entero le creyese divino y le merecieron en vida y muerte general veneración.

Entre otras frases memorables, se le atribuye la siguiente. Censurándole sus amigos que fuese demasiado asequible á todos, les contestó «que recibía á los particulares, siendo Emperador, como hubiese deseado le recibiese el Emperador siendo él particular». En la guerra y en la paz había adquirido dotes extraordinarias, cuando al regresar de Persia, murió de diarrea, en Seleucia de Isauria. Tenía sesenta y tres años, nueve meses y cuatro días, y había reinado diez y nueve años, seis meses y quince días. Colocáronle en el número de los dioses, y fué el único emperador á quien se sepultó en el recinto de la ciudad. Sus cenizas, encerradas en una urna de oro, fueron depositadas en medio del foro que él construyó, bajo una columna de ciento cuarenta pies de alta. Tan querida permanece su memoria, que hoy todavía, al advenimiento de un príncipe, las únicas aclamaciones con que le saluda el Senado son: «que sea más afortunado que Augusto y mejor que Trajano». Tal es, en fin, el glorioso homenaje que se rinde á su bondad, que la adulación y la verdad le eligen en sus elogios como el mejor modelo.

Muerto Trajano, fué elegido emperador Elio Adriano, gracias á la destreza de Plotina, esposa de Trajano; porque el Emperador, lejos de contribuir á ello, durante su vida no quiso adoptarle, aunque Adriano era hijo de

Biblioteca Nacional de España

su príma hermana. Adriano había nacido como él en Itálica, en España. Celoso de la gloria de su predecesor, abandonó en seguida tres provincias, que Trajano había añadido al Estado; retiró de la Asiria, de la Armenia y la Mesopotamia los ejércitos romanos, y quiso que el Eufrates fuese el límite del Imperio. De la misma manera hubiese renunciado á la Dacia; pero sus amigos se lo impidieron, diciéndole que aquello era entregar á los bárbaros multitud de ciudadanos romanos; porque Trajano, después de la conquista de la Dacia, había hecho pasar á ella, de todos las puntos del Imperio, innumerable cantidad de colonos, para cultivar las tierras y poblar las ciudades desiertas por las largas guerras de Decebalo.

Adriano vivió en paz todo el tiempo de su reinado, haciendo un lugarteniente suyo la única guerra que turbó la tranquilidad. Recorrió el mundo romano y dejó en él considerable número de edificios. Expresábase en latín con notable elocuencia y conocía á fondo el griego. Dejó muy poca fama de clemencia; pero atendió escrupulosamente á los intereses del Tesoro público y á la conservación de la disciplina militar. Murió en la Campania, más que sexagenario, después de haber reinado durante veintiún años, diez meses y veintinueve días. El Senado no quiso concederle los honores divinos; pero su sucesor Tito Aurelio Fulvio Antonino los pidió con insistencia, y á pesar de la unánime negativa de los senadores, acabó por conseguirlos.

Adriano tuvo, pues, por sucesor á T. Antonino Fulvio Boionio, llamado también Pío. Pertenecía á familia ilustre, pero moderna. Fué un gran príncipe; con razón se le puede comparar á Numa Pompilio, como se compara á Trajano con Rómulo. En su vida privada demostró grandes virtudes, y mayores todavía en el trono: nunca fué rudo, y su bondad permaneció inalterable. No ambicionó la gloria militar, prefiriendo defender las provincias romanas á aumentarlas. Buscó para administrar el Tesoro á los hombres reconocidos por su probidad, honró á los hombres de bien y detestó á los malvados,

Biblioteca Nacional de España

pero sin mostrarse duro con ellos. Inspiró á los reyes aliados suyos, al mismo tiempo que justo temor, veneración tal, que muchas naciones bárbaras, deponiendo las armas, llevaron ante su tribunal sus disensiones y quejas, y obedecieron su decisión. Aunque muy rico antes de su advenimieuto al trono, la paga que dió á las tropas y las liberalidades con sus amigos disminuyeron considerablemente su caudal; pero dejó abundantemente provisto el Tesoro público. Su clemencia le mereció el dictado de Pío. Murió en su quinta de Lorio, á doce millas de Roma, á los setenta y tres años de edad y veintitrés de reinado (1). Fué colocado en el rango de los dioses y justamente consagrado.

Después de él reinó Marco Antonino Vero, de nobilísima estirpe, porque su origen remontaba por parte de padre á Numa Pompilio, y por su madre al rey de los Salentinos. L. Antonino Vero compartió el trono con él. Entonces por primera vez obedeció la República romana á dos jefes revestidos con igual autoridad, cuando nunca había tenido más que un solo emperador á la vez.

Estos príncipes estuvieron unidos por los vínculos de la sangre y de la afinidad: Vero Antonino había casado con la hija de M. Antonino, y M. Antonino era yerno de Antonino Pío por su esposa Valeria Faustina la joven, que también era prima suya. Hizo guerra á los Parthos, que entonces se sublevaron por primera vez después de la victoria de Trajano. Vero Antonino marchó contra ellos. Establecido en Antioquía, y sobre los confines de la Armenia, consiguió por medio de sus capitanes grandes y numerosas victorias: apoderándose de Seleucia, una de las poblaciones más notables de la Asiria, con cuarenta mil habitantes. En seguida regresó á Roma para celebrar su triunfo sobre los Parthos, y compartió los honores con su hermano, que al mismo tiempo era suegro suyo. Murió en Venecia, cuando se

(1) Año 161 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

dirigía á la ciudad de Concordia, en Altino; iba en el mismo carruaje que su hermano, cuando tuvo repentino ataque de sangre, género de enfermedad que los Griegos llaman apoplejía. No era príncipe muy á propósito para que le amasen; pero el respeto que profesaba á su hermano le impidió realizar ningún acto de crueldad. Murió á los once años de reinado, y fué colocado en el número de los dioses.

Después de él gobernó solo la República Marco Antonino, príncipe á quien es más fácil admirar que alabar dignamente. Desde sus primeros años gozó de tal igualdad de ánimo, que ni en la infancia alteraron su rostro la tristeza ó la alegría. Dedicado á la filosofía estoica, filósofo por sus costumbres al par que por la doctrina, aunque muy joven todavía, se hizo admirar tan generalmente, que Adriano tuvo el proyecto de hacerle sucesor suyo; pero habiendo adoptado ya á Antonino Pío, quiso al menos que fuese yerno suyo, para abrirle de esta manera el camino del Imperio.

Fueron sus maestros en filosofía Apolonio Calcedonense; en literatura griega, Sexto Coronense, nieto de Plutarco, y en letras latinas, Frontón, el orador más famoso de aquel tiempo. Vivió en Roma con todos los ciudadanos como igual suyo; el poder soberano no le inspiró ningún orgullo, y su liberalidad se adelantaba á los deseos. Trató á las provincias con dulzura y moderación extraordinarias. En su tiempo se obtuvieron algunos triunfos sobre los Germanos; personalmente no hizo más guerra que la de los Marcomanos, la más terrible de todas las que se recuerdan, y comparable solamente á las guerras púnicas. En aquella desastrosa guerra perecieron ejércitos romanos enteros. También causó tales estragos la peste después de la derrota de los Persas, que en Roma, en Italia y las provincias sucumbieron á los ataques del mal la mayor parte de los habitantes y casi todas las tropas.

A fuerza de trabajo y paciencia, y después de permanecer durante tres años delante de Carnunto, terminó la

Biblioteca Nacional de España

guerra de los Marcomanos, cuya sublevación había producido la de los Quados, Vándalos, Sármatas y Suevos y todos los países bárbaros. Millares de enemigos cayeron bajo sus golpes, y cuando hubo libertado la Panonia de la servidumbre, regresó á Roma, donde triunfó por segunda vez con su hijo Cómodo Antonino, al que ya había nombrado César. Los gastos de la guerra habían agotado el Tesoro; por lo que, no pudiendo hacer ningún regalo á las tropas, y no queriendo establecer impuesto sobre las provincias ni el Senado, hizo vender en subasta en el foro Trajano todos los objetos de lujo real, vajilla de oro, vasos de cristal, copas murrhinas, trajes tejidos de oro y seda, pertenecientes á su esposa y á él, é infinidad de piedras preciosas, ornamentos de su autoridad. La venta duró dos meses consecutivos y produjo considerables cantidades. Sin embargo, después de la victoria devolvió el precio de aquellos objetos á los particulares que consintieron en desprenderse de ellos, y no inquietó á ninguno de los que prefirieron conservarlos.

Permitió á los ciudadanos más ilustres desplegar en sus festines el mismo lujo que él, y que les sirviesen ministros semejantes á los suyos. En los juegos que dió para celebrar su victoria, llevó tan lejos la magnificencia que, según se dice, presentó cien leones á la vez. Después de labrar con su valor y bondad la felicidad de la República, murió á los diez y ocho años de reinado y sesenta y uno de edad (1), ratificando el unánime voto de los pueblos el decreto que le colocó en el rango de los dioses.

Su sucesor L. Antonino Cómodo no se pareció en nada á su padre, como no sea en haber combatido personalmente y con éxito á los Germanos. Quiso que el mes de Septiembre llevase su nombre, y se le llamó Cómodo. Envilecido por el lujo y el desenfreno, frecuentemente

(1) Año 180 de J. C.

Biblioteca Nacional de España

combatió con armas de gladiador en las salas donde se ejercitan, y después en el mismo anfiteatro, contra esta clase de hombres. Murió repentinamente, y tan rápida fué su muerte, que se creyó había sido envenenado ó estrangulado. Reinó después de su padre doce años y ocho meses, y de tal manera se hizo odiar, que después de muerto le declararon enemigo del género humano.

A Cómodo sucedió Pertinax, que era ya anciano, habiendo llegado á la edad de setenta años. Desempeñaba el cargo de prefecto urbano, cuando un senatusconsulto le nombró emperador. A los ochenta días de reinado pereció en una sedición de los soldados pretorianos y por el crimen de Juliano.

Después de él invadió el Imperio Salvio Juliano. Pertenecía á noble familia, era muy versado en derecho, y nieto del Salvio Juliano que en tiempos del divino Adriano compuso el *Edicto perpetuo*. Vencido por Severo cerca del puente Mulvio, fué muerto en el palacio. Su reinado duró siete meses.

En seguida se confió el gobierno del Imperio romano á Septimio Severo, oriundo de Africa; habiendo nacido en Leptis, provincia de Tripoli. Este fué el único Africano que llegó á ser emperador. Abogado del fisco primeramente, después tribuno militar, había desempeñado muchos cargos y obtenido muchas dignidades antes de llegar á la suprema administración del Estado. Quiso que se le llamase Pertinax, para honrar la memoria de este emperador, muerto por Juliano. Era naturalmente avaro y cruel. Tuvo que sostener muchas guerras y todas afortunadas para él. Mató cerca de Cyzico á Pescenio Níger, que había sublevado el Egipto y la Siria. Sometió á los Parthos, la Arabia interior y la Adiabena. Tan completas fueron sus victorias sobre los Arabes, que hizo de su país una provincia romana. Estas hazañas le valieron el nombre de Párthico, de Arabigo y Adiabénico. Reparó en toda la extensión del Imperio considerable número de monumentos. Venció y mató cerca de Lugdunun á Clodio Albino, cómplice de Ju-

Biblioteca Nacional de España

liano en el asesinato de Pertinax, y que se había hecho nombrar César en la Galia.

Además de su gloria militar, se distinguió también este príncipe por sus conocimientos literarios: podía pasar por sabio, habiendo profundizado la ciencia y la filosofía. La última guerra tuvo lugar en Bretaña, donde, para proteger mejor las provincias que había conquistado, construyó una muralla de un mar á otro de treinta y dos mil pasos de larga. Murió en Eboracio, en edad avanzada, después de reinar diez y seis años y tres meses, y fué deificado. Dejó el Imperio á sus dos hijos, Bassiano y Geta; pero quiso que los senadores diesen al primero el nombre de Antonino, por cuya razón se llamó M. Aurelio Antonino Basiano. Este fué quien sucedió á su padre, porque Geta, declarado enemigo de la patria, pereció al poco tiempo.

Marco Aurelio Antonino Bassiano, llamado también Caracala, se parecía á su padre, teniendo algo de rudo y amenazador. Roma le debe el hermoso monumento de las termas que llevan el nombre de Antoninianas. Esto es todo lo memorable que hizo. Sin freno en sus pasiones, casó con su suegra Julia. Murió en Osdreona, cerca de Edessa, cuando preparaba una expedición contra los Parthos; habiendo reinado seis años y dos meses, y habiendo cumplido cuarenta y tres de edad. El Estado pagó sus funerales.

Opilio Macrino, que era prefecto del Pretorio, fué en seguida elevado al trono con su hijo Diadumeno. La brevedad de su reinado les impidió hacer nada memorable, puesto que solamente duró un año y dos meses. Los dos perecieron en una sedición militar.

Después de éstos fué creado emperador M. Aurelio Antonino. Este pasaba por hijo de Antonino Caracala, y era sacerdote del templo de Heliogábalo. Llegado á Roma, donde el ejército y el Senado le esperaban con impaciencia, se manchó con toda clase de infamias. Su vida fué una serie de impurezas. Después de dos años y ocho meses de reinado, pereció en una sublevación de los

Biblioteca Nacional de España

soldados, y con él su madre Seomia, siria de nacimiento.

Sucedióle Aurelio Alejandro, proclamado César por el ejército, y Augusto por el Senado, aunque muy joven todavía. Hizo guerra á los Persas y alcanzó gloriosa victoria sobre su rey Jerjes. Fué muy severo en el mantenimiento de la disciplina militar, disolviendo legiones enteras que se habían amotinado. Tuvo por asesor ó canciller á Ulpiano, fundador del derecho. Supo captarse el favor público en Roma, y pereció en la Galia en una revuelta de soldados, después de un reinado de trece años y ocho días. Quería entrañablemente á su madre Mammea.

Biblioteca Nacional de España

LIBRO NOVENO.

SUMARIO.

Maximino hace con éxito la guerra contra los Germanos y es muerto por Pupiano.—Reinan al mismo tiempo tres Augustos: Pupiano, Balbino y Gordiano, que queda sólo emperador, después de la muerte de los otros dos.—Hace abrir el templo de Jano y derrota á los Persas.—Los dos Filipos, padre é hijo, se apoderaron del poder; en su tiempo se celebra el milenario de la fundación de Roma.—Decio sofoca la guerra civil promovida en la Galia, y perece con su hijo después de dos años de reinado.—Sus hijos, Galo Hostiliano y Volusiano no hacen nada notable.—Emiliano; su reinado tan corto como obscuro.—Reinado de Licinio Valeriano y de Galieno, fatal al poder romano; incursiones de los bárbaros.—Surgen á la vez muchos emperadores: Postumio, Mario, Victorino, Tétrico, Odenato.—Claudio derrota á los Godos: sus cualidades; su muerte.—Quintilio, príncipe excelente, reina muy poco.—Aureliano derrota á los Godos; devuelve sus límites al Imperio; triunfa de Tétrico en la Galia; se apodera de Zenobia en Oriente; reprime en Roma una sedición de monederos; su crueldad.—Cortos reinados de Tácito y Floriano.—Probo, famoso por sus hazañas militares y virtudes, recobra las Galias invadidas por los bárbaros; extiende el cultivo de la vid.—Caro hace con éxito la guerra á los Parthos y lo mata un rayo.—Su hijo Numeriano, que le había acompañado en esta expedición, perece por traición.—Carino, odioso por sus crímenes, queda abandonado por sus soldados.—El ejército proclama emperador á Diocleciano.—Después de la derrota de Carino, envía á Maximiano Hercúleo á la Galia para sofocar la revuelta de los Bagaudos.—Carausio toma la púrpura en Bretaña, y Aquileo la toma en Egipto.—Los Quinquegencios devastan el África; Diocleciano, llamado Maximiano Augusto, marcha para reprimir sus movimientos; Constancio y Galerio Maximiano son nombrados césares.—Constancio deshace á los Alemanes.—Galerio Maximiano,

Biblioteca Nacional de España

vencido por Narsés, rey de los Persas, le derrota en seguida en una gran batalla.—Derrota de los Carpos, Basternos y Sármatas.—Diocleciano y Maximiano Hercúleo abdican y viven en condición privada; su carácter.

A Severo sucedió Maximino, el primero que desde las filas de los soldados se elevó al Imperio, por la sola voluntad del ejército, sin el consentimiento ni apoyo del Senado y sin ser él mismo senador. Después de hacer con éxito la guerra á los Germanos, y recibir de los soldados el título de emperador, le mató Pupiano en Aquilea, donde le abandonaron sus tropas. Con él pereció su hijo, niño todavía, que estuvo asociado á su imperio tres años y algunos días.

En seguida hubo tres emperadores á la vez: Pupiano, Balbino y Gordiano. Los dos primeros tenían obscuro nacimiento, pero Gordiano procedía de ilustre familia; su padre, Gordiano el viejo, había sido proclamado emperador por los soldados durante su proconsulado en África, bajo el reinado de Maximino. De regreso en Roma, Balbino y Pupiano fueron muertos en el palacio, y se dió el trono á Gordiano solo. Este príncipe, que todavía era niño, casó con Tranquilina en Roma, abrió el templo de Jano, y partió para el Oriente, donde hizo la guerra á los Parthos, que meditaban ya arrojarse sobre el Imperio. Sus triunfos fueron tan rápidos como brillantes, derrotando á los Persas en grandes batallas. Regresaba de esta expedición cuando pereció cerca de las fronteras del Imperio, víctima de la traición de Filipo, que reinó después de él. Los soldados le levantaron una tumba á veinte millas de Circesso, donde en nuestros días se ha construido una fortificación romana que domina el Eufrates. Sus cenizas fueron transportadas á Roma y le deificaron.

Muerto Gordiano, se apoderaron del poder los dos Filipos, padre é hijo, retiraron el ejército sin pérdida ninguna, y regresaron de Siria á Italia. Bajo su reinado se celebró el milenario de la fundación de Roma, con grande aparato de juegos y espectáculos. Poco des-

Biblioteca Nacional de España

pués les mató el ejército á los dos; al padre en Verona, y al hijo en Roma. Habían reinado cinco años, y fueron puestos en el rango de los dioses.

En seguida crearon emperador á Galo Hostiliano y á su hijo Volusiano. Bajo estos emperadores trató Emiliano de sublevar la Mesia. Los dos marcharon para combatirle; pero fueron muertos en Interamno, antes de haber cumplido el segundo año de su reinado. Nada absolutamente hicieron memorable, señalándose su reinado por pestes y crueles enfermedades.

Emiliano, de obscuro origen, más obscuro fué todavía en el trono, muriendo al cabo de tres meses.

Licinio Valeriano, que mandaba en la Recia y la Norica, recibió del ejército el título de emperador, y poco después el de Augusto. Al mismo tiempo, el Senado nombró en Roma césar á Galieno. El reinado de estos príncipes fué fatal para el Imperio, y estuvo á punto de acarrear su ruina, bien por desgracia, bien por cobardía. Los Germanos avanzaron hasta Ravena. Valeriano, haciendo la guerra en Mesopotamia, fué vencido por Sapor, rey de los Persas; también fué cogido prisionero poco tiempo después, y envejeció entre los Parthos en vergonzosa servidumbre.

El reinado de Galieno, nombrado Augusto en su juventud, comenzó con fortuna y terminó desastrosamente. Joven aún, distinguióse con numerosas hazañas en la Galia y la Iliria, y mató, cerca de Mursa, á Ingenuo, que había tomado la púrpura, y también á Trebeliano. Por mucho tiempo prudente y moderado, entregóse en seguida á todos los excesos del libertinaje, teniendo las riendas del Imperio con mano descuidada y floja. Los Alemanes devastaron las Galias y cayeron sobre Italia. Perdióse la Dacia, aquella provincia que Trajano había formado al otro lado del Danubio. Vióse á los Godos devastar la Grecia, la Macedonia, el Ponto y el Asia. Los Sármatas y los Quados talaron la Pannonia. Los Germanos penetraron hasta las Españas y se apoderaron de la famosa ciudad de Tarragona. Los Parthos ocu-

Biblioteca Nacional de España

paron la Mesopotamia y comenzaron á dominar la Siria.

En tan desesperada situación las cosas, y cuando ya iba á perecer el Imperio romano, Postumio, hombre de ínfimo origen, tomó la púrpura en la Galia, y durante los diez años de su reinado consiguió, á fuerza de valor y prudencia, salvar las provincias casi arruinadas. Fué muerto en una sublevación de los soldados por haberles negado el saqueo de Maguncia, que se había rebelado contra él por instigaciones de L. Eliano. Mario, obrero vil, tomó en seguida la púrpura, y al segundo día le mataron. Victorino se apoderó á poco del gobierno de las Galias: éste era hombre de extraordinario valor, pero sumamente licencioso; y como para él era un juego deshonrar á los demás, fué muerto en Colonia, en el segundo año de su reinado, víctima de los secretos manejos de un escribano.

Sucedióle el senador Tétrico, que mandaba en Aquitania como gobernador, y á quien los soldados eligieron emperador, encontrándose ausente. Tomó éste la púrpura en Burdigala (Burdeos) y fué objeto de frecuentes sediciones militares. Pero mientras ocurrían estas cosas en la Galia, Odenato, que defendía la Siria, venció en Oriente á los Persas, recobró la Mesopotamia y avanzó hasta Ctesifonte.

Así, pues, el Imperio romano, cuyo gobierno abandonaba Galieno, fué salvado en Occidente por Postumio y y por Odenato en Oriente. Entretanto fué muerto Galieno en Milán con su hermano Valeriano, en el noveno año de su reinado; sucediéndole Claudio, elegido por el ejército y nombrado Augusto por el Senado. En una gran batalla venció á los Godos que devastaban la Iliria. Era económico, modesto, extraordinariamente justo y muy á propósito para el gobierno. Pero murió de enfermedad en el segundo año de su reinado y le colocaron en el rango de los dioses. Queriendo el Senado honrar su memoria con nuevas distinciones, le decretó un escudo de oro en la curia y le erigió en el Capitolio una estatua del mismo metal.

Biblioteca Nacional de España

Después de éste fué nombrado emperador Quintiliano, hermano de Claudio, por unánime consentimiento de los soldados. Su incomparable prudencia y sus virtudes civiles le hicieron igualar y hasta preferir á su hermano. Recibió del Senado, por aclamación, el título de Augusto y fué muerto á los diez y siete días de su reinado.

Después de éste obtuvo el Imperio Aureliano, oriundo de la Dacia Ribereña. Este era hombre muy experto en achaques militares, pero de carácter violento é inclinado á la crueldad. Venció á los Godos en sangrientas batallas, y casi siempre afortunado en sus guerras, devolvió al Imperio romano sus antiguos límites. En la Galia venció á Tétrico, cerca de Catalaunos (Chalons); entregándole este mismo su ejército, cuyas continuas sediciones no podía soportar; hasta había implorado á Aureliano en cartas secretas, en las que, entre otras cosas, le decía, empleando este verso de Virgilio: «Héroe invencible, libértame de estos males.» Aureliano se apoderó también cerca de Antioquía, y después de encarnizada lucha, de la reina Zenobia, que gobernaba el Oriente desde la muerte de su esposo Odenato. De regreso en Roma, celebró como si hubiese reconquistado el Oriente y Occidente un magnífico triunfo, en el que se vieron marchar delante de su carro á Tétrico y á Zenobia. En seguida fué nombrado Tétrico gobernador de la Lucania, y vivió mucho tiempo como simple particular. Zenobia dejó en Roma una posteridad que subsiste aún.

Bajo el reinado de Aureliano se sublevaron en Roma los monederos, después de alterar las monedas y de dar muerte al tesorero Felicísimo. El Emperador les venció y castigó con extraordinaria crueldad. También condenó al último suplicio á muchos ciudadanos de noble nacimiento. Fué príncipe cruel y sanguinario, más necesario en ciertas circunstancias que á propósito para que le amasen. En sus implacables rigores, ni siquiera perdonó al hijo de su hermana. Se le puede alabar, sin embargo,

Biblioteca Nacional de España

por haber restablecido la disciplina militar y corregido en gran parte la depravación de costumbres.

Rodeó con fuertes murallas la ciudad de Roma; hizo construir al Sol un templo, enriqueciéndolo con inmensa cantidad de oro y de piedras preciosas. Desesperando, después de los estragos causados en la Iliria y la Mesia, de poder conservar la Dacia, de la que Trajano había hecho una provincia romana al otro lado del Danubio, tomó el partido de abandonarla. Entonces hizo salir á los Romanos de las ciudades y campos de aquel país, y los estableció en el centro de la Mesia, á la que dió el nombre de Dacia; de manera que ésta separa hoy las dos Mesias, y se encuentra en la orilla derecha del Danubio, en su curso hacia el mar, cuando antes se encontraba en la orilla izquierda. Aureliano pereció víctima de las maquinaciones de un esclavo suyo, que, habiendo falsificado su letra, enseñó á algunos capitanes, amigos del príncipe, una lista con sus nombres, anotada como si proyectase matarles. Para prevenirle, le mataron éstos en el antiguo camino de Heraclea á Constantinopla, en el sitio llamado Cenophrurium. Pero su muerte no quedó sin venganza. Concediéronle los honores de la apoteosis. Había reinado cinco años y seis meses.

Después de éste, dióse el Imperio á Tácito, varón muy virtuoso y muy á propósito para el gobierno de la República. Pero no tuvo tiempo para hacer nada notable, habiendo muerto en el sexto mes de su reinado. Su sucesor Floriano reinó dos meses y veinte días, no haciendo nada memorable.

Probo, que había adquirido notable fama militar, ascendió después de él al gobierno de la República. Continua serie de victorias le restableció en la posesión de las Galias, ocupadas por los bárbaros. En muchas batallas derrotó á algunos generales que querían usurpar el Imperio, como Saturnino en Oriente y Próculo y Bonoso en Colonia. Permitió á los Galos y Pannonios plantar viñas; y él mismo las hizo plantar por sus sol-

Biblioteca Nacional de España

dados en el monte Alma, cerca de Sirmio, y en el monte Aureo, en la Mesia Superior, entregando el cultivo á los habitantes de estas provincias. Después de haber hecho innumerables guerras y asegurado la paz por todas partes, dijo «que muy pronto no serían necesarios los soldados». Era príncipe activo, intrépido, justo, y que, igual á Aureliano por la gloria de las armas, le superó en virtudes cívicas. Pero no por esto dejó de perecer en una sedición militar en Sirmio, en la Torre de Hierro. Reinó seis años y cuatro meses.

Caro, nacido en Narbona, en la Galia, fué proclamado Augusto después de él; y en seguida nombró césares á sus hijos Carino y Numeriano, con los que reinó dos años. Habiéndose enterado, mientras hacía la guerra á los Sármatas, de que se habían sublevado los Persas, pasó al Oriente, alcanzó sobre ellos notables ventajas, les puso en fuga en una gran batalla y se apoderó de las dos famosas ciudades de Cochen y Ctesifonte. Acampaba al otro lado del Tigris cuando le mató un rayo. Su hijo Numeriano, joven de mucho mérito, que había llevado con él á Persia, fué muerto por instigación de Aper, de quien era yerno, en la litera en que le llevaban á causa de una enfermedad en los ojos que le hacía sufrir mucho. El traidor quiso ocultar el asesinato hasta que pudiera apoderarse del reino, pero le denunció el olor del cadáver. Advertidos por la fetidez los soldados que marchaban detrás, abrieron los lienzos de la litera, enterándose de la muerte de Numeriano algunos días después de consumada.

Carino, á quien su padre había dejado, al marchar contra los Persas, el mando de la Iliria, de la Galia y de Italia, con el título de césar, se manchó con toda clase de crímenes. Con falsas acusaciones hizo perecer á multitud de inocentes; deshonró á las esposas de los ciudadanos más ilustres, y llegó hasta vengarse de aquellos condiscípulos suyos de quienes en la escuela había sufrido pueriles vejaciones. Habiéndose hecho universalmente odioso por su conducta, no tardó en

Biblioteca Nacional de España

sufrir la pena. El ejército que regresaba victorioso de la Persia, y á quien el rayo había arrebatado el emperador Caro, y la traición al césar Numeriano, dió el Imperio á Diocleciano, oriundo de Dalmacia, y de tan obscuro linaje, que la mayor parte de los autores dicen era hijo de un escribano, y otros lo tienen por hijo de un liberto del senador Anulino.

En su primera arenga á los soldados juró que no había tenido parte alguna en el asesinato de Numeriano, y viendo á su lado á Aper, que fué el autor, le traspasó con la espada delante de todo el ejército. Derrotó en seguida, en una gran batalla, cerca de Margum, al joven Carino, objeto del odio y general execración, y al que su ejército, más fuerte que el de Diocleciano, hizo traición, ó al menos abandonó, entre Vivinacio y el monte Aureo. Dueño ya del Imperio, envió al césar Maximiano Hercúleo contra los campesinos que, con el nombre de Bagaudos y bajo la dirección de Amando y Eliano, habían levantado parte de la Galia. Maximiano dispersó en ligeros combates aquellos grupos de campesinos, y devolvió la paz á la provincia.

Por este mismo tiempo, Caransio, que, á pesar de la humildad de su condición, había adquirido mucha fama militar, recibió el mando de la flota de Bononia y el encargo de restablecer la seguridad de los mares en las costas del Bélgica y de la Armórica, infestadas entonces por los Francos y los Sajones. Apoderóse de considerable número de aquellos bárbaros; pero no habiendo devuelto á los habitantes de aquellas provincias ni enviado á los Emperadores más que una parte del botín, se sospechó que de intento dejaba libres á los piratas en sus expediciones, con objeto de sorprenderles al regreso y enriquecerse á costa de sus presas. Enterado de que Maximiano había dado orden de matarle, tomó la púrpura y se apoderó de las Bretañas.

Encontrándose todo el universo perturbado á la vez por la sublevación de Carausio en Bretaña y de Aquileo en Egipto; por los estragos de los Quinquegencios en

Biblioteca Nacional de España

Africa, y por la guerra de Narsés en Oriente, Diocleciano elevó á Maximiano Hercúleo de la dignidad de césar á la de Augusto, y nombró césares á Constancio y Maximiano. Dícese que Constancio era nieto de Claudio, por la hija de este emperador; Maximiano Galerio había nacido en la Dacia, cerca de Sárdica. Con objeto de unírselos también con los lazos de la familia, hizo casar á Teodora, nuera de Maximiano Hercúleo, con el césar Constancio, que tuvo seis hijos, hermanos de Constantino; y dió á Galerio su propia hija Valeria, después de obligarles á los dos á repudiar las esposas que tenían. Sin embargo, después de intentar inútilmente la suerte de las armas contra Caransio, general muy experimentado, concluyeron por ajustar la paz con él. Siete años después le mató su colega Alecto, que ocupó á su vez las Bretañas durante tres años, al cabo de los cuales le venció Asclepiodoto, prefecto del Pretorio. De esta manera, después de un intervalo de diez años, fué reconquistada la Bretaña.

Por el mismo tiempo el césar Constancio combatió en la Galia, cerca de Lingonas, siéndole contraria y favorable la fortuna en el mismo día. En efecto, habiéndose lanzado de pronto los bárbaros sobre él, le persiguieron hasta debajo de las murallas de la ciudad, estrechándole tan de cerca, que encontrando las puertas cerradas, se hizo subir á las murallas por medio de cuerdas. Pero habiendo llegado su ejército menos de cinco horas después, mató cerca de sesenta mil Alemanes. Por su parte, el emperador Maximiano puso fin á la guerra de Africa con la derrota de los Quinquegencios, obligándoles á pedir la paz. Diocleciano, después de tener á Aquileo sitiado en Alejandría cerca de ocho meses, le venció é hizo perecer. Usó cruelmente de la victoria y llenó el Egipto de proscripciones y muertes. Sin embargo, en aquel tiempo hizo y publicó muchas ordenanzas muy prudentes, que todavía subsisten.

Galerio Máximo, en la primera batalla contra Narsés, entre Calinico y Carras, no fué afortunado, antes por

Biblioteca Nacional de España

falta de prudencia que de valor, habiendo atacado á un ejército muy numeroso con corto número de soldados. Rechazado por el enemigo, marchó en busca de Diocleciano, que, reuniéndosele en el camino, le trató con insolencia, y según se dice, el Emperador le dejó correr detrás de su carruaje por espacio de muchas millas.

Pero Maximiano reunió muy pronto tropas en la Iliria y la Mesia, y peleó de nuevo en la Armenia Superior con Narsés, abuelo de Hormisdas y de Sapor. En esta ocasión alcanzó espléndida victoria, en la que no desplegó menos habilidad que valor; viéndosele entonces desempeñar hasta el papel de explorador, seguido de dos ó tres jinetes solamente. Después de poner en fuga á Narsés, saqueó su campamento, se apoderó de sus mujeres, de sus hermanas y de sus hijos, de casi toda la nobleza de Persia, que había salido á campaña, y de inmenso tesoro, rechazando á Narsés hasta las últimas soledades de su reino. Entonces volvió triunfante en busca de Diocleciano, que se encontraba en Mesopotamia al frente de considerables fuerzas, y que le recibió con grandes muestras de consideración. En seguida hicieron diferentes guerras, juntos ó separados; sometieron á los Carpos y á los Basternos; vencieron á los Sármatas y establecieron en las fronteras del Imperio innumerables prisioneros hechos á estos pueblos.

Diocleciano era naturalmente astuto, sagaz y sutil, y cuidaba de hacer recaer en los otros lo que su severidad tenía de odioso. Era además extraordinariamente activo, gozando de rara experiencia en todas las cosas. Fué el primero que dió al Imperio romano forma más monárquica que republicana. Sus antecesores se habían contentado con el saludo; éste quiso que se prosternasen en su presencia; hizo cubrir de pedrería su traje y calzado, mientras que antes la única insignia de la autoridad imperial era la clámide de púrpura, siendo el resto del traje el de todos los demás.

Maximiano Hercúleo era francamente cruel y orgulloso, revelando la dureza de su rostro lo áspero de su ca-

Biblioteca Nacional de España

rácter. Al asociarse á todas las violencias de Diocleciano, no hacía más que seguir su inclinación. Comprendiendo éste que el progreso de la edad comenzaba á hacerle incapaz de gobernar el Imperio, propuso á Maximiano volver á la vida privada, y dejar á príncipes más jóvenes y vigorosos la suprema administración del Estado. Su colega accedió con mucho disgusto á esta proposición; sin embargo, los dos trocaron el mismo día las insignias del Imperio por el traje de los ciudadanos, Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milán, después de haber triunfado en Roma de numerosos pueblos; triunfo memorable en el que se llevaron con mucha pompa los trofeos de sus victorias, y en el que se vió marchar delante de su carro las mujeres, hermanas é hijos de Narsés. En seguida se retiraron, uno á Salona, y el otro á la Lucania.

Diocleciano envejeció en medio de honrosa tranquilidad, en una quinta próxima á Salona. Modelo de una virtud desconocida hasta entonces, fué el único, desde el establecimiento del Imperio romano, que bajó voluntariamente de la cumbre del poder á la sencillez de la vida privada y á la condición de ciudadano. Por esta razón le colocaron después de su muerte en el rango de los dioses, honor que no se había concedido hasta entonces á ningún particular.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LIBRO DECIMO.

SUMARIO.

Reparto del Imperio entre Constancio y Galerio, quienes crean dos césares, Maximino y Severo.—Constantino es elegido emperador en Bretaña, y en Roma lo es Maxencio, hijo de Maximiano Hercúleo.—Severo, enviado contra Maxencio, es abandonado por sus soldados y muerto.—Maximiano Hercúleo trata de destronar á su hijo, y perece sin conseguirlo; sus vicios.—Licinio es creado emperador por Galerio, que muere poco después.—Reinan á la vez cuatro emperadores, Constantino, Maxencio, Licinio y Maximino.—Constantino derrota á Maxencio.—Sorprende á Maximino la muerte cuando marchaba contra Licinio.—Vencido Licinio por Constantino, es condenado á muerte.—Dueño del Imperio Constantino, crea tres césares.—Virtudes y vicios de Constantino; sus crueldades.—Muere cuando preparaba una guerra contra los Parthos.—Sucédenle sus tres hijos, Constantino, Constante y Constancio, con Dalmacio, hijo de su hermano.—Después de su muerte, quedando Constancio único emperador, hace sin éxito la guerra contra los Persas; derrota á Vetranion.—Nepociano, elegido emperador en Roma, perece á manos de los generales de Magnencio, que se mata en Lyón.—Constantino hace perecer á Galo, á quien había nombrado césar.—Silvano promueve disturbios en la Galia y es condenado á muerte.—Constantino confiere el título de césar á Juliano, que, enviado contra los Galos y los Alemanes, alcanza sobre ellos grandes victorias.—Los soldados de Germania aclaman Augusto á Juliano.—Constamio marcha contra él, y muere en el camino; su carácter.—Juliano hace la guerra á los Persas y perece en ella; su elogio.—Joviano, vencido por los Persas, ajusta con ellos vergonzosa paz.—Muere repentinamente al regresar á Constantinopla.—Diferentes opiniones acerca de su muerte.

Habiendo abdicado el Imperio Diocleciano y Maximino, fueron creados augustos Constancio y Galerio,

Biblioteca Nacional de España

dividiéndose entre los dos el mundo romano de la siguiente manera: Constancio recibió la Galia, la Italia y el Africa; Galerio la Iliria, el Asia y el Oriente. Al mismo tiempo se asociaron dos césares; pero Constancio se contentó con la dignidad de augusto, y rehusó la inquieta administración de Italia y Africa. Era este príncipe excelente, por extraordinario modo humanitario, economizador del dinero de los pueblos y de los particulares, poco entusiasta de los intereses del fisco, y persuadido, como decía él mismo, «de que es mejor dejar la riqueza pública en manos de los particulares, que encerrarla en un arca sola»: era además tan modesto en sus costumbres, que los días festivos, cuando tenía que dar de comer á más amigos que de ordinario, enviaba á pedir de puerta en puerta á los particulares la vajilla necesaria para el servicio de la mesa. No solamente le amaron, sino que le veneraron los Galos, á quienes libertó su reinado de las suspicaces precauciones de Diocleciano y de los sanguinarios furores de Maximiano. Murió en Bretaña, en la ciudad de Eboraco, en el décimotercio año de su reinado, y fué colocado en el rango de los dioses.

Galerio, varón eminente por sus virtudes y conocimientos militares, viendo que Constancio abandonaba la Italia á sus cuidados, creó dos césares, Maximino, á quien dió el gobierno de Oriente, y Severo, á quien dió el de Italia, permaneciendo él en Iliria. Pero después de la muerte de Constancio, su hijo Constantino, nacido de obscuro matrimonio, fué elegido emperador en Bretaña y reunió todos los votos como sucesor de su padre. Pero los pretorianos se sublevaron en Roma y dieron el título de augusto á Maxencio, hijo de Maximiano Hercúleo, que habitaba cerca de Roma en el palacio público. Al enterarse de esto Maximiano Hercúleo, excitado por la esperanza de recobrar el poder soberano, que renunció á pesar suyo, acudió á Roma desde lo último de la Lucania, donde habitaba desde su abdicación, pasando la vida en una campiña deliciosa. Hasta escribió á Diocleciano

Biblioteca Nacional de España

invitándole á recuperar la autoridad que había renunciado, pero fué en vano. El césar Severo, enviado á Roma por Galerio con un ejército contra los pretorianos sublevados y contra Maxencio, puso sitio á la ciudad, pero sus soldados le abandonaron en seguida.

Esta deserción aumentó las fuerzas de Maxencio y robusteció su autoridad. Severo, obligado á huir, fué muerto en Ravena. Entretanto, Maximiano Hercúleo trató de destronar á su hijo, y con tal objeto se dirigió á los soldados, que le contestaron con injurias é indignación. Entonces partió para las Galias, meditando otra traición: pretendía que su hijo le había expulsado, y quiso reunirse con su yerno Constantino, aunque no tenía otro propósito que el de matarle á la primera ocasión. Este príncipe reinaba en las Galias, siendo muy querido de los soldados y de los habitantes de la provincia, después de haber exterminado á los Francos y los Alemanes, y aprisionado á sus reyes, que fueron arrojados á las fieras en un espectáculo magnífico que dió para celebrar la victoria. Viendo que su hija Fausta había descubierto sus proyectos y que se los había revelado á su esposo, Maximiano no tuvo otro recurso que la fuga; pero le alcanzaron en Marsella, cuando iba á embarcarse para reunirse con su hijo, y su muerte fué castigo justo de sus crímenes. Era hombre naturalmente duro y cruel, sin fe, peligroso, y, en una palabra, desprovisto de todo sentimiento humanitario.

Por este mismo tiempo, Galerio hizo emperador á Licinio, oriundo de la Dacia, y que desde muy antiguo estaba ligado con este príncipe, á quien había prestado grandes servicios en la guerra que hizo á Narsés. Galerio murió poco después. Entonces se vió gobernada la República por cuatro emperadores, Constantino y Maxencio, hijos de dos Augustos; Licinio y Maximino, cuya notoriedad comenzaba en ellos mismos. Pero Constantino, en el quinto año de su reinado, promovió una guerra civil contra Maxencio, poniendo á sus soldados en fuga en muchas batallas, y venciéndole al fin á él

Biblioteca Nacional de España

mismo cerca del puente Mulvio (1), deteniendo de esta manera el curso de las sangrientas crueldades que realizaba en Roma contra los nobles, y quedando dueño de Italia. Poco tiempo después en Oriente, Maximino, que quería derribar también á Licinio, fué á morir á Tarsum, de muerte casual que le libertó de la que le amenazaba.

Entretanto Constantino, hombre de enérgica voluntad que no retrocedia ante ningún medio para alcanzar sus propósitos, y que aspiraba entonces al imperio del mundo entero, hizo la guerra á Licinio, á pesar de los lazos de familia y de amistad que les unían; porque su hermana Constancia estaba casada con este emperador. Derrotóle primeramente en Pannonia; después, cayendo sobre él de improviso en el momento en que hacia en Cibalis inmensos aprestos de guerra, le venció de nuevo, se apoderó de toda la Dardania, de la Mesia y de la Macedonia é invadió otras muchas provincias.

Otras muchas guerras hubo todavía entre ellos, y diferentes veces ajustaron y rompieron la paz. Al fin, vencido Licinio por tierra y mar, se rindió á Constantino en la ciudad de Nicomedia, y, contra la fe de los juramentos, fué muerto en Tesalónica, á donde se habia retirado como particular. Entonces quedó administrado el Imperio romano (cosa nunca vista hasta entonces) por un Augusto y tres Césares, habiendo encargado Constantino á sus hijos el gobierno de la Galia, del Oriente y de Italia. Pero el orgullo del éxito cambió las buenas cualidades del emperador: que, escogiendo en su familia las primeras víctimas, hizo perecer primeramente á su hijo (2), á pesar de su mérito, y al hijo de su hermana, joven de muchas esperanzas; después á su esposa, y en seguida á considerable número de amigos suyos.

Comparable á los mejores príncipes en los comienzos de su imperio, parecióse á los más medianos en los últimos años. Muchas eran sus excelentes prendas de espí

(1) Año de J. C. 312.
(2) Crispo.

Biblioteca Nacional de España

ritu y de cuerpo. Era muy ávido de gloria militar; y si en sus guerras la fortuna le proporcionó victorias, no las debió menos á su habilidad. Después de la guerra civil, derrotó á los Godos en muchas batallas, les concedió la paz y mereció por sus beneficios la gratitud de las naciones bárbaras. Mostró gusto por las bellas artes y por las letras; deseo de conquistar el cariño de los pueblos, que no dejó de buscar por medio de generosidades y afables modales; indiferencia para algunos amigos suyos, pero mucho celo por otros, no perdiendo ocasión para aumentar su fortuna ó su fama.

Dictó muchas leyes, de las que algunas eran buenas y justas, la mayor parte inútiles y muchas severas. Fué el primero que ambicionó dar á la ciudad que lleva su nombre poder que la hiciese igual á Roma. Meditaba una expedición contra los Parthos, que ya habían atacado la Mesopotamia, cuando murió cerca de Nicomedia, en el palacio público, á los setenta años de edad y treinta y uno de reinado (1). Anunció su muerte una estrella cabelluda y prodigiosamente grande, astro que los Griegos llaman Cometa y que brilla durante algún tiempo. Pusiéronle en el rango de los dioses.

Dejó por sucesores á sus tres hijos y á un hijo de su hermano. Pero el césar Dalmacio, dotado de excelentes cualidades y muy parecido á su tío, pereció poco después en una sublevación militar, con el consentimiento más bien que por orden de su primo hermano Constancio. Constantino declaró la guerra á su hermano Constante; y habiéndole dado batalla imprudentemente cerca de Aquilea, fué muerto por los generales de este emperador. De esta manera quedó con dos Augustos la República. El gobierno de Constante fué por algún tiempo vigoroso y justo; pero en seguida, el disgusto de mala salud y los consejos de amigos depravados le arrastraron á vicios abominables. Entonces se hizo insoportable á sus pue-

(1) Año de J. C. 337.

Biblioteca Nacional de España

blos, odioso á los soldados, y le mataron los partidarios de Magnencio. Pereció en un fuerte llamado Heleno, cerca de España, en el año décimoséptimo de su reinado y á los treinta y uno de edad. Habíase distinguido por numerosas hazañas militares, y, sin mostrarse cruel, supo hacerse temer de los soldados durante su vida.

Constancio experimentó fortuna varia. Los Persas le hicieron sufrir numerosas y sangrientas derrotas, le cogieron muchas plazas fuertes, sitiaron ciudades de su gobierno y destruyeron sus ejércitos. No fué afortunado en ningún combate contra Sapor; y una vez que, cerca de Singara, tenía segura la victoria, la necia y furiosa impaciencia de sus soldados amotinados, que pidieron el combate cuando declinaba el día, le hizo perder todas las ventajas. Después de la muerte de Constante, y mientras Magnencio tomaba posesión de Italia, África y las Galias, estalló nueva revolución en Iliria, donde proclamaron las tropas á Vetranión: éste era ya anciano, y sus largos servicios, al mismo tiempo que la fortuna de sus armas, le habían hecho querido de los soldados, que le crearon emperador para la defensa de la Iliria. Era varón honrado, de costumbres puras á la antigua, extraordinariamente afable, pero tan ignorante, que no aprendió las primeras letras hasta la vejez y cuando ya era emperador.

Pero Constancio, que había promovido una guerra civil para vengar la muerte de su hermano, quitó el Imperio á Vetranión; y, lo que no se había visto hasta entonces, por unánime voluntad de los soldados tuvo que despojarse de las insignias del poder. También hubo turbulencias en Roma, donde Nepociano, hijo de la hermana de Constancio, quiso apoderarse del trono al frente de un grupo de gladiadores. Pero su empresa tuvo resultado digno de sus violentos principios: vencido por los generales de Magnencio, á los veintiocho días de la usurpación fué castigado con la muerte y paseada por la ciudad su cabeza clavada en una lanza. De aquí re-

Biblioteca Nacional de España

sultaron proscripciones y horribles matanzas entre los nobles.

Poco tiempo después fué completamente derrotado Magnencio cerca de Mursa, y estuvo á punto de caer prisionero. Aquella batalla costó al Imperio romano sus principales fuerzas, que hubieran podido emplearse contra las naciones extranjeras y contribuir á la seguridad y triunfos de la patria. Constancio dió en seguida el gobierno del Oriente, con el título de césar, á Galo, hijo de su tío. Magnencio, vencido en muchos combates, acabó por darse muerte en Lugdunum, después de tres años y y siete meses de reinado. Su hermano, á quien había nombrado césar, y enviado á las Galias para defenderlas, se mató también en Senonis.

Por el mismo tiempo hizo matar Constancio al césar Galo, culpable de muchas crueldades. Fué en verdad hombre naturalmente feroz, y de carácter á propósito para ejercer la tiranía, si hubiese podido mandar en absoluto. Por otra parte, Silvano, habiendo intentado una sublevación en la Galia, fué muerto antes de los treinta días; quedando desde entonces Constancio único dueño del Imperio romano con el título de augusto.

Poco después envió á las Galias, con el título de césar, á su primo hermano Juliano, hermano de Galo, después de darle su hermana en matrimonio. Los bárbaros habían forzado muchas ciudades de esta provincia, y sitiaban otras; por todas partes llevaban la devastación, y amenazaban al Imperio romano con próxima ruina. Juliano con pocas tropas deshizo, cerca de Argentorato, ciudad de la Galia, los numerosos ejércitos de los Alemanes; hizo prisionero á su rey más ilustre, y restableció el orden en las Galias. Más adelante el mismo Juliano consiguió grandes ventajas sobre los bárbaros; rechazó á los Germanos al otro lado del Rhin, y devolvió sus límites al Imperio romano.

Viendo poco después los ejércitos de la Germania que los retiraban de la custodia de las Galias, de común acuerdo dieron el título de augusto á Juliano, que un

Biblioteca Nacional de España

año después partió para apoderarse de la Iliria, mientras ocupaba á Constancio la guerra de los Parthos. A la noticia de este acontecimiento, lo abandonó todo Constancio para combatir á Juliano; pero murió en el camino, entre Cilicia y Capadocia, á los treinta y ocho años de reinado y cuarenta y cinco de edad. Pusiéronle en el rango de los dioses. Fué príncipe de carácter dulce y moderado, pero demasiado confiado en sus amigos y cortesanos, y, al final, demasiado esclavo de sus mujeres. En los comienzos de su reinado mostró suma moderación; colmó de bienes á sus amigos, y nunca dejó sin recompensa á aquellos de quienes recibió servicios difíciles. Pero era implacable con los sospechosos de aspirar al trono. Por lo demás, fué bastante bueno, y pudo alabarse más de su fortuna en las guerras civiles que en las extranjeras.

Juliano, dueño del Imperio, hizo inmensos aprestos de guerra, y marchó contra los Parthos, expedición en la que tomó parte. Recibió con condiciones algunas ciudades y fortalezas, y tomó otras á viva fuerza. Después de talar la Asiria, mantuvo por algún tiempo acampado su ejército cerca de Ctesifonte. Regresaba victorioso, cuando arrastrado á nuevos combates por su impetuoso valor, cayó bajo los golpes de un enemigo el VI de las kalendas de Julio, en el séptimo año de su reinado y treinta y uno de edad. Pusiéronle en el rango de los dioses. Juliano fué príncipe eminente, y, de permitirlo el destino, habría labrado la felicidad y gloria de la República. Era muy versado en bellas letras, y especialmente en la lengua griega, que poseía mucho mejor que la latina; estaba dotado de varonil y rápida elocuencia y de memoria extraordinariamente fiel; era muy aficionado en ciertas cosas á la fama de filósofo, y fué liberal con sus amigos, pero menos vigilante de lo que convenía á un príncipe como él. Por esta razón no faltaron censores que atacasen su gloria. Mostró mucha equidad con los habitantes de las provincias, y mucho celo por la disminución de tributos; extraordinaria afabilidad con todos, mediana atención

Biblioteca Nacional de España

por los intereses del tesoro, avidez por la gloria, y á veces inmoderado ardimiento por alcanzarla. Persiguió la religión cristiana, pero sin derramar la sangre de los que la profesaban. Parecíase mucho á Marco Antonio, á quien había tomado por modelo.

Después de él, el ejército proclamó á Joviano, empleado de la casa de Juliano, proclamación debida al mérito de su padre más que al suyo. En el enojoso estado en que se encontraban los negocios, y con tropas que carecían de víveres, Joviano, derrotado por los Persas en dos batallas, ajustó con Sapor una paz, necesaria sin duda, pero vergonzosa. Abandonó las fronteras y cedió algunas partes del Imperio, cosa que no había sucedido en los mil ciento diez y ocho años transcurridos desde la fundación de Roma. Telesino había hecho pasar nuestras legiones bajo el yugo en Caudium; y si experimentaron igual ignominia en Numancia, en España, y en la Numidia, al menos á estos vergonzosos descalabros no acompañó pérdida alguna de territorio. Menos censurable habría sido Joviano si hubiese tenido el propósito, después de reparar sus fuerzas, de romper la paz impuesta por la necesidad, como hicieron los Romanos en las circunstancias que acabo de recordar; porque declararon en seguida la guerra á los Samnitas, á los Numantinos, á los Númidas, y no ratificaron los tratados hechos con estos pueblos. Pero el temor de verse oponer un rival si permanecía más tiempo en Oriente, le hizo olvidar el interés de su gloria. Púsose, pues, en marcha, y cuando llegaba á la Iliria, murió repentinamente en los confines de la Galacia. Este príncipe no carecía de valor y prudencia.

Algunos atribuyen su muerte á una indigestión, causada por excesos en la comida; otros al olor de la cal con que recientemente habían blanqueado su habitación, y que es muy peligroso durante el sueño, y otros, en fin, á la considerable cantidad de carbón que habían encendido á causa del frío. Murió el XIV de las kalendas de Marzo, á la edad de treinta y tres años, después de siete meses de reinado. Debió á la bondad de los príncipes que le su-

Biblioteca Nacional de España

cedieron los honores de la apoteosis. Era muy afable y naturalmente liberal. Tal era la situación del Imperio bajo el consulado del mismo Joviano y Varroniano en el año de Roma mil ciento diez y nueve. Pero ya que hemos llegado al reinado de nuestros preclaros y venerables príncipes, terminaremos aquí este trabajo; porque lo que nos queda que decir pide estilo más elevado, y queremos, lejos de renunciar á ello, escribir con mayor cuidado.

FIN DE LA HISTORIA ROMANA.

Biblioteca Nacional de España

RESUMEN DE LAS VICTORIAS

DEL

PUEBLO ROMANO.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RESUMEN DE LAS VICTORIAS

Y DE LAS PROVINCIAS

DEL

PUEBLO ROMANO

POR

SEXTO RUFO

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

NOTICIAS BIOGRÁFICAS ACERCA DE RUFO.

Generalmente se da á este escritor el nombre de Sexto Rufo, llamándole otros Rufo Festo; no falta quien le da los tres nombres á la vez, Sexto Rufo Festo, y críticos hay que atribuyen su obra á Rufo Festo ó Sexto Rufo Avieno, célebre por sus poesías en tiempos del primer Teodosio; pero esta opinión ha sido rechazada.

Créese que el Rufo de que aquí se trata es el mismo de quien hablan Zósimo, Suidas, Eunapo y Ammiano Marcelino, porque su título de *vir clarissimus* ó *consularis*, que se daba á los senadores ó cónsules antiguos, su influencia en la corte del emperador Valente, sus funciones cerca de este príncipe, designadas con el título de *dictator*, que equivale á secretario, que también le atribuye Ammiano Marcelino, aunque con otro nombre, al Rufo que menciona; todo, en fin, hace muy verosímil esta opinión, que en último caso no favorece á la memoria de este escritor.

En la historia aparece primeramente como gobernador de Siria, bajo el reinado de Valente, en el año 368, ignorándose por qué grados llegó á este cargo. Ammiano

Biblioteca Nacional de España

dice que nació de baja estirpe en la ciudad de Trento. Desde muy joven trabó amistad con Maximino, tan humilde como él y bárbaro de origen, quien, sin que se sepa cómo, conquistó el favor de Valentiniano I, emperadór de Occidente, y consiguió en poco tiempo los gobiernos de Córcega y Cerdeña, el de Toscana, después la intendencia de víveres en Roma, y últimamente la prefectura del Pretorio, que era la dignidad más alta después de la imperial.

Maximino hizo partícipe de su influencia á Rufo, concediéndose á los dos á la vez las insignias senatoriales; y para procurarle en Oriente la posición que él había conseguido en Occidente, hizo que le tomase por secretario el emperador Valente, que á poco le concedió el gobierno de Siria.

Valente era príncipe perezoso y muy rudo ignorando hasta la lengua de los pueblos que gobernaba: pero era aficionado á las letras, y no careció su reinado de brillo literario: testigos de esto son Claudiano, Symmaco, Ausonio, Eutropio, Ammiano Marcelino, y testigos son también San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, etc. Sin conocimientos militares, sin energía, sin valor, no podía oir sin estremecerse que los bárbaros habían hecho alguna correría en territorios del Imperio, no marchando contra ellos como no le empujasen las amenazas populares. Tampoco se atrevía á defender su trono contra la ambición de sus generales, siendo siempre su primer pensamiento cederles el puesto. Pero hacíanle implacable el temor y la buena fortuna. A propó-

Biblioteca Nacional de España

sito para que le gobernasen, lo fué primeramente por Ausonio, cuya administración suave y equitativa hizo que amasen al Emperador. A este sucedió Modesto, bajo adulador del príncipe, á cuyo grosero lenguaje llamaba «Flores retóricas de Cicerón»; ávido de dinero, de autoridad, envidioso, suspicaz, cruel y tan ignorante como Valente, pero enemigo de las letras y de los que las cultivaban.

Tal era el príncipe cuyo favor había de merecer Rufo. Desempeñó el gobierno de Siria durante tres ó cuatro años, portándose bien, al menos en los comienzos, y adquiriendo honrosa fama. De aquí pasó al Asia como gobernador con el título de procónsul, sucediendo á un Eutropio, que se cree sea el historiador. Pero allí cambió por completo de conducta, cometiendo multitud de injusticias y crueldades. Buscando la razón de este cambio, un historiador de su tiempo la atribuye terminantemente al deseo de adelantar por los mismos medios que Maximino, que, después de llenar de asesinatos todo el Occidente por pretendidos crímenes de magia y supuestas conspiraciones, había llegado á la dignidad de prefecto del Pretorio. Ammiano Marcelino dice: «Al enterarse Rufo de su elevada posición, concibió, en el acto, violento deseo de imitarle, esperando conseguir otra igual.»

Pero otro escritor de la misma época asegura que Rufo había mostrado ya en la Siria sus malas inclinaciones; es decir, antes de que el favorito de Valentiniano hubiese llegado á la prefectura del Pretorio: con-

Biblioteca Nacional de España

viniendo esto con lo que dice Zósimo, «que Valente nombró á Rufo gobernador de la Siria á causa de su crueldad.» Lo cierto es que Rufo se mostró entonces más cruel que había sido antes, portándose en Asia como ministro de las venganzas de Valente y de Modesto. La ocasión fué la siguiente:

Valente había perdido su único hijo. Odiábanle todos, y contra él se habían tramado muchas conspiraciones, que abortaron. La mayor parte de los filósofos de aquella época, inquietos por los progresos que hacía el cristianismo y deseando saber quién sucedería á Valente, recurrieron, según se dice, á una operación mágica, por medio de la cual consiguieron las letras *Th. e. o. d.* Entre los secretarios del príncipe se encontraba un tal *Theodoro*, perteneciente á ilustre y antigua familia de las Galias y que era pagano. Considerósele como sucesor de Valente, y parece que aceptó aquel papel; y si no fué instigador de la consulta, como han dicho algunos historiadores, cometió la torpeza de darla fe y aplicarse el resultado. Todo este asunto está bastante obscuro en los autores, permitiendo el relato de Ammiano Marcelino ver en todo esto una conspiración urdida por el prefecto Modesto para perder á sus enemigos y apropiarse los bienes de todas las personas ricas. Al menos aprovechó con este fin aquella ridícula conspiración, y supo inspirar á Valente su odio contra todos aquellos que tenían alguna influencia en la corte ó alguna fama en las ciencias ó las letras. So pretexto de buscar á los que practicaban el arte mágico, persiguieron á todos los sabios y

Biblioteca Nacional de España

á todos los filósofos, comenzando por cortar la cabeza á Teodoro, y, según dice un escritor contemporáneo, á á todos aquellos cuyos nombres comenzaban con las letras *Theod*, como *Theodoro*, *Theodosio*, *Theodulo*, etc., lo que no impidió que Valente tuviese por sucesor á *Theodosio*. Asustados los filósofos por los suplicios de sus maestros, abandonaron su traje, para libertarse de las pesquisas de que eran objeto.

Los escritores de aquella época describen espantoso cuadro de esta persecución. Uno de ellos dice: «No bastaban las cárceles para contener los acusados, ni los soldados para guardarles..... Los denunciadores entraban en las casas al frente de grupos de gentes perdidas, y ponían á quienes querían en manos de los soldados.» «Sin forma de proceso, los acusados eran muertos, quemados ó desterrados, confiscándoseles los bienes en provecho del príncipe y de sus ministros.» Otro dice: «Se les mataba como á bestias, y no se oían otras palabras que hiere, aplasta, ahoga, mezcladas con los gritos de las víctimas y los murmullos de los cansados verdugos.»

Buscáronse también detenidamente todos los libros que trataban de magia; y puede imaginarse cuántas obras preciosas destruiría, mezcladas con las otras, la ignorancia de los soldados que tenían el encargo de estas pesquisas. Aquellos libros fueron quemados delante de los jueces, y en todo el Oriente los mismos particulares quemaron ó arrojaron en los caminos los que poseían para no ser inquietados. San Crisóstomo refiere las inquietudes y terrores que le ocasionó la posesión de un libro de

Biblioteca Nacional de España

éstos que por casualidad encontró y recogió por curiosidad.

Rufo, á quien Valente, si ha de creerse á Zósimo, no había dado el gobierno de Asia sino atendiendo á su crueldad, para que no perdonase á ningún filósofo ni á ningún sabio, se mostró digno de la confianza del Emperador. «A todos les hizo morir, sin ninguna formalidad judicial, exceptuando aquellos que, para salvar la vida, abandonaron sus casas y sus bienes.» Una de las primeras víctimas fué el filósofo más notable de aquellos tiempos, Máximo, que había sido maestro del emperador Juliano.

Ammiano Marcelino, testigo de las crueldades de Rufo, cita algunos ejemplos, «muy conocidos de todos», según dice. Mató á una mujer que pretendía curar algunas fiebres con la virtud de ciertas palabras, después de llamarla para que asistiese á una hija suya enferma, á quien curó. Entre los papeles de un habitante de Efeso se encontró el horóscopo de un tal Valente, hermano suyo, y muerto desde mucho tiempo. Rufo le acusó de haber hecho el horóscopo del Emperador y le hizo morir. Un joven enfermo, á quien se vió en un baño pasar los dedos por el mármol de una estatua y después por su pecho, contando cierto número de letras, porque le habían dicho que así curaría, fué juzgado, atormentado y muerto.

Con estas crueldades se distinguió Rufo en su gobierno; pero desde esta época ya no se sabe nada de él.

Créese que escribió su libro á fines del año 369 de la

Biblioteca Nacional de España

era cristiana, en el quinto del reinado de Valente, después de la victoria de este emperador sobre los Godos. Lo mismo que su contemporáneo Eutropio, á quien copia algunas veces, aunque parece que su modelo fué Floro, compuso el compendio para Valente y no para Valentiniano, como han dicho algunos autores. De la misma manera que aquél, al final de su libro promete á Valente escribir otro en alabanza suya. Pero si escribió aquel panegírico, no ha llegado hasta nosotros, como tampoco el de Eutropio. Rufo no mereció, como Eutropio, el honor de que tradujesen su obra al griego, pero la copiaron algunos contemporáneos suyos, especialmente Ammiano Marcelino y San Jerónimo.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RESUMEN DE LAS VICTORIAS

y de las provincias del pueblo romano.

SUMARIO.

Dedicación de Sexto Rufo al emperador Valente.—Del número de los años transcurridos desde la fundación de Roma hasta el advenimiento de Valente: bajo los reyes, bajo los cónsules y bajo los emperadores.—Del número de los reyes y de la duración de su reinado.—Del número de los cónsules hasta Hircio y Pansa.—Del número de los emperadores desde Augusto hasta Joviano.—Del aumento del poder romano bajo los reyes, los cónsules y los emperadores.—Del orden en que se realizó cada conquista y se formó cada provincia romana, bajo los cónsules y bajo los emperadores.—Nombres de estas provincias.—De las guerras de los Romanos contra los Persas ó Parthos.—Victorias de L. Lúculo.—Victorias de Pompeyo sobre Mitrídates y diferentes pueblos de Oriente.—Ajusta un tratado de alianza con los Persas.—Derrota de Crasso y de su ejército, que vuelve á la ofensiva bajo la dirección de su cuestor C. Cassio.—P. Ventidio Basso hace horrible matanza de Parthos y mata á su jefe Labieno.—Marco Antonio, después de algunas victorias, vese obligado á huir delante de ellos.—Bajo Augusto, su nieto C. César es asesinado entre los Parthos.—Para expiar su muerte, dan éstos por primera vez rehenes á los Romanos y devuelven las enseñas cogidas al ejército de Crasso.—En tiempo de Nerón, los Parthos hacen pasar bajo el yugo dos legiones romanas.—Trajano recobra de ellos considerable parte de Oriente y avanza hasta las fronteras de la India.—Adriano abandona voluntariamente las conquistas de Trajano.—Vero, yerno de Marco Aurelio, consigue notable victoria sobre los Parthos y triunfa con su suegro.—Conquistas de Septimio Severo en Oriente.—Caracala muere cuando se preparaba para una expedición contra los Parthos.—Alejandro Severo deshace á su rey Jerjes.—Sublévanse y son domados bajo Gordiano el Joven, á quien mata un pre-

Biblioteca Nacional de España

fecto del Pretorio.—Valeriano, emperador, con su hijo Galieno, es vencido por Sapor y queda prisionero.—Bajo Galieno, los Persas invaden el Oriente.—Odenato los rechaza y avanza hasta Ctesifonte.—Aureliano triunfa de la reina Zenobia, viuda de Odenato.—Un rayo mata cerca del Trigris á Caro, vencedor de los Persas.—El emperador Diocleciano consigue sobre ellos memorable victoria.—El césar Maximiano, vencido primeramente, los derrota á su vez y abandonan las provincias romanas.—Constantino marcha contra ellos al frente de poderoso ejército para contener el progreso de sus irrupciones en Oriente.—Constancio les hace larga guerra mezclada de triunfos y reveses.—Juliano, después de brillantes victorias sobre los Persas, es muerto por uno de ellos.—Joviano ajusta con ellos paz desventajosa.—Alocución del autor al emperador Valente.—Preságiale la gloria de pacificar la Persia.

A nuestro señor Valente, emperador, piadoso, eterno, siempre augusto, Sexto Rufo V. C. (1).

Hame ordenado tu clemencia que sea breve, y obedeceré con tanto mayor gusto, cuanto que carezco del talento necesario para largos discursos, é imitando á los calculadores que se sirven de signos abreviados para expresar cantidades considerables, indicaré los acontecimientos sin describirlos. Acepta, pues, este resumen, que fácilmente podrás abreviar más, de modo que antes te parecerá, oh glorioso Príncipe, contar que leer, al recordar este cuadro de los años y diferentes edades de la república, así como de los acontecimientos de los siglos pasados.

Desde la fundación de Roma hasta el afortunado día en que Tu Eternidad tomó posesión del Imperio romano, cuéntanse mil ciento diez y siete años. Bajo los reyes corrieron doscientos cuarenta y tres; bajo los cónsules cuatrocientos sesenta y siete; bajo los emperadores cua-

---

(1) V. C. Estas iniciales significan: según unos, *varón consular*; según otros, *varón clarísimo*, título de nobleza en aquella época.

Biblioteca Nacional de España

trocientos siete. Siete reyes reinaron en Roma en el espacio de doscientos cuarenta y tres años. Rómulo reinó treinta y siete años; los senadores un año, durante el cual cada uno de ellos fué rey cinco días; Numa Pompilio, cuarenta y tres años; Tulo Hostilio, treinta y dos; Anco Marcio, veinticuatro; Tarquino el Viejo, treinta y siete; Servio Tulio, cuarenta y cuatro; Tarquino el Soberbio, veinticinco, hasta que fué arrojado del trono. Vienen en seguida los cónsules desde Bruto y Publícola hasta Pansa é Hircio, elevándose al número de cuatrocientos sesenta y siete, sin contar los que, por cualquier causa, fueron subrogados en el mismo año á los cónsules ordinarios: el consulado duró cuatrocientos sesenta y siete años. Roma no tuvo cónsules durante cuarenta y nueve años; pasaron dos años bajo los decenviros, cuarenta y tres bajo los tribunos militares y quedó la república sin magistrados por espacio de cuatro años. Los emperadores, desde Octaviano César Augusto hasta Joviano, fueron cuarenta y cuatro, en el espacio de cuatrocientos siete años.

Brevemente indicaré los progresos de Roma bajo estas tres formas de gobierno, es decir, bajo el gobierno real, consular é imperial. Bajo los siete reyes, durante doscientos cuarenta y tres años, el poder romano no se extendió más allá del puerto de Ostia (1), á diez y ocho millas de las puertas de Roma, que, débil todavía y recientemente fundada por pastores, se encontraba estrechada por todas partes por los pueblos vecinos. Bajo los cónsules, entre los cuales hubo también á veces dictadores, es decir, durante cuatrocientos sesenta y siete años, los Romanos se apoderaron de Italia hasta el otro lado del Po, sometieron el Africa, hicieron de las Españas una provincia y se hicieron tributarias las Galias y las Bretañas. En seguida domeñaron los Ilirios, Istrios,

(1) El Tíber sale al mar por dos desembocaduras: á la derecha está el puerto (*Portus*) á la izquierda *Ostia*, primera colonia romana.

Biblioteca Nacional de España

Liburnianos y Dálmatas; pasaron después á la Acaya, sometieron las Macedonias, hicieron guerra á los Dardanios, á los Mesianos y á los Tracios, y llegaron hasta el Danubio. Vencedores de Antíoco, pusieron los Romanos por primera vez el pie en Asia. Vencido Mitrídates, ocuparon el reino del Ponto. Apoderáronse también por la fuerza de las armas de la Armenia Menor, que el mismo príncipe había tenido en su poder. El ejército romano penetró hasta la Mesopotamia y se ajustó un tratado con los Parthos. Combatieron con los Corduenos, los Sarracenos (1) y los Arabes. Fué vencida toda la Judea. La Cilicia y la Siria cayeron en poder de los Romanos. Los reyes de Egipto vinieron á ser sus aliados. En fin, bajo los emperadores, durante cuatrocientos siete años, á pesar de las vicisitudes que hizo experimentar á la república la larga serie de príncipes que la gobernaron, el mundo romano aumentó, sin embargo, con los Alpes Marítimos, los Alpes Cottianos, las Recias, las Noricas, las Pannonias, las Mesias, y toda la orilla del Danubio fué reducida á provincia. También pasaron al dominio romano todo el Ponto, la Armenia Mayor, el Oriente completo con la Mesopotamia, la Asiria, la Arabia y el Egipto.

He aquí el orden con que la república romana sujetó á cada provincia. La primera que dominó fué la Sicilia, apoderándose de ella el cónsul Marcelo después de vencer á Hierón, rey de los Sicilianos. En seguida la gobernaron pretores y más adelante presidentes (2); ac-

---

(1) Plinio une los Sarracenos con los Nabatenos, tribus de la Arabia, llamadas así, según unos, del nombre de *Sara*, mujer de Abraham, y según otros, de la palabra árabe *sarata*, que significa robar.

(2) No debe confundirse el magistrado que los Romanos llamaban *præses*, con los procónsules y los propretores. *Præses* es el nombre general con que se designaba el administrador de provincia; pero en tiempo de Sexto Rufo se llamaba más especialmente así aquellos que tenían la administración de las provincias menos importantes que estaban regidas por intendentes solamente (*a solis procuratoribus*). En estas provincias las palabras *procurator* y *præses* designaban al mismo magistrado.

Biblioteca Nacional de España

tualmente la rigen varones consulares. Metelo venció también la Cerdeña y la Córcega, y triunfó de los Sardos, que se sublevaron muchas veces. Al principio reunióse la administración de estas islas, pero después tuvo pretor cada una de ellas; hoy las gobiernan intendentes. Las enseñas romanas pasaron al Africa en defensa de las Sicilias. Esta comarca se sublevó tres veces contra nosotros; al fin, P. Escipión destruyó á Cartago, y el Africa entró en el número de las provincias romanas: en la actualidad la administran procónsules. Reyes amigos de Roma eran dueños de la Numidia; pero se declaró la guerra á Yugurta, que habia dado muerte á Adherbal y á Hiempsal, hijos ambos del rey Micipsa. Habiendo vencido á este príncipe el cónsul Metelo y hecho prisionero por Mario, la Numidia cayó en poder del ejército romano. El rey Bocco poseyó primeramente las Mauritanias; pero después de la sumisión de toda el Africa y de la derrota del rey Juba, que gobernaba los Moros y que, vencido por Julio César durante la guerra civil, se dió la muerte por su propia mano, las Mauritanias comenzaron á pertenecernos. Formáronse de toda el Africa seis provincias romanas: aquella en que se encuentra Cartago está gobernada por procónsules; la Numidia, por cónsules; Bizancio, tiene cónsules; Trípoli y las dos Mauritanias, es decir, la Mauritania llamada Stifensis (1) y la Mauritania Cesariana, intendentes.

Por medio de los Escipiones, socorrimos por primera vez á los Españoles contra los Africanos. Habiéndose sublevado en España los Lusitanos, sometióles á nuestro poder Decimo Bruto, y llegamos hasta Cádiz en la costa del Océano. Decio Junio Silano (2), enviado en seguida con un ejército contra los Españoles sublevados, los venció. Los Celtíberos se sublevaron muchas veces en

(1) Llamada así de *Stifis* su metrópoli.
(2) Tito Livio llama á Marco Silano lugarteniente de Escipión en España.

Biblioteca Nacional de España

España, pero enviaron contra ellos al segundo Africano que los sometió y destruyó á Numancia. Metelo y Pompeyo sometieron casi todas las Españas con ocasión de la guerra de Sertorio. La prolongación de mando por cinco años, permitió al mismo Pompeyo terminar la conquista. En fin, Octaviano César Augusto redujo también á los Cántabros y Astures, que se creían seguros en sus montañas. Todas las Españas forman hoy seis provincias: la Tarraconense, Cartaginense, Lusitania, Galecia, la Bética (1), y al otro lado del estrecho, en el suelo del Africa, hay una provincia de las Españas llamada Mauritania Tingitana. De estas provincias, la Bética y la Lusitania son consulares y las otras presidenciales.

Los Galos (2) hicieron al pueblo romano guerras extraordinariamente graves. Ocupaban la parte de Italia, que hoy es Milán, hasta el río Rubicón, y tanto confiaban en sus fuerzas, que llegaron á atacar á la misma Roma. Cerca del río Alia destrozaron los ejércitos romanos, penetraron en el recinto de la ciudad y sitiaron el Capitolio, cuya fortaleza había servido de refugio á seiscientos patricios romanos, que consiguieron el levantamiento del sitio mediante mil libras de oro. Habiendo vuelto los Galos vencedores, Camilo, que estaba desterrado, reunió en los campos considerable multitud, los destrozó y recogió el oro y las enseñas de que se habían apoderado. Muchos cónsules, pretores y dictadores, combatieron contra los Galos con diferente fortuna. Mario los arrojó de Italia, y, pasando los Alpes, alcanzó sobre ellos grandes ventajas. En fin, Cayo César, al frente de diez legiones compuestas cada una de cuatro mil soldados (3) alistados en Italia, sometió las Galias

(1) Dice Plinio el Joven que antes de esta época, la Bética era provincia consular.

(2) Los Galos estaban entonces reunidos con los Cimbrios y Teutones, derrotados por Mario.

(3) Este es el número que en el principio formaba la legión: después se elevó á cinco mil hombres, y últimamente á seis mil.

Biblioteca Nacional de España

en ocho años, desde los Alpes hasta el Rhin, haciendo también guerra á los bárbaros establecidos al otro lado del río. Pasó en seguida á la Bretaña, y en diez años hizo tributarias las Galias y las Bretañas. Hay en la Galia, con la Aquitania y las Bretañas, diez y ocho provincias: los Alpes Marítimos, la provincia Narbonense, la Vinense, la Nevempopulana (1), las dos Aquitanias, las dos Lionenses, los Alpes grecos, la primera Secuanese, las dos Germanias y las dos Bélgicas. En la Bretaña se encuentran la primera Cesariense, la Flavia, la Bretaña primera y la Bretaña segunda.

Desde las costas del mar penetramos poco á poco en la Iliria. El cónsul Levino fué el primero que recorrió el Adriático y el mar Jónico, sometiendo las ciudades marítimas. El cónsul Metelo redujo la Creta á provincia romana, y recibió por ello el nombre de *Crético*. Acudiendo al llamamiento de los Griegos, que nos pedían apoyo, penetramos en la Acaya. Los Atenienses impetraron nuestro auxilio contra Filipo, rey de los Macedonios. La Acaya permaneció por mucho tiempo libre bajo la protección de nuestra amistad; pero al fin, habiendo sido insultados en Corinto los legados romanos, el procónsul L. Mummio se apoderó de esta ciudad, y toda la Acaya reconoció nuestra autoridad. Los Epirotas, que en otro tiempo habían tenido la audacia de pasar á Italia con el rey Pirro, fueron vencidos; y las Tesalias formaron parte de nuestro Imperio, al mismo tiempo que las Grecias y Macedonias. Tres veces se sublevó Macedonia: bajo Filipo, bajo Perseo y bajo el pseudo Filipo. Flaminio venció á Filipo; Paulo Emilio á Perseo y Metelo al pseudo Filipo, añadiendo estos triunfos la Macedonia al Imperio romano. Habiendo socorrido los Ilirios á los Macedonios, nos proporcionaron con ello ocasión para hacerles la guerra. El pretor Lucio Anicio los venció, y recibimos su sumisión, así como la del rey Gencio. El pro-

(1) Parte de la antigua Aquitania.

Biblioteca Nacional de España

cónsul Curión subyugó á los Dardanios y á los Mesianos, siendo el primer general romano que llegó hasta el Danubio. Bajo los Césares, Julio y Octaviano abrióse paso á través de los Alpes Julianos. Todos los pueblos de los Alpes fueron vencidos, y reducidas las Nóricas á provincias romanas. La derrota de Batón, rey de las Pannonias, las hizo pasar á nuestro Imperio: también se subyugó á los Amantinos, que habitaban entre el Savo y el Dravo, y ocupamos la región Savense y la segunda Pannonia (1).

Los Marcomanos y los Quados fueron arrojados de la Valeria, que se encuentra entre el Danubio y el Dravo, y Augusto fijó las fronteras de los Romanos y de los bárbaros en la Vindelicia, la Nórica, la Pannonia y la Mesia. Trajano venció las Dacias (2), mandadas por el rey Decibalo, é hizo de la Dacia una provincia romana al otro lado del Danubio, en el territorio de los bárbaros. Pero esta provincia, que tenía un millón de pasos de circuito, quedó perdida para nosotros bajo el emperador Galieno. Aureliano retiró de allí á los Romanos, é hizo dos Dacias en el país de la Dacia (y de la Dardania). La Iliria contiene diez y siete provincias: las dos Nóricas, las dos Pannonias, la Valeria, la Savia, la Dalmacia, la Meria y las dos Dacias. En la diócesis (3) de Macedonia hay siete: Macedonia, Tesalia, Acaya, los dos Epiros, Prevalis (4) y Creta.

---

(1) La segunda Pannonia se encontraba cerca de la Mesia; llamábanla también Pannonia inferior ó segunda consular.

(2) La Dacia llamada Ripense y la Dacia Mediterránea.

(3) Cada prefecto del Pretorio tenía á sus órdenes muchos tenientes ó sustitutos encargados de la administración de algunos distritos, llamados diócesis. La ciudad principal de estas comarcas, donde tenían sus tribunales, llevaba el título de metrópoli. Cada diócesis podía contener muchas metrópolis, y una metrópoli tenía en su dependencia varias ciudades. Cicerón emplea la palabra diócesis para designar una parte de provincia; en calidad de gobernador ó inspector de la costa de Campania se da á sí mismo el título de obispo (*episcopus*) como si se tratase de una diócesis.

(4) Esta provincia formaba parte de la antigua Iliria.

Biblioteca Nacional de España

La guerra de Macedonia nos dió ocasión para pasar á las Tracias, cuyos pueblos eran famosos entre todos por su crueldad. En estas comarcas habitan los Scordiscos, pueblo igualmente astuto que cruel, cuya barbarie ha servido de base á multitud de relatos fabulosos: háseles acusado, por ejemplo, de inmolar algunas veces á sus dioses, como víctimas, prisioneros de guerra, y beber sangre humana en los cráneos. Derrotaron muchas veces ejércitos romanos. M. Didio puso término á las excursiones de los Tracios; M. Druso les contuvo en sus propios límites, y M. Minucio llevó la devastación hasta los hielos del río Hebrum. El procónsul Appio Claudio venció á los que habitaban Rodopen. La flota romana había sometido ya las ciudades marítimas de Europa (1). M. Lúculo fué el primero que hizo la guerra á los Bessos en las Tracias. Apoderóse de Tracia, capital del país, subyugó los Hemimontanos, redujo á nuestro poder á Enmolpiades, llamada hoy Filipópolis y á Euscadama, que hoy lleva el nombre de Andrinópolis; apoderóse también de Calibis; ocupó las ciudades situadas más arriba del Ponto, Apolonia, Calatis, Phtinópolis, Tomos, Istrum, y avanzó hasta el Danubio, mostrando á los Scitas las armas romanas. La república sometió también á su poder las seis provincias de las Tracias: la Tracia, el Hemimonte, la Mesia inferior, la Scitia, la Rhodopa y la Europa, donde se alza hoy el segundo baluarte del mundo romano, Constantinopla.

Explicaré ahora quiénes fueron los que sometieron de antemano á tu poder las regiones de la aurora, todo el Oriente y las provincias situadas bajo los ardores del sol, seguro de excitar el afán que Tu Clemencia tiene por ensanchar más todavía los límites del Imperio. La alianza del rey Atalo hizo conocer el Asia á los Romanos, y la poseemos como herencia legada por el testamento de este príncipe. Pero, como si el pueblo romano no hubiese de

(1) Europa era una parte de la Tracia, como dice Rufo algo más adelante.

Biblioteca Nacional de España

deber su crecimiento más que á sus propias fuerzas, nuestras armas arrebataron el Asia á Antíoco el Grande, rey de las Sirias. La misma ocasión nos hizo añadir también al pueblo romano la Lydia, antigua morada de los monarcas más poderosos, la Caria, el Helesponto y las Frigias. Los Rodianos y los pueblos de las islas, que al principio fueron nuestros enemigos más implacables, fueron más adelante nuestros auxiliares más fieles. Por esta razón Rodas y las islas comenzaron á gozar de completa libertad; conquistadas en seguida por la dulzura, adquirieron la costumbre de obedecer á los Romanos, y el emperador Vespasiano las hizo provincia romana con el nombre de Provincia de las Islas.

El procónsul Servilio, á quien encomendaron la guerra contra los piratas, sometió la Panfilia, la Licia, la Frigia, la Pisidia, la Caria y la Isauria. El testamento del rey Nicomedes nos hizo dueños, después de su muerte, de la Bitinia. Invadimos la Galo-Grecia ó Galacia (porque los Gálatas proceden de los Galos, como lo indica la semejanza de nombres), porque habia proporcionado socorros á Antíoco contra los Romanos. El procónsul Manlio persiguió á los Gálatas, refugiándose parte de ellos en el Olimpo y otra parte en el monte Magaba, llamado hoy Modiaco. Hízoles descender de aquellas escarpadas cumbres á la llanura, les venció y obligó á permanecer perpetuamente en paz con nosotros. En lo sucesivo el tetrarca Deyotaro, con permiso nuestro, gobernó la Galacia, que al fin quedó reducida á provincia romana bajo Octaviano César Augusto. Lolio fué el primero que la administró como propretor. Los Capadocios nos enviaron por primera vez legados, bajo el rey Ariaratho, para pedirnos nuestra alianza. En seguida restablecieron nuestras armas á Ariobarzano, rey de los Capadocios, destronado por Mitrídates; y desde esta época fueron siempre auxiliares nuestros, rindiendo tal culto á la majestad romana, que dieron á la ciudad de Mazaca, la más importante de su país, el nombre de Cesárea, en honor de César Augusto. En fin, bajo

Biblioteca Nacional de España

el emperador Claudio César (1), Arquelao vino de Capadocia á Roma, donde murió después de haber estado retenido en ella mucho tiempo, pasando entonces la Capadocia á ser provincia del Imperio. También quedó el Ponto reducido á provincia romana después de la victoria de Pompeyo sobre Mitrídates, rey de aquel país. El rey Filemón, amigo del pueblo romano, gobernó la Paflagonia. Arrojado muchas veces del trono, lo colocamos de nuevo en él, y, después de su muerte, la Paflagonia quedó reducida á la condición de provincia romana.

Siguiendo la disposición de las localidades más bien que el orden de los tiempos, vamos á indicar cómo se extendió el poder romano más allá de los desfiladeros del monte Tauro. Antíoco (2), el más poderoso de los reyes de Siria, hizo terrible guerra al pueblo romano, levantando un ejército de trescientos mil hombres, al que añadió carros armados con guadañas y elefantes (3). Vencido en Asia, cerca de Magnesia, por el cónsul Escipión, hermano de Escipión el Africano, consiguió la paz y permiso para reinar en los límites del monte Tauro. Admitidos sus hijos en la clientela del pueblo romano, conservaron el reino de Siria, apoderándonos, después de su muerte, de las provincias sirias. Habiéndose unido los Cilicios y los Isauros á los piratas y ladrones marítimos, envióse al cónsul Servilio para combatirles; sometió aquellos pueblos, y fué el primero que se abrió camino á través del monte Tauro. Triunfó de los Cilicios y de los Isauros, y fué denominado Isáurico.

La conquista de Chipre, isla famosa por sus riquezas, tentó la pobreza del pueblo romano. Gobernábala Ptolo-

(1) No se trata del emperador Claudio, sino de Tiberio, que llevaba el nombre de Claudio.

(2) Antíoco VI, denominado el Grande.

(3) Este número es sin duda alguna exagerado. Appiano y Tito Livio no elevan el ejército de Antíoco á más de setenta mil hombres de infantería, unos doce mil de caballería y cincuenta y cuatro elefantes.

Biblioteca Nacional de España

meo, rey aliado de Roma. Pero el tesoro de la república se encontraba entonces tan exhausto y tan grande era la fama de opulencia de los Chipriotas, que por una ley que propuso el tribuno del pueblo Publio Clodio, se dispuso la confiscación de aquella isla. Al enterarse de esto el Rey de Chipre, se envenenó, prefiriendo perder la vida á perder sus tesoros. Catón quedó encargado de transportar en naves á Roma las riquezas de Chipre. A esta conquista nos impulsó la codicia más bien que la equidad (1). A la liberalidad de Ptolomeo el viejo debimos Cirenas y las otras ciudades de la Libia Pentápolis. Por última voluntad del rey Apión pasó la Libia á ser propiedad nuestra. El Egipto habia estado dominado por reyes amigos de Roma; pero después de la derrota de Antonio y Cleopatra, quedó reducido á provincia romana, en tiempo de Octaviano César Augusto, y Cornelio Galo fué el primero que obtuvo, como juez romano, la administración de Alejandría.

Bajo el mando de L. Lúculo cruzaron por primera vez las águilas romanas el monte Tauro á través de las Armenias. Los *filarcos* (jefes) de los Sarracenos fueron vencidos en el Osreono y quedaron dominados. El mismo Lúculo se apoderó de Nisiba en la Mesopotamia, y en seguida se hizo dueño Pompeyo, por medio de las armas, de todo aquel país. La guerra que se hizo á Tigrano, rey de los Armenios, nos valió las Sirias y la Fenicia. En la Palestina quedaron vencidos los Arabes y los Judíos. En fin, bajo el reinado de Trajano despojóse de su diadema al Rey de la Armenia Mayor, y este mismo Emperador añadió á las provincias romanas la Armenia, la Mesopotamia, la Asiria y la Arabia, fijándose los límites del Imperio por el lado de Oriente al otro lado de las orillas del Tigris. Pero su sucesor Adriano, envidioso de la gloria de aquel príncipe, devolvió voluntaria-

(1) La mayor parte de los escritores latinos reconocen, como Rufo, que la codicia solamente impulsó á los Romanos á la conquista de Chipre.

Biblioteca Nacional de España

mente la Armenia, la Mesopotamia y la Asiria, y quiso que el Eufrates sirviese de límite entre los Persas y los Romanos. Más adelante, bajo los dos Antoninos, Marco Aurelio y Vero, bajo Severo Pertinax y los otros emperadores romanos que hicieron guerra á los Parthos con fortuna varia, quedó la Mesopotamia perdida cuatro veces y otras tantas reconquistada. En tiempo de Diocleciano, los Romanos, vencidos en el primer combate, derrotaron en otra batalla al rey Narsés, cogiéndole su esposa y sus hijas, cuyo pudor respetaron escrupulosamente. Después de la paz se nos devolvió la Mesopotamia y se fijaron otra vez los límites del Imperio en el otro lado del Tigris; de manera que nuestra autoridad se extendió á los pueblos establecidos al otro lado de este rio, llamados las *cinco naciones;* observándose las condiciones de este tratado hasta el reinado del divino Constantino.

Cn. Pompeyo, cuya buena fortuna había sido experimentada muchas veces, fué encargado de la guerra contra Mitrídates, venciéndole en un combate nocturno en la Armenia Menor, en el que le mató cuarenta y dos mil hombres, apoderándose de su campamento. Mitrídates huyó hacia el Bósforo con su esposa y dos compañeros. Desesperando allí de su fortuna, se envenenó, y como el veneno no obraba con bastante energía, hizo que un soldado suyo le atravesase con la espada. Pompeyo emprendió en seguida la persecución de Tigrano, rey de los Armenios, que había suministrado socorros á Mitrídates. Tigrano le remitió su diadema y se le rindió en Artaxato. A este rey se tomaron la Mesopotamia, las Sirias, parte de la Fenicia, y se le permitió reinar en la Armenia Superior. El mismo Pompeyo impuso el rey Aristarco á los pueblos del Bósforo y de la Cólquida; combatió á los Albaneses, venció tres veces á su rey Orveso y le concedió la paz. Con la sumisión del rey Artoces, recibió la de la Iberia. Venció á los Sarracenos y á los Arabes. Dueño de la Judea, se apoderó de Jerusalén y ajustó entonces un tratado de alianza con los

Biblioteca Nacional de España

Persas. A su regreso pasó por Antioquía, y encantado con la belleza del paraje y la abundancia de sus aguas, consagró al culto de Apolo el bosque de Dafnea (1), añadiéndole otro.

Envióse al cónsul Crasso contra los Parthos, que se habían sublevado; y habiéndole pedido éstos la paz por medio de una legación, contestó que respondería en Ctesifonte. Cruzó el Eufrates en Zeugma; y engañado por un desertor llamado Abgaro, bajó á las llanuras, ó mejor dicho, á desiertos desconocidos. Acometiéndole allí por todos lados fuerzas de arqueros á las órdenes de Silax y de Surena, lugartenientes del Rey de los Parthos, el ejército romano quedó abrumado bajo una nube de flechas. Hasta el mismo Crasso, á quien el enemigo había pedido una entrevista, pudo caer vivo en sus manos, debiendo su salvación únicamente á la resistencia de los tribunos, pero quedó muerto en la fuga. Cortáronle la cabeza y la mano derecha, llevando la cabeza al Rey de los Parthos, que la hizo objeto de ultrajes y le derramó oro fundido en la boca, como para quemar, hasta después de la muerte, con el fuego de aquel metal, los restos del que, con su ardiente pasión por el oro, había negado la paz á los ruegos del Rey. Cayo Cassio (2), cuestor de Crasso y uno de sus legados más intrépidos, reunió los restos del ejército vencido. Tres veces peleó con los Persas, que se habían lanzado sobre la Siria; desplegó contra ellos admirable valor, les obligó á repasar el Eufrates y llevó la devastación á su país.

Los Parthos, bajo el mando de Labieno (que había seguido el partido de Pompeyo y refugiádose entre los Persas después de su derrota), hicieron una irrupción en Siria y se apoderaron de toda la provincia. Pero P. Vetidio Basso marchó contra ellos y los encontró cerca del

(1) Pompeyo consagró este bosque al culto de Apolo por el considerable número de laureles que vió en él.

(2) Este Cassio fué más adelante uno de los asesinos de J. César.

Biblioteca Nacional de España

monte Tauro. Púsoles en fuga con un puñado de hombres, mató á Labieno, persiguió al ejército derrotado, hizo en él horrible matanza é inmoló en la pelea al hijo del Rey de los Parthos, el mismo dia en que fué vencido Crasso, no pudiendo quedar mucho tiempo sin venganza la muerte del general romano. Ventidio fué el primero que triunfó de los Persas. M. Antonio entró en la Media, llamada hoy Medena, llevó la guerra á los Parthos y los venció en los primeros combates. Pero, debilitado por la pérdida de dos legiones, agobiado por el hambre, por la peste y continuas tempestades, apenas pudo traer su ejército á través de la Armenia, bajo las flechas de los Parthos. En algunos momentos llegó á tal extremo su terror, que rogó muchas veces á un gladiador suyo que le matase, para no caer vivo en poder del enemigo.

Bajo Octaviano César Augusto se sublevó la Armenia contra nosotros, de acuerdo con los Parthos. Cayo César, nieto de Augusto, fué enviado al Oriente con un ejército; y, gracias á la majestad del nombre romano, calmó fácilmente la sublevación. Los Armenios, que eran entonces más poderosos que los Parthos, se le habían rendido, y se ocupaba, siguiendo el ejemplo que dió Pompeyo, en distribuir á jueces los gobiernos de aquellos pueblos, cuando un tal Domnes, á quien el Rey había hecho gobernador de Artagera, vino á presentarle, so pretexto de traición á su señor, una memoria que, según él, contenía el estado del Tesoro Real; y en el momento en que el general romano la leía con mayor atención, Domnes se arrojó sobre él y le hirió con un puñal. Verdad es que los soldados acribillaron al asesino, pero Cayo murió de la herida á su regreso á Siria. Los Parthos, para expiar tan audaz atentado, dieron entonces, por primera vez, rehenes á Octaviano César, y devolvieron las enseñas cogidas al ejército de Crasso.

Nerón, el emperador más detestable que ha afligido á la República, perdió las dos Armenias. Los Parthos hicieron entonces pasar bajo el yugo dos legiones nuestras que, con vergüenza del ejército romano, violaron

Biblioteca Nacional de España

todos sus juramentos. Trajano, que después de Augusto reanimó las fuerzas de la República, recobró la Armenia del poder de los Parthos y arrebató al Rey de la Armenia Mayor su diadema y su trono. Dió rey á los Albaneses, sometió al poder de los Romanos los pueblos de la Iberia, del Bósforo y de la Cólquida, se apoderó del Osreono y de la Arabia y subyugó á los Corduenos y Marcomedos. Apoderóse y conservó Artemusio, una de las comarcas más ricas de la Persia, así como Seleucia, Ctesifonte y Babilonia; siendo, después de Alejandro, el primero que penetró hasta las fronteras de la India. Mantuvo una flota en el mar Rojo, y redujo á provincias romanas la Armenia, la Asiria y la Mesopotamia que, situada entre el Tigis y el Eufrates, la fertilizan, como al Egipto, los ríos que la riegan. Es indudable que Adriano, sucesor de Trajano, envidiaba la gloria de este príncipe: espontáneamente dispuso la retirada de los ejércitos romanos; abandonó la Armenia, la Mesopotamia y la Siria, y quiso que el Eufrates sirviese de límite entre los Romanos y los Parthos.

Los dos Antoninos, Marco Aurelio y Vero, unidos con los vínculos de suegro y yerno, y Augustos los dos, compartieron por primera vez el poder soberano y gobernaron juntos el Imperio del mundo. El más joven de ellos marchó á hacer la guerra á los Parthos y consiguió numerosas y brillantes ventajas. Apoderóse de Seleucia, ciudad de la Asiria, cogió al enemigo cuatrocientos mil prisioneros, y celebró magníficamente, con su suegro, sus victorias sobre los Parthos. El africano Septimio Severo, príncipe infatigable, venció también á los Parthos á fuerza de valor, abrumó á los Adiabemos, se apoderó de la Arabia interior é hizo de la Arabia una provincia romana. Sus victorias le merecieron el nombre de Párthico, Adiabénico y Arábigo. Antonino Bassiano, denominado Caracala, hijo del emperador Severo, se preparaba para marchar contra los Persas, cuando murió repentinamente en el Osreono, en Edessa, donde fué sepultado.

Biblioteca Nacional de España

Aurelio Alejandro (1), á quien parece dió vida el destino para ruina de la nación persa, tomó, siendo muy joven todavía, las riendas del Imperio romano. Venció gloriosamente en persona á Jerjes, el más ilustre de los reyes de Persia. Este mismo Alejandro tuvo por secretario al jurisconsulto Ulpiano. Con pompa extraordinaria celebró su triunfo sobre los Parthos. Bajo Gordiano Augusto, alentados los Parthos por la juventud del Emperador, se sublevaron y fueron derrotados en sangrientas batallas. Este Príncipe regresaba vencedor de la Persia, cuando fué muerto por traición de Filipo, su prefecto del Pretorio. Los soldados le elevaron un cenotafio á veinte millas del fuerte de Cirsesso, cenotafio que existe todavía, y trajeron sus restos á Roma con suma veneración.

Valeriano tuvo, como príncipe, destino desgraciado, penoso de recordar. Subió al Imperio con Galieno (2), pero al primero le nombró emperador el ejército y al segundo el Senado. Valeriano, en una batalla que libró en Mesopotamia contra los Persas, quedó vencido por su rey Sapor; y reducido á cautiverio, envejeció en ignominiosa servidumbre. Bajo Galieno invadieron los Persas la Mesopotamia y hasta comenzaron á apropiarse la Siria; pero (vergonzoso es decirlo), Odenato, simple decurión de Palmira, habiendo reunido un ejército de campesinos sirios, opuso á los Persas vigorosa resistencia y los ahuyentó muchas veces; y no contento con defender nuestras fronteras, se constituyó, con admirable esfuerzo, vengador del Imperio romano, penetrando hasta Ctesifonte.

El emperador Aureliano puso el colmo á su gloria con la derrota de Zenobia, esposa de Odenato. Esta mujer, después de la muerte de su marido, tenía bajo su cetro el imperio de Oriente. Aureliano, á pesar de los millares de dibanarios (3) y sagitarios que la defendían,

(1) Alejandro Severo.
(2) Este Galieno era hijo de Valeriano.
(3) Soldados armados con lorigas de hierro.

Biblioteca Nacional de España

la venció cerca de Ymmas, á corta distancia de Antioquía, y la condujo delante de su carro de triunfo en Roma. La victoria de Caro sobre los Persas pareció demasiado brillante á la Divinidad Suprema y excitó sin duda la envidia y enojo del cielo (1). En efecto, habiendo entrado Caro en Persia, la devastó, casi sin encontrar obstáculos, y se apoderó de Cochea y Ctesifonte, las dos ciudades más poderosas del reino. Vencedor de toda la nación, había establecido su campamento sobre el Tigris, cuando le mató un rayo.

Bajo el emperador Diocleciano se alcanzó memorable victoria sobre los Persas. Habiendo Maximiano César atacado vigorosamente en el primer combate á innumerable multitud de enemigos con un puñado de hombres, se retiró vencido, recibiéndole con tal indignación Diocleciano, que le dejó correr por espacio de muchas millas delante de su carro, á pesar de que revestía la púrpura. Con sumo trabajo consiguió Maximiano intentar otra vez la suerte de las armas, después de reforzar su ejército con las tropas acampadas en las fronteras de la Dacia. Habiendo llegado á la Armenia Superior, el Príncipe marchó con dos jinetes solamente á reconocer al enemigo. Lanzóse con veinticinco mil hombres sobre los parapetos de los Persas, atacó de pronto sus innumerables huestes, é hizo en ellas horrible carnicería. Narsés, rey de los Persas, consiguió escapar; pero se apoderaron de su esposa é hijas, que fueron custodiadas con severa castidad. Admirados entonces los Persas, confesaron que los Romanos les eran superiores por la fuerza de las armas y la cultura de costumbres, y devolvieron la Mesopotamia con cinco provincias trastigritanas; ajustándose con ellos paz útil á la República y que ha durado hasta nuestros días.

Dueño del poder Constantino, preparó en los últimos

(1) De estas palabras, que presentan á la Divinidad celosa de los triunfos de los hombres, han deducido algunos que Rufo era pagano, ó por lo menos uno de los semicristianos que abundaban en aquella época.

Biblioteca Nacional de España

años de su vida una expedición contra los Persas. Había pacificado todos los países del Universo y acababa de alcanzar una de las victorias más gloriosas sobre los Godos, cuando marchó contra los Persas al frente de numerosas huestes. Tal espanto causó en los reinos de Babilonia el rumor de su aproximación, que salieron á recibirles legados suplicantes, prometiéndole hacer cuanto mandare. Pero el recuerdo de las continuas irrupciones que los Persas habían intentado en el Oriente, gobernado entonces por el césar Constancio, les impidió conseguir el perdón de Constantino.

Constancio luchó con los Persas con fortuna varia y más dificultades. Además de las escaramuzas de los soldados situados en la frontera, libráronse nueve batallas muy encarnizadas; el Emperador combatió siete veces por medio de lugartenientes, y personalmente asistió dos veces á verdaderos y sangrientos combates. (La verdad es que asistió á la batalla de Singara, á otra batalla del mismo nombre, á otra que tuvo lugar cerca de Constantina y á la que fué seguida de la toma de Amida). Bajo su reinado recibió la República profunda herida. Los Persas sitiaron tres veces á Nisiba, pero con daño suyo, porque los sitiadores quedaron derrotados. (En la guerra á que dió nombre Narsés y en la que pereció este Príncipe, quedamos victoriosos.) El combate nocturno que se libró cerca de Singara, en territorio de Eleya, y al que asistió Constancio, hubiese compensado los reveses de todas estas expediciones, si nuestros soldados, arrastrados, á pesar de las dificultades del terreno y de la obscuridad, por insensato ardor, no hubiesen elegido para pelear la ocasión más desfavorable y desoído la voz del mismo Emperador que les llamaba. Pero victoriosos hasta entonces, sin prevenirse contra la sed, y cerrada ya la noche, van á atacar el campamento de los Persas, destruyen los parapetos y ponen al Rey en fuga. Apenas repuestos del cansancio del combate, con antorchas en la mano y seca la boca, van en busca de agua y se ven abrumados por nube de flechas: imprudentes que, para

Biblioteca Nacional de España

que el enemigo dirigiera con más seguridad sus golpes contra ellos, le prestan la claridad de las antorchas.

Juliano, cuya fortuna estaba experimentada contra los enemigos del Imperio, careció de moderación en la guerra que hizo á los Persas. Desplegando inmenso aparato y completamente digno del dueño del universo, levantó contra ellos sus amenazadoras enseñas é hizo avanzar por el Eufrates su flota cargada de víveres. Durante su intrépida marcha, recibió la sumisión, voluntaria ó forzosa, de considerable número de ciudades y fortalezas. Acampado delante de Ctesifonte, en la confluencia del Tigris y del Eufrates, mandó celebrar durante el día juegos campestres, para que el enemigo desechara toda inquietud; y de pronto, á media noche, embarcó sus soldados y los hizo pasar á la otra orilla. Trepando allí á escarpadas alturas, que, aun de día y sin que nadie las defendiese, presentaban mucha dificultad para el acceso, difundieron repentinamente confusión y terror entre los Persas, pusieron en fuga su ejército y hubiesen entrado vencedores en Ctesifonte, cuyas puertas estaban abiertas, si el deseo de botín no se hubiese sobrepuesto al de victoria. Después de éxito tan glorioso, Juliano, lejos de ceder á la voz de los soldados, que le aconsejaban volver, solamente atendió ó su belicoso ardor. Habiendo quemado las naves y seguido á un desertor que se le había presentado de intento para engañarle, penetró en la Eumandevia, creyendo abreviar la marcha, y volvió á la derecha sobre sus pasos por la opuesta orilla del Tigris, descubriendo de esta manera los flancos de su ejército. Vagaba á la aventura, cuando en medio de una nube de polvo desapareció, y acudiendo sobre él un jinete enemigo, le clavó en el vientre la pica, causándole profunda herida. Juliano perdió mucha sangre; pero, aunque herido, restableció el orden en las filas de los soldados, y después de dirigirles larga exhortación, exhaló penosamente el último suspiro (1).

(1) De tan diferente manera relataron la muerte de Juliano

Biblioteca Nacional de España

Joviano tomó el mando de las tropas, que victoriosas en los combates, estaban abatidas por la repentina pérdida del Emperador. Pero escaseaban los víveres, la retirada amenazaba con ser difícil, y los Persas, por medio de diferentes ataques, dirigidos de frente unas veces, otras por retaguardia y algunas por el mismo centro del ejército, retrasaban la marcha. Habiendo transcurrido de esta manera algunos días, los Persas fueron los primeros (tanto respeto les inspiraba el nombre romano) en hacer proposiciones de paz, consintiendo la retirada de nuestros soldados extenuados por el hambre, pero con las condiciones más duras que sufrió jamás la República romana: las de entregar Nisiba y parte de la Mesopotamia. Joviano, menos sensible á la gloria que á los encantos del trono, nuevos todavía para él, las admitió.

Pero ¿qué lengua elocuente, oh invicto Príncipe, podrá en adelante celebrar tus hazañas? A pesar del peso de mis años y de la inutilidad de mis esfuerzos, voy á prepararme para ello ¡Ojalá el favor del Dios en que crees y la divinidad benévola á que te recomiendan los votos de los pueblos, te permitan añadir á tus triunfos sobre los Godos, la gloria de dar la paz á Babilonia!

---

los cristianos y los paganos, que es muy difícil deducir la verdad.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CATÁLOGO DE LAS PROVINCIAS ROMANAS.

(Compuesto, según se cree, en tiempo de Teodosio.)

Comprende 11 regiones que contienen 113 provincias.

LAS ONCE REGIONES DEL IMPERIO ROMANO.

Italia.—Galia.— Africa.— España.—Iliria.—Tracia. —Asia.—El Oriente (1).—El Ponto (2).—Egipto.— Bretaña.

LAS DIEZ Y SIETE PROVINCIAS DE ITALIA.

Campania, donde se encuentra Capua.—Toscana, con la Umbría.—La Emilia (3).—La Flaminia (4), donde se encuentra Ravena.—El Piceno.—La Liguria, donde está Milán.—Venecia con la Istria, donde está Aquilea.

(1) El Oriente comprendía la Cilicia, la Siria, la Mesopotamia, etc.

(2) El Ponto comprendía la Bitinia, la Capadocia y la Armenia.

(3) La Emilia tomaba su nombre de la vía Emiliana que la cruzaba en toda su longitud. Pablo Diácono dice: «Está situada entre la Liguria, los Alpes Peninos y el Po, y se extiende hacia Ravena.»

(4) Esta provincia, situada, dice el mismo escritor, entre los Apeninos y el mar Adriático, tomaba su nombre de la vía Flaminia.

Biblioteca Nacional de España

—Los Alpes Cottianos.—La Apulia con la Calabria, donde está Tarento.—Los Abruzos con la Lucania.—La Recia primera.—La Recia segunda.—Sicilia.—Cerdeña.—Córcega.—Los Alpes Griegos.

LAS DIEZ Y SIETE PROVINCIAS DE LA GALIA.

La Viennense.—Narbonesa primera.—Narbonesa segunda.—Aquitania primera.—Aquitania segunda.—Novem populana.—Los Alpes Marítimos.—La Bélgica primera, donde se encuentra Tréveris.—La Bélgica segunda, desde donde se pasa á la Bretaña.—La Germania primera, por encima del Rhin, donde está Maguncia.—La Germania segunda, donde está Colonia.—La Gran Secuanense, donde se encuentra Vesontiacensis (Besançon).—Los Alpes Griegos y Penninos, donde se encuentra la Tarantasia.—La Lionense primera.—La Lionense segunda.—La Lionense tercera.—La Lionense cuarta.

LAS SEIS PROVINCIAS DEL ÁFRICA.

La Proconsular, donde está Cartago.—La Numidia.—La Bizancena.—Trípoli.—La Mauritania Stifensis.—La Mauritania Cesariana.

LAS SIETE PROVINCIAS DE ESPAÑA.

La Tarraconense.—La Cartaginense.—La Bética.—La Lusitania ó Merida.—La Galecia.—La Tingitana, allende el extrecho formado por el Occeano entre Calpe y Avila.

LAS DIEZ Y NUEVE PROVINCIAS DE LA ILIRIA.

La Dalmacia, sobre el mar.—La Pannonia primera.—La Paunonia segunda, donde está Sirmio.—La Valeria.—La Prevalitana.—La Mesia Superior.—El Epiro

Biblioteca Nacional de España

Antiguo.—El Epiro Nuevo.—La Nórica Ribereña.—La Nórica Mediterránea.—La Savia.—La Dardania.—El Hemiponto.—La Dacia.—La Scitia.—La Isla de Creta.—La Acaya.—La Macedonia.—La Tesalia.

LAS SEIS PROVINCIAS DE LA TRACIA.

La Tracia primera.—La Tracia segunda.—La Mesia Inferior.—La Scitia Inferior.—La Europa (1), donde está Constantinopla, llamada primeramente Lycus ó Bizancio.—La Rhodopa.

LAS DOCE PROVINCIAS DEL ASIA.

El Asia propiamente dicha, donde se encuentra Ilión, es decir, Troya.—La Lidia.—La Galacia.—La Licia.—La Caria.—El Helesponto.—La Panfilia.—La Pisidia.—La Frigia primera.—La Frigia segunda.—La Licaonia.—Las Cicladas.

LAS DIEZ PROVINCIAS DEL ORIENTE.

La Siria vecina de la Cilicia, donde está Antioquía.—La Siria Palestina.—La Fenicia.—La Isauria.—La Cilicia, cerca del monte Tauro.—Chipre.—La Mesopotania, entre el Tigris y el Eufrates.—La Eufratesia.—La Ordroena.—La Sofana.

LAS OCHO PROVINCIAS DEL PONTO.

El Ponto Polemoniaco.—El Ponto Amasia (2).—La Honoria.—La Bitinia.—La Paflagonia.—La Armenia Menor.—La Armenia Mayor.—La Capadocia.

---

(1) Comarca pequeña entre el Ponto y la Propóntida.
(2) Esta provincia tomaba su nombre de la capital, llamada Amasia.

Biblioteca Nacional de España

LAS SIETE PROVINCIAS DEL EGIPTO.

El Egipto propiamente dicho, donde está Alejandría. —La Augustamésica.—La Tebaida.—La Libia Arida. La Libia Pentápolis.—La Arcadia.

LAS CINCO PROVINCIAS DE LA BRETAÑA.

La Bretaña primera.—La Bretaña segunda.—La Flaviana (1).—La Máxima.—La Valentia.

SIGUEN LAS CIUDADES DE LAS PROVINCIAS GALAS (2).

La ciudad metropolitana Viena.—La ciudad de Ginebra.—La de Grenoble.—La de Alba, hoy Viviers.—La ciudad Deensio.—La ciudad de Valencia.—La ciudad de Aviñón.—La ciudad de Arlés.—La ciudad de Carpentras, hoy Vindesca.—La ciudad de Marsella.—La ciudad de Tricastinos.—La ciudad de Veiron.—La ciudad de Orange.—La ciudad de Cavaillon.

LA PROVINCIA NARBONENSE PRIMERA COMPRENDE OCHO CIUDADES.

La ciudad metropolitana Narbona.—La ciudad de Tolosa.—La ciudad de Bezieres.—La ciudad de Agda. —La ciudad de Nimes.—La ciudad de Maguelona.—La ciudad de Lodeva ó Luteva Castrum.—El castillo de Uzes.

---

(1) Esta provincia debia su nombre á Flavio Constancio ó Constantino.

(2) Créese que esta parte la añadió al *Catálogo de las provincias romanas* algún autor galo, y no se encuentra completa, puesto que de las diez y siete provincias, solamente da nueve.

Biblioteca Nacional de España

LA PROVINCIA NARBONENSE SEGUNDA COMPRENDE SIETE CIUDADES.

La ciudad metropolitana Aix.—La ciudad de Apt.—La ciudad de Riez ó Rejas.—La ciudad de Frejus.—La ciudad de Gap.—La ciudad de Sisterón.—La ciudad de Antibes.

LA PROVINCIA AQUITANIA PRIMERA COMPRENDE OCHO CIUDADES.

La ciudad metropolitana Burges.—La ciudad de Clermont.—La ciudad de Rhodez.—La ciudad de Albi.—La ciudad de Cahors.—La ciudad de Limoges.—La ciudad de Anterieux.—La ciudad de Vella.

LA PROVINCIA AQUITANIA SEGUNDA COMPRENDE SEIS CIUDADES.

La ciudad metropolitana Burdeos.—La ciudad de Agen.—La ciudad de Angulema.—La ciudad de Saintes.—La ciudad de Poitiers.—La ciudad de Perigueux.

LA PROVINCIA NOVEMPOPULANA COMPRENDE DOCE CIUDADES.

La ciudad metropolitana Eauze.—La ciudad de Bagnieres.—La ciudad de Lectoure.—La ciudad de Comminges.—La ciudad de Saint-Lizier.—La ciudad de Rot.—La ciudad de los Benarnenses (Pau).—La ciudad de Aire.—La ciudad de Bazas.—La ciudad de Tarbes, donde se encuentra el castillo Bigorre (*castrum Bigorra*).—La ciudad de Olerón.—La ciudad de Auch.

Biblioteca Nacional de España

LA PROVINCIA DE LOS ALPES MARÍTIMOS COMPRENDE OCHO CIUDADES.

La ciudad metropolitana Embrún. — La ciudad de Digna.—La ciudad de Chorges.—La ciudad de Castelana.—La ciudad de Senez ó Sanicio.—La ciudad de Glandevas —La ciudad de Cimiez.—La ciudad de Vence ó Vencio.

LA PROVINCIA BÉLGICA PRIMERA COMPRENDE CUATRO CIUDADES.

La ciudad metropolitana Tréveris. — La ciudad de Metz ó Metis.—La ciudad de Toul ó Tullum.—La ciudad de Verdún.

LA PROVINCIA BÉLGICA SEGUNDA COMPRENDE DOCE CIUDADES.

La ciudad metropolitana Reims.—La ciudad de Soissons.—La ciudad de Chalons-sur-Marne (*civitas Catalaunorum*).—La ciudad de San Quintín (*civitas Veromandorum*).—La ciudad de Arras.— La ciudad de Cambray.—La ciudad de Lenlis. —La ciudad de Tournai. — La ciudad de Beauvais.—La ciudad de Amiens.— La ciudad de Terouenne ó Pontacum.—La ciudad de Boloña (*civitas Bononiensium*).

(*Faltan las demás provincias*).

Biblioteca Nacional de España

DE LAS REGIONES

DE LA CIUDAD DE ROMA.

REGIÓN PRIMERA.—PUERTA CAPENA.

Barrio del Honor y de la Virtud.—Barrio de la Fortuna Obediente.—Barrio de Sulpicio Citerior (1).—Barrio de Druso.—Barrio de Sulpicio Ulterior.—Barrio Polvoriento (*Pulverarius*).—Barrio de los Tres Altares.—Barrio de Fabricio.—Santuario de Marte (*Ædes Martis*).—Santuario de Minerva.—Santuario de la Tempestad.—Santuario de Mercurio.—Santuario de Apolo.—Plaza de Mercurio, con un altar.—Plaza de la Esperanza.—Plaza de la Galia.—Plaza de Isis.—Plaza Pinaria.—Plaza de la Carrera.—Pila de Prometeo.—Pila Sagrada.—Pila de Vespasiano.—Pila Sudante.—Pila de Torcuato.—Pila Pública.—Pila de los Dos Caminos.—Pila de la Esperanza.—Pila de la Grecia.—Pila de Mamertino.—Pila de la Salud.—Setenta y una pilas sin nombre.—Baño de Torcuato.—Baño de Veccio Bolano.—Baño de Abascancio.—Baño de Mamertino.—Baño de Meciano.—Baño de Antiocano.—Termas de Cómodo.

---

(1) Este barrio, que P. Víctor coloca en la región trece, estaba dividido en dos, el *ulterior*, al otro lado de la puerta, y el *citerior*, de este lado de la puerta.

Biblioteca Nacional de España

—Termas de Severo.—Arco de Druso.—Arco de Vero Augusto.—Arco de Trajano.—Arco Bifronte.—Mutatorio de César (casa de recreo). —Río Almón.—Altar de Isis.—Templo de Isis.—Templo de Serapis.—Templo de la fortuna de los viajeros.—Nueve barrios.—Diez santuarios pequeños (*ædicula*).—Treinta y seis cabezas de barrio (*vicomagistri*).—Dos Curadores.—Dos Denunciadores.—Cuatro mil doscientas cincuenta casas separadas. — Ciento veintiuna casas contiguas.— Catorce graneros.— Ochenta y dos baños particulares.— Doce panaderías.

La circunferencia de la región es de catorce mil doscientos ochenta y dos pies.

REGIÓN SEGUNDA.—COLIMONTIUM (1).

Templo de Baco.—Templo del Fauno.—Templo del Divino Claudio.—Campo Marcial. —Campo de las Fuentes.— Mercado Grande.— Lupanares.— Antro del Ciclope.—Campo Extranjero.—Cabeza del Africa.—Arbol Santo.—Casa de Vitelio.—Casa de Filipo.—Palacio de Tulo, con un templo.—Casas Albanas.—Mica de oro (2).—Arsenal.— El Celio pequeño.— Despojo Samaritano.—Juego (3) Matinal.—Juego Galo.—Campo Celimontano.—Termas públicas.—Casas de los Parthos, de Laterano.— Cinco cohortes de guardias (4).—Subura.— Ocho barrios.— Ocho santuarios pequeños.— Treinta y dos cabezas de barrio.—Dos Curadores.— Dos Denunciadores. — Ciento veintitrés casas contiguas.—Veinte baños particulares.— Veinticuatro gra-

(1) Toda esta región se encontraba en el monte Celio.

(2) Créese se refiere á una estatua de oro de Mica, hija de Filomeno de Elea.

(3) *Ludus*, puede ser escuela, sala de esgrima, academia para los ejercicios del cuerpo ó del espíritu.

(4) Guardias nocturnos, establecidos por Augusto para evitar los incendios.

Biblioteca Nacional de España

neros.—Veintidós panaderías.—Once baños sin nombre.

La región tenía trece mil doscientos pies de circunferencia.

REGIÓN TERCERA.—ISIS Y MONETA.

Anfiteatro de Flavio.—Juego Máximo.—Juego Manertino.—Juego Dácico.—Tribu de la plaza de Grecia.—Casa Británica.—Gran almacén teatral.—Pretura vigilantísima.—Termas de Tito César.—Termas de Trajano Augusto.—Ninfeo de Claudio Augusto.—Pila del Pastor.—Escuela de los Cuestores.—Escuela de Galo.—Pórtico de Livia.—Templo de la Concordia.—Dos campos de Misenatos.—Cabeza de Subura.—Ocho barrios.—Barrio blanco.—Barrio de la Fortuna Vecina.—Barrio de las Callejuelas.—Barrio Bassiano.—Barrio de los Constructores.—Barrio de Anón.—Barrio de la Lana.—Barrio Primitivo.—Ocho santuarios pequeños: de la Buena Esperanza, de Serapis, de Sango Fidonio (1), de Minerva, de Isis, de Venus, de Esculapio, de Vulcano.—Veinticuatro cabezas de barrio.—Dos Curadores.—Dos Denunciadores.—Dos mil ochocientas siete casas separadas.—Ciento sesenta casas contiguas.—Diez y nueve graneros.—Ochenta baños particulares.—Veinticinco baños sin nombre.—Veintitrés panaderías.

La región tiene doce mil cuatrocientos cincuenta pies de circunferencia.

REGIÓN CUARTA.—TEMPLO DE LA PAZ.

Templo de la Paz.—Templo de Remo.—Templo de la divina Faustina (2).—Templo de la ciudad de Roma y

(1) Sango ó Sanco, rey de los Sabinos, que fué deificado.
(2) El Senado deificó á dos Faustinas, la esposa de Antonino Pío y la de Antonino el Filósofo.

Biblioteca Nacional de España

de Augusto.—Templo de Venus.—Templo de la Tierra. Templo del Sol.—Templo de la Luna.—Templo de la Concordia en el Pórtico de Livia.—Basílica de Constantino.—Calle Sacra.—Basílica de Paulo.—Pórticos sagrados ó Puertos sagrados.—Foro del Pasaje, con un templo del divino Nerva.—Baños de Dafne.—Fragua de Vulcano.—Pórtico abovedado.—Trompeta de Oro.—Apolo con sandalias.—Granero de las tejas.—Santuario de Strenuea (1).—Poste de la Hermana.—Meta Sudante.—Cabeza de Linco.—Cabeza de Carnia.—Casa de Pompeyo.—Casa patrimonial de los Cicerones.—Casa arrasada de Melio.—Plaza de la Victoria.—Barrio Malvado.—Barrio del Amor.—Barrio de Venus.—Barrio de Apolo.

REGIÓN QUINTA.—ESQUILINO CON EL MONTE VIMINAL.

Templo de Júpiter Viminal.—Santuario de Venus Ericina.—Jardines de Plancio (2).—Pila de Prometeo.—Mercado de Livia.—Ninfeo de Alejandro.—Siete cohortes estacionarias de guardias nocturnos.—Jardines de Mecenas.—Palacio de Servio Tulio.—Anfiteatro del Campo.—Tres tiendas.—Campo Viminal, bajo los parapetos.—Campo Esquilino.—Bosque sagrado Petilino.—Bosque sagrado de la Haya.—Templo de Juno Lucina.—Casa del jurisconsulto Aquilio.—Altar de Júpiter Viminal.—Minerva Médica.—Panteón.—Isis Patricia.—Templo de Silvano.—Templo de Esculapio.—Termas de Olimpias.—Baño de Agripina.—Quince barrios.—Barrio Sucusano.—Barrio del Oro pileato.—Barrio de Minerva.—Barrio de las Fraguas (3).—Barrio

(1) Esta diosa, que hacía obrar con actividad, era opuesta á la diosa del reposo.

(2) Estos eran los jardines de Pallas, el liberto de Claudio.

(3) *Vicus Ustrinus*, puede entenderse también barrio en que se quemaban los muertos.

Biblioteca Nacional de España

de la Palidez.—Barrio de Seyo.—Barrio de Silvano.—Barrio de los constructores de féretros.—Barrio de la Tragedia.—Barrio de la Perfumería.—Barrio Paulino.—Barrio del Pastor.—Barrio Caticario.—Barrio de Venus Plácida.—Barrio de Juno.—Quince santuarios pequeños: De Seya, de Venus Plácida, de Cástor, de la Palidez, de Silvano, de Apolo, de Cloacina (1), de Hércules, de Mercurio, de Marte, de la Luna, de Serapis, de Vesta, de Ceres, de Proserpina.—Sesenta cabezas de barrio.—Dos Curadores.—Dos Denunciadores.—Tres mil ochocientas cincuenta casas separadas.—Ciento sesenta casas contiguas.—Setenta y nueve pilas.—Veintisiete graneros.—Setenta y cinco baños particulares.—Veintisiete panaderías.

Esta región tiene quince mil novecientos cincuenta pies de circunferencia.

REGIÓN ESQUILINA CON EL MONTE VIMINAL.

Tres mil ciento cincuenta y cinco casas aisladas.—Setenta y seis pilas.—Ciento cuarenta y cinco casas contiguas.—Diez y nueve graneros.—Sesenta y cinco baños particulares.—Veintitrés panaderías.

La región tiene quince mil seiscientos pies de circunferencia.

REGIÓN SEXTA.—SENDERO ALTO.

Barrio de Belona.—Barrio de Mammurio.—Circo de Flora.—Templo de Flora.—Templo de la Salud.—Templo de Serapis.—Templo de la Buena Fe.—Templo de Apolo y de Clathra (2).—Templo de la Salud, sobre el

(1) Esta era la diosa de las cloacas de Roma. También era denominación de Venus.

(2) Nombre de Diana, según unos; de Isis, según otros.

Biblioteca Nacional de España

monte Quirinal.—Santuario de Divo Fidio.—Templo de la Fortuna Libre.—Templo de la Fortuna Permanente. —Templo de la Fortuna Devuelta.—Foro de Salustio.— Templo de Venus, en los jardinillos de Salustio.—Estatua de Mammurio.—Santuario de la Fortuna pública, sobre la colina.—Estatua de Quirino, de veinte pies de alta. —Templo de Quirino (1).—Casa de Atico.—Casa de Flavio.—Manzano Púnico (2).—Templo de Minerva. —Senadillo de las mujeres.—Termas de Diocleciano y Maximiano.—Baño de Paulo.—Diez tiendas.—Casa de las gallinas blancas.—Plaza de Calideo.—Tres cohortes de guardias nocturnos.—Doce barrios. - Barrio blanco. —Barrio público.—Barrio de Flora.—Barrio de Quirino.—Barrio de Flavio.—Barrio de Mammurio.—Barrio de la Fortuna.—Barrio de Paccio.—Barrio Tiburtino.—Barrio de la Salud.—Barrio Calidiense.—Barrio Máximo.—Cuarenta y ocho cabezas de barrio.—Dos Curadores.—Dos Denunciadores.—Diez y seis santuarios pequeños: De la Fortuna Menor, del Genio de los niños, del Genio de los Lares, de Diana Valeriana, de Juno Julia, de la Esperanza, de Sango, de Silvano, de Venus, de Hércules, de la Victoria, de Matuta (3), de Baco, de Saturno, de Júpiter, de Minerva.—Barrio de las Tres Calles.—Barrio pequeño de las Callejuelas.— Barrio pequeño Afortunado. — Barrio Sandaliario.— Ocho santuarios pequeños: De las Musas, de la Esperanza, de Mercurio, de la Juventud, de Lucina Valeriana, de Juno Lucina, de Marte, de Isis.—Treinta y dos cabezas de barrio.—Dos Curadores.—Dos Denunciadores. — Dos mil setecientas cincuenta y ocho casas aisladas.—Ciento treinta y ocho casas contiguas. —Diez y ocho graneros.—Setenta y cinco baños parti-

(1) Nombre de un dios de los Sabinos, dado á Rómulo deificado.

(2) Créese que era un manzano de bronce ó mármol.

(3) Según unos, la Aurora; otros creen que se daba este nombre á Leucothea ó Ino.

Biblioteca Nacional de España

culares.—Setenta y nueve pilas.—Veintitrés panaderías.

Esta región tiene diez y ocho mil pies de circunferencia.

REGIÓN SÉPTIMA.—CALLE ANCHA.

Cuarenta barrios.—Barrio de Ganimedes.—Barrio pequeño de Gordiano.—Barrio Nuevo, llamado también Novos.—Barrio de las Cabras.—Barrio del Sol.—Barrio Genciano.—Barrio de Sangio, llamado también Sanco.—Barrio de las Hierbas.—Barrio Tranquilo.—Barrio pequeño de las Estatuitas.—Barrio del Sol.—Barrio de la Fortuna.—Barrio de la Esperanza Máxima.—Barrio Nuevo Ulterior.—Barrio de los Libertos.—Barrio de Publio.—Barrio Nuevo Citerior.—Barrio de la estatua de Venus.—Barrio Archemorium, llamado también Archemonium.—Barrio Emiliano.—Barrio de los Peces.—Barrio de los Cinceladores.—Barrio Griego.—Barrio de la Lana Ulterior.—Barrio de Pomona.—Barrio Cabeza de Minerva.—Barrio Trajano.—Barrio Extranjero.—Barrio Casto.—Barrio Menor.—Barrio de las Cubiertas de Pozo.—Barrio de Escipión.—Barrio de Juno.—Barrio de las Sillas.—Barrio de Isis.—Barrio de las Tablillas.—Barrio Mancino.—Barrio de las Planchadoras.—Pila de Ganimedes.—Pila Horadada.—Arco de Gordiano.—Arco Nuevo.—Arco de Vero y de Marco (1) Augustos.—Ninfeo de Júpiter.—Santuario de las Cabras.—Campo de Agripa.—Templo del Sol.—Campo Genciano,—Campo Gipsiano.—Pórtico de Constantino.—Templo Nuevo de la Esperanza.—Templo Nuevo de Quirino.—Capilla del Genio Sango.—Siete cohortes de guardias nocturnos.—Caballos de bronce de Tiridates.—Mercado de Cerdos.—Foro Archemorium.—Jardines de Argio.—Pilastra Ti-

(1) Marco Antonino.

Biblioteca Nacional de España

burtina. — Piedra Horadada. — Tres mil trescientas ochenta y cinco casas aisladas.—Ciento veinte casas contiguas.— Veinticinco graneros. — Dos Curadores.— Dos Denunciadores.—Ciento veinte cabezas de barrio. —Ochenta baños particulares.—Veintisiete panaderías. — Setenta y seis pilas.

Esta región tiene trece mil seiscientos pies de circunferencia.

REGIÓN OCTAVA.—FORO ROMANO.

Dos Rostros del pueblo romano.—La Fe Cándida.— Santuario de la Victoria.—Templo de Rómulo.—Templo de la Concordia.—Templo de Vespasiano.—Templo de Minerva.—Templo de Vesta.—Templo de Saturno.— Templo de Julio.—Templo de Augusto.—Templo de Juno Marcial.—Templo de Cástor y Pólux.—Senado pequeño dorado.—Cubierta del Pozo de Libón (1).— Plaza de los Comicios.—Escuela Hantha.—Pórtico de Livia.—Arco de Fabio.—Pilón Curcio.—Palacio de Numa.—Templo de los dioses Penates.—Templo de los Lares.—Foro de César.—Barrio Ruminal.—Barrio Ingario, llamado también Ligurio.—Calle Nueva.—Bosque sagrado de Vesta.—Ayo Locuente (2).—Templo de Minerva en el Foro.—Basílica de Paulo.—Templo de Jano.—Mercado de los Peces.—Mercado de los Bueyes.—Cárceles.—Foro Augusto.—Foro de Trajano.— Capitolio, con la Fortaleza.—Curia Calabria.—Templo de Júpiter Capitolino.—Asilo.—Templo de Júpiter Fretriano.—Templo de Venus Calva.—Curia Hostilia.— Templo de los dioses Lares.—Capilla de Juno.—San-

(1) Dábase este nombre á una piedra que tenía forma de tapadera de pozo, colocada por Scribonio Libón sobre un punto herido por el rayo y sobre la que juraba el Pretor administrar estricta justicia.

(2) El Dios de la palabra.

Biblioteca Nacional de España

tuario pequeño de la Madre Ruma. — Columna del divino Julio. — Caballo de bronce de Domiciano. — Gran Columna del Juego secular. — Altar de Saturno (*Laguna*). — Templo de Venus y de Anquises. — Dos Janos públicos. — Yegua mirando á cuatro sátiros. — Barrio Nuevo. — Escuelas literarias. — Barrio pequeño de los Perfumistas. — Barrio Toscano. — ..... Toscano (*Laguna*). — Basílica..... — Mercado..... — Doce barrios. — Cuarenta y ocho cabezas de barrio. — Dos Curadores. — Dos Denunciadores. — Ochocientas setenta casas aisladas.

(*Falta el resto de la región.*)

REGIÓN NOVENA. — CIRCO FLAMINIO (1).

Circo Flaminio. — Antiguo santuario de Apolo, con un coloso. — Baño de Apolo. — Caballerizas de las cuatro Facciones. — Hércules Custodio Máximo. — Pórtico de Filipo. — Santuario de Vulcano, en el Circo Flaminio. — Antigua plaza Mimicia. — Teatro de Balbo. — Gruta de Balbo. — Pórtico corintio de Cn. Octavio. — Teatro de Piedra. — Mimicia del trigo. — Bosque sagrado de Marte. — Minerva antigua, con un bosque sagrado. — Gran bosque sagrado Petilino. — Fuente de los Escipiones..... (*Laguna*). — Sepulcro. — Santuario de Apolo. — Termas de Adriano. — Vila Pública. — Teatro de Pompeyo. — Cercado de las carreras de caballos (*Equiria*). — Estadio. — Anfiteatro de Tauro Statilio. — Júpiter Pompeyano. — Teatro de Marcelo. — Templo de Cn. Domicio. — Cárcel de cien hombres. — Jardines de Lúculo. — Campo de Marte. — Cercado de las carreras de carros de tres caballos (*Septa Trigaria*). — Santuario de Neptuno. — Santuario de Juturno, cerca del Agua Virgen. — Templo de Bruto Calaico. — Templo antiguo de la Victoria. — (*Laguna*)..... de M. Agripa. — Jardines y termas de Agri-

(1) Este circo debía su nombre al cónsul Flaminio, muerto por Annibal en el lago Trasimeno.

Biblioteca Nacional de España

pina.—Casa y circo del emperador Alejandro Pío.—Lago de las termas de Nerón.

(*Falta el resto de esta región.*)

REGIÓN DÉCIMA.—MONTE PALATINO.

(*Falta esta región entera.*)

REGIÓN UNDÉCIMA.—CIRCO MÁXIMO.

Apolo Cœlispex (1).—Salinas.—Puerta Trigeminal (2).—Bosquecillo sagrado Somelis.—Santuario de Portumno, cerca del puente Eublicio.—Santuario de Plutón.—Santuario de Ceres.—Santuario de Proserpina.—Templo de Mercurio.—Templo de Hércules.—Hércules Triunfante.—Circo Máximo.—Hércules Olivario.—Altar Máximo.—Templo de Cástor.—.....Mur.... Basílica de Cayo y de Lucio.—.....Pud..... Juno..... (*Laguna*) Santuario de Conso (3).—Barrio Cousinio.—Barrio de Proserpina.—Barrio de Ceres.—Barrio de Argeo.—Barrio del Pescado.—Barrio de los Parques.—Barrio de Venus.—Barrio Santo.—Mercado de las Legumbres.—Columna Lactaria (4).—Santuario de la Piedad.—Gran columnata en el Mercado de Legumbres.—Santuario de Saturno con un bosque sagrado.—Plaza Santa.—Doce santuarios pequeños: de Venus, de Juno, de V.....

(*Falta el resto.*)

---

(1) Tenía Apolo este nombre porque estaba representado en actitud de mirar al cielo ó al monte Celio.

(2) Hoy puerta de San Pablo.

(3) Dios del Consejo.

(4) Según Festo, era ésta una columna á cuyo pie depositaban los niños á quienes no podían lactar.

Biblioteca Nacional de España

REGIÓN DUODÉCIMA.—PISCINA PÚBLICA.

REGIÓN DÉCIMOTERCIA.—AVENTINO.

REGIÓN DÉCIMOCUARTA.—AL OTRO LADO DEL TÍBER.

(*Faltan estas tres regiones completas.*)

FIN DEL CATÁLOGO DE LAS PROVINCIAS ROMANAS.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

HISTORIA AUGUSTA.

	Págs.
El divino Aureliano, por Flavio Vopisco	1
Aureliano.—Suplemento	43
El emperador Tácito, por Flavio Vopisco	51
Floriano, por el mismo	63
Probo, por el mismo	69
Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso, por el mismo	91
Caro, por el mismo	103
Numeriano, por el mismo	111
Carino, por el mismo	115
Suplemento	120

EUTROPIO

COMPENDIO DE LA HISTORIA ROMANA.

Noticias biográficas acerca de Eutropio	227
Libro primero	231
— segundo	239
— tercero	251
— cuarto	261
— quinto	271
— sexto	277
— séptimo	287

Biblioteca Nacional de España